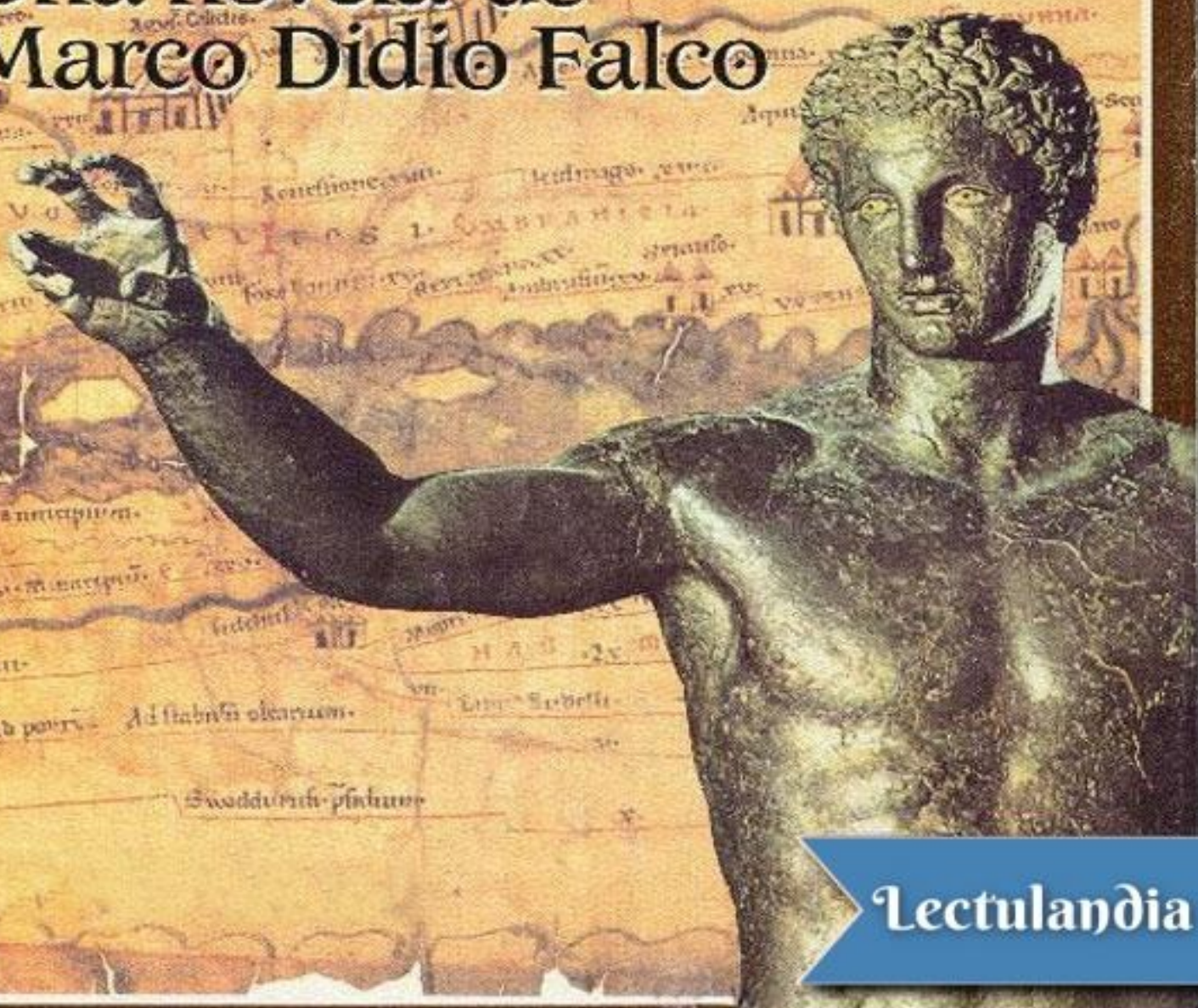


Lindsey Davis

LA MANO DE HIERRO DE MARTE

Una novela de
Marco Didio Falco



Lectulandia

Mientras Marco Didio viaja a los confines del imperio para aclarar la actuación de la élite del ejército en la insurrección surgida en Germania, Helena Justina, la novia de Marco, es cortejada por Tito César, el hijo del emperador Vespasiano. La embarazosa situación de Helena Justina sirve de humorístico contrapunto a las intrigantes aventuras de Marco entre los peligrosos ejércitos romanos. Una fiel reconstrucción histórica, una apasionante investigación y unas situaciones francamente jocosas son los tres elementos que convierten La mano de hierro de Marte en una de las entregas más celebradas de la serie.

Lectulandia

Lindsey Davis

La mano de hierro de Marte

Libro IV de Marco Didio Falco

ePUB v1.0

vicordi 08.12.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The Iron Hand of Mars*

Lindsey Davis, 1989.

Traducción: Hernán Sabaté, 1993.

Editor original: vicordi (v1.0)

ePub base v2.0

Para Rosalía en memoria de dos legionarios romanos.

El año 29

DRAMATIS PERSONAE

El emperador Vespasiano que necesita un agente en quien confiar; por ejemplo:

M. Didio Falco: Un informante necesitado de trabajo, que ama a:

Helena Justina: Que desea lo imposible, pero no a:

Tito César: Que desea borrar de la escena a Falco.

ADEMÁS, EN ROMA O EN SUS ALREDEDORES:

Una viuda de Veii Una mera distracción (¡de veras!).

Canidio: Un funcionario desaseado de los archivos censurados.

Balbilo: Un ex legionario cojo y charlatán.

Xanto: Un barbero sagaz con ganas de ver mundo.

Silvia: Esposa de Petronio (que no se mete en nada).

Décimo Padre de Helena, un hombre lleno de disculpas,

progenitor también de:

Camilo Aeliano: Un joven magnánimo (en Hispania).

Y EN LA HISTORIA:

P. Quintilio Varo: Un general desastroso (muerto hace mucho tiempo).

Petillo: General de renombre (no tan desastroso como Varo).

Claudia Sacrata: Mujer de intrigas amorosas (preferentemente con generales).

Munio Luperco: Un oficial desaparecido (probablemente muerto).

Julio Civiles: Jefe rebelde que necesita un buen corte de pelo.

Veleda: Una sacerdotisa que vive sola con sus pensamientos y:

Algunos parientes de ella: Que también viven allí.

EN LA GALIA:

Un alfarero galo: Que pronto estará lejos de Lugduno.

Dos alfareros germanos: Que quizá nunca vuelvan a casa.

EN GERMANIA:

Dubno: Un buhonero que vende más de lo que debería.

Julio Mordantico: Un alfarero que sabe unas cuantas cosas.

Regina: Camarera de La Medusa; una chica colérica.

Augustinilla: Sobrina de Falco, en baja forma temporal a causa del amor y del dolor de muelas, y

Arminia: Su amiguita rubia.

PERTENECIENTES A LA FAMOSA LEGIÓN DECIMOCUARTA:

Florio Gracilis: El legado; otro oficial desaparecido.

Menia Priscila: Su esposa, que no lo echa de menos.

Julia Fortunata: Su querida, según dice ser.

Rústico: El esclavo de Gracilis, también desaparecido.

El primipilo: Despectivo centurión jefe de la Decimocuarta.

El corniculario: Su altanero jefe de intendencia.

A. Macrino: Su altanero tribuno mayor.

Sexto Juvenalis: Su belicoso prefecto de campo.

EN LA MUCHO MENOS FAMOSA LEGIÓN PRIMERA:

Q. Camilo Justino

Helvético: El otro hermano de Helena; un tribuno ingenuo.

Dama: Un centurión con un problema, que implica a:

Su criado: Quien suspira por Menia, y a:

Veinte reclutas bastante lerdos, entre ellos:

Lentulo: El que no es capaz de hacer nada.

INTERVIENEN TAMBIÉN:

El bisonte: Una bestia legendaria, famosa por su ferocidad.

Tigris: Un perro que encuentra un hueso interesante.

Primera parte: NEGÁNDOME A IR

ROMA.

Septiembre, año 71 d.C.

Mi carrera oficial debe sus inicios a Vespasiano y su progreso a Tito [...] No tengo ninguna intención de negar tal cosa.

Tácito, *Historias*

I

—¡Una cosa está clara! —le aseguré a Helena Justina—. ¡No voy a ir a Germania!

Inmediatamente, vi cómo empezaba a planificar los preparativos para la marcha.

Nos hallábamos en la cama de mi piso de la parte alta del Aventino, un cuchitril en la sexta planta del edificio, un nido de cucarachas si no fuera porque la mayor parte de éstas se cansaba de subir escaleras mucho antes de llegar a aquella altura. A veces me las encontraba en algún rellano, derrengadas, con las antenas caídas y las patitas cansadas...

Era un rincón del cual uno sólo podía reírse, a menos que la mugre le partiese el alma. Hasta la cama era inestable. Y eso después de que le hubiera reparado una pata y tensado las correas del bastidor.

Yo estaba probando una nueva manera de hacerle el amor a Helena, que había inventado en un intento por evitar que nuestra relación decayese. La conocía desde hacía un año, la había dejado seducirme después de seis meses de pensármelo y finalmente, hacía apenas dos semanas, había logrado convencerla de que viniera a vivir conmigo. A juzgar por mis anteriores experiencias con las mujeres, debía de estar a punto de oír de sus labios que bebía y dormía demasiado y que su madre la necesitaba en casa urgentemente.

Mis esfuerzos atléticos por captar su interés no habían pasado inadvertidos.

—Didio Falco... ¿Adónde has aprendido... esta postura?

—La he inventado yo mismo...

Helena era hija de un senador. Esperar de ella que soportase mi mugriento estilo de vida por más de quince días era pedir demasiado a mi suerte. Sólo un idiota consideraría su escapada conmigo como algo más que un escarceo intrascendente antes de casarse con algún vejestorio barrigudo, de esos con galas de patricio capaz de ofrecerle pendientes de esmeraldas y una villa de verano en Sorrento.

Yo, por mi parte, la adoraba. Pero también era el idiota que mantenía la esperanza de que la aventura durase.

—No te gusta mucho... —Como informante privado, mi capacidad de deducción era bastante mediocre.

—¡No creo que... que vaya a funcionar! —jadeó Helena.

—¿Por qué no? —Se me ocurrían varias razones. Tenía un calambre en la pantorrilla izquierda, un dolor agudo bajo un riñón y mi entusiasmo estaba flaqueando como el de un esclavo que no puede dejar la casa un día de fiesta.

—Uno de los dos —apuntó Helena— terminará por reírse.

—Pues en el dibujo de la cara posterior de esa vieja teja parecía perfecta.

—Es como los huevos en salmuera. La receta parece fácil, pero los resultados son decepcionantes.

Respondí que no estábamos en la cocina y Helena preguntó entonces, tímidamente, si creía que serviría de algo probar allí. Como mi casucha del Aventino carecía de tal comodidad, consideré la pregunta puramente retórica.

Terminamos por reírnos los dos, si a alguien le interesa saberlo.

Después, procedí a desatarnos y le hice el amor a Helena como más nos gustaba a ambos.

—Por cierto, Marco, ¿cómo sabes que el emperador quiere enviarte a Germania?

—Rumores desagradables que se extienden por el Palatino.

Aún seguíamos en la cama. Después de que mi último caso hubiera llegado a duras penas a lo que parecía su conclusión, me había prometido una semana de tranquilidad doméstica. Debido a la escasez de nuevos encargos, había muchos huecos en el programa de mi actividad laboral. En realidad, no tenía un solo asunto entre manos. Podía quedarme en cama todo el día, si quería. Y eso hacía.

—¿Y bien...? —Helena era una mujer insistente—. ¿Has estado haciendo indagaciones, pues?

—Suficientes para decidir que se ocupe otro incauto de la misión del emperador.

Como en ocasiones realizaba alguna actividad encubierta para Vespasiano, me había acercado a palacio para investigar mis posibilidades de obtener de él algún denario corrupto. Antes de presentarme en la sala del trono, había tomado la precaución de husmear un poco por los pasadizos. Una sabia decisión, pues una oportuna charla con un viejo conocido llamado Momo me había hecho escurrir el bulto y volver a casa.

—¿Mucho trabajo, Momo? —pregunté.

—Poco dinero. He oído que tu nombre está en la lista para el viaje a Germania... —respondió (con una sonrisa burlona que me indicó que era algo a evitar).

—¿Qué viaje es ése?

—La calamidad que te mereces —contestó con una sonrisa—. No sé qué investigación de la Decimocuarta Gémina...

Me faltó tiempo para envolverme en la capa hasta las orejas y escapar de allí antes de que nadie pudiera informarme oficialmente. Sabía lo bastante acerca de la Decimocuarta Legión para poner todo mi empeño en evitar un contacto más cercano y, sin entrar en dolorosas historias, no había ninguna razón por la que aquel grupo de bravucones jactanciosos tuviera que acoger de buena gana mi visita.

—¿Te ha dicho algo el emperador, en realidad? —insistió mi amada.

—No se lo permitiría, Helena. No me gustaría ofenderlo rechazando su maravillosa propuesta...

—La vida sería mucho más directa y franca si dejaras que te lo pidiera y luego, sencillamente, le dijeras que no.

Le dediqué una mueca que decía que las mujeres (incluso las hijas de senadores

más educadas e inteligentes) jamás llegarían a entender las sutilezas de la política... a lo cual ella respondió con un empujón a dos manos que me sacó de la cama y me mandó al suelo.

—Tenemos que comer, Marco. ¡Ve a buscar trabajo!

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Voy a pintarme la cara durante un par de horas, por si viene mi amante.

—¡Ah, bien! Me voy y le dejo el campo libre...

Lo del amante era una broma. O al menos eso esperaba yo.

II

En el Foro, la vida transcurría con toda normalidad. Era temporada de pánico para los abogados. El último día de agosto es también el último para la presentación de nuevos casos antes del descanso invernal, de modo que la Basílica Julia era un hervidero. Habíamos llegado a las nonas de septiembre y la mayoría de los letrados —todavía sonrosados de sus vacaciones en Baia— iban de un lado a otro para plantear algunos casos apresurados con que justificar su posición social antes de que cerraran los tribunales.

A la sombra del Palatino, una sosegada comitiva de funcionarios de uno de los colegios sacerdotales seguía a una virgen ya anciana, vestida de blanco, hacia la Casa de las Vestales. La mujer miraba en torno a sí con la insolencia de una vieja socarrona que tiene hombres lo bastante juiciosos como para respetarla en todo momento. Mientras tanto, en la escalinata de los templos de Saturno y Cástor holgazaneaban grupos de vagos sedientos de sexo pendientes de cualquiera (no sólo mujeres) que mereciera un silbido. Un edil sumamente enfadado ordenaba a su numeroso grupo de subordinados que pasaran por encima de un borracho que había tenido el mal tino de perder el sentido sobre el reloj de sol del pavimento, colocado en la base de la Milla de Oro. El tiempo aún era veraniego y el aire estaba impregnado del penetrante olor de los excrementos recientes de asno.

Últimamente había estado poniendo anuncios en un lienzo de pared del Tabulario. Provisto de una esponja que había llevado conmigo, borré con unos cuantos restregones experimentados los rótulos electorales que ensuciaban las antiguas piedras (Con el apoyo de las manicuras de los baños de Agripina... el habitual candidato refinado). Tras borrar aquella basura ofensiva de nuestra herencia arquitectónica, me quedó un buen espacio, justo a la altura de los ojos, para colocar allí mi inscripción.

Didio Falco

para toda clase de investigaciones
legales o domésticas

Discreción + Buenas referencias

Tarifas económicas

Razón en la Lavandería del Aquila

Patio de la Fuente.

Seductor, ¿verdad?

Sabía perfectamente la clase de clientela que aquello me traería: astutos dependientes de tiendas de mercancías importadas que querrían comprobar la salud

financiera de las ricas viudas que estaban cortejando, o camareros de taberna preocupados por la desaparición de sus queridas.

Los primeros nunca tenían interés, pero los camareros podían resultar útiles. Un informante privado puede demorar semanas buscando a una mujer perdida y, cuando se cansa de poner los pies en otras tabernas (si tal momento llega alguna vez), sólo tiene que señalarle al cliente que las camareras desaparecidas suelen ser encontradas con la cabeza separada del cuerpo y escondidas bajo el sótano de la casa de su novio. Normalmente, este comentario hace que la minuta por la vigilancia sea liquidada con una rapidez extraordinaria y, en ocasiones, los camareros abandonan la ciudad durante una larga temporada. Un alivio para Roma. Me gusta pensar que mi trabajo es útil a la comunidad.

Por supuesto, un camarero también puede resultar desastroso. La muchacha puede haber desaparecido de verdad, en compañía de un gladiador, por ejemplo, y uno tiene que pasar semanas investigando, sólo para terminar compadeciéndose del pobre imbécil que ha perdido su tortolita ligera de cascos, hasta el punto de no tener ánimos para pedirle el pago por los servicios prestados...

Acudí a los baños para hacer un rato de ejercicio con mi entrenador, por si el siguiente caso exigía de mí un gran esfuerzo físico.

Después, fui en busca de mi amigo, Petronio Longo. Era capitán de la guardia Aventina, lo que significaba que estaba acostumbrado a tratar con gente de todo tipo, mucha de ella de la variedad carente de escrúpulos, que podría necesitar mis servicios. Petro solía enviarme clientes, aunque sólo fuera para evitar el trato personal con aquellos tipejos cargantes.

No lo encontré en ninguno de sus lugares habituales, de modo que fui a su casa. Allí sólo hallé a su esposa, un desafortunado placer. Arria Silvia era una mujer menuda y bonita, de manos pequeñas y nariz bien dibujada, piel suave y cejas finas como las de un niño. En cambio, nada de suave había en su carácter, muestra de lo cual era la durísima opinión que tenía de mí.

—¿Qué tal Helena, Falco? ¿Te ha dejado ya?

—Todavía no.

—¡Lo hará! —me espetó. Hablaba en tono de broma, aunque bastante cáustico, y acogí sus palabras con cautela. Le dejé a Petro el mensaje de que me hallaba libre de obligaciones y, a continuación, me marché precipitadamente.

Ya que estaba por la zona, me acerqué a casa de mi madre. Mamá había salido de visita y no me sentía de humor para escuchar las quejas de mis hermanas respecto a sus maridos, de modo que di por terminada mi ronda de conocidos y parientes (una decisión nada difícil) y volví a casa.

Me recibió allí una escena inquietante. Había cruzado el callejón pestilente hacia la lavandería de Lenia, el establecimiento de precios reventados —del que

desaparecían muchas prendas— que ocupaba la planta baja de nuestro edificio, cuando advertí la presencia de unos recios soldados cargados de correajes que aguardaban cerca del pie de las escaleras tratando de pasar inadvertidos. Un empeño difícil, pues las escenas de batalla de los bruñidos petos despedían un brillo que habría paralizado un reloj de arena, por no hablar de un transeúnte, y una decena de niños decididos se habían colocado en un círculo para contemplar boquiabiertos las plumas escarlata de sus cascos, desafiándose entre ellos a ver quién era capaz de meter palitos entre los fuertes tirantes de las botas. Se trataba de miembros de la guardia Pretoriana. Todo el Aventino debía de haberse enterado ya de su presencia.

No recordé haber hecho nada últimamente que pudiera despertar las objeciones de los militares, de modo que di por sentado que se trataba de una ronda inocente y continué mi marcha. Aquellos héroes estaban fuera de su habitual ambiente refinado y daban muestras de bastante nerviosidad. No me sorprendió ser detenido al pie de la escalera por dos lanzas que se cruzaron ante mi pecho.

—Tranquilos, muchachos, no me vayáis a estropear la ropa. ¡A esta túnica aún le quedan varias décadas de vida...!

Una muchacha de la lavandería apareció entre el vapor con una mueca burlona en el rostro y cargando una cesta de ropa sucia especialmente desagradable. La mueca iba dirigida a mí.

—¿Amigos tuyos? —preguntó la chica con sorna.

—¡No me insultes! Deben de haber salido a detener a algún alborotador y se habrán perdido...

Pero era evidente que no estaban allí para detener a nadie. Sin duda, algún afortunado ciudadano de aquella sórdida parte de la sociedad estaba recibiendo la visita de un miembro de la familia imperial, de incógnito salvo por la destacada presencia de guardia personal.

—¿Qué sucede? —pregunté al centurión que estaba al mando.

—Es confidencial. ¡Circula!

Para entonces, ya había adivinado quién era la víctima (yo) y la razón de la visita (convencerme de que aceptara la misión en Germania de la que me había avisado Momo). Me sentí lleno de malos presagios. Un encargo tan especial o tan urgente como para exigir semejante trato personal debía de implicar unas dificultades de las que, sin duda, iba a abominar. Me detuve un momento y me pregunté cuál de los Flavios habría aventurado sus pies principescos por el fétido fango de nuestro callejón.

El emperador en persona, Vespasiano, era demasiado distinguido y sensible en cuestiones de protocolo como para mezclarse con la plebe. Además, ya había cumplido los sesenta. No habría podido con las escaleras de mi casa.

En cuanto a su hijo menor, Domiciano, cierta vez me había cruzado en su camino.

En esa ocasión había desenmascarado una jugarreta del joven César, lo cual significaba que ahora Domiciano querría verme borrado de la faz de la tierra, y yo sentía lo mismo hacia él. Sin embargo, en nuestras relaciones sociales nos limitábamos a ignorarnos.

Tenía que ser Tito.

—¿Tito César ha venido a ver a Falco? —Sí, era lo bastante impetuoso para ello. Con un expresivo gesto de desprecio al secretismo oficial dirigido al militar, aparté las puntas de las lanzas, impresionantemente relucientes, con uno de mis delicados dedos—. Soy Marco Didio. Será mejor que me dejes pasar para que pueda escuchar qué nueva alegría me depara esta vez la burocracia.

Me permitieron pasar, aunque no sin dirigirme una mirada sarcástica. Tal vez habían creído que su heroico comandante se había rebajado a un escarceo con una prostituta del Aventino.

Sin darme ninguna prisa, dada mi condición de ferviente republicano, subí las escaleras.

Cuando entré, Tito estaba hablando con Helena. Me detuve en el acto. La mirada que habían cruzado los pretorianos empezaba a tener más sentido. Y empecé a pensar que había sido un estúpido.

Helena estaba sentada en el balcón, una estrecha plataforma que colgaba peligrosamente sobre el costado del edificio y cuyos viejos soportes de piedra se sostenían firmes gracias, sobre todo, a la mugre acumulada en veinte años. Aunque había espacio suficiente para que un tipo informal como yo compartiera el banco con ella, Tito había permanecido, educadamente, de pie junto a la puerta. Ante él se extendía una vista espectacular de la gran ciudad que gobernaba su padre, pero Tito no prestaba atención a la panorámica. Con Helena presente, ¿quién se la prestaría?, me dije. Y Tito compartía mi opinión abiertamente.

Teníamos la misma edad y era un tipo optimista, de cabello rizado, que jamás se dejaría amargar por la vida. Aun cuando las palmas de pan de oro bordadas en su túnica eran una visión incongruente en aquel alojamiento tan poco majestuoso, Tito conseguía no parecer fuera de lugar. Tenía una personalidad atractiva y se sentía cómodo allí donde estuviera. Era agradable y, para alguien de su alto rango, refinado hasta las cintas de las sandalias. Era un versátil negociador político: senador, general, comandante de los pretorianos, mecenas de edificios públicos y benefactor de las artes. Además, era bien parecido. Yo tenía a la chica (aunque no lo declarásemos en público); Tito César tenía todo lo demás.

En el instante en que lo vi hablando con Helena, su rostro tenía una expresión complacida, juvenil, que me hizo apretar los dientes. Estaba apoyado en la puerta con los brazos cruzados, ajeno a que las bisagras podían ceder en cualquier momento. Esperé que así fuera. Ojalá dieran con Tito y su espléndida túnica púrpura de espaldas

en el suelo de mi destartalado aposento. A decir verdad, tan pronto lo vi allí, en animada conversación con mi novia, me puse de un humor en el que casi cualquier traición parecía una idea brillante.

—Hola, Marco —dijo Helena... poniendo demasiado cuidado en adoptar una expresión neutra.

III

—Buenas tardes —dije con esfuerzo.

—¡Marco Didio! —El joven César se mostró relajado y simpático. Yo me mantuve serio, sin dejar que su actitud me turbara—. He venido a condolerme por la pérdida de tu vivienda. —Tito se refería al piso que había alquilado hacía poco y que tenía todas las ventajas... salvo que, mientras el repulsivo cuchitril que ahora ocupaba permanecía erguido en desafío a todos los principios de la ingeniería, el otro edificio se había derrumbado en medio de una nube de polvo.

—Un buen cobijo. Construido para durar —respondí—. ¡Es decir, para durar una semana!

Helena soltó una risilla, lo cual dio una excusa a Tito para decir:

—He encontrado a la hija de Camilo Vero esperando aquí; he tratado de entretenerla...

Seguramente sabía que estaba tratando de reclamar la propiedad de Helena Justina, pero le convenía aparentar que la muchacha era un modelo de recato y modestia a la espera de un príncipe ocioso con el que pasar el día.

—¡Oh, gracias! —repliqué con acritud.

Tito dirigió a Helena Justina una mirada de reconocimiento que me dejó lleno de dudas. Él siempre la había admirado, y a mí eso me sacaba invariablemente de mis casillas. Me alivió observar que, pese a lo que me había dicho, Helena no se había pintado los ojos como si esperara un visitante. Aun así, estaba deliciosa con el vestido rojo que me gustaba, unas ágatas colgadas de las orejas por finos aros de oro y el cabello oscuro recogido simplemente con unas peinetas. Tenía un rostro despierto, fuerte, demasiado controlado en público, aunque en privado se derretía como miel bajo un sol cálido. A mí me encantaba aquello... siempre que el único por quien se derritiera fuese yo.

—¡Casi me olvido de que ya os conocéis! —comentó Tito.

Helena permaneció en silencio, a la espera de que de un momento a otro yo le dijera al joven César que muy íntimamente. Pero mantuve un terco silencio. Tito era mi patrón; si me encomendaba un encargo, lo llevaría a cabo debidamente. ¡Pero ningún don Juan palaciego se apropiaría jamás de mi vida privada!

—¿Qué puedo hacer por vos, señor?

Con cualquier otro, mi tono habría sonado amenazador. Pero nadie que aprecie la vida profiere amenazas contra el hijo del emperador.

—A mi padre le gustaría hablar contigo, Falco.

—¿Están de huelga los bufones de palacio? Si Vespasiano anda corto de risas, veré qué puedo hacer.

A dos pasos de mí, los ojos pardos de Helena habían adquirido una firmeza

implacable.

—Gracias —respondió. Sus modales corteses siempre me hacían sentir como si hubiera descubierto salsa de pescado del día anterior en mi camisa. Era una sensación que me ofendía, y mucho más en mi propia casa—. Tenemos una propuesta que plantearte...

—¡Ah, bien! —respondí sombrío, con una mueca ceñuda para insinuarle que estaba advertido del mal trago que me preparaban.

Tito se separó por fin de la puerta plegadiza, que se agitó penosamente pero se mantuvo en pie, y dirigió un leve gesto a Helena, dando a entender que creía que su presencia allí era para tratar algún asunto y que no quería interrumpir. Ella se puso en pie educadamente mientras él se encaminaba hacia la puerta, pero permitió que lo acompañase hasta la escalera, como si fuera el único propietario.

Cuando entré de nuevo, fui a inspeccionar la destartada puerta plegadiza.

—Alguien debería decirle a su señoría que no está bien que apoye su augusta persona en el mobiliario de los plebeyos... —Helena guardó silencio—. ¿Otra vez esa mirada pomposa tuya, querida? ¿He sido demasiado brusco?

—Supongo que Tito está acostumbrado —respondió ella sin levantar la voz. No le había dado un beso y sabía que se había dado cuenta. Quise hacerlo, pero ya era demasiado tarde—. Que Tito sea tan accesible debe hacer que la gente se olvide de que está hablando con el asociado del emperador, con el futuro emperador en persona.

—¡Tito Vespasiano nunca olvida quién es!

—No seas injusto, Marco.

—¿Qué quería? —pregunté, y apreté los dientes.

Ella pareció sorprendida.

—Pedirte que acudas a ver al emperador... para hablar de Germania, probablemente.

—Para eso podría haber enviado un emisario. —Helena empezaba a parecer molesta conmigo, de modo que, como es lógico, me puse aún más insistente—. Por otra parte, podríamos haber hablado de Germania aquí mismo, durante su visita. Y con más discreción, si se trata de un tema delicado.

Helena cruzó las manos sobre la cintura y cerró los ojos, rehusando la pelea. Dado que normalmente discutía conmigo a la menor ocasión, la novedad era mala noticia.

La dejé en el balcón y volví dentro. Encima de la mesa había una carta.

—¿Ese rollo es para mí?

—No, es mío —respondió—. Es de Aeliano; me lo envía desde Hispania.

Se refería al menor de sus hermanos. Yo había recibido la impresión de que Camilo Aeliano era un joven bastardo de orejas prominentes con quien no permitiría

que me vieran beber pero, ya que aún no lo había conocido en persona, me callé.

—Puedes leerla —me ofreció.

—¡La carta es tuya! —rechacé su propuesta, inflexible.

Pasé a la alcoba y me senté en la cama. Conocía perfectamente la razón de la visita de Tito. No tenía nada que ver con ninguna misión que me quisiera proponer. No tenía nada que ver conmigo, en absoluto.

Antes de lo que esperaba, Helena entró y se sentó a mí lado en silencio.

—¡No te resistas! —Su aspecto era igual de melancólico mientras me abría los dedos, obligándome a cogerle la mano—. ¡Oh, Marco! ¿Por qué la vida no puede ser tranquila?

No estaba de humor para filosofías, pero cambié la presión de mi mano hasta convertirla en algo ligeramente más afectuoso.

—¿Y qué era lo que te contaba tu regio admirador?

—Sólo hablábamos de mi familia.

—¡Ah, caramba! —Repasé mentalmente el árbol genealógico de Helena, como debía de haber hecho Tito: generaciones de senadores (lo cual era más de lo que él podía decir de sí mismo, con sus orígenes sabinos de clase media, recaudadores de impuestos); su padre, un decidido partidario de Vespasiano; su madre, una mujer de reputación intachable; sus dos hermanos menores, lejos de Roma cumpliendo el servicio cívico. Y uno de ellos, al menos, acabaría propuesto para el Senado. Todo el mundo me había asegurado que se esperaban grandes cosas del noble Aeliano. Y Justino, a quien sí había conocido, parecía un hombre decente.

—Pues Tito parecía encantado con la conversación. ¿Hablabais de ti, también?

Helena Justina: educación liberal, carácter vivaracho, dotada de un gran atractivo alejado de los patrones a la moda, sin escándalos en su vida (salvo yo). Había estado casada; pero se había divorciado por mutuo consentimiento y, en cualquier caso, el hombre ya había muerto. Tito, por su parte, había estado casado dos veces; la primera, había enviudado; la segunda, se había divorciado. Yo, por mi parte, no me había casado nunca, aunque era menos inocente que ellos dos juntos.

—Tito es un hombre; sólo habla de sí mismo —dijo ella con aire burlón. Solté un bufido. A Helena, la gente siempre le contaba cosas. También a mí me gustaba charlar con ella. Helena era la única persona a quien podía hablar casi de cualquier tema, lo cual consideraba mi prerrogativa exclusiva.

—¿Sabes que está enamorado de la reina Berenice de Judea?

Helena me dirigió una pequeña sonrisa.

—¡Entonces, tiene mis más sentidas condolencias! —La sonrisa no era especialmente dulce y, en realidad, no iba dirigida a mí. Al cabo de un momento, añadió con más calma—: ¿Qué es lo que te preocupa?

—Nada —respondí.

Tito César nunca se casaría con Berenice. La reina judía era protagonista de una historia sumamente exótica. Roma jamás aceptaría una emperatriz extranjera, ni toleraría a un emperador que tratase de sugerir la importación de una de ellas. Su alteza era el heredero del Imperio. Su hermano Domiciano poseía algunos de los talentos de la familia, pero no todos. El propio Tito había engendrado una hija, aún de corta edad, pero ningún hijo varón. Y dado que la principal baza de los Flavios para acceder a la púrpura había sido el argumento de proporcionar estabilidad al Imperio, el pueblo opinaría probablemente que el joven debía afanarse en buscar una esposa decente entre las romanas. Muchas mujeres, tanto las decentes como las que no lo eran, debían de estar esperando a que lo hiciese.

Así pues, ¿qué había de pensar si me encontraba a aquel destacado personaje conversando con mi chica? Helena Justina era una compañera atenta, considerada, graciosa y de buen carácter (cuando quería); siempre demostraba buen juicio, tacto y un alto sentido del deber. De no ser porque estaba prendada de mí, era exactamente la clase de mujer que Tito debería buscarse.

—Escucha, Marco Didio, yo elegí vivir contigo.

—¿Por qué me vienes de pronto con éstas?

—Porque da la impresión de que lo hubieras olvidado —dijo ella.

Aunque me abandonase mañana mismo, jamás lo olvidaría. Pero eso no significaba que pudiera contemplar nuestro futuro en común con la menor confianza.

IV

La semana siguiente fue extraña. Me sentía agobiado por la amenaza de aquel horrible viaje a Germania que se cernía sobre mí. De acuerdo, era trabajo y no estaba en condiciones de rechazarlo, pero recorrer las fronteras de Europa con sus tribus bárbaras constituía uno de los principales entretenimientos a evitar.

Además, me descubrí inspeccionando el piso en busca de señales de que Tito había rondado por allí. No había ninguna, pero Helena me sorprendió mientras buscaba y eso hizo crecer aún más la tensión.

Mi anuncio en el Foro atrajo en primer lugar a un esclavo que, evidentemente, jamás habría podido pagarme. Además, andaba buscando a un hermano gemelo perdido hacía mucho, algo que un autor teatral de segunda clase quizá consideraría una investigación interesante, pero que a mí me parecería un trabajo aburrido. Después se presentaron dos funcionarios buscadores de fortuna, una mujer chiflada que estaba convencida de que Nerón era su padre (lo que me hizo ver que estaba loca fue que pretendía que yo encontrase las pruebas) y un cazador de ratas. Este último era el personaje más interesante, pero quería que le consiguiera una carta de ciudadanía. No me habría resultado difícil obtener una en la oficina del censor, pero no me meto en falsificaciones ni siquiera por una personalidad interesante.

Petronio Longo me envió una mujer que quería saber si su marido, que había estado casado anteriormente, tenía algún hijo cuya existencia le hubiera ocultado. Pronto pude confirmarle que no había ninguno registrado. Mientras investigaba el asunto, me encontré con una esposa de más, de cuyo divorcio no existía constancia oficial. La mujer estaba ahora felizmente casada con un cocinero de aves (utilizo «felizmente» en el sentido convencional; supongo que la mujer estaba tan irritada con la vida como cualquiera). Decidí no comentar el asunto a mi cliente. Un buen informador responde sobre lo que le han preguntado; después, se retira de la escena.

El caso de Petro me produjo dinero suficiente para una cena de salmonetes. El resto lo gasté en rosas para Helena con la esperanza de parecer un hombre con perspectivas. Habría sido una velada deliciosa, de no ser porque Helena la aprovechó para informarme de que ella tenía sus propias perspectivas. Tito la había invitado a palacio con sus padres, pero sin mí.

—Déjame adivinar... ¿una cena discreta que no constará en la lista de actividades oficiales? ¿Cuándo será?

Noté que titubeaba.

—El jueves.

—¿Piensas ir?

—La verdad es que no quiero.

Su rostro estaba tenso. Si llegaba a oídos de su respetable y acomodada familia un

posible emparentamiento con el astro de la corte imperial, la presión sobre Helena se haría insoportable. Una cosa era marcharse de casa mientras sus progenitores no tenían otros planes. Después de un matrimonio desgraciado, su padre me había dicho con toda franqueza que era reacio a empujarla a otro. Dedicado y concienzudo, Camilo Vero era un padre poco corriente. Aun así, después de la escapada debía de haber habido tormenta. Helena me había mantenido a salvo de la mayor parte de los truenos, pero todavía soy capaz de contar los nudos de la madera de un tablón. La familia quería que regresara antes de que toda Roma se enterase de que estaba tonteando con un mísero informante y los poetas satíricos empezaran a cantar el escándalo en odas salaces.

—Marco... ¡Oh, Marco!, lo que realmente deseo es pasar esa velada contigo...

La vi inquieta. Al parecer, pensaba que yo debería intervenir, pero no estaba en mi mano hacer nada respecto a aquella cita de tan mal agüero; rechazar a Tito era cosa exclusivamente de ella.

—A mí no me mires, encanto. Nunca acudo donde no he sido invitado.

—¡Vaya novedad! —Detesto a las mujeres irónicas—. Marco, voy a decirle a papá que tengo una cita anterior que no puedo eludir; una cita contigo...

Me dio la impresión de que Helena evitaba la cuestión.

—Lo siento —dije concisamente—. El jueves tengo que viajar a Veii. Debo investigar a una viuda por encargo de un cliente buscador de fortunas.

—¿No puedes dejar el viaje para otro día?

—Necesitamos el dinero de la minuta. ¡Arriésgate! —añadí, burlón—. Acude a palacio y disfruta. Tito César es un pedazo de manteca de cerdo salido de una oscura familia rural; puedes manejarlo sin problemas, querida... ¡siempre, claro está, que quieras hacerlo!

Helena palideció aún más.

—¡Marco, te estoy pidiendo que te quedes aquí conmigo! —Hubo algo en su tono de voz que me inquietó pero, para entonces, sentía tanta lástima de mí mismo que me resistí a modificar mi postura—. Esto significa mucho para mí —me advirtió en un peligroso tono de voz—. No te lo perdonaré nunca...

Aquello fue definitivo. Las amenazas de una mujer sacan a relucir lo peor que llevo dentro. Me marché a Veii.

Veii resultó un callejón sin salida. En cierto modo, era lo que esperaba.

Encontré a la viuda sin muchas dificultades, pues todos en Veii habían oído hablar de ella. Ignoro si poseería o no una fortuna, pero era una morena vivaz de ojos chispeantes que no tuvo reparos en confiarme que estaba dejándose querer por cuatro o cinco viles pretendientes, caballeros que se habían dicho amigos de su difunto marido y ahora creían poder serlo aún mejores de ella. Uno de los hombres era un exportador de vinos que vendía numerosos cargamentos de vino etrusco, áspero y

peleón, a los galos (se trataba de uno de los principales candidatos, si la viuda se decidía por alguno, aunque yo dudaba de que lo hiciera; las cosas le iban demasiado bien tal como estaban).

Yo mismo recibí ciertas insinuaciones de ella respecto a que una estancia en Veii podía resultarme muy grata, pero durante todo el viaje hasta allí me había acosado el recuerdo de la expresión suplicante de Helena, de modo que, mascullando maldiciones y bastante arrepentido de mi decisión de dejar Roma, volví a toda prisa a la ciudad.

Helena no estaba en el piso. Seguramente, ya iba camino de palacio. Salí a emborracharme con Petronio. Él era un hombre casado, de modo que tenía sus propias tensiones domésticas y siempre se alegraba de prestarse a acompañarme en una noche de jarana.

Regresé tarde a casa, deliberadamente. Helena no tuvo ocasión de molestarse, pues no apareció en toda la noche.

Pensé que se había quedado a dormir en casa de sus padres, lo cual ya era bastante malo. Pero cuando, a la mañana siguiente, no se presentó por la Plaza de la Fuente, el horror se apoderó de mí.

V

Me sentía como un auténtico arenque ahogándose en salmuera.

Descarté cualquier idea de que Tito la hubiese hecho desaparecer. El retoño imperial era demasiado recto. Además, Helena era una chica decidida y resuelta que jamás toleraría algo semejante.

Tampoco me atreví en modo alguno a presentarme en casa del senador para rogarle que me informara de qué sucedía. De entrada, fuera lo que fuere, seguro que su encumbrada y poderosa familia me echaría a mí las culpas.

Encontrar mujeres perdidas era mi oficio. Encontrar a la mía debería ser tan sencillo como recoger guisantes. Por lo menos, sabía que si la habían asesinado y ocultado bajo los tablones del suelo, ese suelo no era mío. Aunque eso no resultaba especialmente consolador.

Empecé por donde se empieza siempre: investigando el piso para ver qué se había dejado allí. Una vez hube quitado de en medio mis propios detritos, el resultado fue que no se había dejado gran cosa. Al mudarse no había llevado consigo demasiada ropa ni objetos de adorno; la mayor parte de todo ello había desaparecido. Encontré una de sus túnicas revuelta con algunas prendas mías, una horquilla de azabache bajo la almohada de mi lado de la cama, un bote de saponita lleno de su crema facial favorita detrás de la cómoda... Y eso era todo. A regañadientes, llegué a la conclusión de que Helena Justina había recogido todas sus pertenencias de mi piso y se había marchado, enfadada.

Me pareció demasiado drástico... hasta que descubrí una pista. La carta de su hermano Aeliano seguía sobre la mesa, donde había quedado cuando Helena me había dicho que podía leerla.

Lo hice ahora. Al principio, deseé no haber desenrollado el manuscrito. Después, me alegré de saber lo que decía.

Aeliano era un joven relajado y perezoso que, normalmente, jamás se molestaba en mantener correspondencia con la familia, aunque Helena le escribía con regularidad. Ella era la mayor de los tres hijos de Camilo y trataba a sus hermanos menores con el tipo de afecto pasado de moda que en otras familias se había abandonado al término de la República. Yo ya me había dado cuenta de que el predilecto de Helena era Justino; las cartas a Hispania eran más un deber. Parecía lógico que Camilo Aeliano, tras recibir noticia de que su hermana se había juntado con un plebeyo de oficio mal considerado, le escribiera una carta llena de divagaciones tan corrosivas que la solté con asco. Aeliano estaba abrumado ante el perjuicio que su hermana había causado al nombre de su noble familia. Y lo expresaba con toda la tosca insensibilidad de un joven de veintitantos años.

Helena, tan amante de la familia, debía de haberse sentido herida en lo más

hondo. Sin duda le había dado vueltas a todo aquello sin que yo lo advirtiera. Y entonces había aparecido Tito, con su amenaza de desastre... Era muy propio de ella no mencionar una palabra del tema. Y muy propio de mí haberle vuelto la espalda cuando finalmente se había decidido a pedirme ayuda.

Tan pronto leí la carta, deseé estrecharla entre mis brazos. Demasiado tarde, Falco. Demasiado tarde para consolarla. Demasiado tarde para cobijarla. Demasiado tarde para todo, al parecer.

No me sorprendí cuando me llegó un mensaje, breve y amargo, diciendo que Helena no podía soportar Roma un día más y que se había marchado al extranjero.

VI

Y así fue cómo me dejé enviar a Germania.

Sin Helena, Roma no tenía nada que ofrecerme. Era inútil intentar ir tras ella, pues había retrasado su mensaje el tiempo suficiente para que su rastro ya estuviera frío. Pronto me harté de que los miembros de mi familia dejaran bien sentado que siempre habían creído que me abandonaría. No pude alegar nada en mi defensa, pues yo mismo lo había esperado siempre. El padre de Helena solía acudir a los mismos baños que yo, de modo que también me resultó difícil evitarlo. Finalmente, me sorprendió mientras trataba de esconderme tras una columna; se sacó de encima al esclavo que le estaba frotando la espalda con la raedora y corrió a mi encuentro envuelto en una nube de aceite perfumado.

—Confío, Marco, en que podrás decirme dónde esta esa hija mía...

—Bien, señor, ya conoce a Helena Justina... —Tragué saliva.

—¡Tampoco tienes idea! —exclamó su padre, y al instante pasó a disculparse por el comportamiento de Helena como si fuera yo quien debía sentirse ofendido por su conducta extravagante.

—¡Tranquilícese, senador! —dije, al tiempo que lo envolvía en una toalla, tratando de calmarlo—. He convertido en mi oficio seguir la huella de los tesoros de otros cuando los echan en falta. Buscaré su rastro.

Traté de no parecer demasiado preocupado por mis mentiras. Él, también.

Mi amigo Petronio hizo cuanto pudo para animarme, pero incluso él estaba bastante asombrado.

—¡Al extranjero! Falco, tienes el cerebro de un barbo deficiente. ¿No podías enamorarte de una chica normal, de esas que corren a casa de su madre cada vez que las haces llorar, pero a la semana siguiente vuelven con una gargantilla nueva que uno tendrá que pagar?

—Sólo una chica aficionada a los gestos espectaculares e inútiles podría enamorarse de mí.

Petronio dejó escapar un gruñido de impaciencia.

—¿La vas a buscar?

—¿Cómo? Podría estar en cualquier sitio, desde Lusitania hasta el desierto nabateo. Olvídalo, Petro; ¡ya estoy harto de tonterías!

—Bueno, las mujeres nunca viajan muy lejos solas... —Petronio siempre prefería las mujercitas tímidas y tontas... o, al menos, las que lo convencían de que lo eran.

—Las mujeres nunca viajan solas, sencillamente. ¡Pero una mera norma no detendrá a Helena!

—¿Por qué se ha marchado?

—No sé qué decirte.

—¡Oh, ya veo! ¡Tito! —Alguno de los guardias de Petronio debía de haber visto a los pretorianos apostados a la puerta de mi casa—. ¡Entonces, Marco, no hay nada que hacer!

Le dije que estaba cansado de ver tanto optimismo a mi alrededor y me marché por mi lado.

Cuando me llegó una nueva convocatoria de palacio, presumiblemente de Vespasiano, supe que debía de ser Tito, en efecto, quien tramaba quitarme de en medio. Reprimí mi irritación y me prometí sacar al emperador la minuta más alta posible.

Para mi entrevista con la púrpura, realicé un esfuerzo en mi indumentaria, tal como habría sido del gusto de Helena. Me puse una toga y me hice arreglar el cabello. También mantuve los labios apretados para contener mi mueca de desprecio republicana. Todo ello era más de lo que cualquier palacio podía esperar de mí.

Vespasiano y su hijo mayor gobernaban el Imperio como asociados. Pedí por el padre, pero el funcionario que me recibió tenía goma en los oídos. Aun con una invitación escrita del propio Vespasiano, aquella noche le correspondía a Tito, al parecer, el turno de atender las súplicas, los perdones y las comparecencias de desechos de taberna como yo.

—¡Me equivoco de sala del trono! —me disculpé cuando el lacayo renqueante me condujo ante él—. Señor, he oído que el interés del Imperio requiere de mí ser enviado a alguna parte. Dicen los rumores que vuestro noble padre tiene una propuesta horrible que estoy ansioso por conocer.

Tito captó mi sutil referencia a sus motivos personales. Al oír el comentario de que quizá tuviera que marcharme, soltó una breve risilla a la que no me sumé. Hizo un gesto a un esclavo, probablemente para que me condujera ante el emperador, pero luego nos hizo esperar.

—He estado intentando saber algo de cierta mujer cliente tuya... —reconoció, con excesiva despreocupación.

—¡De modo que nos ha dado esquinazo a los dos! ¿Qué os dijo? —Tito no respondió; por lo menos, Helena me había preferido a mí para enviar su airado mensaje. Un poco más envalentonado, arriesgué una sonrisa burlona—: Está de viaje. Una visita fraternal, según parece. Hace poco recibió una carta del noble Aeliano, muy irritado por cierto desprecio imaginado. —No vi ninguna necesidad de confundir a Tito con explicaciones sobre quién era el autor de la presunta ofensa.

Tito frunció el entrecejo con cautela.

—Si su hermano estaba tan molesto, lo más lógico sería evitarlo, ¿no crees?

—La reacción de Helena Justina sería presentarse ante él de inmediato —le aseguré. La mirada de Tito aún seguía dubitativa. Creo que él también había tenido una hermana, una muchacha impecable que se había casado con un primo y había

muerto muy joven, de parto, como se suponía debían hacerlo las mujeres romanas de buena familia—. A Helena le gusta afrontar las cosas, señor.

—¡Caramba! —comentó él, con ironía tal vez. A continuación, más pensativo, inquirió—: ¿Camilo Aeliano está en Hispania Bética? ¡Pero si es demasiado joven para cuestor, sin duda! Los futuros senadores suelen actuar como funcionarios financieros en provincias antes de su elección formal para la Curia, a los veinticinco años. Al hermano de Helena deben de quedarle dos o tres años para eso.

—Aeliano es el hijo que más preocupa a toda la familia. —Si Tito quería a Helena, tendría que aprender muchas cosas de sus parientes. Le describí la situación con toda franqueza y desparpajo—: El senador convenció a un amigo suyo de Córdoba de que le encontrase un empleo antes de tiempo, para de ese modo proporcionarle desde muy temprano la ventaja de adquirir experiencia lejos de la metrópoli.

A juzgar por lo que había escrito a su hermana, aquel plan para enseñar diplomacia a Aeliano era una pérdida de tiempo y de dinero.

—¿Y ha demostrado alguna cualidad especial?

—Camilo Aeliano parece bien dotado para una carrera pública espectacular —respondí con seriedad.

Tito César me observó como si sospechara en mis palabras una insinuación de que el criterio normal para un rápido progreso en el Senado era pasar por un mal trago.

—Veo que estás bien enterado —dijo. Me lanzó una mirada perspicaz y llamó a un mensajero—. Falco, ¿cuándo se ha marchado Helena Justina?

—No tengo idea.

Murmuró algo a su emisario y capté una mención a Ostia. Tito se dio cuenta de que lo había oído.

—La dama es miembro de una familia senatorial; puede prohibirle que abandone Italia —me dijo en tono defensivo mientras el mensajero se retiraba.

—De modo que ha tomado unas vacaciones sin autorización. ¿Por qué no? —Me encogí de hombros—. No es ninguna vestal, ni sacerdotisa del culto imperial. Vuestros antecesores en el cargo la habrían mandado al exilio por mostrarse tan independiente, pero Roma esperaba algo mejor de los Flavios.

Sin embargo, si él lograba encontrarla (y yo ya había pasado un día investigando en los muelles de Ostia, infructuosamente) estaba absolutamente dispuesto a permitir que Tito hiciese escoltar a mi dama de regreso a Roma. Sabía que sería tratada con respeto merced a su posición social. También sabía que Tito Flavio Vespasiano se vería entre Escila y Caribdis si daba la orden.

—Helena Justina se resistirá con todas sus fuerzas a ser sacada del barco. Si lo deseáis, me encargaré personalmente —dije—. ¡Si esa dama se enfurece, puede que

la guardia Pretoriana no baste para reducirla!

Tito no hizo el menor ademán de llamar de nuevo al mensajero.

—Estoy seguro de que sabré aplacar a Helena Justina... —Ninguna mujer a la que deseara de verdad sería capaz de volverle la espalda. Con aires de grandeza se alisó los amplios pliegues de su túnica púrpura. Yo separé un poco los pies y asumí una expresión dura. Entonces, él preguntó de pronto—: La hija de Camilo Vero y tú parecéis extrañamente unidos.

—¿Eso os parece?

—¿Estás enamorado de ella?

—César mío, ¿cómo podría yo atreverme? —pregunté con una sencilla sonrisa.

—¡Es la hija de un senador, Falco!

—Todo el mundo me lo repite.

Los dos éramos profundamente conscientes del poder del padre de mi interlocutor y de cuánta autoridad le había traspasado ya a Tito para que la usara a su albedrío. El joven asociado al trono era demasiado educado para establecer comparaciones entre nosotros, pero yo sí lo hice.

—¿Vero aprueba esto?

—¿Cómo podría, señor?

—¿Lo permite, entonces?

—Helena Justina es una muchacha encantadoramente excéntrica —respondí. A juzgar por su expresión, Tito ya lo había apreciado. Me pregunté de qué habrían hablado; después me hice otra pregunta más dolorosa: qué le habría dicho ella.

Tito se movió en su asiento, dando por concluida la entrevista. Bien, podía hacerme salir de la sala del trono y ordenarme que abandonara Roma, pero los dos estábamos mucho menos seguros de que podía excluirme de la vida de Helena.

—Marco Didio, mi padre necesita que emprendas un viaje. Considero que esto será lo mejor para todos.

—¿Hay alguna posibilidad de que ese viaje sea a la Bética? —aventuré con descaro.

—¡Te equivocas de dirección, Falco! —respondió con más satisfacción de la debida. Al tiempo que se incorporaba, murmuró—: Esperaba recibir aquí a la dama el jueves pasado. Lamento que no acudiera... aunque a la mayoría de la gente le gusta celebrar sus fechas señaladas en la intimidad de los suyos... —Era una especie de prueba. Lo miré fijamente, sin delatar nada—. ¡El aniversario de Helena Justina! —explicó entonces, como quien saca un doble seis con los dados cargados.

Aquello era nuevo para mí. A Tito no se le escapó el detalle.

Contuve con dificultad una reacción instintiva, que era golpear aquel mentón soberbiamente rasurado y atravesar aquella dentadura perfecta hasta alcanzar la nuca de aquel cráneo imperial.

—¡Que lo pases bien en Germania!

Tito mitigó su aire triunfal. Pero fue en ese instante cuando me obligué a mí mismo a asimilar que Helena y yo nos encontrábamos en un buen apuro. Si la situación se había vuelto incómoda para ella, resultaba decididamente peligrosa para mí. Y fuera cual fuere la sórdida misión que se proponían encargarme en esta ocasión, a Tito César le resultaría muy conveniente que fracasara en mi propósito.

Tito era el hijo del emperador y tenía numerosos recursos para asegurarse de que, una vez enviado fuera de Roma, nunca más volviese a poner los pies en la ciudad.

VII

Abstraído en mis reflexiones, fui conducido a través de los perfumados despachos de tres chambelanes.

No soy del todo estúpido. Después de diez años de lo que yo llamaría una exitosa vida galante, el cumpleaños de una novia nueva era una fecha que siempre intentaba averiguar cuanto antes. Se la pregunté a Helena, pero ella se tomó a risa la pregunta. Acudí a su padre pero, al no tener a mano a su secretario con la lista de festividades familiares, también evitó darme una respuesta. La madre podría habérmelo dicho, pero Julia Justa tenía mejores maneras de irritarse que hablando de su hija conmigo. Incluso pasé horas en la oficina del censor buscando el certificado de nacimiento de Helena, sin éxito. O bien el senador se había dejado llevar por el pánico ante la llegada de su primogénita (algo comprensible) y no se había acordado de registrarla como era debido, o bien la había encontrado bajo una mata de laurel y no podía llamarla ciudadana romana.

Una cosa era cierta. Yo había cometido un sacrilegio doméstico. Helena Justina podía pasar por alto muchos insultos, pero mi escapada a Veii el día de su aniversario no era uno de ellos. No importaba que yo ignorase que era una fecha tan señalada. Debería haberlo sabido.

—Didio Falco, señor...

Antes de que pudiera concentrarme en asuntos políticos, un mayordomo queapestaba a vanidad de muchos años y a cebollas recién asadas anunció mi nombre al emperador.

—¿A qué viene esa cara tan larga, Falco?

—Líos de mujeres —reconocí.

Vespasiano soltó una carcajada de placer. Echó hacia atrás su gran cabeza y repitió la risotada.

—¿Quieres mi consejo?

—Gracias, señor —dije con una sonrisa—. Por lo menos, mi querida no se ha largado con mi bolsa ni se ha fugado con mi mejor amigo...

Siguió a esto un breve silencio, como si el emperador acabase de recordar con desaprobación la identidad de mi última aventura.

Vespasiano Augusto era un burgués rollizo de espíritu práctico que había ascendido al poder tras una cruel guerra civil y, desde entonces, se había propuesto demostrar que un hombre podía tener talento para gobernar aunque careciera de antepasados distinguidos. Él y su hijo mayor, Tito, lo estaban consiguiendo... lo cual les garantizaba que jamás serían aceptados por los esnobs del Senado. Con todo, Vespasiano llevaba sesenta años luchando; demasiados para esperar un reconocimiento fácil, incluso si llevaba la toga púrpura.

—No veo que tengas prisa por saber cuál es tu misión, Falco...

—Sé que no la deseo.

—Es normal —dijo Vespasiano con una pequeña expresión de desprecio. Después, se volvió hacia un esclavo y le ordenó que fuera a buscar a Canidio. No me molesté en preguntar quién era el personaje. Si estaba empleado allí, no me interesaba en absoluto. El emperador me indicó que me acercara más a él—. ¿Qué sabes de Germania?

Abrí la boca para decir «¡El caos!», pero la cerré enseguida, ya que el caos había sido provocado por los propios partidarios de Vespasiano.

Geográficamente, lo que Roma denomina Germania ocupa el flanco este de la Galia. Sesenta años atrás, Augusto había decidido no avanzar más allá de la frontera natural del gran río Rin. Una decisión que le había arrancado el desastre de Quintilio Varo, cuando tres legiones romanas cayeron en una emboscada y fueron barridas por las tribus germanas. Augusto nunca se recuperó. Probablemente, era aquella misma sala del trono la que recorría en sus tiempos, refunfuñando: «Varo, Varo, devuélveme mis legiones...». Incluso después de transcurrido tanto tiempo de la carnicería, yo mismo sentía una extrema aversión a permanecer mucho tiempo donde había ocurrido.

—¿Y bien, Falco?

—Señor —dije, procurando adoptar un tono neutro—, sé que la Galia y nuestras provincias del Rin tuvieron un papel importante en la guerra civil.

Había sido la reciente revuelta de Vindex en la Galia lo que había encendido la mecha al provocar la caída de Nerón. El gobernador de la Germania Superior aplastó la revuelta pero, a su regreso a Roma después de que Galba se hiciera con el trono, sus tropas se negaron a prestar el juramento de Año Nuevo a éste. A la muerte de Galba, Otón se apoderó de Roma, pero las legiones del Rin lo rechazaron y decidieron elegir su propio emperador.

Escogieron a Vitelio, entonces gobernador de la Germania Inferior; un hombre con fama de brutal, bebedor e inmoral: un magnífico candidato al trono del Imperio, para lo que se llevaba en la época. Desde Judea, Vespasiano lo desafió. Con el fin de mantener ocupadas las legiones de Germania, donde Vitelio tenía sus principales apoyos, Vespasiano hizo tratos con un jefe de clan local para que emprendiera unas escaramuzas, como distracción. El plan funcionó... demasiado bien. Vespasiano consiguió la púrpura imperial, pero la rebelión en Germania acabó fuera de todo control.

—Un papel que culminó dramáticamente en la revuelta de Civilis, señor.

El anciano sonrió ante mi cauta ecuanimidad.

—¿Estás al corriente de los hechos?

—Leo la Gaceta Diaria. —Mi tono se hizo tan sombrío como el suyo. Era un

momento delicado en la historia de Roma.

El fiasco en Germania lo revolvió todo. En esos tiempos, Roma era una ciudad desgarrada, pero las espantosas escenas del Rin superaban incluso nuestros propios problemas de pánico, fuego y peste. El líder rebelde —un bátavo exaltado llamado Civilis— había intentado unir a todas las tribus europeas en una visión imposible de una Galia independiente. Durante la confusión que consiguió causar, una serie de fortificaciones romanas fue arrasada y destruida. Nuestra flota del Rin, con remeros nativos, se entregó al enemigo. Vetera, la única guarnición que resistió con cierto éxito, fue rendida por hambre tras un terrible asedio; a continuación, los soldados que se habían rendido fueron asaltados y muertos cuando salían desarmados.

A medida que la revuelta nativa arrasaba Europa, el ánimo de nuestros ejércitos se deterioraba. Por todas partes estallaron motines. Los oficiales que se mostraban reticentes eran asaltados por sus hombres. Había rumores de comandantes legionarios lapidados, huidos o escondidos en tiendas disfrazados de esclavos. Uno fue asesinado por un desertor. Dos más fueron ejecutados por Civilis. El gobernador de la Germania Superior fue arrancado de su lecho de enfermo y asesinado. En un incidente especialmente horrendo, el legado del fuerte rendido de Vetera fue enviado por Civilis, encadenado, como regalo a una influyente sacerdotisa de las tierras bárbaras de Germania; hasta hoy, su suerte sigue siendo una incógnita. Por último, en el punto culminante de los desórdenes, cuatro de nuestras legiones renanas vendieron sus servicios y tuvimos que soportar la vergüenza suprema de unos soldados romanos jurando fidelidad a los bárbaros.

Parece increíble. En cualquier otro período habría sido imposible. Pero en el Año de los Cuatro Emperadores, cuando todo el Imperio ardía en ruinas mientras los contendientes imperiales seguían su enfrentamiento, aquello no era más que un espectáculo especialmente colorista en medio de una locura a gran escala.

Me pregunté lúgubrementemente cómo afectaría a mi gris existencia la colorida frontera renana.

—Germania está bajo nuestro dominio —declaró Vespasiano. En boca de cualquier otro político, habría tomado semejantes palabras por pura fantasía. En la suya, no. Vespasiano era un buen general y sabía rodearse de subordinados eficaces—. Annio Gallo y Petilio Cerealis han logrado dar un vuelco espectacular a la situación.

Gallo y Cerealis habían sido enviados a someter Germania ¡con nueve legiones! Probablemente fuese la mayor fuerza expedicionaria enviada por Roma en su historia, de modo que el éxito era previsible, pero como ciudadano leal sabía bien cuándo mostrarme impresionado.

—Voy a nombrar a Cerealis gobernador de Britania como recompensa.

¡Vaya recompensa! Cerealis había servido en Britania durante la revuelta de

Boadicea, de modo que sabría apreciar el flaco privilegio que se había ganado.

La fortuna me hizo caer en la cuenta de que el estimado Petilio Cerealis estaba emparentado con Vespasiano. Me tragué una observación mordaz y comenté mansamente:

—Señor, el que destinéis a Cerealis a tareas más altas significa que la frontera debe de estar bajo control, ¿no?

—Quedan algunos asuntos por ultimar... pero ya llegaremos a eso. —No importaba lo que se comentara en público, la situación en la región debía de seguir siendo muy delicada. No era buena época para un tranquilo crucero río abajo en una barcaza de vino—. Petilio mantuvo un encuentro con Civilis...

—¡He oído hablar de ello!

Una escena espectacular: los dos comandantes enemigos se habían reunido cara a cara en mitad de un río, hablándose a gritos a través del vacío desde los extremos de un puente hundido. Sonaba como uno de esos episodios surgidos de las brumas de la historia heroica de Roma que los chiquillos aprenden en la escuela.

—Desde entonces, Civilis ha permanecido más tranquilo de lo habitual en él... —Al referirse al jefe rebelde, Vespasiano hizo una pausa que debería haberme alarmado—. Esperábamos que se asentaría pacíficamente en sus tierras bátavas, pero ha desaparecido. —Esto sí que despertó mi interés; leí en ello un mal presagio para mí—. Se rumorea que puede haber viajado hacia el sur. Respecto a eso, me gustaría decirte...

Fuera lo que fuere que se disponía a decirme —o a advertirme— acerca del rebelde Civilis, no llegó a hacerlo porque, en aquel preciso instante, se abrió una cortina y entró un funcionario que debía de ser el tal Canidio.

VIII

Cuando el hombre entró en la sala arrastrando los pies, los atentos muchachos de resplandecientes uniformes blancos que servían al emperador se apartaron y lo miraron con rencor.

Era un auténtico escarabajo de los papiros. Antes incluso de que abriera la boca, adiviné que debía de ser uno de esos tipos raros que rondan por las secretarías haciendo trabajos que nadie más quiere. Ningún palacio que se preciase toleraría su presencia a menos que su contribución fuera irremplazable. Llevaba una túnica de color ciruela damascena bastante sucia, zapatos con cordones torpemente enlazados y un cinturón tan mal teñido que daba la impresión de que la vaca de la que había salido todavía estaba viva. Tenía el cabello lacio y su piel presentaba una palidez gris que hubiese podido quitarse cuando era más joven, pero que a su edad lo impregnaba irremisiblemente. Aunque no olía a humedad, todo su aspecto era mohoso.

—Didio Falco, éste es Canidio —nos presentó el propio Vespasiano con su habitual energía—. Canidio tiene a su cargo el archivo de las legiones.

Así pues, no me había equivocado. Canidio era un funcionario de futuro gris que se había sacado de la manga un trabajo raro en el que se había especializado. Respondí a la presentación con un gruñido evasivo y Vespasiano me dirigió una mirada suspicaz.

—Tu próxima misión, Falco, será como mi emisario personal a la Decimocuarta Gémina, destacada en Germania. —Esta vez olvidé las muestras de hipócrita consideración al emperador y no escondí una mueca de disgusto. Vespasiano hizo caso omiso de ella—. He oído que entre la Decimocuarta reina un ambiente belicoso. Ponnos al corriente, Canidio.

Sin valerse de nota alguna, el funcionario de extravagante aspecto empezó a relatar nerviosamente:

—La legión Decimocuarta Gémina fue creada por Augusto y originariamente se formó en Moguntiacum, en el río Rin. —El hombre tenía una voz fina y quejumbrosa que cansaba enseguida al oyente—. Estaba entre las cuatro legiones escogidas por el divino Claudio para la invasión de Britania y se distinguió por su valentía en la batalla de Medway, con la gran ayuda de sus auxiliares nativos, que eran bátavos.

Estos bátavos, nórdicos del delta del Rin, son excelentes remeros, nadadores y pilotos de río. Todas las legiones romanas cuentan con tales unidades de extranjeros, en particular con caballería nativa.

—Falco no necesita tus anécdotas claudianas —murmuró Vespasiano—. ¡Y yo estuve allí!

El funcionario se sonrojó. Olvidar la historia del emperador era un grave desliz. Vespasiano había mandado la Segunda Augusta en la batalla citada, y tanto él como

la Segunda habían jugado un celebrado papel en la conquista de Britania.

—¡Señor! —Canidio se contorsionó, azorado—. En la lista de honores de la Decimocuarta se cuenta la derrota de la reina Boadicea, por la cual le fue concedido, junto a la Vigésima Valeria, el título honorífico de Martia Victrix.

Tal vez os preguntéis por qué la Segunda Augusta no obtuvo también este prestigioso título. La respuesta es que, debido a una de esas confusiones que se finge que nunca suceden, la magnífica Segunda (que, además de ser la de Vespasiano, era también la mía) no se presentó en el campo de batalla. Las legiones que se enfrentaron a los icenios tuvieron suerte de sobrevivir. Y esa era la causa de que cualquier miembro de la Segunda tuviera que evitar la Decimocuarta Gémina por muchos títulos honoríficos que hubiese de por medio.

Canidio prosiguió su exposición:

—En los recientes conflictos, los auxiliares bátavos de la Decimocuarta tuvieron una actuación fundamental. Habían sido separados de su legión de origen y llamados a Germania por Vitelio. Al principio la Decimocuarta era partidaria de Nerón, ya que éste la había llamado «su mejor legión» después de la revuelta de Boadicea, y luego apoyó a Otón, quien la trajo a Italia. Esto colocó a la legión y a sus cohortes nativas en bandos opuestos y, en la primera batalla de Bedriaco...

Canidio dejó la frase en suspenso, temeroso. Advertí que intentaba evitar el tema, de modo que intervine:

—Está por ver si la Decimocuarta Gémina tomó parte realmente en la batalla de Bedriaco. Antes que reconocer que había sido derrotada, la legión entera afirmó no haber participado en la lucha.

Vespasiano refunfuñó por lo bajo. Debía de opinar que eran meras excusas. Canidio se apresuró a continuar:

—Tras el suicidio de Otón, su legión y sus auxiliares fueron juntados de nuevo por Vitelio. Hubo algunas rivalidades... —añadió el archivero con exquisita discreción, pues no tenía una idea clara de qué pretendía el emperador.

—¡Estás olvidando los detalles pintorescos! —lo interrumpí—. ¡Habla con franqueza! La historia posterior de la Decimocuarta es una serie de riñas y enfrentamientos públicos con sus bátavos, en el transcurso de los cuales pasaron a fuego Augusta Taurinoro...

Este episodio en Turín ponía la disciplina de aquella legión entre grandes interrogantes.

Canidio, consciente de que estaba tratando un tema delicado, se apresuró a concluir:

—Vitelio ordenó que la Decimocuarta regresara a Britania y adscribió las ocho cohortes bátavas a su comitiva personal, hasta que las transfirió al frente de Germania.

Más política. Canidio volvía a mostrarse disgustado.

—En Germania, las cohortes báltavas no tardaron en pasarse a Civilis, lo cual dio un tremendo impulso a la rebelión. —El hecho aún me irritaba—. ¡Dado que Civilis es su jefe, la desertión de los báltavos era previsible!

—Ya es suficiente, Falco —gruñó Vespasiano, negándose a criticar a otro emperador... aunque él mismo lo hubiera derrocado. Hizo un gesto a Canidio, que terminó de expresar su relato:

—La Decimocuarta volvió de Britania una vez más para ayudar a Petilio Cerealis. En este momento, ocupa Moguntiaco.

Terminó su exposición con alivio.

—Sólo han sobrevivido las fortificaciones de la Germania Superior —dijo Vespasiano en tono adusto—, de modo que Moguntiaco protege ahora ambas partes del territorio. —Dada la vital importancia de la fortificación en la que estaban acuarteladas sus fuerzas, era evidente que el emperador debía de sentir una confianza absoluta en la Decimocuarta—. Mi objetivo prioritario es reforzar la disciplina y disipar viejas simpatías.

—¿Qué hay de las tropas que juraron fidelidad a la federación gala? —inquirí con curiosidad—. ¿Cuáles fueron, Canidio?

—La Primera Germánica de Bonna, la Decimoquinta Primigenia de Vetera y la Decimosexta Gálica de Novesio, además de la Cuarta Macedonia de... —Había olvidado de dónde; era su primera muestra de humanidad.

—De Moguntiaco —dijo el emperador. Aquello explicaba aún mejor por qué quería allí legiones leales.

—Gracias, señor. Cuando Petilio Cerealis recibió a los culpables —me informó el archivero—, sus palabras a los amotinados fueron... —Por primera vez, Canidio recurrió a una tablilla escrita para emocionarnos con la cita histórica exacta—: «Ahora, los soldados que se rebelaron vuelven a ser soldados de su patria. A partir de hoy estáis al servicio del Senado y del Pueblo de Roma y vinculados a ellos por juramento. El emperador ha olvidado todo lo sucedido y vuestro comandante no recordará nada».

Intenté no parecer demasiado asombrado ante aquella revelación.

—¿Consideramos las circunstancias excepcionales y damos un trato benigno, mi César?

—No podemos despreciar cuatro legiones de tropas escogidas —gruñó Vespasiano—. Serán desorganizadas, puestas en vereda y reordenadas en unidades diferentes.

—Y esas nuevas legiones, ¿serán retiradas del Rin?

—No tiene alternativa sensata. Las fuerzas que mandan Cerealis y Gallo protegerán la frontera.

—Para eso no serán necesarias las nueve legiones. —Empezaba a ver las alternativas que afrontaba el emperador—. De modo que la Decimocuarta Gémina podría ser enviada de nuevo a Britania o acantonada permanentemente en Moguntiaco. Creo que Canidio nos ha dicho que ésa fue su primera base. ¿Cuál es tu plan, señor?

—Todavía no lo he decidido —murmuró el emperador.

—¿Es ésa mi misión? —me gusta hablar con franqueza.

—¡No te adelantes a mis instrucciones! —dijo él, irritado.

—Es evidente, mi César. Bajo el mando de Cerealis, esa legión te ha servido bien, pero antes se ha mostrado muy inquieta. Desde que derrotó a los icenios, la Decimocuarta se ha convertido en prototipo de testarudez...

—¡No menosprecies una buena legión! —Vespasiano era un general de la vieja escuela: le disgustaba pensar que una unidad con buena reputación pudiera deteriorarse. Pero si sucedía, su reacción podía ser despiadada—. Moguntiaco es una fortificación para dos legiones, pero la Decimocuarta está engrosada con algunas tropas inexpertas. La necesito... si puedo fiarme de ella.

—La legión fue creada allí —reflexioné—. No hay nada como tener a los propios abuelos viviendo cerca para mantener dóciles a los soldados... Además, está más cerca de Britania, lo cual facilita la supervisión.

—Entonces, Falco, ¿qué te parecería hacer una discreta inspección allí?

—¿Qué os parece a vos? —repliqué en son de burla—. Yo servía en la Segunda Augusta durante el asunto de los icenios. La Decimocuarta recordará muy bien cómo la abandonamos. —Puedo defenderme en una pelea callejera, pero rehuí enfrentarme a seis mil profesionales vengativos que tenían buenas razones para borrar me de la existencia aplastándome como un chinche contra la pared de una casa de baños—. ¡Señor, son capaces de enterrarme en cal viva y contemplar entre risas cómo me quemo!

—Evitar que eso suceda será demostración de tu talento —ironizó el emperador.

—¿Qué deseáis de mí, exactamente, señor? —le pregunté, dejándole ver mi nerviosidad.

—No mucho. Quiero enviar un nuevo estandarte a la Decimocuarta en reconocimiento de su reciente comportamiento en Germania. Tú te encargarás de portarlo.

—Parece conveniente —murmuré con gratitud, a la espera de descubrir la trampa—. De modo que, mientras hago entrega de esta prenda de vuestra alta estima, capto el estado de ánimo y decido si esa estima debe mantenerse, ¿no es eso? —Vespasiano asintió—. Con todo respeto, mi César, si os proponéis borrar a la Decimocuarta de la lista de vuestras legiones, ¿por qué no pedís a su legado comandante que informe en los términos apropiados?

—No es conveniente.

—¿Eso indica que también hay algún problema con el legado, señor? —inquirí con un suspiro.

—Rotundamente, no —respondió Vespasiano con firmeza, del modo que lo haría en público a menos que tuviera pruebas firmes para destituir al individuo. Imaginé que debía ser yo quien aportase esas pruebas. Moderé el tono de mis palabras.

—¿Podéis decirme algo de él?

—No lo conozco personalmente. Se llama Florio Gracilis. Fue propuesto para comandante por el Senado y no vi ninguna razón para oponerme. —Se mantenía la ficción de que todos los cargos públicos eran decididos por el Senado, aunque el veto del emperador era absoluto. En la práctica, Vespasiano sugería normalmente sus propios candidatos, aunque de vez en cuando podía halagar a la curia permitiéndole nombrar a algún simplón de su propia cosecha. Parecía sospechar algo de aquel hombre, pero ¿qué? ¿Corrupción flagrante, o ineficiencia cotidiana?

Dejé a un lado la cuestión. Tenía mis recursos para sonsacar a senadores. Gracilis debía de ser el típico memo de clase alta que cumplía servicio en la legión porque un mando militar a los treinta era un peldaño fijo en el cursus politicus. El tipo estaba predestinado a ser enviado a alguna frontera. Que le tocara una legión en Germania era sólo cuestión de mala suerte.

—Estoy seguro de que el legado está a la altura de las exigencias del cargo —comenté, dando a entender al emperador que podía confiar en que, mientras investigaba a la legión, también pondría mis ojos, escépticos como de costumbre, sobre Florio Gracilis—. ¡Esto me recuerda mis complejas misiones habituales, señor!

—¡Sencillez! —declaró el emperador—. Mientras estás allí —añadió sin darle importancia—, puedes aplicarte a atar unos cuantos cabos que Petilio Cerealis se vio obligado a dejar sueltos.

Tomé aire profundamente. Aquello ya encajaba mejor. La lealtad de la Decimocuarta podía ser valorada al momento por cualquier centurión competente. Marco Didio Falco iba a ser enviado a correr en círculos tras otro ganso escapado.

—¡Oh! —exclamé.

Vespasiano pareció no advertir mi rostro avinagrado.

—En tus órdenes escritas encontrarás la información precisa...

Vespasiano no solía escatimar tiempo cuando trataba un asunto. Por el modo airoso con que evitó dar detalles, supe que aquellos «cabos sueltos» que estaba heredando del legendario Petilio Cerealis tenían que ser tareas realmente repulsivas. El emperador esperaba, seguramente, que para cuando leyera las instrucciones ya habría emprendido la marcha y ya me sería imposible volverme atrás.

Se refirió a ellos como si no tuvieran importancia, pero aquellos asuntos indeterminados que me lanzaba como regalos de fiesta eran la verdadera razón por la

que me enviaba a Germania.

IX

Me repugnó que me vieran en público con un espectro como Canidio, quien parecía un hombre que se hubiese perdido yendo a las termas y tres semanas más tarde aún fuera demasiado tímido para preguntar el camino.

Aun así, necesitaba picotear en su cabeza llena de información. Moviéndome a favor del viento, conduje al cetrino individuo a una taberna. Escogí una que apenas frecuentaba, olvidando que eran sus precios escandalosos la causa de que me hubiera perdido como cliente. Lo instalé en un banco entre los esporádicos jugadores de dados, donde dejó que lo interrogase al calor de un costoso tinto del Lacio.

—Ya me has contado la historia oficial de la Decimocuarta, Canidio; ahora, ¡oigamos la verdad!

El archivero se mostró inquieto. Su ámbito sólo hacía referencia a la versión aseada de los acontecimientos públicos. Pero con una buena jarra de vino en el estómago, seguro que me confiaría todos los chismes sucios y desgarrados que nunca aparecen por escrito.

Sus ojos vagaron ligeramente ante los sonidos amortiguados del placer comercial procedentes de la alcoba de las posaderas, en el piso superior. Canidio tenía unos cuarenta años, pero se comportaba como un adolescente en su primera salida.

—Yo no me meto en política.

—¡Oh, yo tampoco! —respondí, desconsolado.

Di un sorbo a mi copa, reflexionando sobre el lío en que estaba metido. Obligado a viajar a una frontera en los ásperos límites del Imperio, en un momento en que las perspectivas de un futuro civilizado eran pocas. Una misión tan vaga que era como intentar limpiar de cardenchas la lana de un cordero robusto y bullicioso. No tenía amiguita que me consolara. Lo más probable era que me encontrase a un sicario acechando en alguna parada del camino, con órdenes de Tito César de asegurarse de que no prosiguiera mi viaje. O que, si finalmente lograba llegar a Moguntiaco, la Decimocuarta Gémina me arrojara a una zanja como un tronco y construyera su siguiente bastión sobre mi cadáver.

Interrogué de nuevo al archivero:

—¿Hay algo más que deba saber acerca de la legión favorita de Nerón? —Canidio negó con la cabeza—. ¿Algún escándalo, algún chisme? —No hubo suerte—. Canidio, ¿tienes idea de qué tareas especiales espera de mí el emperador durante mi estancia en Germania? —Las ideas no parecían su punto fuerte—. Muy bien, probemos otra cosa: ¿qué se disponía a contarme el emperador acerca del jefe rebelde, Civilis? Nuestro César se interrumpió a media frase cuando hiciste tu entrada en la sala de audiencias.

Fue inútil. Había malgastado el tiempo y el dinero. Todavía quedaban muchos

hechos que necesitaba conocer; una vez llegara a mi destino, tendría que descubrir las lagunas —y las respuestas— por mí mismo.

Me maldije por haber sido tan generoso con aquel estúpido y lo dejé con la jarra de vino. Canidio me dejó que pagara, por supuesto. Era un funcionario.

De regreso a casa, compré una hogaza de pan y una pieza de embutido. Tras mi ventana abierta caía la noche y en el edificio de viviendas resonaban los golpes y gritos lejanos que producían sus inquilinos pasándose en grande cada cual a su modo. Bajo el balcón, la calle estaba llena de voces extrañamente murmuradoras que preferí no investigar. El aire nocturno me trajo una cacofonía urbana de ruedas chirriantes, flautas desafinadas, gatos maulladores y borrachos melancólicos. Pero hasta aquel momento no había reparado en lo silenciosas que resultaban las habitaciones cuando Helena no estaba en ellas.

Silenciosas, hasta que se aproximaron unos pasos.

Eran ligeros, pero reticentes. Y fatigados por la larga ascensión de la escalera. No calzaba botas, ni sandalias de baja calidad. La zancada me pareció demasiado larga para tratarse de una mujer, a menos que fuera una mujer a la que no deseaba ver. Y demasiado relajada para corresponder a un hombre que debería inspirarme temor.

Los pasos se detuvieron ante mi puerta. Hubo una larga pausa. Alguien llamó. Me eché hacia atrás en mi taburete, sin decir nada. Alguien abrió la puerta con gran cautela. El olor de clase alta de un ungüento extraordinariamente sutil se coló en la estancia y se dispersó curiosamente por ella.

Siguió a aquel aroma una cabeza de rizos oscuros superpuestos con gran cuidado y sujetos en su sitio mediante una cinta trenzada. Era un peinado que llamaba la atención de cualquiera por su aspecto limpio, bien cuidado y tan fuera de lugar allí, en el Aventino, como las abejas en un lecho de plumas.

—¿Eres Falco?

Empecé a sentir mi propio cuero cabelludo caliente y casposo.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Xanto. Me han dicho que estarías esperándome.

—No esperaba a nadie. Pero, ya que estás aquí, puedes pasar.

Entró y contempló el cuchitril con evidente desprecio, el mismo que me producía a mí. Dejó la puerta abierta y le pedí que la cerrara. Lo hizo como si temiera ser derribado al suelo por un par de centauros furiosos y despojado de su virilidad entre grandes relinchos.

Eché una rápida ojeada al recién llegado. Era un tipo curiosísimo, en nada parecido a los mensajeros habituales, de cabeza tan dura y cuadrada como un adoquín. El individuo tenía clase... a su estrafalaria manera.

Mientras yo procedía a aquel somero examen, el aroma de la loción de afeitado impropia de aquel lugar continuó invadiendo la estancia. El mentón que llevaba

puesto aquel mágico unguento oriental se había dejado crecer la perilla desde hacía unos diez años.

El mensajero llevaba un uniforme blanco de palacio, con los bordes dorados, pero el calzado que había oído en la escalera del edificio eran su muestra de personalidad: unas botas blandas de piel de ternero, de color bermejo y punta redondeada, que debían de haberle costado mucho dinero aunque eran de dudoso gusto. La clase de calzado flexible y cómodo que un actor de baja categoría aceptaría a cambio de sus atenciones a una admiradora.

—Traigo carta para ti.

Me tendió el papiro que había empezado a temer, sólido como una corteza de empanada y lastrado con una onza de cera con la marca de un sello. Supe que el documento contenía las órdenes para el viaje a Germania.

—Gracias —dije en tono pensativo. Aquel extraño individuo de las botas lucidas me tenía intrigado. No era todo lo que aparentaba. Pero, si bien tal cosa puede decirse de casi todo el mundo en Roma, con Tito César celosamente interesado por mi vida privada me sentía más inquieto de lo habitual respecto a usurpaciones de personalidad. Cogí la carta—. Cuélgate de un perchero un rato, mientras compruebo si quiero enviar una respuesta pronta y enérgica.

—¡Eso es! —protestó él amargamente—. ¡Tú también dame órdenes! ¡Cómo si no tuviera otra cosa que hacer que aguardar en la puerta a que la gente lea su correspondencia!

Allí había algo que no encajaba. Decidí indagar más a fondo.

—Pareces un mensajero muy inquieto. ¿Acaso te dan de comer peor que de costumbre?

—No soy mensajero, sino barbero —replicó él.

—Buen oficio, Xanto. Un hombre con buena mano puede hacer una fortuna rasurando barbas. —Pero también había buenas bolsas para matones a sueldo que aplicaban con destreza afiladas cuchillas al gáznate de sus víctimas. Lo observé discretamente; si llevaba algún arma, estaba muy bien oculta—. ¿De quién eres barbero, por cierto?

El individuo reaccionó a mi pregunta con profundo abatimiento.

—En tiempo afeité a Nerón. Según tengo oído, se dio muerte con una navaja; una de las mías, probablemente. Desde entonces, todos han pasado por mis manos. Afeité a Galba y afeité a Otón... ¡de hecho, también le arreglaba la peluca postiza! —Por primera vez, lo que decía me sonó a cierto; sólo un barbero de verdad se ufanaría de una clientela tan eminente—. Después, incluso afeité a Vitelio, cuando éste se acordaba de dejar que alguien atacara su barba de quince días...

De nuevo, sus palabras despertaron mi desconfianza. Carraspeé y, en tono cortante, inquirí:

—¿Has rasurado alguna vez Vespasiano?

—No.

—¿Qué hay de Tito? —Xanto volvió a negar con la cabeza. Pero yo era demasiado viejo para creerle—. ¿Conoces a un hombre llamado Anacrites?

—No.

Anacrites era jefe de espías en palacio, un funcionario con el que no me unía ninguna amistad. Si alguien de palacio encargaba un asesinato en privado, Anacrites siempre andaba por medio. Sobre todo si se trataba de asesinarme a mí. Anacrites estaría encantado. Me mordí los labios.

—¿Cómo es pues que, cuando un buen afeitado es tan raro de encontrar como una esmeralda en la molleja de una oca, un barbero imperial como tú se ve obligado a chapotear en el lodo del Aventino con sus primorosos botines escarlata?

—Me han degradado —respondió él (desconsolado).

—¿Al puesto más miserable del servicio de mensajeros? No resulta lógico. Creo que estás mintiendo.

—Piensa lo que quieras. Siempre he hecho lo que he podido para satisfacer a quien estaba bajo la toalla, pero me han dicho que mis servicios ya no son necesarios y, como a Vespasiano le disgusta lo superfluo, me han destinado a la secretaría.

—¡Qué duro!

—¡Y que lo digas, Falco! Los Flavios tienen unas barbas muy cerradas. Había sido asignado a Tito César...

—¡Un buen montón de rizos!

—Sí, podría haber hecho bastante buena labor con Tito...

—Pero el vencedor de Jerusalén rehúsa confiar su hermoso gaznate a una afilada cuchilla de Hispania en manos de un hombre que antes ha rasurado a Nerón y a Vitelio, ¿no es eso? No se le puede reprochar semejante recelo, ¿no te parece?

—¡Política! —masculló él—. En cualquier caso, ahora me veo obligado a chapotear entre la porquería de infectos callejones y a subir interminables y agotadoras escaleras para llevar recados presuntamente urgentes a tipos inhospitalarios que ni siquiera se molestan en leerlos cuando se los entrego.

Las lamentaciones no me alteraron.

—Lo siento, pero no me convences. ¿Quién te ha enviado?

¿Tito? —El barbero dijo que no con la cabeza, impaciente, pero ya no me podía engañar—. Deja de moverte como una prostituta en una noche atareada después de las carreras.

—¿A qué vienen tantas suspicacias? No soy más que un insecto que no sirve para nada más.

Para algo servía, sin embargo.

Abrí el rollo que me había entregado Xanto y en su interior sólo encontré más

malas noticias.

Las órdenes de Vespasiano habían sido transcritas por un secretario cuya bella caligrafía griega habría sido magnífica en la decoración de vasijas, pero que a la hora de leerla resultaba una tortura. Mientras pugnaba por descifrar el texto irregular y florido, el barbero permaneció apoyado en una pared de la estancia. Parecía asustado de algo. De mí, probablemente.

Cuando hube terminado, me quedé sentado, en silencio. Tenía el estómago revuelto a causa del vino que había tomado con Canidio y del embutido, que me había zampado demasiado deprisa, pero aun sin nada de ello, la lectura me habría producido náuseas. Lo que tenía que hacer en Germania era lo siguiente:

Entregar el regalo imperial a la Decimocuarta Gémina... y hacer un informe al emperador.

Cualquier estúpido podía encargarse de eso. Incluso yo podía ocuparme de ello.

Averiguar qué había sido del muy noble Munio Luperco.

¿Qué quién era Luperco? Os lo diré: el legado comandante de la legión en Vetera, la fortificación que había resistido a los rebeldes hasta el límite de la inanición antes de rendirse, luego de lo cual, aquellos que sobrevivieron fueron asesinados. Todos, excepto Luperco, a quien habían enviado al otro lado del Rin como regalo a su malévola y peligrosísima sacerdotisa.

Intentar reducir las actividades de Veleda.

Lo habéis adivinado: Veleda era la sacerdotisa.

Averiguar el paradero de Julio Civilis...

¡Oh, dioses! Incluso con mi largo historial de misiones difíciles bien resueltas, este último encargo era increíble.

Averiguar el paradero de Julio Civilis, cabecilla de los bátavos, y asegurar su colaboración futura en una Galia y Germania pacificadas.

Vespasiano ya había enviado dos comandantes en jefe con toda la panoplia púrpura, junto a nueve legiones, para emprender la captura de Civilis. Fuera cual fuere la información que recogía la Gaceta Diaria desde su columna en el Foro, los dos comandantes debían de haber fracasado. Ahora, Vespasiano me enviaba a mí.

—¿Malas noticias? —inquirió Xanto en tono trémulo y nervioso.

—¡Una catástrofe!

—Partes para Germania, ¿verdad? —Esa había sido mi intención hasta que hube leído aquel catálogo de tareas imposibles. Después de hacerlo, lo más lógico era echar a correr en dirección contraria—. Con franqueza, te envidio —dijo el barbero con entusiasmo y con la absoluta falta de tacto de los de su gremio—. Siempre he deseado ver algo del imperio más allá de las puertas de Roma.

—Hay formas más baratas de sufrir incomodidades aquí, en la ciudad. Prueba una tarde calurosa en el Circo Máximo. O una obra mala en el teatro de Pompeyo. Intenta

comprar algo de beber cerca del Foro. Prueba el marisco, las mujeres... Date un baño en el Tíber en agosto si quieres coger alguna enfermedad rara... Xanto, necesito un rato para reflexionar. Cierra la boca y lárgate. Y procura que esos horribles botines escarlata que luces no vuelvan a rondar cerca de mí nunca más.

—Eso va a ser imposible —me aseguró él con una mueca de complicidad—. Mañana por la mañana volveré para entregarte el encargo que debes llevar a Germania.

Le agradecí que me advirtiera de ello, pues así podría ausentarme antes de que se presentara.

X

Debería haber rechazado la misión. Eso quise hacer.

Pero necesitaba el dinero desesperadamente. Sería muy conveniente... si sobrevivía para reclamarlo. También estaba interesado en alejarme de Roma antes de que las miradas que me estaba dirigiendo Tito César condujeran a algo peor. Y, sobre todas las cosas, ahora que me había acostumbrado a su vivaz presencia en mi cuchitril, no soportaba seguir allí sin Helena.

Habría podido afrontar la pobreza. Incluso habría sido capaz de plantar cara a Tito. Pero perder a Helena era distinto. Helena era la causa de que permaneciera sentado y abatido en la escualidez de mi piso de la Plaza de la Fuente, incapaz de animarme ni siquiera lo suficiente como para acudir al Palatino a protestar. Helena era una razón apremiante para que quisiera ir a Germania. Deseaba acudir allí, aunque significara tener que soportar el invierno europeo en una provincia despojada de cualquier asomo de comodidad por una rebelión recientemente aplastada, en la cual mis misiones iban desde lo arriesgado a lo ridículamente imposible.

Le había dicho a Tito que Helena Justina había ido a visitar a su hermano. Y se lo había dicho porque estaba convencido de que así era.

Pero tal vez había inducido a Tito a una ligera confusión. Helena tenía un hermano llamado Aeliano, que estudiaba diplomacia en la Bética. Y tenía otro hermano llamado Justino. Yo había conocido a aquel Camilo Justino. Había sido en la fortaleza donde Tito estaba destinado como tribuno militar, un lugar llamado Argentorato, que se encuentra en la Germania Superior.

Al día siguiente realicé los preparativos. Un secretario de palacio cuya amistad me procuré me prometió copias de despachos relativos a la revuelta de Civilis. Realicé una petición de salvoconductos y mapas oficiales. Después, me encaminé al Foro, me coloqué junto a una columna del templo de Saturno y esperé. Buscaba a alguien concreto: un hombre al que le faltara una pierna. No me importaba quién fuera el cojo, con tal de que cumplierse una condición: haber estado en el servicio activo durante la guerra civil, preferiblemente bajo las órdenes de Vitelio. Probé con cuatro. Uno volvía a casa procedente de Oriente, lo cual no me servía de nada, y los otros tres eran falsos tullidos que echaron a correr con piernas sanas y normales tan pronto los interrogué. Finalmente, encontré uno que encajaba. Lo conduje a una casa de comidas, dejé que pidiera una colación completa, la pagué... y luego dije al posadero que aguardara a servirla hasta que hubiese hablado con él.

Se trataba de un ex legionario, jubilado después de la amputación, que era reciente pues el muñón aún rosado y tierno apenas acababa de cicatrizar. Utilizo el término «jubilado» un poco a la ligera, puesto que Roma nunca ha subvencionado a los soldados que quedan incapacitados para la acción sin tener el decoro de perder la

vida. Aquel pobre tipo no entraba en la categoría de los que habían hecho méritos para una lápida o para la concesión de tierras con que se retiraban los veteranos. Renqueando, había regresado a Roma, donde el plato de sopa boba y la conciencia de sus conciudadanos se interponía entre él y la inanición. La mía daba la impresión de ser la única conciencia activa aquella semana... y parecía una semana normal.

—Dime tu nombre y legión.

—Balbilo. Estaba en la Decimotercera.

—Entonces, ¿participaste en las batallas de Cremona?

—¿En Bedriaco? Sólo en la primera.

Vitelio había librado sus dos batallas importantes —contra Otón, a quien había derrotado, y contra Vespasiano, que lo había vencido— en el mismo paraje: un pueblo llamado Bedriaco, cerca de Cremona. No os extrañe: una vez escogido un lugar adecuado con una buena panorámica del río y un entorno interesante, ¿para qué cambiar?

—Bedriaco me vale. Quiero oír algo de la conducta de la Decimocuarta.

Balbilo soltó una carcajada. La mención de la Decimocuarta solía producir aquella reacción burlona.

—A veces mis compañeros beben con ellos... —Capté la indirecta y le procuré estímulo líquido—. ¿Qué quieres, en concreto?

El hombre estaba fuera del ejército en las peores condiciones posibles; no tenía nada que perder si usaba el derecho democrático de expresión.

—Necesito información de sus andanzas. Sólo cosas recientes. Puedes saltarte la gloriosa hazaña de la Decimocuarta frente a la reina Boadicea.

Esta vez, nos reímos los dos.

—Siempre ha sido una fuente de conflictos —comentó Balbilo.

—Desde luego. Si repasas los libros de historia, la razón por la que el divino Claudio la escogió para conquistar Britania fue que necesitaba mantener ocupados a sus hombres. Cada treinta años, más o menos, se vuelven revoltosos. Al parecer, algo relacionado con el hecho de servir en Germania desencadena el motín... —A mi entender no se trataba de «algo», sino de «todo»—. Bien, Balbilo, cuéntame los detalles escabrosos. En primer lugar, ¿cómo reaccionaron ante Vespasiano?

Era una pregunta arriesgada, pero el hombre me respondió a medias:

—Hubo muchas reacciones contradictorias.

—¡Oh, ya sé! En el Año de los Cuatro Emperadores, todo el mundo tuvo que modificar sus posiciones cada vez que un nuevo César accedía al cargo. —No recordé haber modificado las mías. Esto se debía a que, como de costumbre, toda la lista de candidatos había merecido mi desdén—. ¿Debo entender que todas las legiones británicas consideraban a Vespasiano uno de los suyos?

Balbilo negó con la cabeza.

—Muchos oficiales y soldados de las legiones británicas fueron ascendidos por Vitelio —respondió.

No era extraño, pues, que Vespasiano tuviera tanto interés por enviar a Britania un nuevo gobernador de su confianza. Petilio Cerealis debía de estar cruzando el estrecho Gálico con órdenes de depurar a los disidentes. Balbilo dio un pellizco a un trozo de pan.

—Hubo algunas escenas muy extrañas en Britania.

—¿Qué sucedió? ¡La versión escandalosa, si es posible! —Le acerqué un cuenco de aceitunas.

—Los de la Decimocuarta nos contaron que el gobernador británico había perturbado a las tropas aún más de lo que normalmente acostumbraban los gobernadores. —Esta muestra de ingenio irónico me hizo apreciar al antiguo soldado más incluso que su patética herida—. Tenía un asunto pendiente con el legado de la Vigésima Valeria. —Yo me había encontrado con ambos hombres durante mis tiempos de milicia. Oscuros, aunque competentes—. La guerra echó leña a la disputa, las tropas se inclinaron por el legado y el gobernador tuvo que salir huyendo de la provincia.

—¡Por Júpiter! ¿Y qué sucedió en Britania?

—Los comandantes legionarios formaron un comité para dirigir las cosas. La Decimocuarta pareció lamentar bastante perderselo.

—¡No se ha sabido palabra de todo este escándalo! —exclamé con un silbido.

—Supongo que en un cenagal como Britania —me confió Balbilo, sarcástico— las medidas más inusuales parecen perfectamente normales.

Relacioné aquello con mi problema presente.

—En cualquier caso —dije—, eso significa que cuando la Decimocuarta desembarcó en Europa, ya traía una costumbre de inventarse sus propias órdenes, ¿no es eso? Por no hablar de las luchas intestinas.

—¿Te refieres a los bátavos?

—Sí; sobre todo a su aventura en Augusta Taurinoro. Estaban combatiendo bajo el mando de Vitelio y se enfrentaron a su propia legión en Bedriaco, ¿me equivoco?

El hombre atacó de nuevo el pedazo de pan.

—Como puedes imaginar, antes de la batalla estábamos todos en ascuas porque se suponía que se aproximaba la famosa Decimocuarta Gémina.

—¿Era un enfrentamiento decisivo y la Decimocuarta podía inclinar la balanza?

—Al menos eso decían —respondió Balbilo con una sonrisa—. Pero nunca aparecieron. Las cohortes bátavas sí que lucharon en el bando vencedor; acabaron con un grupo de gladiadores en una hábil escaramuza en una isla del río Po. Después, como es lógico, presumían mucho de ello. Desfilaron ante el resto de nosotros ufanándose de que habían puesto en su sitio a la famosa Decimocuarta y de que

Vitelio les debía la victoria exclusivamente a ellas.

—De modo que la Decimocuarta se sintió obligada a enfrentarse a las cohortes báltavas con toda la publicidad posible, ¿verdad?

—Imagina la escena, Falco. Eran una banda de matones enfrentada a otra y, sin embargo, Vitelio los acuarteló juntos en Augusta Taurinoro... a pesar de que sus relaciones se habían deteriorado mucho.

—¿Eso condujo a los disturbios? ¿Fuiste testigo de lo sucedido?

—¡No habría podido perdmelo! Un báltavo acusó a un trabajador de haberlo estafado, entonces, un legionario que había sido alojado en casa del operario lanzó un puñetazo al báltavo. Pronto se generalizaron las peleas callejeras y la legión entera participó en la algarada. Cuando conseguimos separarlos y terminamos de limpiar la sangre...

—¿Muertos?

—Unos cuantos. La Decimocuarta recibió órdenes de regresar a Britania. Al abandonar la ciudad, dejaron fuegos encendidos por todas partes de forma absolutamente deliberada, de modo que Augusta Taurinoro ardió hasta los cimientos.

Un comportamiento inexcusable... en circunstancias normales. Con todo, aunque los de la Decimocuarta se habían comportado como delincuentes, la legión nunca se había amotinado, en tanto que las cohortes báltavas objeto de su ira habían desertado en una ocasión para pasarse al bando de Civilis. La Decimocuarta servía siempre al emperador, fuera quien fuere el ocupante del trono aquel mes. Vespasiano podía decidir que lo único que necesitaban ahora aquellos vigorosos héroes era un comandante capaz de domeñarlos.

—¡Ese hombre necesitará riendas fuertes y mano muy firme! —resopló Balbilo cuando lo sugerí—. En su marcha de regreso a Britania, después de que Vitelio se librara de ella, la legión tenía órdenes concretas de evitar Vienna debido a las susceptibilidades locales. Pues bien, la mitad de esos idiotas quisieron dirigirse precisamente allí. ¿Lo sabías? Y lo habrían hecho, de no ser porque la otra mitad pensó más en su carrera...

Tomé nota, en favor de la Decimocuarta, que había prevalecido la decisión más razonable. Pero todo aquello confirmaba que los legionarios no estaban de humor como para que yo apareciera diciendo que debían conformarse con un futuro de inactividad en cuarteles, malgastando sus pecunios, en lugar de hacer alardes y quemar ciudades...

Di a Balbilo dinero para un afeitado y otra jarra de vino y dejé al soldado cojo devorando su plato caliente mientras yo me dirigía a casa como un ciudadano respetable.

Debería haberme abstenido de beber. Me había olvidado del barbero de palacio. Estaba esperándome en el piso con una sonrisa animada, unos espantosos zapatos de

color cereza y un gran cesto de mimbre.

—¡Te lo prometí!

—Sí, me advertiste.

Con una maldición, cogí un asa e intenté arrastrar la cesta hacia mí. Se resistió. Me apuntalé contra un banco y volví a tirar. El peso muerto rascó un tablón del suelo con un chirrido de los mimbres que rompía los tímpanos. Desaté los nudos de unas fuertes correas y los dos contemplamos el nuevo estandarte de la Decimocuarta.

Xanto se quedó boquiabierto.

—¿Qué es?

Cuando me veo obligado a viajar, prefiero hacerlo ligero de equipaje. El emperador había escogido precisamente la clase de objeto que a nadie le gusta llevar en el macuto al emprender un largo trayecto. El César me enviaba a Germania al cuidado de una expresiva escultura de una mano humana, de tres palmos de altura. Llevaba un baño de oro pero, bajo aquella pretenciosa ornamentación, el objeto que tenía que transportar a través de media Europa estaba forjado en hierro macizo.

Me volví al barbero y refunfuñe:

—Según el experto al que consultes sea optimista o realista, esto representa un gesto de amistad con la palma extendida... o un símbolo de poder militar despiadado.

—¿Qué opinas tú?

—Opino que acarrearla por toda Europa me destrozará la espalda.

Me derrumbé en el banco, preguntándome quién habría ayudado a aquella tierna flor a subir la cesta por la escalera.

—Bueno, ya lo has traído. ¿Qué esperas ahora?

El mensajero de palacio me miró, tímido e indeciso.

—Quería preguntarte algo...

—Escúpelo.

—¿Podría acompañarte a Germania?

Aquello reafirmó mi convicción de que Tito lo había enviado para causarme alguna desgracia. Su petición ni siquiera me sorprendió.

—Me parece que no he oído bien...

—Tengo algunos ahorros —insistió con absoluta desfachatez—... ya he solicitado comprar mi libertad y me encantaría viajar antes de establecerme...

—¡Por Júpiter! —gruñí por lo bajo—. ¡Ya es suficiente con que un tipejo estúpido le haga a uno un corte en la barbilla mientras le pregunta si el señor tiene intención de visitar su villa de Campania este verano, como para que, encima, uno de esos atontados quiera venirse conmigo de vacaciones!

Xanto no replicó.

—Escucha, soy un agente imperial que visita a los bárbaros. Amigo mío, ¿qué interés puede tener un barbero en compartir mis penalidades?

—¡En Germania puede haber gente que necesite un buen afeitado! —respondió Xanto, malhumorado.

—¡A mí no me mires! —Me pasé la mano por el mentón; la barba de varios días resultaba áspera.

—¡Por supuesto que no! —replicó, en tono insultante. Una vez se le metía una idea bajo aquel cabello tan bien cuidado, nada lo detenía—. Aquí nadie me echará de menos. Y Tito quiere librarse de mí.

De eso estaba seguro. Tito quería que su secuaz asesino no se separara de mí. Mucho mejor si me llevaba a Xanto a algún lugar remoto antes de que intentase tirar su navaja.

—Aunque Tito te extienda un salvoconducto, puedes untarlo en adobo de pescado y comértelo bajo el agua. ¡Yo viajo solo! Si Tito quiere retirarte de las tareas oficiales, déjale que te dé una gratificación para que puedas establecerte en una cabina de alguna casa de baños...

—No seré ninguna molestia.

—¡La condición necesaria para hacer una buena carrera con las tijeras debe de ser haber nacido sin orejas!

Cerré los ojos para perderlo de vista, aunque sabía que seguía allí, delante de mí.

Llegué a una conclusión. Estaba convencido de que Tito había decidido que aquel ejemplo de perfumada bufonería podía cortarme el gaznate cuando tuviera ocasión. Si aceptaba su compañía, o lo aparentaba, al menos sabría qué mano debía vigilar; si rechazaba la propuesta, me vería obligado a sospechar de cualquiera.

Alcé la vista. El barbero también parecía haber estado utilizando al máximo su capacidad mental, pues de pronto preguntó:

—Supongo que la gente te contrata, ¿no?

—Algunos estúpidos.

—¿Cuál es tu tarifa?

—Depende de lo que me desagrade la misión que me encomiendan.

—¡Dame una pista, Falco!

Lo complací, con una mueca de desagrado.

—Puedo reunir esa cantidad —gimoteó al oírla. No me sorprendió. Todos los esclavos imperiales están bien colocados y pueden conseguir sustanciosas propinas. Además, supuse que Xanto tenía un banquero que respaldaba su gira europea—. Te contrataré para que me escoltes en el mismo trayecto que tú lleves.

—¡La sed de aventuras! —exclamé, burlón—. Entonces, ¿me darás un extra cada vez que pueda arreglar que te apaleen y te roben? ¿Tarifa doble si coges una mal sarpullido de una prostituta barata del continente? ¿Triple, si te ahogas en el mar?

—Tú estarás allí para aconsejarme cómo evitar los peligros del viaje —respondió, muy serio y tenso.

—Mi primer consejo es que no lo emprendas, y basta.

Al parecer consideró mi desprecio del mundo una pose romántica. Nada de cuanto dijera lo convencería; debía de haber recibido órdenes de ir conmigo por parte de alguien cuyas órdenes se obedecían sin excusa.

—Me gusta tu actitud, Falco. Seguro que podremos soportarnos sin problemas.

—¡Está bien! —fingí sentirme demasiado cansado para discutir—. Siempre he sido un buen recurso para los clientes a los que les gusta recibir insultos veinte veces por hora. Tardaré dos días más en terminar mis primeras investigaciones y poner en orden mis asuntos. Nos encontraremos en la Milla de Oro; en viajes tan largos, siempre salgo desde ese hito. Preséntate allí al amanecer con todos tus ahorros, lleva un calzado más adecuado que esas horribles cosas rosas y trae tu carta de manumisión validada, porque no quiero ser detenido por robar una propiedad imperial.

—¡Gracias, Falco!

—¿Qué le voy a hacer? —repliqué, molesto con su expresión de agradecimiento—. El regalo del emperador a su ejército pesa mucho. Tú me ayudarás a transportar la mano de hierro.

—¡Oh, no! —exclamó el barbero—. No puedo, Falco; ¡tendré que llevar todo mi equipo de afeitar!

Le dije que tenía mucho que aprender. Aunque, yo también debía de haber sufrido un momento de ofuscación para acceder a que Xanto me acompañara.

Segunda parte: CAMINO DE ALLÍ

GALIA Y GERMANIA SUPERIOR.

Octubre, año 71 d. C.

¡Templado! Pero pronto estaremos en agua caliente.

Tácito, *Historias*

XI

Componíamos una hermosa estampa viajera, el barbero, su baúl de emolientes, la Mano en la cesta y yo.

Había dos rutas a escoger para llegar a nuestro destino: por los Alpes vía Augusta Pretoria, o por mar hasta la Galia meridional. En octubre, lo mejor era evitar ambas. Entre septiembre y marzo, cualquier persona razonable se quedaba a salvo en Roma.

Las travesías por mar me gustan aún menos que el montañismo, pero escogí viajar vía la Galia por tratarse de la ruta más utilizada por el ejército (alguien debió de llegar alguna vez a la conclusión de que era la menos peligrosa desde el punto de vista logístico). Además, ya había recorrido una vez aquella ruta con Helena, aunque en la dirección opuesta, y me convencí de que si ella, por alguna razón, se había encaminado a Germania en lugar de a Hispania, quizá sintiese el impulso de visitar de nuevo los lugares de los que guardaba tan cálidos recuerdos.

Según todos los indicios, no era así. A lo largo del viaje no dejé de preguntar por una mujer alta, de cabello oscuro, muy dada a insultar a los funcionarios de aduanas, pero nadie me dio razón de ella. Intenté no pensar en que podía haber sido enterrada viva por un alud, o atacada por tribus hostiles que acechaban en los pasos altos, sobre la Helvética.

Desembarcamos en Foro Julio, un lugar relativamente agradable. Las cosas empeoraron cuando llegamos a Massilia, donde tuvimos que pasar una noche. Un borrón en un viaje bien planificado. Massilia es, en mi opinión, un flemón infectado en el diente más sensible del Imperio.

—¡Por los dioses, Falco! Esto es un poco agobiante... —se quejó Xanto mientras nos abríamos paso entre la marea de aceiteros hispanos, comerciantes judíos y mercaderes de vinos de todas las procedencias que competían por una cama en una de las posadas menos destartaladas.

—Massilia ha sido colonia griega durante seiscientos años, Xanto. Todavía se cree la perla al oeste de Atenas, pero seis siglos de civilización tienen un efecto deprimente. Posee olivos y viñas, un puerto espléndido rodeado de mar por tres lados y una herencia fascinante, pero es imposible moverse entre tanto tenderete donde intentan interesarlo a uno en ollas de metal de baja calidad y en estatuillas de deidades rollizas de curiosos ojos redondos.

—¡Tú ya has estado aquí!

—¡Sí, y ya me han estafado! Si quieres cenar algo, tendrás que espabilarte por tu cuenta. Nos espera un largo camino y no quiero desperdiciar mis fuerzas pillando una descomposición de vientre por una ración de gambas de Massilia. No te detengas a hablar con la gente de la ciudad... ni con los turistas, ya que estamos en ello.

El barbero, frustrado, se escabulló en busca de un bocado.

Me instalé tras la mesa de la habitación para estudiar mis mapas a la débil luz de una lámpara de aceite. Un aspecto positivo del viaje era que palacio me había provisto de un juego de mapas militares de primera clase de todas las rutas principales (el legado completo de setenta años de actividad romana en Europa Central). No se trataba de meras listas de distancias entre las ciudades y fortificaciones, sino de auténticas guías de viaje detalladas, con notas y diagramas. Aun así, había lugares en los que tendría que fiarme de mi intuición. Al este del río Rin había enormes espacios en blanco, muy inquietantes: la Germania Libera... Interminables extensiones de territorio donde «libre» no significaba solamente estar apartado de la influencia comercial romana, sino también una absoluta ausencia de la ley y el orden romanos. Era allí donde acechaba la sacerdotisa Veleda y donde, tal vez, se ocultaba Civilis.

La frontera era bastante imprecisa. Europa estaba llena de tribus inquietas que constantemente trataban de emigrar a otras zonas, a veces en gran número. Desde los tiempos de Julio César, Roma había intentado crear asentamientos de grupos amistosos de estas tribus con la intención de que sirvieran de colchón entre el Imperio y los bárbaros. Nuestras provincias de la Germania Superior y de la Inferior formaban un pasillo militar a lo largo del río Rin entre las tierras pacificadas de la Galia y la gran extensión inexplorada. Ésta era la política que se había mantenido, en cualquier caso, hasta la guerra civil.

Estudí el mapa con atención. En el lejano norte, junto a Bélgica y en torno al estuario del Rin, se extendían las tierras báltavas con la fortaleza que llamaban La Isla. A lo largo del río se sucedían los fortines, los puestos de guardia, las torres de vigilancia y los puestos de señales construidos por Roma para el control de Germania; en su mayor parte aparecían ahora minuciosamente ubicados por el cartógrafo que se había ocupado de actualizar los mapas. Más al norte quedaba Noviomago, donde Vespasiano proyectaba construir una nueva fortificación para vigilar a los báltavos pero que, por el momento, sólo era una cruz en el mapa; después venía Vetera, escenario del terrible asedio. A continuación estaban Novaesio, cuya patética legión se había pasado a los rebeldes, Bonna, que había sido arrasada por las cohortes báltavas de la Decimocuarta en una carnicería espantosa, y Colonia Agripinense, capturada por los rebeldes pero salvada de las llamas por razones estratégicas (creo que, además, Civilis tenía parientes allí). En el río Mosela se alzaba Augusta Treveroro, la capital tribal de los tréveros, dónde Petilio Cerealis había derrotado rotundamente a los rebeldes. Mi destino inicial se hallaba en la confluencia del río Meno con el Rin: Moguntiaco, capital de la Germania Superior. Podía llegar hasta allí por una vía directa desde Lugduno, la gran encrucijada de carreteras de la Galia.

Como alternativa, podía desviarme de la vía principal en un cruce de caminos

llamado Cavilono y acceder a la Germania Superior desde más al sur. Era una buena excusa para aclimatarse a la provincia y ofrecía la posibilidad de llegar a Moguntiaco y a mi cita con la Decimocuarta por vía fluvial. Me dije que esta ruta alternativa no significaba una distancia mayor y, además, desembocaba en el Rin a la altura de Argentorato, donde por una feliz coincidencia estaba destacado cierto individuo a cuya hermana idolatraba.

Todavía estaba repasando con expresión ceñuda la inmensa distancia que se extendía ante nosotros, cuando el barbero reapareció con la tez verdosa.

—¡Xanto! ¿Qué nueva penalidad del viaje te atormenta ahora? ¿El estreñimiento, el ajo, o acaso te han desplumado?

—¡Cometí el error de pedir un trago!

—¡Ah! ¡Le sucede a cualquiera!

—Me ha costado...

—No me lo digas. Ya estoy escaldado. Los galos tienen una escala de valores absolutamente desquiciada. Se vuelven locos por el vino y gastan como tales en su ansia por beber. Nadie que crea que un esclavo sano es un precio justo por una ánfora de mediocre vino importado merece mi confianza. Y el tabernero no te cobrará menos de lo que ha pagado por él sólo porque estás acostumbrado a pagar medio as por una jarra en la mesa.

—¿Y qué se supone que ha de hacer la gente, Falco?

—Creo que los viajeros curtidos se traen su propio vino.

Xanto me miró fijamente. Le dediqué la sonrisa apaciguadora de quien se ha estado bebiendo una reserva especial mientras su compañero estaba fuera dejándose estafar.

—¿Quieres un afeitado, Falco? —Su tono sonaba dolido.

—No.

—Pareces un salvaje.

—Así me confundiré fácilmente con la gente del lugar donde vamos.

—Tenía entendido que eras un galán con éxito entre las mujeres.

—La dama de quien soy galán no viene con nosotros. Échate a dormir, Xanto. Ya te advertí que pisar suelo extraño con tus bonitas sandalias te costaría dolor e incomodidad.

—¡Te contraté para que me protegieras! —gruñó el barbero, al tiempo que se envolvía en la manta fina de su estrecho camastro. Ocupábamos un dormitorio muy pequeño, pues en Massilia son partidarios de alojar a los huéspedes apretados como vasijas de escabeches en un barco de carga.

—¡Arriba el ánimo! —le dije con una sonrisa—. Lo que buscabas eran aventuras, ¿verdad? Pues debes saber que éstas siempre implican sufrimientos.

Justo antes de que la lámpara de aceite se apagara, procuré que me viese coger el

puñal y guardarlo bajo lo que hacía las veces de almohada. Creo que comprendió el mensaje. Yo era un profesional muy preparado y el peligro formaba parte de mi modo de vida. Bastaría el ruido de un ratón rascando un tablero del suelo para que mi respuesta inmediata fuese acuchillar al barbero. Dada la cantidad de loción de afeitado que se había aplicado, mi olfato captaría su proximidad aun en la más negra oscuridad. Y mi mano sabía muy bien dónde hundir el arma para que tuviera más efecto. Quise que Xanto fuera consciente de ello, no importaba lo que le hubieran contado o dejado de contar en palacio.

Su primer día en la Galia lo había dejado demasiado abatido como para intentar nada esa noche.

Todavía habría muchas oportunidades. Pero cuando se decidiese a llevar a cabo el trabajo sucio que Tito César le había encomendado, yo estaría atento.

XII

Llegamos a Lugduno, yo no diría que sin incidencias. Habíamos repelido a unos rapaces de aldea que habían creído que la cesta con la pieza de hierro simbólica contenía algo que podían vender. Luego, habíamos subido a una barcaza de vino y la Mano había estado a punto de caérseme por la borda. De hecho, cada vez que nos marchábamos de donde nos habíamos cobijado para pasar la noche, corría el riesgo de dejarme olvidado en un rincón el regalo de Vespasiano a la Decimocuarta legión.

El agua de beber empezó a hacernos efecto en Arélate, el aceite de cocinar galo nos zarandó cuando remábamos más allá de Valentia, un pedazo de cerdo en mal estado nos tuvo un día postrados en Vienna y, cuando por fin llegamos a la ciudad, el vino que habíamos bebido para intentar olvidar el cerdo nos había dejado la cabeza a punto de estallar. Nos pasamos todo el camino ocupados en librarnos de la habitual invasión otoñal de pulgas en busca de provisiones para el invierno, chinches, avispas y unos bichitos negros invasores cuyo alojamiento favorito eran las fosas nasales del desafortunado viajero. Xanto, cuya piel delicada rara vez había estado lejos de palacio, sufrió una erupción cuyos progresos me describió con tediosa prolijidad.

Así pues, Lugduno. Al desembarcar, ofrecí a Xanto unos comentarios informativos del libro de viajes Lugduno, la capital de las Tres Galias. En él sale eso de «César dividió la Galia en tres partes...» que todo niño está obligado a aprender en la escuela.

—Aunque vosotros, los barberos, quizá escapéis a tales penalidades educativas. Es una ciudad hermosa, fundada por Marco Agripa como centro de comunicaciones y comercio. Observa el interesante sistema de acueductos, que utiliza cañerías selladas dispuestas como sifones invertidos para cruzar los valles fluviales. Es un sistema sumamente caro, de lo cual se puede deducir que, para ser un lugar provinciano, la gente de Lugduno es tremendamente rica. Tiene un templo dedicado al culto imperial, que no vamos a visitar...

—¡Pues me gustaría echarle un vistazo!

—Quédate conmigo, Xanto. La ciudad también se enorgullece de tener una factoría de la celebrada cerámica arretina. Acudiremos allí para nuestro solaz. Y, luego, seguiremos la inveterada tradición turística de intentar llevarse a casa una muestra de alfarería... al doble de precio y con el triple de molestias que si uno la comprara en Italia.

—¿Por qué hacerlo, entonces?

—No me lo preguntes.

Porque mi madre me lo había pedido.

La fábrica de vajillas nos ofreció una oportunidad fabulosa de acabar con un buen dolor de pies a fuerza de caminar durante toda la mañana contemplando miles de

recipientes, por no hablar de la ocasión de despilfarrar en regalos que harían fruncir el entrecejo a nuestros banqueros. Los alfareros de Lugduno se proponía suministrar a todo el imperio. La suya era la historia del gran éxito comercial de nuestro tiempo. Estaban copando el mercado y en sus instalaciones reinaba esa atmósfera de tenaz codicia que se disfraza con el nombre de iniciativa comercial.

Hornos y puestos se extendían en torno a la ciudad como un ejército al asedio, dominando la vida cotidiana. Los carros bloqueaban todas las vías de salida, casi incapaces de avanzar entre crujidos bajo el peso de enormes cargamentos de los afamados platos rojos, apilados entre pajas para su transporte por toda Europa y, probablemente, más allá incluso. Pese a la depresión que había seguido a la violencia de la guerra civil, aquel lugar había prosperado. Si el mercado de la cerámica llegaba a hundirse alguna vez, Lugduno conocería muy malos tiempos.

Los talleres ocupaban una gran superficie. Cada uno acogía a un artesano local, muchos de los cuales eran hombres libres, al contrario de lo que sucedía en la principal factoría del norte de Italia, en la que me constaba que trabajaban esclavos. Mi madre (que siempre hacía sugerencias útiles respecto a los regalos que podía llevarle) me había informado que Arretino estaba en declive, mientras que la factoría de Lugduno era conocida entre las amas de casa perspicaces por sus productos, más refinados. Eran caros, desde luego, pero al observar las pilas tambaleantes de platos, jarras y fruteros no pude por menos de reconocer que me hallaba ante objetos de calidad. Los moldes que se usaban allí tenían dibujos perfectamente definidos o escenas clásicas talladas con delicadeza, y la arcilla preparada era cocida con gran precisión hasta adquirir un tono rojo cálido e intenso. Comprendí que aquella cerámica fuera tan apreciada como el bronce o el cristal.

Mi madre, que había criado siete hijos casi sin ayuda de mi padre, se merecía un objeto de buena cerámica, y en cuanto a Helena, me habría gustado comprarle una bella fuente para apaciguarla. Les debía un detalle a ambas, pero me negué a ser expoliado. Cada vez que me aventuraba a pedir un precio, seguía adelante a toda prisa.

En Lugduno no existían las gangas y el principio del regateo era absolutamente desconocido. Aquellos artesanos creían que si la gente era lo bastante estúpida como para remontar el río doscientas millas a fin de inspeccionar sus productos, también lo sería para pagar los precios vigentes. Y los precios vigentes eran los más altos que cada alfarero pensara que podía conseguir, después de valorar las piedras preciosas de los anillos y el paño de la capa de viaje del comprador. En mi caso, eso significaba no muy altos, pero siempre bastante más de lo que estaba dispuesto a pagar.

Rebusqué por todas partes, pero sin duda aquella gente pensaba que los clientes existían para ser exprimidos. Terminé bajo una mesa de caballetes, hurgando en una cesta de piezas defectuosas rebajadas.

—Lo que haces me parece una pérdida de tiempo —murmuró Xanto.

—Soy hijo de un subastador y me han enseñado que a veces en la caja de los trastos se oculta un tesoro...

—¡Bah, todo eso son cuentos de viejas! —sonrió el barbero.

—¡Puedo encontrar una pieza en buen estado...!, ¿lo ves?

Había descubierto una fuente de servir relativamente libre de grietas y quemaduras del horno. En un gesto elegante, el barbero reconoció que la insistencia había tenido su recompensa; a continuación, buscamos a alguien que nos la vendiera.

Pero no resultó fácil. Los alfareros de Lugduno conocen muchos modos de poner trabas a los tacaños, os lo aseguro. Los muchachos que cargaban los sacos de arcilla húmeda afirmaron no saber nada de precios; el hombre que tallaba un molde nuevo era demasiado artista para comerciar; los fogoneros de los hornos tenían demasiado calor como para molestarlos y la esposa del artesano, que normalmente se encargaba del dinero, se había quedado en casa con dolor de cabeza.

—Probablemente le ha dado la jaqueca de tanto pensar en cómo gastarse tantísimos beneficios —le murmuré a Xanto.

Tampoco el artesano estaba en disposición de atenderme. El hombre y la mayoría de sus vecinos habían formado una multitud hosca en el camino de carros, ante los talleres. Cuando fuimos en su busca, vi que se había organizado una discusión y que empezaban los empujones y tirones. Obligué a Xanto a ponerse detrás.

Un reducido grupo de alfareros, con arcilla húmeda en los delantales y en los antebrazos, se había reunido en torno a un portavoz que estaba soltando ásperas respuestas a las palabras de dos hombres que parecían querer forzar la discusión. Había allí más barbas y patillas de las que se podría encontrar en ninguna reunión de varones en Roma pero, aparte de esto, no había mucho donde escoger. Los dos hombres que discutían más acaloradamente vestían las mismas túnicas galas que los lugareños, con cuello alto de piel vuelta como protección contra el frío, pero encima de ellas llevaban capas de fieltro europeas con una abertura vertical para el cuello, mangas anchas y gorros puntiagudos caídos hacia atrás. Los dos gritaban furiosos, con el ademán de quien está perdiendo la discusión. De vez en cuando los demás lanzaban furibundas réplicas, pero el resto del tiempo se limitaban a mirar a la pareja con aire desdeñoso, como si al dominar la situación tuvieran menos necesidad de montar un escándalo.

La situación iba tomando claramente un mal cariz. Un individuo alto de barbilla partida y sonrisa burlona, que parecía el cabecilla local, lanzó de pronto un gesto obsceno a los dos hombres. El más corpulento de estos alzó el puño, pero fue contenido a tiempo por su compañero, un hombre más joven, pelirrojo y con verrugas.

Hasta aquel momento, yo había supuesto que el acaloramiento pasaría y por fin

podría pagar la fuente, pero ahora parecía que todos los tratos de la jornada iban a cerrarse con las narices ensangrentadas. Dejé el regalo de mamá en manos de un lugareño, agarré a Xanto y me apresuré a hacer mutis.

—¿Qué era esa discusión, Falco?

—No tengo idea. Cuando viajes, nunca te metas en líos. No sabes qué se cuece, es probable que escojas el lado indebido y, al final, puede suceder que las dos partes se vuelvan contra ti.

—¡Has dejado la bandeja!

—Así es.

De todos modos, estaba ladeada.

XIII

Durante la siguiente etapa de nuestro viaje empezaron a suceder cosas.

No tardó en adueñarse de mí el desánimo. Visitar la factoría de cerámica había servido de diversión, aunque también me había producido cierta inquietud ya que no había comprado nada y a la vuelta me esperaba en casa una buena bronca. De todos modos, no volví a pensar en alfareros y sus problemas; ya tenía suficiente con los míos. La auténtica misión que se me había encomendado se cernía sobre mí. En Lugduno habíamos cubierto un tercio de nuestro trayecto a través de Europa, sin contar la fatigosa travesía marítima anterior, desde Ostia. Estábamos, pues, en el tramo final, y cuanto más nos acercábamos al gran río Rin y a las ridículas tareas que me había encargado Vespasiano, más deprimido me sentía.

No por vez primera, me horrorizó el pensamiento de lo lejos que debíamos viajar para cruzar Europa y del muchísimo tiempo que nos estaba llevando.

—¡Más malas noticias, Xanto! El viaje por río es demasiado lento. A este paso, llegará el invierno antes de que haya terminado la misión. Aprovecharé mi salvoconducto imperial y seguiré camino a caballo, de modo que si quieres acompañarme tendrás que alquilar una mula.

No imaginéis que Vespasiano me había provisto de la autorización para tomar un caballo de las estaciones de postas oficiales porque quisiera hacerme cómodo el viaje; probablemente, había considerado que era lo más conveniente para transportar la Mano de Hierro.

Ahora, el territorio tenía un aspecto decididamente distinto. En lugar de las enormes villas italianas con sus terratenientes ociosos y sus cientos de esclavos, pasábamos junto a modestas granjas de aparceros. Había cerdos en lugar de ovejas y a cada piedra miliaria que dejábamos atrás se veían menos olivares y menos viñedos. En los puentes tuvimos que dar paso a convoyes de suministros para el ejército. Decididamente, nos acercábamos a una zona militar. Los pueblos se convirtieron en una rareza. El clima era más frío, húmedo y desapacible que el de nuestra tierra.

Xanto iba adquiriendo confianza como viajero, lo cual significaba que yo, como niñera de aquel idiota, tenía que estar aún más en guardia. Explicar las costumbres locales más triviales cada vez que nos deteníamos a cambiar de montura resultaba enloquecedor. Además, había empezado a llover.

—Me han colocado unas monedas falsas, Falco. ¡Cortadas en mitades y en cuartos!

—Lo siento, debí advertírtelo: aquí hay una escasez permanente de moneda fraccionaria. No es preciso que demuestres tu ignorancia armando un escándalo. Las piezas cortadas son aceptadas en la zona, pero no las llesves de vuelta a Roma. Suponiendo que volvamos algún día... —Me sentía tan desalentado que dudaba de

ello—. Ya te acostumbrarás. De todos modos, trata de no gastar un as o un quadrans si puedes pagar con monedas de más valor, y guarda el cambio para cuando estemos desesperados. Cuando se quedan sin la última pieza de cobre, las camareras dan la vuelta con besos. Y cuando también se les acaban éstos... —Me estremecí significativamente.

—¡Vaya bobada! —gimió Xanto. Un auténtico barbero. Contarle chistes era perder el tiempo.

Con un mudo suspiro, le facilité una explicación sensata:

—El ejército siempre recibe la paga en plata. Los sestercios son más fáciles de transportar en piezas grandes y la Tesorería nunca piensa en enviar unos cuantos arcones de monedas de cobre para que los soldados puedan usarlas como dinero de bolsillo. En Lugduno hay una ceca, pero parece que el orgullo les hace preferir las piezas grandes a la hora de pagar.

—Ojalá cortaran también los precios por la mitad, Falco.

—¡Ay! ¡Ojalá tantas cosas...!

Lo dije con contención, aunque estaba a punto de estallar.

Ojalá dejara de llover. Ojalá encontrara a Helena. Ojalá estuviera en mi ciudad, ocupado en algún caso libre de peligros. Pero, sobre todo, ¡ojalá perdiese de vista a aquel barbero y su inagotable cháchara!

Pasamos la noche en un pueblo típico de la vía que transitábamos; una larga hilera de edificios a ambos lados de la ruta formaba una calle mayor, dedicada en su mayor parte a atender a los viajeros. Había numerosas hospederías y, cuando hubimos encontrado una habitación limpia en la que dejar nuestro equipaje, pudimos recorrer buen número de tabernas para variar. Escogí uno de los locales porticados que iluminaban la calle y nos abrimos paso hasta un sótano en el que otros viajeros ocupaban mesas circulares y daban cuenta de carne fría o queso acompañados por jarras de la cerveza fermentada del lugar. El olor de las capas de lana mojada y de las botas empapadas impregnaba el aire, pues todos veníamos calados tras haber pasado la jornada bajo la lluvia. La taberna estaba caliente, seca e iluminada con velas instaladas en las mesas, y ofrecía una atmósfera de «estamos aquí para servirlo» que relajaba la tensión del viaje incluso en aquellos que eran reacios a relajarse demasiado por si acaso el destino nos hacía pagar un amargo castigo.

Bebimos y comimos. Xanto se animó; yo no dije nada. Él pidió más bebida; yo hice sonar la bolsa de mala gana. Aquella noche me tocaría pagar, como de costumbre. Xanto encontraba mil maneras de malgastar el dinero de sus vacaciones, pero tenía el don de hacerlo sólo cuando lo dejaba por su cuenta. Nos había llenado de recuerdos —espléndidas linternas, estatuillas de musculosas deidades locales y talismanes de la rueda de la fortuna— pero ignoro cómo se las ingeniaba para que pagar la cena siempre pareciese responsabilidad mía. El local no era estricto: se pedía

la cuenta al terminar. Era un buen método para sacar a los clientes más dinero del que habían previsto gastar aunque, en realidad, cuando me decidí a hacer cuentas comprobé que la extorsión no había sido demasiado dolorosa, teniendo en cuenta lo mucho que había tragado el barbero.

Una buena velada... para el hombre que pudiera disfrutarla.

Le dije a Xanto que se adelantara mientras yo esperaba al habitual revuelo entre el personal a la hora de encontrar monedas para el cambio. Cuando me asomé a la calle, mi pelmazo particular ya había desaparecido. No me dí ninguna prisa en alcanzarlo. Era una noche serena y el negro firmamento estaba tachonado de estrellas atrevidas entre unas cuantas nubes que lo cruzaban apresuradas. Al día siguiente volvería aquella lluvia mansa pero en ese momento permanecí un rato disfrutando del viento seco y fuerte contra mi rostro. La calle estaba vacía y yo era presa de un ataque de la melancolía del viajero. Volví a entrar en la taberna y pedí un platillo de pasas y otra jarra.

El local ya no estaba tan concurrido. Sintiéndome libre, cambié de asiento. El nuevo me permitió echar una ojeada a los demás parroquianos. Algunos hombres charlaban en pequeños grupos, otros cenaban a solas. Dos ocupantes de una mesa llamaron mi atención porque aun cuando parecían ir juntos no intercambiaban palabra. No daban la impresión de haber reñido; sencillamente, parecían todavía más deprimidos de lo que estaba yo antes de librarme de Xanto.

Una camarera encendió otra vela en su mesa y, a su luz, reconocí a la pareja por sus gorras puntiagudas y sus túnicas de cuello alto bajo las capas galas de color zarzamora. Uno era obeso y de mediana edad; el otro tenía el cabello pelirrojo y una abundante cosecha de verrugas en las mejillas y en las manos. Eran los dos hombres que había visto discutir con los alfareros en la factoría de cerámica.

De haber tenido un aspecto más comunicativo, tal vez me habría acercado y habría mencionado la coincidencia. Sin embargo, ellos estaban sumidos en sus pensamientos y yo estaba adormilado, disfrutando de mis momentos robados de intimidad. Terminé las pasas. La siguiente vez que miré, los vi salir del local. Probablemente, era lo mejor. No creía que en Lugduno se hubiesen fijado en mí y, en cualquier caso, los había visto tan irritados en esa ocasión que quizá les habría disgustado que alguien les hubiese recordado lo sucedido. Por la mañana, todos continuaríamos viaje rumbo a nuestros diferentes destinos. Era muy poco probable que tuviéramos otro encuentro casual.

Pero lo tuvimos. Al menos, yo topé con ellos.

A la mañana siguiente, cuando ya hacía media hora que habíamos dejado el pueblo y el barbero aún seguía rezongando sobre dónde me había metido tanto rato la noche anterior —torrente de quejas del que yo haría caso omiso con mi habitual y prudente mutismo—, nos encontramos con dos unidades de reclutas del ejército. En

la Galia no había legiones estacionadas, de modo que aquellos bisoños debían de dirigirse hacia la frontera. Aquellos jóvenes de veinte, diecisiete, dieciocho años aún no acostumbrados al peso de los cascos y que recién descubrían el tedio de las largas marchas, se habían detenido y ocupaban la carretera como zanahorias desparramadas por el suelo. Incluso el centurión al mando, que llevaba más tiempo de servicio, resultaba inadecuado para la crisis con que habían tropezado. El hombre sabía que era el representante de la ley y el orden, de modo que se esperaba que hiciera algo, pero habría preferido seguir la marcha con la vista fija al frente. Con franqueza, yo también lo habría preferido.

El problema era que los reclutas habían descubierto los cuerpos de dos viajeros tirados en la zanja de drenaje. Los soldados se habían apresurado a llamar al centurión, de modo que éste había tenido que detenerse. Cuando llegó no era un hombre feliz. Al bajar a investigar, la bota le resbaló en la hierba mojada y resbaladiza. Se había torcido la espalda, empapado la capa y manchado de barro toda una pierna. En aquel momento, estaba maldiciendo sin parar mientras trataba de limpiarse la pierna con un matojo de hierba. El que Xanto y yo llegásemos lo trastornó aún más. Ahora, no importaba lo que decidiese hacer respecto al problema, sería observado por unos testigos críticos.

Nuestro camino hacia el norte desde Lugduno seguía el curso del río Saona por la vía consular construida por el ejército como ruta rápida hacia las dos Germanias. Mantenido por comisarios con cargo al erario público, era una obra de ingeniería de gran calidad: tierra apisonada, una capa de guijarros, otra de grava, un lecho de cemento fino y, por último, adoquines cuadrados con una ligera combadura para evacuar el agua como el caparazón de una tortuga. La vía corría ligeramente elevada del terreno circundante y a cada lado había profundas zanjas para el drenaje y como medida de seguridad contra las emboscadas.

Desde la carretera, tenía una visión perfecta de lo que sucedía.

Los soldados más dispuestos se habían deslizado tras el centurión. Aquello era lo mejor que les había sucedido desde que dejaran Italia. Empezaron a dar la vuelta al cadáver más gordo para ponerlo de espaldas. Creo que tuve la certeza de lo que iba a suceder entonces antes incluso de verle la cara. Estaba hinchada de yacer en el agua, pero supe que era uno de los dos hombres de Lugduno. También reconocí a su tieso compañero, aunque éste seguía boca abajo: me fijé en las verrugas de las manos, que estaban a la vista porque, antes de arrojarlo a la acequia, alguien se las había atado a la espalda.

Fuera cual fuere la causa de su enfado, la fortuna había encontrado una manera decisiva de ayudarlos a superarlo.

XIV

El centurión recogió bajo el cinto los extremos balanceantes, lastrados con bronce, de la pieza protectora de la entepierna; después, entregó el casco a un soldado, que lo sostuvo con cuidado por la tirilla de colgar. La lluvia había cesado hacía un rato, pero la capa escarlata del oficial se enredaba torpemente en el cinto de la espada plateada y la lana de sus pliegues se adhería a su cuerpo y a sus brazos con la humedad que nunca parecía separarse de uno mientras viajaba. Cuando levantó la cabeza, advertí en su rostro una fatigada resignación, ya que nuestra llegada había desbaratado cualquier plan que pudiera tener de ocultar los cuerpos cubriéndolos de maleza para después abandonar el lugar a toda prisa.

Inclinado sobre el cuello de mi caballo, lo saludé con un leve gesto de la cabeza.

—¡Soldado, haz que esa gente circule! —exclamó él.

Los reclutas eran tan inexpertos en la vida militar que, en lugar de dar por sentado tercamente que la orden iba dirigida al compañero de al lado, se volvieron como un solo hombre hacia nosotros. Yo no me moví de donde estaba.

—¡Enséñales tu pase! —me susurró Xanto lo bastante alto para que pudieran oírlo, convencido de que estábamos en dificultades... como así fue, tan pronto hubo abierto la boca. Yo hice caso omiso de sus palabras, pero advertí que el centurión se ponía rígido. Ahora quería asegurarse de quiénes éramos y, si era tan estricto como sugería su aspecto, quería saber también adonde íbamos, quién nos enviaba, qué hacíamos en aquel descampado y si nuestros asuntos podían producir algún tipo de repercusiones que lo afectaran.

Todo aquello parecía suficiente como para retenernos allí cuando menos un par de semanas. Mi peligrosa pasividad fue lo bastante elocuente para el barbero, quien enmudeció con aire desconsolado. El centurión nos lanzó una mirada furiosa.

A aquellas alturas, yo ya me había resignado más o menos a que la gente imaginara que Xanto y yo éramos un par de chulos que habíamos salido de parranda. Xanto tenía el aspecto inconfundible de un barbero y yo era, obviamente, demasiado pobre para permitirme un asistente personal. Nuestras monturas procedían de los establos locales que suministraban a los servicios de postas imperiales, pero los animales no tenían ninguna marca que lo denotara. La cesta con el regalo de Vespasiano a la Decimocuarta tenía un aire militar, con sus fuertes correas. El resto de mi equipaje también parecía oficial. Pero cualquier asomo de autoridad que pudiera transmitir mi aspecto chocaba radicalmente con la delicada afectación del barbero. Como todo el mundo, el centurión se fijó en la capa de aire griego y la túnica violeta con bordados azafrán (la capa era probablemente una prenda de desecho de Nerón, pero no había querido preguntárselo para no darle la satisfacción de contármelo). El oficial estudió su tez bien cuidada, su cabello melindrosamente

peinado y sus zapatos a la moda (repujados y con borlas púrpura como adorno); después, se quedó mirando su insufrible expresión bobalicona. Por último, se volvió hacia mí.

Sostuve su mirada, resuelto e impertérrito. Le concedí tres segundos de plazo para que dijese algo. Después, sugerí tranquilamente:

—¿Qué, un asunto para la policía municipal de la siguiente ciudad con magistrado? —Consulté el itinerario, procurando que advirtiera que se trataba de un documento militar—. Hace tres días que dejamos Lugduno, de modo que Cavilono debe de estar a tiro de piedra. Es una población bastante grande y...

La gente es desagradecida. Ofrecerle una salida sólo hizo que el centurión se interesara más por el hallazgo y volviese junto a los cuerpos. Yo debería haber seguido mi camino, pero mis anteriores encuentros con los muertos produjeron en mí cierta sensación de compañerismo. Desmonté y medio salté, medio me deslicé también hasta la fossa.

No me sorprendía encontrarlos allí, en aquel estado. Habían llevado sobre sí la marca de unos hombres en plena crisis. Quizá se tratase de una impresión retrospectiva, pero lo que había visto de ellos había presagiado en cierto modo aquella tragedia.

Las señales de la causa real de su muerte eran mínimas, pero parecía como si ambos hombres hubieran sido reducidos a golpes, y después liquidados mediante estrangulamiento. Los brazos atados a la espalda eran una prueba bastante concluyente de que las muertes habían sido deliberadas.

El centurión los inspeccionó sin emoción mientras sus jóvenes soldados, más tímidos, permanecían algo apartados. El oficial me miró.

—Me llamo Falco —le dije, para mostrar que no tenía nada que ocultar.

—¿Funcionario?

—¡No hagas preguntas! —Mis palabras le dieron a entender que, en efecto, lo era—. ¿Qué opinas de todo esto?

El centurión me aceptó como un igual.

—Parece un asalto. Faltan los caballos y al tipo gordo le han quitado la bolsa que llevaba al cinto. —Me indicó una tira de cuero cortada que colgaba de éste.

—Si eso es todo, informa de su posición cuando llegues a Cavilono. Deja el asunto en manos de los civiles.

Toqué uno de los cadáveres con el revés de la mano. Estaba frío. El centurión vio lo que hacía pero ninguno de los dos comentó nada. La ropa del que habían encontrado boca abajo estaba absolutamente empapada donde el cenagal nauseabundo al pie de la acequia había impregnado la tela. El centurión también me observó mientras lo comprobaba.

—No hay nada que indique quiénes eran o adonde iban, pero sigo creyendo que

han sido asaltados por bandidos. —Me miró fijamente, desafiándome a disentir, pero me limité a devolverle una sonrisa. En su situación, habría actuado como él. Ninguno de los dos se movió. Por fin, levantó la cabeza hacia la carretera para gritar a sus hombres—: ¡Qué uno de vosotros vuelva corriendo hasta el último mojón y anote los datos!

—¡Sí, Helvecio!

El centurión y yo tomamos carrerilla para saltar la cuneta y nos encaramamos a la calzada al mismo tiempo. Abajo, los reclutas fisgaron por última vez los cadáveres en un alarde de fanfarronería y siguieron nuestros pasos; la mayoría de ellos resbaló y cayó al fondo varias veces antes de conseguirlo.

—¡Dejad de hacer el imbécil! —gruñó Helvecio. No obstante, tuvo paciencia con ellos.

—¡Parecen ajustarse al nivel de inteligencia habitual entre los de su edad, en estos tiempos! —apunté. El oficial, como todos los encargados de novatos, odiaba a sus inexpertos subordinados, pero dejó pasar mi comentario sin añadir nada—. ¿De qué legión eres?

—De la Primera Adiutrix.

Se trataba de una de las legiones que Cerealis había conducido a través de los Alpes como parte de la fuerza expedicionaria destinada a sofocar la rebelión. Había olvidado dónde tenían la base en aquel momento, pero al menos me alegró saber que no pertenecía a la Decimocuarta.

Xanto le preguntó a uno de los soldados a qué guarnición se dirigían, pero el muchacho no supo decírselo. El centurión tenía que saberlo, pero no lo reveló; ni yo se lo pedí.

Dejamos la compañía de los soldados y continuamos cabalgando hacia la encrucijada de caminos de Cavilono, desde donde me proponía tomar la bifurcación del sur. Al cabo de un rato Xanto me informó con visible orgullo de que había reconocido a los muertos como los dos hombres de Lugduno.

—Yo, también.

—¿Por qué no has dicho nada? —preguntó, al parecer decepcionado.

—No tenía objeto.

—¿Qué sucederá ahora?

—El centurión dará instrucciones a un magistrado de la ciudad para que recoja los cuerpos y organice una batida en busca de los asaltantes.

—¿Crees que los cogerán?

—Probablemente, no.

—¿Cómo sabes que era un centurión?

—Porque llevaba la espada a la izquierda.

—¿Es que los soldados rasos las llevan al otro lado?

—Exacto.

—¿Por qué?

—Así, la vaina de la espada no entorpece la colocación del escudo.

Para un soldado de a pie, la libertad de movimientos podía significar la diferencia entre la vida y la muerte, pero los detalles de esta naturaleza no interesaban a Xanto.

—Podría habernos sucedido a nosotros, ¿te das cuenta? —exclamó con un gorjeo de entusiasmo—. Si esta mañana hubiéramos emprendido la marcha antes que ellos, habríamos sido nosotros quienes sufrieran ese mal encuentro con los bandidos.

No dije nada. Xanto daba por sentado que su insinuación me había dejado anonadado, de modo que continuó cabalgando con un sentimiento de superioridad. Era otra de sus irritantes costumbres; podía razonar perfectamente hasta la mitad de un problema pero, después, su cerebro se quedaba atascado.

Yo no creía que quienes habían dado muerte a los dos individuos hubieran hecho lo mismo con nosotros aunque hubiésemos salido antes del alba llevando unas alforjas tintineantes con un rótulo en el que, escrito en tres lenguas europeas, se leyese la leyenda: «Sírvase usted mismo». Aquello no era un típico asalto en la carretera. Tanto Helvecio como yo habíamos podido apreciar la existencia de algunos detalles extraños. En primer lugar, los dos hombres de Lugduno no habían muerto aquella mañana. Los cuerpos estaban fríos y el estado de sus ropas indicaba que habían permanecido en la zanja toda la noche. ¿Quién viaja de noche? Ni siquiera los correos imperiales, a menos que el emperador haya muerto o que lleven detalles sumamente escabrosos de algún escándalo relativo a la alta sociedad. En cualquier caso, la noche anterior yo había visto a los difuntos mientras cenaban. Tenían un aire abatido y desdichado, pero no me había parecido que necesitasen apretar la marcha a la luz de los candiles. Por la noche, en la taberna, habían dado la impresión de disfrutar del descanso tanto como los demás parroquianos.

No. Alguien había matado a aquellos dos hombres, probablemente en el mismo pueblo, no mucho después de que yo los viera, y luego había trasladado los cuerpos a una distancia conveniente, al amparo de la oscuridad. Si no me hubiese quedado a disfrutar de mi jarra de cerveza fermentada, tal vez habría topado con la reyerta. Tal vez incluso podría haberla evitado. En cualquier caso, después de que los viese abandonar la taberna debían de haberlos seguido, golpeado y estrangulado; a continuación, los asesinos habían disimulado su fechoría como un incidente propio de los viajes a fin de que no hubiera preguntas comprometedoras.

—Una buena coincidencia. ¿Eh, Falco?

—Posiblemente.

Posiblemente, no. Pero no tenía tiempo para detenerme a investigar. La única pregunta que me venía a la cabeza mientras cruzaba Cavilono a lomos de mi caballo era si el triste destino de los dos hombres sólo era consecuencia de sus asuntos

privados en Lugduno... o si tenía alguna relación con mi misión.

Me dije que nunca lo sabría.

Fue inútil.

XV

Argentorato había olvidado cómo se acoge a un viajero... si es que alguna vez había sabido hacerlo. La población había acogido una enorme base militar desde que Roma mostrara interés por Germania, y sus modales se habían resentido de ello. Allí había tenido su puesto original mi legión, la Segunda Augusta. Cuando yo fui destinado a ella en Britania, sólo encontré allí a un puñado de veteranos malhumorados que apenas recordaban nada de la vida en el Rin, pero la posición de Roma en Britania siempre había parecido peligrosa y, en cualquier caso, siempre habíamos tenido la esperanza de que nos destinasen a una guarnición mejor, de modo que Argentorato había sido el lugar cuyo nombre los hombres de mi legión pronunciaban invariablemente con un tonillo de propietarios.

Lo cual no significaba que pudiera invocar antiguos favores si cometía el error de presentarme allí.

Ya había pasado por aquella inamistosa población en otras ocasiones, camino de lugares aún peores. Por lo menos, la última vez había conocido al joven Camilo Justino, que me había obsequiado con una cena memorable y una ronda por los lugares destacados y los bajos fondos, que por esa época no eran tan destacados como Argentorato quería creer ni tan bajos como yo esperaba. En aquel entonces me sentía deprimido, pues era un hombre enamorado, aunque todavía no había caído en la cuenta. Ahora, me pregunté si Camilo se habría percatado de que su imponente hermana (a la que se suponía que yo estaba escoltando aunque, como de costumbre, Helena había tomado el mando enseguida) se había ocupado de meterme en una jaula como un jilguerillo cantor. Esperaba preguntárselo y reírnos juntos pero, para eso, antes debía dar con él.

Los grandes centros militares tienen sus inconvenientes. En la fortaleza jamás se encuentra a un centinela conocido, ni sigue en su puesto ningún oficial con el que se haya trabado amistad en la anterior visita. La población resulta igualmente decepcionante. La gente del lugar está demasiado ocupada haciendo dinero con la soldadesca como para molestarse por los visitantes esporádicos. Los hombres son bruscos y las mujeres, desdeñosas. Los perros ladran y los asnos dan mordiscos.

Finalmente, arrastré a Xanto a una cola quejosa ante el puesto de guardia principal. Si me hubiese registrado como enviado imperial me habrían facilitado alojamiento en la fortaleza, pero preferí ahorrarme una noche de cortesías y agradecimientos al intendente. Uno de los hombres de guardia me dio todas las malas noticias que necesitaba para marcharme: en las listas no constaba la llegada de ninguna noble hermana de un noble tribuno y, en cualquier caso, su señoría Camilo Justino había dejado Argentorato.

—Su sustituto llegó hace dos semanas. Justino había completado su turno.

—¿Qué...? ¿Ha vuelto a Roma?

—¡Ja! Estamos en el Rin; ¡nadie escapa de aquí tan fácilmente! Ha sido trasladado de puesto.

—¿Y dónde está destinado ahora?

—Ni idea. Lo único que sé es que anoche escogió la contraseña para la guardia algún estúpido imberbe recién salido de una escuela de filosofía. La joya de anoche era «xenofobia». Hoy hay tres centinelas en las celdas por olvidarla y un optio del centurión anda de un lado a otro como un oso que se hubiera sentado sobre una ortiga porque tiene que presentar informes disciplinarios de sus mejores compañeros de tienda.

En aquellos momentos, ninguna legión de Germania podía correr riesgos con la guardia. La provincia se encontraba bajo una estricta ley marcial —por muy buenas razones— y no había lugar para tribunos idiotas que quisiesen destacar.

—Imagino que vuestro nuevo chico listo estará recibiendo una buena bronca del legado. —Reprimí mi inquietud por Helena y me concentré en su hermano—. ¿Acaso Camilo Justino ha sido destacado a alguna de las legiones expedicionarias?

—¿Quieres que pregunte? —El centinela daba toda la impresión de estar dispuesto a ayudar al amigo de un tribuno, pero ambos sabíamos que no tenía intención de dejar su banqueta.

—No te molestes —respondí con una sonrisa cortés e irónica. Era hora de irse, pues me di perfecta cuenta de que el barbero, que había estado asomando la nariz por encima de mi hombro envuelto en una nube de exótica loción para la piel, empezaba a resultar desagradable para aquel recio legionario de olfato nada refinado.

Efectué un último intento por conseguir información.

—¿Qué se sabe de la Decimocuarta Gémina?

—¡Esos bastardos! —replicó el centinela.

Aquel rotundo calificativo fue su única respuesta. En un cuartel de legionarios bajo una fría y lluviosa noche de octubre, no había mucho espacio para conversaciones de salón. Detrás de mí, dos agotados correos esperaban para registrarse, Xanto miraba cada vez con menos discreción y un suministrador de venados muy borracho que quería protestar una cuenta de la cantina de oficiales me estaba dando tales empujones que decidí marcharme por no armar una pelea allí mismo, pero magullado y ultrajado como una tabernera en unas fiestas saturnales.

Nos alojamos en una hospedería civil ubicada entre la fortaleza y el río para poder partir con las primeras luces. Fuimos a los baños pero ya era demasiado tarde para el agua caliente. Sorprendidos de que en aquellas ciudades lejanas los establecimientos cerraran sus puertas a horas tan tempranas, tomamos una cena nada apetitosa que ayudamos a bajar con un vino blanco muy ácido, y luego nos pasamos la mayor parte de la noche en vela debido al constante ir y venir de recias botas. Nos habíamos

instalado en una calle llena de burdeles. A Xanto le intrigaron los ruidos, pero le dije que el alboroto no era más que alguna unidad realizando un ejercicio nocturno.

—Escucha, Xanto. Si quieres, puedes quedarte aquí mientras yo llego hasta Moguntiaco. Te recogeré a la vuelta, cuando haya cumplido el encargo del emperador.

—¡No, no! ¡Ya que he llegado hasta aquí, seguiré contigo!

Lo dijo como si estuviera haciéndome un enorme favor. Cerré los ojos, abatido, y ni siquiera respondí.

A la mañana siguiente intenté encontrar plaza gratis en alguna embarcación, pero no tuve suerte. El trayecto Rin abajo es muy pintoresco, de modo que los propietarios de las gabarras fluviales exigían un precio muy alto por el privilegio de contemplar cien millas de su recorrido.

Como la mayor parte de las barcazas, la nuestra transportaba vino. Compartimos las vistas, que pasaban lentamente ante nosotros, con dos viejos y un buhonero. Los abuelos tenían la espalda encorvada, la cabeza calva y una serie de apetitosas viandas que hacían la boca agua y que no tenían la menor intención de compartir. Permanecieron todo el viaje sentados uno frente al otro, hablando sin parar, como si se conocieran de toda la vida.

El buhonero, que subió a bordo en una pequeña colonia llamada Borbetomago, también iba encorvado, pero en su caso bajo los arcos de un tenderete desmontado y del atroz material que vendía. Xanto y yo éramos un público cautivo, de modo que no tardó en desatar los nudos de sus fardos y extender sus ofertas en la cubierta. Yo no le presté atención, pero Xanto vibró enseguida de estúpida excitación.

—¡Fíjate en eso, Falco!

Como a veces hacía algún tímido intento por salvarlo de su propia estupidez, eché una ojeada a la basura en la que se disponía a invertir ahora. De inmediato, refunfuñé. Esta vez se trataba de efectos militares. Cabría suponer que nuestros héroes de la marcha sobre el lodo ya tenían suficiente equipo y correajes como para no verse obligados a gastarse la paga en pertrechos, pero nada más lejos de la realidad; aquel astuto buhonero estaba haciendo un buen negocio con la venta de sus tristes recuerdos de antiguas guerras a los legionarios. Lo había visto hacer en Britania. Lo había visto hacer en el carromato de quincalla que mi hermano mayor, que no tenía sentido de la proporción, había llevado a rastras desde los zocos exóticos de la Cesarea. Allí, con nueve legiones a lo largo del Rin, la mayoría de sus soldados muertos de aburrimiento y todos los bolsillos llenos de plata imperial, sin duda existía una amplia demanda de pintorescas hebillas tribales, armas antiguas gastadas y diversas puntas de hierro que podían proceder de cualquier apero agrícola.

El individuo era un ubio de nacimiento, todo él labio superior y cháchara intrascendente. El labio se extendía sobre unos dientes grandes y salientes; la

cháchara era su técnica para ablandar al cliente. Con Xanto, le dio resultado. Casi todo lo daba. Dejé que ambos llevaran las cosas a su modo.

El buhonero se llamaba Dubno y vendía los habituales cascos nativos con astas sobre las orejas, varios cuencos de puntas de flecha y de lanza «antiguas» (que sin duda había cogido la semana anterior de entre las ruinas de un viejo fortín), una sucia copa que el hombre juró a Xanto que estaba hecha de asta de uro, unas piezas de «armadura sármata», medio juego de arcos icenios y, entre otras cosas, una colección de ámbar báltico.

Ninguna de las piezas contenía insectos fosilizados, pero el ámbar era el único material que merecía la pena considerar. Naturalmente, Xanto pasó de largo sin mirárselo dos veces. Yo dije que compraría unas cuentas para mi novia si eran igualadas y estaban ensartadas adecuadamente. No me sorprendió demasiado que, al momento, Dubno sacara de su insondable bolsillo tres o cuatro sargas para un collar decente... a tres o cuatro veces su precio.

Pasamos una soportable media hora regateando sobre la sarga de cuentas más pequeñas. Le hice rebajar a una cuarta parte del precio de partida sólo por el placer de negociar, y entonces me decidí por una de las mejores, como había sido mi intención desde el principio. El astuto buhonero me había medido con acierto, pero Xanto pareció perplejo. El barbero ignoraba que había pasado mi infancia revolviendo entre los tenderetes de segunda mano de Septa Julia. También pensé que era conveniente comprarle un regalo a Helena por su cumpleaños, por si acaso daba con ella. La echaba de menos, y eso me convertía en un objetivo fácil para cualquiera que me ofreciese una chuchería que tuviera el más ligero vestigio de buen gusto.

Juzgando que mi bolsa quedaba con esto definitivamente cerrada, Dubno concentró otra vez en Xanto su encanto gimoteante. Era un artista. Como hijo de un subastador, casi disfruté observándolo. Por fortuna, no recorreríamos el río hasta el delta, pues de lo contrario el barbero habría acabado por quedarse las existencias completas del buhonero. Desde luego, se quedó con el cuerno de uro, presuntamente arrancado por el propio Dubno de uno de aquellos toros salvajes galos cuya bravura es legendaria...

—¡Cuánto me gustaría ver uno de ellos, Falco!

—¡Agradece que sea tan improbable!

—¿Has tenido ocasión de ver alguno en tus viajes?

—No, Xanto. Soy una persona razonable: nunca he tenido ganas de encontrármelos.

El objeto que había adquirido era una copa de asta que no derramó demasiado vino sobre su túnica cuando intentó utilizarla. Incluso consiguió sacarle bastante brillo, a fuerza de frotar. Decidí no revelar que los uros no tienen los cuernos curvos.

Mientras la barcaza de transporte de vino seguía flotando hacia nuestro destino, Dubno envolvió y guardó de nuevo sus tesoros. Xanto empezó a manosear un casco y me apresuré a quitarle el objeto, en parte para evitar que se gastase sus últimos fondos (pues ello habría significado que yo tendría que pagarlo todo).

Al principio me pareció un casco militar común y corriente, pero luego advertí en él algunas diferencias. El casco moderno incorpora una guarda más amplia en la parte posterior, que protege el cuello y los hombros; también lleva quijeras para las mejillas y protecciones suplementarias para las orejas. Sospecho que este diseño revisado se perfeccionó para contrarrestar los daños que producían las anchas espadas de los celtas. El modelo antiguo había sido reemplazado mucho antes de mi tiempo, pero ahora tenía uno ante mis ojos.

—Éste debe de ser una antigüedad, Dubno.

—Yo lo anuncio como una reliquia del desastre de Varo —confesó el buhonero en tono amistoso, como si reconociera su falsedad; después, su mirada se cruzó con la mía y se lo pensó mejor. Yo conseguí contener un estremecimiento.

—¿De dónde lo has sacado?

—¡Oh..., de los bosques! —su voz se difuminó, evasiva.

—¿De dónde? —insistí.

—¡Oh..., del norte!

—¿Del bosque de Teutoburgo, tal vez?

El hombre se mostró reacio a aclarar tal extremo. Hiné una rodilla e inspeccioné con más atención el lote. El buhonero ya me había catalogado de problemático y no le gustó en absoluto mi conducta. Hice caso omiso de su agitación, lo cual lo inquietó todavía más.

Pronto me fijé en una antigua pieza de bronce que podía proceder de la empuñadura de una espada romana, unas hebillas que se parecían a unas que había visto en casa de mi abuelo y un soporte para el penacho del casco (otro detalle descartado del uniforme y sustituido por una presilla para el transporte).

—Habrás vendido un montón de esas «reliquias de Varo», ¿verdad?

—Cada cual cree lo que le da la gana.

Había también un objeto ennegrecido que me abstuve de tocar porque me pareció que se trataba de un cráneo humano.

Me incorporé de nuevo.

Según la versión oficial, el heroico Germánico, nieto adoptivo de Augusto, había localizado el emplazamiento donde se había producido la hecatombe, había recogido los restos esparcidos de los muertos y había celebrado un funeral decente en recuerdo del perdido ejército de Varo. Sin embargo, ¿quién va a creer que Germánico y sus nerviosas tropas permanecieran mucho rato allí, en territorio hostil, ofreciendo otro objetivo al enemigo? No; Germánico y los suyos hicieron cuanto pudieron y

cumplieron de sobras llevando de vuelta a Roma los estandartes perdidos. Tras esto, todos pudimos dormir con la conciencia tranquila. Era mejor no pensar que en las profundidades de los umbrosos bosques de la Germania inconquistada podían aún yacer armas rotas y demás despojos entre cuerpos y huesos romanos sin enterrar.

Los soldados de las guarniciones compraban hoy aquella panoplia enmohecida. A los militares les encanta comprar recuerdos que evocan grandes hazañas en situaciones peligrosas. Cuanto más espeluznantes, mejor. Si era cierto que Dubno había descubierto el paraje donde se había librado la antigua batalla, debía de estar amasando una fortuna.

Evité profundizar en el tema sondeando el aspecto que me interesaba.

—De modo que cruzas el río, ¿no es eso? —dije—. ¿Te adentras en el norte? —El buhonero se encogió de hombros. El comercio fomenta la osadía y, en cualquier caso, a efectos del comercio la Germania libre nunca ha sido una zona prohibida—. ¿Hasta dónde te llevan tus viajes? ¿Has topado alguna vez con la famosa profetisa?

—¿De qué profetisa me hablas?

No lo decía en serio. Intenté no parecer especialmente interesado en el tema, no fuera a correr la voz de mi misión.

—¿Acaso hay más de una siniestra solterona que ejerza influencia sobre las tribus? ¡Me refiero a esa sacerdotisa sedienta de sangre, la mujer sagrada de los brúcteros!

—¡Ah, Veleda! —respondió Dubno, burlón.

—¿La has visto alguna vez?

—Nadie la ha visto.

—¿Cómo es eso?

—Veleda vive en la cima de una alta torre, en un lugar apartado del bosque. Nunca recibe a nadie.

—¿Desde cuándo son tan tímidos los profetas? —Era mi sino. Topar con lo más raro—. No imaginaba que tuviese un despacho de mármol y una recepcionista que sirviera te a la menta a los visitantes pero ¿cómo comunica sus mensajes, entonces?

—Por medio de sus parientes varones.

A juzgar por el efecto que Veleda había tenido en los sucesos de aquel extremo del Imperio, sus tíos y hermanos debían de haber patrullado activamente una amplísima zona a través de los bosques. Su actividad casi quitaba brillo a la capacidad escurridiza de la sacerdotisa.

El barbero lucía su mueca de excitación.

—¿Veleda forma parte de tu misión? —me susurró. La simpleza de aquel individuo de ojos abiertos como platos me dolía como un flato mientras uno corre para ponerse a salvo de un toro enfurecido.

—A las mujeres puedo manejarlas —dije—, ¡pero de los druidas no quiero saber

nada! —Era un verso. Dos de nosotros conocíamos la referencia, pero el pobre Xanto parecía impresionado.

Tuve que actuar de prisa. La barcaza ya se aproximaba al gran puente de Moguntiaco y no tardaríamos en amarrar en el muelle. Dirigí una mirada pensativa al buhonero.

—Si alguien quisiera ponerse en contacto con Veleda, ¿sería posible hacer llegar un mensaje a esa torre en que vive?

—Podría ser.

Dubno dio muestras de inquietud ante la sugerencia. Dejando sentado que estaba investido de cierta autoridad, le dije que no abandonara la ciudad.

El buhonero adoptó la actitud de quien está decidido a abandonar la ciudad en el momento exacto en que le venga en gana, y sin advertir de ello a nadie previamente.

Tercera parte:

EGIO XIV GEMINA MARTIA VICTRIX

MOGUNTIACO, GERMANIA SUPERIOR.

Octubre, año 71 d.C.

... Por encima de todas la Decimocuarta, cuyos hombres se habían cubierto de gloria al sofocar la rebelión en Britania.

Tácito, *Historias*

XVI

Moguntiaco.

Un puente. Un puesto de peaje. Una columna. Un puñado de chabolas civiles con unas cuantas casas de buen aspecto, propiedad de los comerciantes locales en lanas y vinos. Todo ello, dominado por una de las mayores fortalezas del Imperio.

La construcción estaba emplazada en la confluencia de los ríos Rin y Meno. El puente, que unía la ribera romana del Rin con las chozas y embarcaderos de la orilla opuesta, tenía pasarela de madera y pilares triangulares destinados a romper la corriente. La garita de peaje era una instalación provisional que sería sustituida por un enorme puesto de aduanas en Colonia Agripinense (Vespasiano era hijo de un recaudador de impuestos; como emperador, culminaba la carrera familiar). La columna, erigida en tiempos de Nerón, era un gran voto dedicado a Júpiter. La enorme fortaleza constituía una declaración de que Roma no se andaba con chiquitas, aunque no estaba muy claro si con ello tratábamos de impresionar a las tribus o más bien de convencernos a nosotros mismos.

De inmediato me llevé la primera decepción. Le había estado diciendo a Xanto que podría montar su propio negocio con las cuchillas y tener un puesto entre las canabae. La mayor parte de establecimientos militares da origen a un puñado de tenderetes y puestos, una orla de míseros chiringuitos que ofrecen a las tropas fuera de servicio las sórdidas diversiones habituales. Estos barrios surgen cuando los baños se construyen fuera de la fortaleza como precaución contra los incendios; tras ellos se levantan rápidamente despachos de pan, burdeles, barberías y puestos de bisutería, con o sin licencia. Después llegan las inevitables vivanderas, las prostitutas que siguen a los ejércitos en sus desplazamientos y las familias no oficiales de los soldados, hasta que, pronto, el desorden extramuros crece y se convierte en una ciudad civil.

En Monguntiaco, estos tenderetes no existían.

Fue una sorpresa. Observamos la zona que había sido limpiada de ellos. La operación debía de haber sido rápida y completa. En las cercanías aún se veía un montón de postes para toldos hechos astillas y de postigos y contraventanas reventados a golpes. Toda la fortaleza estaba rodeada ahora por terreno descubierto que formaba un amplio perímetro protegible tras el cual los terraplenes defensivos se alzaban unos buenos dieciocho pies hasta las torres de vigilancia y el camino de ronda de la muralla. Entre las defensas visibles conté un foso púnico más de lo habitual y advertí que, en mitad del campo abierto, una unidad de fajina estaba plantando lo que las legiones llaman un «jardín de lirios»: profundos hoyos excavados en quincunce, rellenos con estacas afiladas y cubiertos luego con matojos para disimular su ubicación; una disuasión salvaje durante un ataque.

Los civiles habían sido retirados mucho más atrás del foso exterior y aun cuando hacía un año que había sido aplastada la revuelta de Civilis, la recolocación todavía no había sido permitida. El lugar era verdaderamente atemorizador. Y eso era lo que se buscaba. En cuanto a la fortaleza en sí, en vez de la conducta habitual de un ejército en tiempo de paz, organizada pero relajada, pronto nos percatamos de que aquel ejército se tomaba su papel cívico a la ligera. Sus gestos hacia la comunidad local eran mayoritariamente obscenos.

El barbero y yo pasábamos por lugareños hasta que demostrásemos lo contrario. Cuando nos presentamos ante la entrada pretoriana, incluso Xanto dejó de parlotear. Tuvimos que dejar nuestras monturas. No hubo ocasión de mostrarnos amistosos con los centinelas aburridos de la sala de guardia; fuimos detenidos en la cámara cuadrada entre el doble juego de puertas de la muralla y quedó claro que si nuestras explicaciones y nuestros documentos no concordaban, seríamos inmovilizados contra la pared por el afilado palmo de hierro de la punta de una jabalina y registrados sin miramientos.

La atmósfera que reinaba allí me perturbó. Aquel estado de nerviosidad me recordaba el de Britania después del asunto de Boadicea. Y éste era un recuerdo que me había propuesto borrar de mi mente.

Con todo, fuimos autorizados a pasar. Mi cédula imperial despertó suspicacias, pero produjo efecto. Fuimos inspeccionados, nuestros nombres fueron anotados, recibimos orden de acudir directamente a los principia y, por fin, se nos permitió cruzar las puertas interiores.

Yo conocía de otras visitas las dimensiones del enorme interior, pero a Xanto ni siquiera el que hubiese nacido y crecido en los pasillos laberínticos de la corte imperial de Roma podía haberlo preparado para aquello. Moguntiaco era una fortaleza permanente; una fortaleza doble, podría decirse. Con dos legiones acuarteladas en ella, casi todo allí existía por duplicado. Era una ciudad militar. En su interior se apretaban doce mil hombres con suficientes almacenes, herrerías y graneros como para soportar meses de asedio... aunque de poco habían servido aquellas reservas a los pobres diablos atacados por los rebeldes en Vetera. Dentro del recinto, los dos legados comandantes ocupaban palacetes destinados a reflejar su grandeza y su posición social; los alojamientos de la docena de jóvenes tribunos militares que estaban a sus órdenes harían parecer vulgares las mejores mansiones de muchas ciudades de Italia, e incluso los edificios de la intendencia, hacia los cuales nos dirigíamos Xanto y yo, eran impresionantes en su severo estilo militar.

Salimos de la fría sombra del talud. Con las torres de vigilancia de la puerta de entrada cerniéndose sobre nosotros, lo primero que hicimos fue cruzar la calzada exterior, que medía ochenta pies de anchura. Esta calzada exterior, destinada a ofrecer protección frente a los proyectiles tanto como a proporcionar un acceso fácil a

cualquier punto de la fortificación, se mantenía siempre libre de obstáculos. Tomé nota mental de que la Decimocuarta Gémina debía llevarse la mitad de los méritos de aquella limpieza inmaculada, aunque probablemente obligaban a sus colegas inferiores a mantener su cuidado y a hacer desaparecer cualquier desperdicio. Haces de jabalinas de reserva, junto a montones de saetas de ballesta de corto y largo alcance, se apilaban en depósitos para ser utilizados en las murallas. En cambio, no se veía ningún animal ni desperdicios de carrozcos, como suele uno encontrar en esos lugares. Si las sagradas gallinas contaban con libertad de movimientos, no era en aquella parte de la fortificación.

Conduje al barbero a través de los inacabables bloques de barracones: casi cincuenta pares de ellos (aunque no puedo afirmar haberlos contado) cada uno de los cuales albergaba ciento sesenta legionarios en grupos de a diez, con un doble pabellón de centuriones a un extremo de cada bloque. Por su parte, los auxiliares nativos se hacinaban en otros alojamientos anexos (no sucedía tal cosa entre la Decimocuarta, en aquellos momentos, ya que sus famosas ocho cohortes de bátavos se habían pasado a los rebeldes. Vespasiano no las reemplazaría hasta que le hubiese presentado mi informe).

Xanto ya estaba boquiabierto de asombro con el aire que se respiraba allí; yo me limité a experimentar un pálpito ante el reencuentro con lo que ya conocía. La fortaleza me parecía medio vacía, como si estuviésemos en plena jornada. Muchas de las tropas se encontraban entrenando o sudando en uniforme de fajina y otras unidades debían de encontrarse en la marcha mensual de diez millas con el equipo completo. La mayoría de los demás estaría de patrulla por las cercanías, y no por mero adiestramiento.

—¿Impresionado, Xanto? ¡Espera a ver el campamento lleno, esta noche! Entonces vivirás la experiencia única de encontrarte entre doce mil hombres, todos los cuales saben perfectamente lo que están haciendo. —El barbero no dijo nada y continué—; ¿Te haces una idea de las posibilidades que ofrecen esas mil docenas de mentones barbudos?

—¡Doce mil alientos con halitosis! —replicó él con decisión—. Doce mil variaciones del «la chica que me ligué el jueves». ¡Y doce mil advertencias de que me ande con cuidado de no hacer cortes!

Llegamos a la calle principal. Una vez allí, le dije:

—Xanto, si te pierdes, procura recordar que ésta es la calle más importante. Se llama Via Principalis. Mide treinta metros de ancho, de modo que ni siquiera a ti puede pasarte inadvertida. Ahora, oriéntate. La Principalis divide el campamento transversalmente entre las puertas diestra y siniestra y se cruza en ángulo recto con la Via Pretoria, en cuya intersección se alza el centro de operaciones. Este puesto de mando siempre se planta frente al enemigo, de modo que mientras puedas ver la

dirección que traen los proyectiles de los honderos, estarás en condiciones de orientarte en cualquier fortaleza del mundo...

—¿Dónde se halla el enemigo? —Mi compañero de viaje estaba perplejo.

—Al otro lado del río.

—¿Dónde está el río?

—¡Por ahí! —Estaba perdiendo la calma y malgastando la voz—. Por donde veníamos —le recordé, pero el barbero ya estaba demasiado confundido.

—Entonces, ¿adónde vamos?

—A presentarnos a los buenos chicos de la Decimocuarta Gémina.

La presentación no fue un gran éxito. De todos modos, ya estaba preparado para ello.

Por un lado, ninguno de mis anteriores trabajos había concluido con tanta facilidad y, por otro, la Decimocuarta Gémina nunca había estado formada por «buenos chicos».

XVII

El puesto de mando de la fortaleza había sido ideado para producir temor reverencial a cualquier hombre de las tribus bárbaras que se atreviera a meter la nariz por la Puerta Pretoria. Cuando miramos al frente, el bastión era lo que más destacaba a la vista; cuando estuvimos más cerca, su mole nos resultó ciertamente impresionante.

En la fortificación había un edificio de administración. Las dos legiones acuarteladas allí en aquel momento ocupaban sus respectivos edificios a ambos lados de la Via Principalis, pero compartían aquella construcción, que representaba la permanencia de la fortaleza. La fachada constaba de gruesas columnas de sillería a ambos lados de una imponente puerta triple que se abría ante nosotros en la Via Pretoria. Empequeñecidos ante ella, la cruzamos por el arco de la izquierda y nos encontramos frente a un campo de desfiles de suelo muy apisonado que ocupaba más extensión que el foro de la mayor parte de ciudades provinciales. Afortunadamente, no había nadie desfilando en aquel momento. De haberlo habido, mi tímido compañero habría muerto de la impresión.

—¡No podemos entrar ahí!

—Si alguien dice algo, mantén cerrados tus dientes de nácar y déjame hablar a mí. Como regla general, mientras estemos dentro de la fortaleza no discutas con nadie que lleve espada. Y otra cosa, Xanto; ¡intenta disimular un poco tu aire de actor suplente de una de esas obrillas de aficionado de Nerón!

Tres lados de la plaza estaban ocupados por almacenes y por las oficinas del oficial del servicio de intendencia. Enfrente se encontraba la sala basílica, que proporcionaba el centro para las formalidades de ambas legiones. Era allí adonde nos dirigíamos, de modo que empecé a cruzar el campo de desfiles sin más dilaciones.

Pero, cuando estuve en mitad de él, incluso yo me sentí ligeramente desprotegido. Llegar al otro lado pareció llevarnos media hora y casi pude percibir a los centuriones enfurecidos echando fuego por la boca desde las ventanas de todas las oficinas. Comprendí cómo se siente la langosta cuando el agua de la olla empieza a calentarse.

El principia era enorme. Se extendía en toda la anchura del complejo. La decoración era mínima y el edificio producía su efecto mediante el tamaño. La nave central tenía cuarenta pies de ancho y unas enormes columnas la separaban de los umbríos pasillos laterales, cada uno de la mitad de dicha anchura. Las columnas sostenían un techo impresionante cuyo peso era mejor no intentar calcular mientras uno se encontraba debajo. En un día de lluvia, allí dentro podía guarecerse una legión entera, apretada como anchoas adobadas en un tarro. El resto del tiempo, la formidable sala permanecía vacía y silenciosa, guardando secretos y formando un osado tributo a la pericia de los ingenieros del ejército.

A través de la penumbra distinguimos, en un extremo, el tribunal del comandante.

Lo más destacado del lugar, justo frente a la entrada y al otro extremo, era la capilla del legionario.

Avancé hacia allí y mis botas resonaron sobre el pavimento. Percibí un furtivo aroma a óleo ceremonial, bastante reciente. Tras un borde de lajas se extendía una cámara abovedada a prueba de incendios que guardaba la otra estancia sagrada, la sala subterránea con la caja fuerte. Allí arriba, en la parte abierta, se hallaba el altar portátil para la toma de augurios. En torno a él estaban dispuestos los estandartes en una especie de gavilla.

La Decimocuarta ostentaba la posición prominente, mientras que su legión convecina se había conformado gentilmente con ocupar uno de los lados. En el lugar de honor brillaba el águila de la Decimocuarta y un retrato del emperador envuelto en púrpura. Bajo la luz mortecina de unas remotas ventanas del triforio, en la parte superior de la nave principal, vi en los estandartes de las centurias más medallas por actos de valor de las que jamás había contemplado juntas. Los honores, concedidos sobre todo por los emperadores Claudio y Nerón, debían de ser en recompensa por servicios distinguidos en Britania. Por supuesto, también había estatuas de bronce de sus patronos titulares, Marte y Victoria. Los estandartes de la otra legión, por el contrario, estaban desprovistos de adornos.

Pero no habíamos ido allí a rendir culto. Le guiñé el ojo al águila que guardaba la gavilla de estandartes sin insignias y conduje a Xanto hacia las oficinas cercanas. La secretaría ocupaba el lugar más destacado, junto con la capilla. Como nadie más quiere molestarse en resolver los problemas de alojamiento, los escribientes siempre controlan este aspecto del funcionamiento de la fortaleza. Y, naturalmente, se reservaban los mejores lugares para ellos.

Un secretario calvo nos condujo al lujoso aposento del cual se había apropiado la Decimocuarta. Todo estaba tranquilo, lo cual podía significar que la legión era una unidad ineficiente y amodorrada, o bien que había realizado y concluido ya todas las tareas de la jornada. Quizá su legado estaba echando una siesta en su propia casa y el prefecto de campamento tenía un resfriado. Quizá los tribunos se habían tomado un día de permiso para salir de caza en grupo. Me reservé el juicio. Mientras mantuvieran llenos los graneros, llevaran un control riguroso de las armas y tuvieran las cuentas claras y puestas al día, Vespasiano no era un hombre que fuera a mostrarse puntilloso con la Decimocuarta por tener una intendencia lenta y calmada. Al emperador le interesaban los resultados.

En la sala principal encontramos a dos de los altos cargos de la legión.

Uno, que no era combatiente, vestía una túnica roja pero no llevaba coraza. De un clavo colgaba su casco, adornado con los dos cuernos que le conferían el título de Corniculario: jefe de intendencia. En mi opinión, esos cuernecillos son una broma de las legiones para dar un aspecto ridículo a sus escribientes jefes. Su compañero era

otro cantar: un centurión con su uniforme íntegro, incluida una serie completa de nueve phalerae, los medallones pectorales obtenidos por servicios distinguidos. El hombre tenía más de sesenta años y su actitud de desprecio, profundamente arraigada, me indicó que estaba ante el Primipilo, el Primera Lanza o centurión decano. Este ambicionado cargo se ejerce durante tres años, tras los cuales se concede una gratificación equivalente a una posición de clase media y un pasaporte a trabajos civiles descansados y bien retribuidos. Algunos de estos centuriones decanos —y supuse que me hallaba ante uno de ellos— optan por repetir su período de decanato, convirtiéndose así en amenazas públicas del modo que mejor dominan. La idea que tiene un Primera Lanza de una buena vida es morir con los correaes puestos en alguna provincia olvidada de los dioses.

Este primipilo tenía el cuello corto y grueso, como si su gracia en las fiestas fuera matar moscas a cabezazos. Era ancho de hombros y su cuerpo apenas se estrechaba desde las axilas hasta la cintura, pero ni su pecho ni su vientre tenían nada de obeso. Los pies, en cambio, eran pequeños. Durante la conversación con nosotros apenas se movió, pero supuse que cuando quería podía ser muy ágil. Aunque el individuo no me cayó bien, este detalle carecía de importancia. Él, por su parte, tampoco me prestó interés alguno, y eso era lo que contaba.

El corniculario tenía un físico mucho menos imponente, con una nariz respingona y una boca pequeña y adusta. Lo que le faltaba en corpulencia lo compensaba en malicia y expresividad.

Cuando entramos, los dos personajes estaban haciendo trizas a un soldado que había cometido alguna falta, como hacer alguna pregunta inocente. Disfrutaban en grande, dispuestos a humillar a su víctima toda la tarde a menos que se presentase alguien que los disgustara aún más. Y alguien apareció, en efecto: Xanto y yo.

Los dos hombres le dijeron al soldado que se metiera en su propia vaina, o algo por el estilo, y el desgraciado se escabulló, agradecido, por donde habíamos entrado.

El primipilo y el corniculario nos observaron, se miraron uno al otro y nos contemplaron de nuevo con aire de burla mientras esperaban a que empezara la diversión.

—¡No me lo creo! —se maravilló el primipilo.

—¿Quién ha dejado entrar a esta chusma? ¡Alguien debería haber echado a la guardia encima de estos civiles!

—¡Estos imbéciles negligentes de la Primera!

—Buenas tardes —me atreví a saludar desde el umbral.

—¡Lárgate, ricitos! —replicó el primipilo—. Y llévate a tu chica y sus guirnaldas.

En mi oficio, los insultos son la convención social más normal, de modo que aguanté la ofensa. Noté que Xanto hervía de indignación, pero andaba bueno si esperaba que yo saltara a defenderlo en aquella compañía. Me adentré en la estancia y

deposité en el suelo la cesta que contenía el regalo del emperador.

—Me llamo Didio Falco. —Parecía aconsejable guardar las formalidades. Tendí mi salvoconducto imperial al corniculario, que lo cogió entre el pulgar y el índice como si lo hubiera sacado de una alcantarilla. Con una sonrisa burlona en su boca pequeña de labios apretados, el hombre arrojó el documento al otro extremo de la mesa, donde lo recogió el primipilo entre nuevas risas.

—¿Y qué se te ofrece, Falco? —inquirió el primero de los hombres. La pregunta escapó de sus tensos labios como el relleno de un colchón mal cosido.

—Entrego paquetes raros.

—¡Ah! —comentó el primipilo.

—¿Y qué llevas en esa cesta de picnic? —preguntó burlón su compañero, más comunicativo.

—Cinco bollos de pan, un embutido de tripa de cordero... y un nuevo estandarte para indicar el aprecio personal que el emperador siente por la Decimocuarta. ¿Queréis echar un vistazo?

El primipilo era el hombre de acción entre los presentes; mientras el corniculario se ocupaba con el extremo romo de un punzón de una imperfección en la manicura, su compañero se obligó a acercarse mientras yo desataba las correas de la cesta. La Mano de Hierro pesaba igual que una pieza de caño de alimentación de un acueducto, pero la levantó por el pulgar como si fuese ligera como un amuleto.

—¡Ah, muy bonita! —Nadie podía reprochar nada a sus palabras. Sólo el tono lo traicionaba.

Por mi parte, mantuve un tono de voz normal y continué:

—Debo entregar el regalo de Vespasiano a tu legado personalmente. También le traigo un despacho sellado que contiene, creo, el programa para la apropiada ceremonia de investidura. ¿Sería posible que Florio Gracilis me recibiera enseguida?

—No —respondió el corniculario.

—Puedo esperar.

—Por mí, como si te tomas medidas para una urna funeraria y te metes dentro.

—¡Ahí tienes una muestra de la famosa simpatía y del espíritu de colaboración de la Decimocuarta! —le comenté a Xanto con una sonrisa.

—¿Quién es esa flor de aroma pestilente? —preguntó el primipilo de improviso.

Estudié detenidamente a ambos representantes de la administración militar.

—Un enviado especial de Tito César. —Me pasé el dedo de lado a lado del cuello en el gesto tradicional—. Todavía no he decidido si es un asesino encubierto que busca a alguien para liquidarlo, o un simple auditor con gustos estrafalarios en el vestir. Ahora que estamos aquí, no tardaremos en averiguarlo. O empezarán a aparecer muertos, o le encontraréis husmeando en vuestros libros de cuentas...

Xanto se quedó tan perplejo que, por una vez, mantuvo la boca cerrada. Los dos

individuos se consultaron cansinamente.

—¡Lo que pensábamos! —suspiró el corniculario—. Las cosas en Roma deben de ir muy mal. ¡Ahora nos envían como emisarios desechos de grupos musicales y basura estrafalaria!

—¡Alto ahí! —sonreí, tratando de seguirles la corriente—. ¡Sea lo que sea, yo soy auténtico! Volvamos al tema. Si Gracilis está demasiado ocupado en este momento, concertadme una cita con él cuando tenga un hueco en su agenda.

A veces, los esfuerzos por hacerse simpático dan resultado. En esta ocasión, no fue así.

—¡Auténtica basura! —comentó el primipilo a su colega—. ¡Haz desaparecer tu culo de aquí, ricitos!

—¡Deja mis orificios corporales fuera de la orden del día! Escucha, centurión. Acabo de arrastrar una Mano de Hierro por media Europa y estoy decidido a entregarla. Sé que la Decimocuarta es una chusma blasfema e inculta, pero si tu legado aspira al consulado no va a permitir que un maníaco de la instrucción y un chupatintas rechacen un premio del emperador...

—No te hagas el listo —me advirtió el corniculario—. Puedes dejar el trofeo y también el mensaje sellado. Quizá... —apuntó con la expresión más animada que había mostrado en todo el encuentro—, quizá ese mensaje diga: «Ejecutad al mensajero».

Ignoré el comentario.

—No tengo inconveniente en dejar la pieza de hierro, pero sólo entregaré las órdenes confidenciales a Gracilis en persona. ¿Me dais alojamiento en la fortaleza? ¡Vuestros barracones deben de resultar muy cómodos ahora que os habéis aligerado de los leales bátavos!

—Si eso es una broma a costa de la Decimocuarta —masculló el primipilo—, celébrala cuanto puedas; no tendrás ocasión de hacer otra.

Respondí que jamás se me ocurriría faltar al respeto a los vencedores de Bedriaco, y que me buscaría habitación por mi cuenta.

Mientras lo empujaba por el pasillo hacia el exterior, Xanto me preguntó con voz gimoteante:

—¿Qué era eso de Bedriaco?

—Una batalla en la cual la Decimocuarta se salvó de ser señalada como derrotada mediante el simple truco de afirmar que nunca llegó al campo de combate.

—Ya pensaba que sería algo así. ¡Los has irritado mucho, Falco!

—Me conviene.

—Y ahora saben que trabajas para el emperador...

—No, Xanto; ¡piensan que eres tú quien lo hace!

—¿Con qué objeto?

—Saben que tienen un historial poco claro y están seguros de que el emperador enviará a alguien a inspeccionar la situación, pero suponen que yo soy un peón sin importancia. Mientras me comporte como un estúpido, nunca creerán que soy el espía.

Por suerte, Xanto no preguntó a qué venía mi interés por señalar a otro como agente del emperador.

O qué pensaba que podían intentar los legionarios de la Decimocuarta Gémina contra quien tomaran por tal.

Cuando llegamos a la salida vimos aparecer a dos tribunos, procedentes de otra oficina. Ambos hombres venían discutiendo caballerosamente.

—Macrino, no quiero parecer pesado pero...

—No recibe a nadie; está proyectando una de sus correrías contra alborotadores imaginarios.

Al principio presté atención porque creí que se referían al legado Gracilis. El joven que respondía era uno de esos tipos robustos y seguros de sí mismos que nunca me impresionaban, de complexión atlética, cabeza cuadrada y rizos apretados y lustrosos. El que parecía protestar me resultó familiar. Debía de tener unos veinte años, pero parecía más joven. Era alto, delgado y de porte sereno, y en su rostro, vulgar y aniñado, lucía una sonrisa franca.

—¡Camilo Justino!

Ante mi exclamación de reconocimiento, dirigida a su compañero, el primer tribuno reaccionó con prudencia. Procedente de una familia de senadores, el hombre había tenido una buena educación: sabía latín, griego, matemáticas y geografía, cuánto pagar a una prostituta, de dónde venían las mejores ostras... y dominaba el viejo arte del foro de escabullirse de quien se quería evitar.

—Lo siento, Justino —dije a continuación—. ¿Interrumpo una conversación importante, tal ve??

El hermano de Helena refunfuñó en dirección a la espalda que se retiraba rápidamente, protegida por su bruñida coraza.

—No importa. De todos modos, no iba a convencerme. Eres Falco, ¿verdad?

—Sí. Marco Didio. Me habían dicho que estabas destacado en un puesto. Espero que no sea con la Decimocuarta.

—No, claro. ¡No alcanzo sus exigencias! Me convencieron para que me presentara «voluntario» a una campaña suplementaria con la Primera Adiutrix. La tropa es nueva.

—Me alegra oírlo. La Decimocuarta es una legión de groseros. Acabo de traerles un trofeo y me han negado alojamiento —insinué sin pudor.

Justino soltó una carcajada.

—¡Entonces, será mejor que te quedes en mi casa! Ven conmigo. Después de

intentar sacar provecho a esa nueva gente, necesito ir a casa y echarme a la sombra. —Nos pusimos en marcha—. ¿Qué haces por aquí, Marco Didio?

—¡Bah!, nada demasiado emocionante. Encargos de Vespasiano. En su mayor parte, rutina. Un par de asuntos extra para ir jugando en mi tiempo libre: reprimir rebeldes y cosas así —dije en son de broma—. Por ejemplo, hay un legado desaparecido...

Justino se detuvo en seco. Parecía anonadado. Me detuve también.

—¿Qué sucede, tribuno?

—¿Acaso el emperador tiene acceso a nuevas formas de augurio etruscas?

—¿Sucede algo malo?

—¡Me dejas asombrado, Falco! Precisamente hace un momento estaba tratando de explicárselo a mi interlocutor. ¡No comprendo —añadió con un gruñido— cómo ha podido saber Vespasiano que en Germania se estaba cociendo algo y haber reaccionado con tal rapidez que te presentes aquí antes incluso de que mi comandante haya decidido la necesidad de poner a Roma sobre aviso!

—Explícate —me limité a decir cuando Camilo Justino se quedó sin aliento.

El joven Camilo volvió la vista a un lado y a otro y bajó la voz, aunque estábamos cruzando el desierto campo de desfiles.

—Florio Gracilis lleva varios días sin ser visto. La Decimocuarta no está dispuesta a reconocerlo ni siquiera ante mi propio comandante, pero en la Primera se da por hecho que el legado de la otra legión ha desaparecido.

XVIII

Apoyé la mano en el brazo del tribuno, previniéndolo. Después, le dije a Xanto que se adelantara y nos esperase junto a la puerta de salida. El barbero se enfurruñó, pero no me quedaba alternativa. Vimos cómo se alejaba arrastrando los pies por el polvo, si bien pronto optó por conservar el cuero turquesa de sus zapatos elegantemente acordonados.

—¿Qué es eso, exactamente? —inquirió Justino en tono cauto.

—No estoy seguro. —Le dirigí una mirada firme y severa, por si se le había ocurrido pensar que yo había escogido voluntariamente aquella compañía—. Pero si quieres pasar un par de horas aburridas, dile que te cuente por qué las navajas hispanas son las mejores y que te hable de los secretos de la pomada de grasa de oca germana. Es barbero de oficio, en eso no miente. Me ha caído encima y dice estar aquí por turismo, pero sospecho que las razones de su viaje son más siniestras.

—Puede que sólo tenga ganas de viajar —dijo Justino. Recordé que el hermano menor de Helena tenía una fe conmovedora en la humanidad.

—Pero puede que no. En cualquier caso, lo estoy haciendo pasar por un investigador de Vespasiano.

Camilo Justino, que debía de estar al corriente de mis actividades clandestinas —o de mi pasado, al menos—, esbozó una débil sonrisa.

Mientras esperábamos a que Xanto estuviera a suficiente distancia para no oírnos, una leve brisa levantó nuestras capas. El aire traía el olor característico a establos de caballería, cuero aceitado y cerdo asado en grandes cantidades. El polvo formaba remolinos a través del campo de desfiles y batía como agujonazos nuestras pantorrillas desnudas. Nos llegó el runrún de fondo de la fortaleza, como las notas graves de un órgano de agua al ponerse en marcha: martilleos metálicos, retumbar de ruedas de carromato, golpes de estacas de los soldados que practicaban técnicas de combate contra un tocón clavado en tierra y el grito estentóreo de un centurión dando ásperas órdenes.

—No encontraremos lugar más privado que éste. Bien, Justino, ¿qué significa todo esto? Háblame de Gracilis.

—No hay mucho que decir. Últimamente nadie lo ha visto.

—¿Está enfermo, o de permiso?

—Si es así, resulta una descortesía por su parte no informar a su legado colega, instalado en la misma fortaleza.

—¡Los malos modales no serían nada nuevo!

—Tienes razón. Lo que alertó a la Primera de que sucedía algo raro fue que ni siquiera su esposa, que está aquí con él, parece segura de su paradero. La mujer le preguntó a la esposa de mi legado si estaba en marcha algún ejercicio de prácticas

secreto.

—¿Y bien?

—¿Bromeas, Falco? ¡Ya tenemos suficientes misiones operativas como para dedicarnos a jueguecitos tácticos y marchas de prácticas!

Me detuve un momento y contemplé al joven, en cuya voz había captado una nota de autoridad. La última vez que nos habíamos visto, Justino ostentaba el rango de tribuno auxiliar, pero ahora lucía las anchas franjas púrpura de tribuno mayor, el brazo derecho del legado. Este cargo solía estar reservado a hombres designados por los senadores, y era verdaderamente insólito que alguien fuese promovido a él durante el servicio. Justino cumplía con los requisitos sociales —era hijo de un senador—, pero era su hermano mayor quien usaba todo el óleo de embalsamar; la familia hacía mucho tiempo que había decidido que el menor fuese destinado simplemente a la burocracia de rango medio. Con todo, no sería el primer joven en descubrir que el ejército carece de prejuicios o que, una vez lejos de casa, era capaz de sorprenderse a sí mismo.

—¿Y cuál es la reacción de la Decimocuarta? ¿Qué dicen los hombres?

—Bueno, Gracilis acaba de ser nombrado...

—Eso he oído. ¿Se ha hecho impopular?

—La Decimocuarta ha tenido algunos problemas... —Justino era un joven discreto. Toda la legión era un problema, pero pasó de puntillas sobre ello—. Y Gracilis tiene un carácter bastante abrasivo, lo cual no resulta nada conveniente cuando una legión es tan susceptible.

—Gracilis fue escogido por el Senado —le confié, basándome en lo que me había dicho Vespasiano—. Ya sabes, «Incorpórate, muy excelente Florio. Tu abuelo fue amigo mío; ahora te llega a ti el turno...». ¿Qué tal es?

—Todo deportes viriles y muchos gritos. —Los dos torcimos el gesto.

—A ver si he entendido bien lo que estás sugiriendo, tribuno —dije—. Ya sabía que el emperador tiene dudas sobre ese individuo, y ahora tú me dices que ha desaparecido. ¿Acaso la Primera Adiutrix tiene razones para creer que ha sido quitado de en medio por sus propios hombres?

—¡Por el Olimpo! —Justino se sonrojó—. ¡Qué sugerencia tan alarmante!

—Pues parece tener cierta base.

—La Primera está en una posición delicada, Falco. No tenemos motivos para entrometernos en sus asuntos. Ya sabes como son las cosas: el gobernador se halla en Vindonisa, revisando destacamentos, de modo que si Gracilis está ausente sin justificación, entra en juego la norma del «honor entre comandantes». Además, mi legado es reacio a presentarse ante la Decimocuarta y pedir directamente una entrevista con su colega, por si nuestra alarma fuese infundada.

—¡Realmente, quedaría como un estúpido si Gracilis apareciera en la puerta para

recibirlo, limpiándose la barbilla de restos de las gachas del desayuno! —asentí. Después, influido por la compañía excesivamente prolongada del barbero, apunté—: Quizá Gracilis ha sufrido un corte de pelo del que se avergüenza y no quiere que nadie lo vea hasta que vuelva a crecerle el cabello.

—O padece un sarpullido realmente embarazoso... —me pareció estar escuchando a Helena y a su padre, con aquel aire de seriedad que encubría una veta humorística tan atrayente—. Y no es ninguna broma...

—No. —Reprimí la punzada de dolor que me había causado su risa familiar—. Más le valdría a Gracilis aparecer, por muchas ladillas que haya podido coger. — Esperé que no se tratara de nada peor. Un motín en las legiones precisamente cuando parecía que las cosas empezaban a arreglarse sería desastroso para Vespasiano. Y había que pensar en las sombrías consecuencias políticas de la desaparición de un nuevo legado romano en tierras de Germania—. Veo muy buenas razones para mantener en secreto estas noticias. Vespasiano querrá analizar cómo presentarlas en público... Escucha, Camilo Justino, ¿tú crees que la Decimocuarta ha informado de lo sucedido y está a la espera de recibir órdenes especiales de Roma?

—Mi legado habría sido informado.

—Bueno, eso es lo que él piensa. Pero la burocracia es amante del secretismo.

—No, Falco. Los correos siguen trayendo mensajes confidenciales para Gracilis. Lo sé porque continuamente le piden a mi legado que firme los recibos de entrega y se haga cargo de ellos. Ni Vespasiano ni el gobernador enviarían mensajes confidenciales si no creyeran que Gracilis se encuentra sin novedad.

La agria acogida que me habían ofrecido el primipilo y el corniculario empezaba a tener sentido. Si, sencillamente, habían perdido a su jefe, las cosas pintaban mal para ellos; pero si el legado había sido degollado en un motín silenciado a toda prisa, su situación era desesperada.

—Su tribuno mayor te ha dejado plantado con todo el descaro, y a mí también me han recibido de muy malos modos. ¿Siempre se portan así?

—Sí. Todos los oficiales parecen confabulados para encubrir los hechos. —Tal cosa no habría podido suceder durante una marcha, durante la cual Gracilis debería haber sido visto en la columna, pero allí, en la fortaleza, podían gestionar la legión entre ellos. La idea me recordó la historia de Balbilo de los comandantes legionarios dirigiendo fríamente Britania después de derrocar a su gobernador. Pero la era de la anarquía había terminado, o al menos eso se suponía.

—Hasta la próxima festividad oficial, no es imprescindible que la capa de comandante se deje ver por ninguna parte. Pero si existe una conspiración —añadí con una sonrisa—, acabo de volcar la bandeja de las bebidas. He traído conmigo una Mano de Hierro, más un pliego de órdenes para que su entrega se celebre con una ceremonia por todo lo alto. Cuando tenga lugar, deberán exhibir a su legado.

—¡Ajá! ¡Seguro que el gobernador pone todo su interés en estar de vuelta para entonces! —Camilo Justino tenía un carácter tenaz que me agradaba. Mostraba auténtico placer ante la perspectiva de que los esfuerzos obstruccionistas de la Decimocuarta estuvieran a punto de verse desbaratados—. ¿Cuándo debe celebrarse la ceremonia?

—Por el aniversario del emperador. —Advertí que dudaba. Vespasiano llevaba demasiado poco en el poder como para estar completamente arraigado en el calendario. Yo conocía la fecha (un escribiente que consideraba que los informadores eran unos ignorantes la había anotado en mis órdenes)—. Catorce días antes de diciembre. Todavía estamos en octubre, lo cual nos deja el resto del mes y los dieciséis primeros días de noviembre para resolver el rompecabezas discretamente y labrarnos una buena fama.

Los dos sonreímos. Después, reemprendimos la marcha hacia la puerta principal. Justino tenía suficiente carácter como para ver las posibilidades. Podía sacar buenas ventajas si conseguía resolver aquel intrincado asunto antes de que Roma se viese obligada a intervenir.

Sentí cierta responsabilidad hacia él. Yo era el amante de su hermana; casi de la familia, por así decirlo. Tenía la obligación de contribuir a su buena fortuna aunque, probablemente, a Justino le repugnara la idea de lo que su hermana había hecho conmigo. Y eso a pesar de que iba a ser yo quien cargara con la mayor parte del trabajo.

Mientras caminábamos en un silencio amistoso, estuve dándole vueltas a las cosas. Aquel asunto olía a algo grave. Ya estaba lo bastante escaldado como para no darme cuenta. Apenas llevaba una hora en Moguntiaco y ahora faltaba un segundo alto jefe militar: una complicación más a añadir al legado oficialmente desaparecido, a las tropas al borde del amotinamiento, al maníaco cabecilla rebelde y a la taimada profetisa.

XIX

Recogimos a Xanto y nos preparamos para la ascensión rumbo al sector de la fortaleza que ocupaba la Primera. Para llenar el trayecto con una conversación neutral, pregunté a Justino por su insólita promoción.

—Recuerdo que tu último destino era en Argenterato; de hecho, te estuve buscando allí. Entonces no eras tribuno mayor, ¿verdad?

—No, ni tenía esperanzas de serlo. Este fue el señuelo que me hizo aceptar el reenganche. Evidentemente, a la larga será un punto a mi favor poder decir que he ejercido un cargo de esta importancia...

—¡Espero que tus ambiciones te lleven a alguna parte más que a tu tumba! Debes de haber impresionado a alguien.

—Bien... —Justino aún parecía un muchacho en un mundo de hombres. Las grandes palabras como ambición lo inquietaban—. Mi padre es amigo de Vespasiano. Puede que ahí esté la explicación.

Me dije que el muchacho estaba infravalorándose. Alguien debía de haber creído que tenía algo que ofrecer. Germania no era una provincia a la que pudiera destinarse gente inútil.

—¿Qué tal tu nueva legión? No sé nada de la Primera.

—Es una unidad que formó Nerón con hombres sacados, en realidad, de la flota de Miseno. La Primera y la Segunda Adiutrix fueron reunidas empleando infantes de marina. Eso explica en parte la tensión que reina aquí. Me temo —Justino sonrió— que la ilustre Decimocuarta Gémina Martia Victrix considera nuestra unidad como un hatajo de inútiles administradores de muelle y de marineros holgazanes.

Los soldados del ejército siempre han considerado a los de marina unos patos aprovechados (opinión que yo compartía en buena medida). Además, situar una unidad inexperta como aquella en una frontera tan delicada parecía una locura.

—De modo que has venido para endurecerlos con tu experiencia, ¿no? —El joven se encogió de hombros con su habitual modestia—. No seas tan tímido —le dije—. Todo esto se verá muy bien en tu hoja de servicios cuando presentes la candidatura para concejal de la ciudad.

Diez o doce años antes, Tito César había conducido el contingente de tropas que debía cubrir los huecos en las legiones de Britania tras la revuelta de Boadicea. Ahora, cada pueblo de aquellas ciénagas brumosas contaba con una estatua erigida a él y se deshacía en comentarios de lo extraordinariamente apreciado que había sido en sus tiempos de joven tribuno. Aquello me llevó a pensar, con cierta incomodidad, si Justino, como Tito, no se encontraría algún día emparentado con un emperador reinante. Por matrimonio, por ejemplo...

Quise preguntarle si tenía alguna noticia de su hermana pero, afortunadamente, ya

habíamos llegado a su casa y pude ahorrarme el apuro.

XX

A pesar de que la casa del tribuno mayor carecía de casa de baño propia, era sin duda una vivienda excesiva para un muchacho que apenas pasaba de los veinte años y que sólo necesitaba espacio para su armadura de desfile y para las cabezas disecadas de los animales salvajes que alanceaba en su tiempo libre. Los tribunos no tienen fama de llevarse a casa abultados documentos de intendencia para trabajar en ellos, y su programa de diversiones domésticas suele ser escaso. Todos son solteros y no hay muchos entre ellos que inviten a quedarse a sus parientes más queridos. Sin embargo, proporcionar a los oficiales solteros mansiones que podrían acoger tres generaciones enteras es la clase de derroche que le gusta hacer al ejército.

Justino había animado la casa con un perro. Era un animal zarrapastroso, apenas un cachorro, que había rescatado de las manos de unos soldados que se entretenían torturándolo. Ahora, el perro era el amo del lugar, siempre alborotando por los largos pasillos y durmiendo en todos los sofás a su alcance. Justino no tenía el menor control sobre el animal, pero un gañido de éste podía hacer que el propio tribuno mayor se pusiera a cuatro patas y suplicara.

—¡Tu cachorro ha encontrado una perrera de lujo! Ya comprendo por qué tantos tribunos corren a casarse en cuanto terminan el servicio. Después de tanta independencia, ¿quién quiere volver a la restringida casa paterna?

El matrimonio era otro concepto que ponía nervioso a Justino, lo cual me resultaba muy comprensible.

Decididamente, el hermano de Helena necesitaba un compañero que le animara la existencia. Muy bien, pues allí estaba yo. (Aunque, probablemente, a Helena no le habría parecido bien).

Justino decidió finalmente que debía informar a su legado sobre la falta de progresos frente al muro de silencio de la Decimocuarta. Mientras se marchaba a solicitar la entrevista, alguien se ocupó de ir por nuestro equipaje a la puerta de la fortaleza. Uno de los esclavos privados del tribuno buscó un alojamiento apropiado al barbero, mientras yo recuperaba por fin la comodidad de una habitación sin compartir. Casi al momento, la recorrí de cabo a rabo contemplándola con calma. Constaté que me habían dado un buen dormitorio, aunque no el mejor. Gracias a este detalle supe que era considerado como un invitado amistoso, pero no un amigo de la familia.

Mi madre se habría escandalizado del polvo acumulado en las mesillas, pero mi concepto de limpieza no era tan exigente y no vi problema alguno en instalarme allí. Justino procedía de una familia de pensadores y conversadores, pero a los Camilo les gustaba pensar y conversar cerca de unos fruteros repletos y con unos buenos cojines en la espalda. Su preciado retoño había sido enviado lejos de casa muy bien provisto

a fin de que la nostalgia no lo abrumase. La casa era confortable y si sus criados eran tan descuidados, era sólo por falta de supervisión. Como discreta insinuación, escribí «Falco estuvo aquí» con la yema del dedo en la pelusilla que cubría la peana de un jarrón.

Podía haber sido peor. Había demasiados excrementos de ratón y nadie se preocupaba de volver a llenar la lamparilla de aceite, pero los criados eran bastante corteses, incluso conmigo, y deseaban evitar que su joven señor se viese obligado a dar alguna demostración de disciplina que los pusiera en apuros. Parecía una actitud razonable. Si Justino se parecía a su hermana, era capaz de exhibir un mal genio fuera de lo normal y un vocabulario muy subido de tono.

Si se parecía a Helena, Justino también tendría un corazón blando y quizá se apiadara de mí al verme deambular por los aposentos con aire abatido, preguntándome en qué rincón del imperio se habría escondido su hermana. De todos modos, si en cuestiones familiares el joven era tan susceptible como Aeliano, lo más probable era que me hiciera meter en un saco y me mandara al otro lado del Rin como un proyectil de catapulta. Así pues, aunque estaba desesperado por conocer el paradero y el estado de Helena, decidí no demostrarlo.

Me dirigí a las termas legionarias, que eran calientes, eficientes, bien atendidas y gratuitas.

Justino y yo regresamos a su casa al mismo tiempo. En mi habitación, alguien había deshecho las bolsas y se había llevado la ropa sucia. Mi guardarropía era tan frugal que perder tres piezas para su limpieza me había dejado casi vacía la bolsa, pero rescaté una túnica que aún podía pasar para la cena, dada la luz mortecina del comedor. Una vez que hubimos terminado de comer, asomamos la nariz por el patio, pero hacía demasiado frío y nos instalamos dentro de la casa. Yo era muy consciente de nuestra diferencia de rangos, pero Justino parecía encantado de hacer el papel del buen anfitrión y charlar conmigo.

—¿Has tenido un viaje movido?

—Nada extraordinario. Aunque la Galia y la Germania parecen bastante revueltas—respondí. A continuación le hablé de los dos cuerpos que había visto en la zanja. Pareció alarmado.

—¿Debería hacer algo al respecto?

—¡Tranquilo, tribuno! —contesté, sin dar importancia a su inseguridad—. El suceso se produjo en otra provincia y el magistrado civil se habrá encargado del caso... Por cierto, ese centurión que he mencionado, Helvecio, debe ser uno de los tuyos. Me dijo que estaba destinado en la Primera, aunque entonces no lo relacioné contigo porque creía que aún seguías en tu antiguo puesto.

—El nombre no me suena, pero no llevo aquí el tiempo suficiente para conocerlos a todos. Lo buscaré.

Llegar a conocer a los sesenta centuriones de su legión era esperar demasiado, pero me sorprendió que el muchacho hubiera sido ascendido, pues trabajaba con la dedicación y escurpulosidad que los informes oficiales, tradicionalmente, no tienen en cuenta.

Creí que le divertiría saber lo que había oído contar en Argentorato sobre las andanzas de su sucesor.

—¿Habrías dado tú un santo y seña como «xenofobia»?

—Me temo que los míos son siempre más mundanos: «Marte el Vengador», o «escabeche», o «el segundo nombre del cirujano del campamento».

—Muy astuto.

Teníamos una jarra en la mesa.

—El vino es fundamental, aquí...

Justino era demasiado tímido o demasiado perezoso para tratar con severidad a su mercader de vinos. El líquido sabía a meados de cabra (de una cabra con piedras en la vejiga), pero un vaso en la mano ayudaba a pasar el rato.

—¿Y cómo fue que pasaste por mi anterior destino, Marco Didio?

Me dije que el muchacho debía de saber que andaba buscando a Helena.

—Quería saludarte.

—¡Oh, cuánta amabilidad! —Consiguió que sonara como si lo dijera de corazón.

—Pensé que te gustaría tener noticias recientes de tu familia. Todos parecen estar bien. Tu padre quiere comprar un balandro pero tu madre no quiere ni oír hablar de ello... ¿Has tenido noticias de tu hermana, últimamente?

La pregunta se me escapó antes de que pudiera contenerme; era demasiado tarde para fingir que mi interés era puramente banal. Justino se apresuró a contestar:

—No. Últimamente está muy callada, cosa rara en ella. ¿Hay algo que debería saber?

Seguramente, Justino estaba enterado de que Helena había escogido compartir pan y cebolla en mi mesa. Explicarle nuestra relación estaba más allá de mis fuerzas. Me limité a decir lacónicamente:

—Se ha marchado de Roma.

—¿Cuándo?

—Poco antes de mi partida.

El muchacho, que estaba recostado en un diván de lectura proporcionado por el ejército, se estiró ligeramente para aliviar la presión en el brazo.

—¡Parece muy precipitado! —Justino sonreía, aunque detrás de su mueca apreció un aire de gran solemnidad—. ¿Algo la perturbó?

—Yo, probablemente. Helena tiene unos criterios muy elevados y yo unas costumbres muy vulgares. Esperaba que tu hermana se hubiera invitado a quedarse contigo.

—Pues no. —La razón de mi profundo interés por Helena seguía pendiendo sobre nosotros de manera enfermiza, pero continuó sin ser mencionada. Ninguno de los dos tenía valor para levantar aquella piedra—. ¿Debería alarmarme eso? —inquirió el muchacho.

—Es una mujer sensata.

Justino reflexionó un buen rato sobre su hermana y pareció dispuesto a aceptar que, en efecto, lo era. A mí también me inquietaba la suerte de Helena y no estuve tan seguro como él.

—Tribuno, por lo que he podido averiguar, tu hermana no dio ninguna instrucción a su banquero ni contrató guardaespaldas. Ni siquiera se despidió de tu padre, engañó a tu madre, asombró a la mía, que la tiene en gran estima, y no dejó indicación alguna de dónde encontrarla. Esto me tiene preocupado.

Los dos permanecemos en silencio.

—¿Qué sugieres tú, Falco? —preguntó por fin.

—Nada. No podemos hacer nada.

Y esto también me preocupaba.

Cambiamos de tema.

—Sigo sin comprender —comenzó Justino— cómo es que te has presentado aquí en busca de un legado desaparecido en el preciso momento en que se producía el problema con Gracilis.

—Mera coincidencia. A quien ando buscando es a Munio Luperco.

—¡Por el Olimpo! ¡Es una empresa desesperada!

Le dirigí una sonrisa de desconsuelo.

Algunos de sus parientes estaban próximos al emperador y me complació apreciar que Justino había heredado su discreción. Le hablé con franqueza de mi misión, aunque me cuidé muy bien de mencionar a la Decimocuarta Gémina. Esta cortesía era probablemente injustificada, pero yo tengo mis principios.

—¡Pues vaya trabajitos! —comentó el muchacho.

—Y que lo digas. He descubierto que la profetisa Veleda vive en lo alto de una torre y que sólo se puede acceder a ella a través de sus amigos varones. Esto debe proporcionarle un aura siniestra. ¡Cruzar el Rin ya me pone lo bastante nervioso para, además, tener que soportar montajes teatrales! —Justino se rió. Podía hacerlo. Él no tenía que ir—. Pareces un hombre puesto al día, Justino. ¿Puedes decirme algo del jefe rebelde?

—Civilis ha desaparecido... aunque corren muchas historias sobre sus atroces costumbres.

—¡Hazme temblar! —refunfuñé.

—¡Oh!, la escena más espeluznante es la de los prisioneros romanos entregados a su hijo pequeño como blancos para sus ejercicios de tiro.

—¿Es cierta?

—Podría serlo.

Maravilloso. Justo el tipo que me encantaría llevar a una taberna para decirle unas palabras al oído.

—Antes de que intente invitar a una copa a ese padre tan civilizado, ¿hay algo un poco menos llamativo que también deba saber?

El escenario general me resultaba conocido. Antes de la revuelta, los bátavos siempre habían tenido una relación especial con Roma: sus tierras estaban exentas de colonización y, por lo tanto, de impuestos, a cambio de suministrarlos tropas auxiliares. No era mal trato. Los soldados bátavos tenían una paga y unas condiciones de servicio excelentes; una inmensa mejora respecto a la tradición celta, rudimentaria pero efectiva, de saquear a sus vecinos cuando las reservas de grano decrecen. Nosotros, a cambio, adquirimos sus habilidades náuticas en el pilotaje, el remo y la natación. Los bátavos eran famosos porque podían cruzar ríos cargados con todo el equipo, chapoteando al lado de sus caballos.

Justino se lanzó a responder de inmediato, convincente y sin vacilaciones.

—Ya sabes que Julio Civilis es miembro de la familia real bátava. Ha pasado veinte años en campamentos militares romanos al mando de tropas auxiliares. Cuando se iniciaron los recientes sucesos, su hermano Paulo fue ejecutado a causa de su rebeldía por orden del entonces gobernador de la Germania Inferior, Fonteyo Capito, quien también envió a Nerón al propio Civilis, encadenado.

—¿Realmente eran rebeldes, en esa época?

—Los indicios apuntan a que fue una acusación fraudulenta —declaró Justino con su habitual comedimiento—. Fonteyo Capito fue un gobernador muy sospechoso. ¿Sabías que fue sometido a consejo de guerra y ajusticiado por sus propios hombres? Tenía fama de gobernante codicioso, pero no puedo asegurar que tal reputación esté justificada. Galba se abstuvo de investigar la ejecución, de modo que tal vez lo estuviese. —O acaso Galba fuera un incompetente senil—. En cualquier caso, Galba absolvió a Civilis del cargo de traición, pero sólo duró ocho meses como emperador y, tras ellos, Civilis volvió a ser vulnerable.

—¿Cómo fue eso? —inquirí.

—Cuando Vitelio tomó el poder, sus ejércitos exigieron la ejecución de diversos oficiales, bajo la acusación de lealtad a Galba.

Evoqué el desagradable episodio. Sin ninguna duda, se había tratado de un ajuste de viejas cuentas pendientes. El objetivo principal fueron los impopulares centuriones, pero las tropas también reclamaron la cabeza del jefe bátavo. Sin embargo, Vitelio no prestó oídos a la petición y confirmó el «perdón» de Galba, pero todo lo sucedido debió de causar en Civilis un gran resentimiento contra sus presuntos aliados romanos.

—Además, durante ese periodo —continuó Justino—, los bátavos estaban siendo tratados con gran severidad.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, verás: por ejemplo, durante el reclutamiento para Vitelio los agentes imperiales llamaban a filas a los enfermos y a los viejos para conseguir sobornos al eximirlos de la leva. Y los chicos y chicas jóvenes eran arrastrados detrás de las tiendas con propósitos repugnantes.

Los jóvenes bátavos solían ser altos y bien parecidos. Todas las tribus germánicas poseen un profundo concepto de la familia, de modo que este trato tuvo que saberles terriblemente mal. Ésta era la razón de que el siguiente en pretender el trono, Vespasiano, se creyese en condiciones de recurrir a Civilis para que lo ayudara a enfrentarse a Vitelio. Pero Vespasiano, en la lejana Judea, había malinterpretado la situación. Civilis colaboró al principio, en alianza con una tribu llamada de los canenefatos. Realizaron un ataque conjunto contra la flota del Rin, en el que capturaron todas las armas y naves que necesitaban y cortaron las vías de suministro romanas. Entonces, Vespasiano fue nombrado emperador.

—Esto obligó a Civilis a mostrar sus verdaderas intenciones —explicó Justino—. Convocó a todos los jefes de tribu galos y germanos a una reunión en una arboleda sagrada de los bosques, dejó correr el vino sin restricciones y, finalmente, los encendió con vigorosas llamadas a sacudirse el yugo romano y establecer un imperio galo libre.

—¡Llamadas al levantamiento!

—¡Sí, y muy altisonantes! El propio Civilis se tiñó el cabello y la barba de un rojo subido y, acto seguido, juró no volver a cortárselos hasta haber expulsado al último romano.

Este detalle lleno de colorido daba a mi misión un matiz pintoresco que me repugnó.

—¡Precisamente la clase de bárbaro chiflado que me encanta intentar cazar! ¿Sabes si se cortó el pelo, finalmente?

—Sí. Después de Vetera.

Permanecimos callados un momento, pensando en el asedio.

—Una fortificación así debería haber resistido.

—No he estado allí, Falco —replicó Justino sacudiendo la cabeza—, pero según todos los indicios Vetera estaba descuidada y corta de personal.

Nos sumergimos en el horripilante vino del tribuno y reflexioné con amargura sobre lo que había oído hablar de Vetera.

Se trataba de una fortificación doble, aunque no contaba con una gran fuerza después de que Vitelio se llevara de allá gran número de unidades para su marcha sobre Roma. El resto de la guarnición se defendió lo mejor que pudo, con gran

iniciativa. Pero Civilis, que había sido instruido por los romanos para la guerra de asedio, hizo que los prisioneros fabricaran arietes y catapultas. Tampoco a las legiones de la plaza les faltó inventiva: incluso llegaron a construir un brazo articulado que podía apresar atacantes y arrojarlos al interior de la fortaleza pero, cuando por fin se rindieron, se habían comido todas las mulas y hasta la última rata y ya tenían que recurrir a las raíces y las hierbas que arrancaban de las paredes de los terraplenes y de la muralla. Además, con la guerra civil desatada en Italia, debieron de sentirse completamente abandonados a su suerte. Vetera era una de las plazas más septentrionales en Europa y Roma tenía otras preocupaciones.

Llegó a enviarse una fuerza de auxilio al mando de Dilio Vocula, pero éste fracasó en la misión. Civilis lo detuvo de manera bastante concluyente y luego exhibió en torno a la fortaleza los estandartes romanos que acababa de conquistar, con lo cual acentuó la desesperación de los ocupantes. Más tarde, Vocula consiguió romper el cerco, pero encontró desmoralizada a la guarnición. Sus propios hombres se amotinaron y le dieron muerte en la fortaleza.

Vetera se rindió. Una vez despachado su comandante, los soldados juraron fidelidad al imperio galo. Fueron desarmados por los rebeldes, obligados a levantar el campo... y, a continuación, emboscados y muertos en masa.

—¿Tenía Civilis una fama que debería haber llevado a nuestros hombres a esperar una traición semejante? —pregunté.

—Creo que no —respondió Justino lentamente, sin querer prejuzgar al bátavo—. Creo que asumieron que un ex comandante auxiliar romano cumpliría la palabra dada. Se dijo que Civilis había protestado ante sus aliados por lo sucedido.

De nuevo, guardamos silencio unos instantes.

—¿Qué clase de hombre es? —inquirí.

—Muy inteligente. Con un carisma enorme. ¡Y terriblemente peligroso! En cierto momento, contaba con el apoyo de la mayoría de los galos y de varias tribus de la Germania Libera y consiguió un paso absolutamente libre por la Germania Inferior. Se considera un segundo Aníbal... o para ser más preciso un Asdrúbal, puesto que también le falta un ojo.

—De modo —refunfuñé— que estoy buscando a un príncipe alto y tuerto, de largos cabellos rojos, que siente un odio feroz hacia Roma. Por lo menos, debe destacar en el mercado... ¿También puso objeciones a que Munio Luperco, una vez capturado en la emboscada, fuera enviado como regalo a Veleda?

—Eso, lo dudo. Civilis estimuló la autoridad profética de esa mujer. Fueron considerados socios. Cuando Civilis capturó la barcaza insignia de Petilio Cerealis, también se la envió como trofeo.

—¡Estoy demasiado cansado para preguntarte cómo se produjo ese desastre! —Había oído que nuestro general Cerealis había tenido buena parte de culpa. Era un

hombre impetuoso y no mantenía suficiente disciplina, lo que provocó pérdidas que podían haberse evitado—. ¡De modo que Veleda recibió su gabarra de jefe de escuadra... además de un romano de alto rango, empaquetado y remitido a su torre para que lo utilizase como esclavo sexual, o lo que sea! ¿Qué crees tú que le hizo a Luperco? Camilo Justino se estremeció y no intentó imaginárselo.

La cabeza me daba vueltas. Parecía un buen momento para empezar a bostezar como un viajero fatigado y retirarme a la cama.

Las notas de la corneta anunciando la guardia nocturna me sobresaltaron y soñé que volvía a ser un joven recluta.

XXI

Al día siguiente, reflexioné esporádicamente sobre los acertijos que Vespasiano me había ordenado resolver. Resultaba difícil sentir el menor entusiasmo ante aquel desquiciado surtido, de modo que empecé por investigar el único problema en el que nadie me había pedido que metiera las narices: fui a visitar a la esposa del desaparecido legado. Mientras me encaminaba hacia el lado de la fortaleza que ocupaba la Decimocuarta, debo decir que me sentía bastante confiado en que el eminente Florio Gracilis, finalmente, no hubiese desaparecido en absoluto.

La casa del legado era todo cuanto os apetezca imaginar. Dado que Julio César, incluso en sus campañas por territorio enemigo con toda la intendencia reducida al mínimo, llevaba carros con paneles de mosaicos que extendía en el suelo de su tienda como parte de la demostración del esplendor romano a las tribus bárbaras, no había ninguna posibilidad de que una residencia diplomática a gran escala dentro de una fortaleza permanente careciera de la menor comodidad. La mansión tenía las máximas dimensiones posibles y estaba decorada con materiales espectaculares. ¿Por qué no? Cada uno de sus sucesivos ocupantes, cada noble esposa llena de ideas sobre diseño, realizaba cambios y mejoras. Cada tres años, la casa era vaciada y restaurada según otros gustos. Y todas las extravagancias que ordenaban se hacían con cargo a las arcas del estado.

La residencia se alzaba entre una serie de jardines y patios con largos estanques y fuentes exquisitas que llenaban el aire con una niebla fina y sensual. En verano debían de abundar allí las flores llamativas, pero en aquel mes de octubre el impecable jardín ornamental tenía una grandeza más solitaria. No obstante había pavos reales, y tortugas. A aquella hora de la mañana, cuando aparecí con mi sonrisa confiada, los barrenderos de hojas y los podadores de ramas se afanaban por el lugar como pulgones. En cambio, los pulgones de verdad no tenían ninguna oportunidad allí. Y yo tampoco, probablemente.

El interior de la casa era una sucesión de salones de recepción decorados con frescos. Los techos de estuco, blancos y brillantes, resultaban asombrosos. Las lámparas, doradas, estaban atornilladas a las paredes. Las jarras eran enormes, demasiado pesadas como para salir corriendo con ellas. Unos centinelas discretos patrullaban los peristilos o montaban guardia, casi imperceptibles, entre las esculturas helénicas. El mobiliario habría hecho que mi padre, el subastador, se mordiera las uñas y pidiese al mayordomo de la casa tener una breve conversación a solas detrás de una columna.

El mayordomo conocía su oficio. Florio Gracilis había realizado hacía tiempo una paulatina transición desde el despreocupado desorden de soltero en el que vivía Camilo Justino a un mundo de continuas recepciones públicas a la mayor escala. La

residencia estaba atendida por legiones de lacayos serviciales, muchos de los cuales habían estado a su servicio durante casi dos décadas de agitada vida social senatorial. Dado que los oficiales superiores viajaban a sus provincias con todos los gastos pagados, el legado no sólo había llevado consigo sus cabeceras de cama de concha de tortuga y sus lamparillas de oro en forma de Cupidos, sino que también había hecho un hueco en el equipaje para su esposa. Sin embargo, antes incluso de conocer a ésta, comprendí que añadir una joven esposa a aquel ambiente lujoso y satinado era, muy probablemente, algo superfluo.

Por mis indagaciones en Roma, sabía que Gracilis tenía la edad normal en un comandante de legión, esto es, alrededor de cuarenta años: todavía libre de artritis pero lo bastante maduro como para imponer respeto cuando pasaba luciendo la capa púrpura circular. Su esposa era veinte años más joven. En los círculos patricios, los hombres solían casarse con muchachas muy tiernas, casi niñas. Cuando se llevan a cabo alianzas matrimoniales por puras razones políticas, la virginidad y la inocencia son valores muy cotizados. Las atracciones imprevistas que embrollan la existencia del resto de los mortales no cuentan para los hombres de esa posición. Florio Gracilis se había casado en primeras nupcias a los veintitantos años, cuando aspiraba a una carrera en el Senado. Tan pronto lo estimó conveniente, se deshizo de la mujer para, poco después, procurarse una nueva esposa, en esta ocasión procedente de una familia aún más antigua y rica. De ello hacía unos dieciocho meses. Debí de ser cuando Gracilis empezaba a aspirar al mando de la legión y quería aparecer públicamente como un hombre íntegro y recto.

Menia Priscila me recibió en un salón dorado y negro, una de esas estancias perfectamente lacadas que siempre revive en mi cuerpo la comezón de las picaduras de pulga del día anterior. La escoltaba media docena de doncellas, muchachas considerablemente velludas de frente despejada que parecían compradas en lote en el mercado de esclavos. Las jóvenes parecían distantes de su ama; formando dos grupos, se sentaron en silencio y se concentraron en sus bordados, bastante torpes.

Priscila no les prestó atención. La mujer era menuda. Un carácter más dulce le habría proporcionado un aire delicado. Se notaba que había invertido tiempo y dinero en ella misma, aunque sin conseguir disfrazar su mal carácter innato. Su rostro mostraba habitualmente una expresión lánguida y felina que se endurecía cuando olvidaba cultivarla. Probablemente, era hija de algún oscuro pretor que sólo había empezado a animarse una vez que su descendencia femenina alcanzó la edad suficiente para concertar deslumbrantes matrimonios dinásticos. Ahora, estaba casada con Gracilis. Lo cual, probablemente, tampoco resultaba muy divertido.

Le llevó varios minutos instalarse entre un revuelo de volantes violeta. La mujer lucía pendientes de perlas, pulseras tachonadas de amatista y al menos tres collares de cadena de oro, aunque podía haber algún otro acechando entre los lustrosos pliegues

de la tela que la envolvía. Aquél era su aderezo para una mañana de jueves, completado con el habitual despliegue de anillos. Entre los oropeles se encontraba la alianza de boda, un aro de oro de media pulgada cuya presencia pasaba inadvertida.

—Soy Didio Falco, señora.

—¡Oh!, ¿de veras?

Mantener una conversación le resultaba demasiado pesado. Mi madre habría puesto a aquella débil criatura a dieta de carne roja y a trabajar arrancando nabos durante una semana.

—Estoy aquí como representante imperial.

Recibir a un enviado imperial debería haberle alegrado la mañana. En realidad, vivir en la parte más peligrosa del imperio habría fascinado a algunas chicas, pero pude apreciar claramente que los intereses de Menia Priscila rara vez abarcaban los asuntos de actualidad. Era un avechilla que había conseguido evitar aprender y que sentía desprecio por las artes. Por otra parte, tampoco podía imaginármela interesada en obras de caridad. En conjunto, como cónyuge de un diplomático que ocupaba uno de los cargos más destacados del Imperio, la mujer no producía una gran impresión.

—¡Estupendo para usted!

No era extraño que últimamente el Imperio hubiera estado chirriando. Evité contestarle, pero su actitud era insensata e inexcusable. La joven poseía una mezcla de insolencia e ignorancia que sólo podía causar conflictos. Estuve seguro de que antes de seis meses, si Gracilis no la vigilaba de cerca, saltaría algún escándalo con un centurión o habría algún incidente en un barracón que obligaría a enviar a casa con toda urgencia a cierta persona y a sus acompañantes.

—Discúlpeme por invadir su intimidad. Necesito ver a su esposo pero no le he encontrado en los Principia...

—¡Pues aquí tampoco está!

Esta vez la réplica fue muy rápida, con el tonillo triunfal que utiliza alguna gente falta de ingenio. Sus ojos castaños me observaron de pies a cabeza, lo cual era justo, porque yo acababa de hacer lo mismo con ella. Pero Priscila no buscaba nada; sólo trataba de provocarme. Arqueé una ceja y murmuré:

—Debe de estar usted muy preocupada. ¿Gracilis tiene por costumbre desaparecer?

—Las costumbres del legado sólo le incumben a él.

—No del todo, señora.

La irritación puso una mueca aún más desagradable en su boca. Normalmente, los hombres con túnicas deslucidas de color canela y con forros de lana en las botas desgastadas no le replicaban de aquel modo. (Me habría gustado lucir una indumentaria más atractiva, pero mi banquero me había aconsejado que durante aquel año no me prodigara con mi presupuesto. Los banqueros son muy pronosticables. Mis

ingresos, no).

—¡Señora, parece que aquí hay algún problema! Un hombre de la posición de su esposo no debería volverse invisible. Eso inquieta a sus subordinados. De hecho, el emperador podría considerarlo políticamente inepto... Si está escabulléndose de sus acreedores... —Lo dije en broma, pero la mujer dejó escapar una amarga carcajada. Mi insinuación, lanzada al azar, había dado en el blanco—. ¿Se trata de eso?

—Es posible.

—¿Puede facilitarme una lista de sus deudas?

La mujer se encogió de hombros. Probablemente, Gracilis la había llevado con él a Germania para evitar el riesgo de que, si la dejaba en Roma, lograra sobornar a sus numerosos administradores para que le dejaran disponer de fondos. Los hombres con mujeres así las mantienen a distancia del ábaco doméstico. Insistí, pero su ignorancia parecía genuina. No me sorprendió.

—¿De modo que no puede decirme por dónde empezar a buscar? ¿No tiene idea de dónde puede estar su esposo?

—¡Claro que lo sé! —replicó ella en tono de burla, lo cual despertó de nuevo mi irritación.

—Esto es importante, señora. Traigo un mensaje de Vespasiano para Florio Gracilis. Y cuando el emperador envía un mensaje, espera que sea entregado. ¿Me dirá dónde se encuentra su marido?

—Con su amante, supongo.

Menia Priscila era tan sosa que ni siquiera me miró para ver el efecto que me producían sus palabras.

—Escuche —le dije, tratando todavía de contener la irritación—, su vida doméstica es asunto suyo, pero, por muy moderna que sea su visión del matrimonio, supongo que usted y su marido siguen algunas normas. Las convenciones son bastante claras —agregué, pero de todos modos, las enumeré—: Si él malgasta la dote, usted se zampa la herencia de Gracilis. Él puede pegarle; usted, desacreditarlo. Él le proporciona una guía moral y una pródiga dotación para vestimenta; usted, señora, protege siempre que es posible la reputación de su marido en la vida pública.

Ahora, intente comprender una cosa; si no lo encuentro enseguida, se organizará un escándalo. Y seguro que Gracilis querrá, por encima de cualquier otra cosa, que usted evite semejante cosa.

La mujer dio un respingo entre el tintineo atonal de sus adornos.

—¡Cómo se atreve!

—¿Y cómo se atreve un hombre público a la desfachatez de desaparecer ante las propias narices del gobernador de la provincia?

—¡Me importa muy poco! —exclamó Menia Priscila en su primera demostración de cierta vitalidad—. ¡Salga de aquí y no vuelva más!

Con estas palabras, abandonó la estancia dejando tras ella una vaharada de perfume balsámico no muy agradable. Sus movimientos eran tan crispados que una horquilla de marfil salió despedida de la trenza que coronaba su complejo peinado y fue a caer a mis pies.

La recogí y deposité el proyectil en la mano de una de las doncellas sin decir palabra. Las muchachas, con aire resignado, recogieron sus atavíos y salieron tras su ama.

No me inquieté. En algún lugar de la residencia habría un viejo contable que acogiera mi investigación con un espíritu más realista que el de la quisquillosa mujer. Aquel hombre sabría decirme con exactitud a qué acreedores estaba dando largas su amo; si me mostraba interesado por su trabajo, probablemente me proporcionaría la información que buscaba.

En cuanto al nombre de la guarida del legado, sería del dominio público en cualquier rincón del cuartel.

XXII

Durante mi búsqueda de información, entré a echar un vistazo al gimnasio privado del legado. Vi a qué se refería Justino cuando se refería a que Gracilis era un tipo deportivo: su cubil estaba repleto de pesas, sacos de entrenamiento, pesos para lanzamientos y todo aquello que normalmente rodea a un hombre que tiene miedo de parecer débil (probablemente porque lo es). Sus lanzas y trofeos de caza colgaban de unos ganchos en la pared del fondo de la estancia. Un egipcio de aire apenado, que habría estado mejor empleado momificando reyes para su encuentro con Osiris, estaba sentado con las piernas cruzadas, empeñado en la disección de un cervatillo. Yo nunca pierdo el tiempo hablando con los egipcios. Quizá supiera disecar un venado, pero escuchar su visión de la vida como un río eterno de penas y amarguras no me ayudaría a encontrar a su amo. Lo saludé con un gesto de la cabeza y continué adelante.

Finalmente, localicé al contable, quien me proporcionó una larga lista de comerciantes chasqueados, vinateros, peleteros, papeleros, encuadernadores e importadores de aceites aromáticos.

—¡Por Júpiter! ¡Desde luego, este hombre no cree que las deudas deban pagarse!

—No sabe administrarse demasiado bien —asintió el escribiente con cautela. El hombre tenía los ojos hinchados y un porte cohibido. Parecía cansado.

—¿Es que no le llegan rentas de sus propiedades en Italia?

—Sus fincas producen mucho, pero en su mayor parte están hipotecadas.

—Entonces, ¿tiene apuros financieros?

—¡Oh, eso lo dudo!

Estaba en lo cierto. Gracilis era senador. En primer lugar, hacer equilibrios al borde de la ruina financiera era posiblemente su segunda naturaleza, de modo que no parecía probable que la situación lo inquietara en exceso. El matrimonio con Menia Priscila debía de haber proporcionado un buen alivio a su bolsillo. En cualquier caso, se había presentado allí envuelto en un halo de poder impresionante. Para los pequeños comerciantes de una remota ciudad de provincias, su señorío no admitía duda. Unos cuantos negocios bien llevados le sacarían pronto de cualquier estrechez pasajera.

—¿Puedo deducir que ignoras por completo el motivo que puede haber llevado a tu amo a desaparecer?

—No estaba enterado de ningún misterio.

—¿No te dejó ninguna instrucción?

—El legado no es famoso por su previsión. Creía que se encontraba en viaje de negocios durante unos días. Su esclavo de cámara también está ausente.

—¿Cómo lo sabes?

—He oído a la novia del muchacho lamentarse de ello.

—¿Esa chica trabaja en la casa?

—No, es camarera en la Medusa, cerca de la puerta Principia Dexter.

Tomé nota de los nombres de los acreedores y de la novia del esclavo, garabateándolos en mi tableta de bolsillo, cuya cera se había endurecido por falta de uso (clara señal de que era hora de ponerse a trabajar).

—Dime otra cosa: ¿tu amo es un hombre mujeriego?

—Sería incapaz de decirlo.

—¡Oh, vamos, haz una excepción!

—Mi ámbito es puramente el financiero.

—¡Pues no le falta relación con lo que quiero saber! Los apuros económicos podrían ser consecuencia de unas amantes demasiado caras...

Salí de la estancia con su mirada fija en mí. Los dos sabíamos que encontraría otras fuentes impacientes por suministrarme los detalles sórdidos.

Abandoné la residencia con paso ligero. Tener pistas siempre hace surgir una expresión de optimismo en mi rostro.

Y, acto seguido, cometí el error de volver a tentar la suerte con la altanera Decimocuarta Gémina.

El cargo de prefecto de campo no había existido en la legión tradicional republicana. Supongo que, como en tantas otras cosas, los viejos republicanos habían acertado en ello. En la actualidad, estos prefectos ejercen una influencia indebida. Cada legión nombra uno y le confiere un amplio abanico de responsabilidades en la organización, instrucción y equipamiento de las unidades. En ausencia del legado y del tribuno mayor, toman el mando, y es entonces cuando se vuelven peligrosos. Estos hombres son seleccionados entre los primeras lanzas que se resisten a la jubilación, lo cual los hace demasiado viejos, demasiado pedantes y demasiado lentos. A mí no me caen bien, por principio. Y este principio es que fue la torpe conducta de un prefecto de campo lo que destruyó el buen nombre de la Segunda Augusta en la revuelta británica.

En Moguntiaco sólo había uno, responsable de toda la fortaleza. Y, como la Decimocuarta era la única legión experimentada de las allí acuarteladas, el nombrado para el cargo había salido de sus filas.

El prefecto de campo ocupaba un despacho cuyas enormes dimensiones debían de halagar su personalidad subdesarrollada. Allí lo encontré, leyendo rollos y escribiendo afanosamente. Había dado al lugar un tono deliberadamente austero y usaba una silla de tijera con un armazón de hierro oxidado y una mesa de campaña con aspecto de haber servido en Actium. Con aquello, el hombre pretendía dar la impresión de que habría preferido estar en el servicio activo en el campo de batalla. En mi opinión, si Roma quería mantener una buena reputación militar, los hombres

como aquél tenían que quedarse en el campamento... atados, amordazados y encadenados al suelo.

—¿Sexto Juvenalis? Soy Didio Falco, el enviado de Vespasiano.

—¡Ah, sí, he oído que algún gusano había asomado su cabeza de un agujero en el Palatino! —Continuó escribiendo con la pluma. Por fin, depositándola en el tintero con gran cuidado para evitar borrones, se volvió hacia mí—. ¿De dónde procedes?

Descarté que quisiera saber algo de la casa que mis tías poseían en la Campania.

—Hice el servicio en la apestosa provincia de costumbre; después, estuve cinco años como explorador.

—¿Aún vas de uniforme? —Su único patrón social era la vida militar. Lo imaginé aburriendo mortalmente a todo el mundo con sus tercas teorías acerca de que los valores tradicionales, los pertrechos antiguos y los terribles comandantes cuyos nombres nadie había oído mencionar no tenían parangón con sus equivalentes modernos.

—Actualmente, trabajo por cuenta propia.

—No me gustan los hombres que dejan las legiones antes de tiempo.

—Ni por un instante he pensado lo contrario.

—¿El servicio perdió su atractivo?

—Recibí una fea herida de lanza. —No tan fea, en realidad, pero me había sacado de allí.

—¿Sacado de dónde? —inquirió él. Aquel hombre debería haber sido informante.

—De Britania —admití.

—¡Oh, aquí conocemos Britania! —Empezó a observarme con gesto ceñudo.

Me preparé. No había escapatoria. Si seguía rehuyendo la cuestión, él la intuiría de todos modos.

—Entonces, conocerás la Segunda Augusta...

Sexto Juvenalis apenas se movió, pero el desdén pareció inundar sus facciones como un nuevo color en un camaleón.

—¡Bien! ¡Tuviste una buena desgracia! —exclamó, burlón.

—Toda la Segunda la tuvo... ¡por culpa de cierto prefecto de campo llamado Poenio Póstumo! —Poenio Póstumo era el imbécil que había desoído las órdenes de unirse a la batalla contra los icenios. Ni siquiera nosotros habíamos llegado a saber cuáles habían sido sus verdaderos motivos—. ¡Ese hombre traicionó a la Segunda igual que a los demás!

—He oído que pagó por lo que hizo. —Juvenalis bajó la voz un semitono, presa de una curiosidad horrorizada—. Se dijo que Póstumo se arrojó sobre su espada. ¿Fue así... o lo arrojaron?

—¿Tú qué crees?

—¿Tú sabes qué sucedió?

—Lo sé. —Estuve presente. Todos lo estuvimos. Pero lo acontecido esa noche de ira es un secreto de la Segunda Augusta.

Juvenalis me miró como si yo fuera un guardián a las puertas del Hades con una antorcha vuelta hacia abajo. Con todo, se recuperó con bastante rapidez.

—Si estabas en la Segunda, aquí tendrás que andar con mucho cuidado. Sobre todo —añadió gravemente— si eres un agente especial de Vespasiano. —No hice el menor intento de evasiva—. ¿O lo es tu curioso compañero?

—¿De modo que alguien ha reparado en Xanto? —Sonreí con aire calmado—. Sinceramente, no conozco su papel. Prefiero no conocerlo.

—¿De dónde lo has sacado?

—Fue un regalo no solicitado de Tito César.

—¿En recompensa por los servicios prestados? —se burló el prefecto.

—Más bien por los que pueda prestarle en el futuro, supongo. —Ya estaba dispuesto para cerrar el lazo—. Tú eres el mejor representante de la Decimocuarta a quien presentar excusas. Hablemos de Gracilis.

—¿Qué hay de él? —inquirió Juvenalis en tono ligero. Parecía dispuesto a mostrarse razonable, pero no me dejé engañar.

—Necesito verlo.

—Puede arreglarse.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Ahora?

—En este momento, no.

Di unos pasos por el despacho. Inquieto, apunté:

—El mes de octubre y la Germania Superior no son época ni lugar para que un legado se tome unas vacaciones no oficiales.

—A mí no me ha pedido la opinión.

—¡Tal vez debería haberlo hecho! —La adulación abierta también era un fallo. Los prefectos de campo son una casta presuntuosa: el hombre consideraba que era su derecho—. Tal vez escuchar consejos no sea el punto fuerte de tu legado. He oído que se está haciendo impopular.

—Gracilis tiene sus métodos.

Juvenalis defendió lealmente a su comandante. Sin embargo, advertí un destello en lo más hondo de sus ojos. Un destello de irritación por la actitud raspante del legado.

—Así pues, ¿se ha fugado con una mujer o está pluriempleado como administrador de fincas?

—Asunto oficial.

—Cuéntamelo. Yo también soy oficial.

—Es un secreto oficial —se burló el prefecto. Sabía que no tenía modo de replicar a eso. Los hombres como él pueden calcular la situación en que uno se encuentra por el modo en que se ata los cordones de las botas. Y los míos no debían estarlo como era debido.

—Tengo unas órdenes, prefecto. Si no puedo cumplirlas, me veré obligado a pedir instrucciones a Roma.

Juvenalis dejó que una leve sonrisa apareciera en su rostro.

—Tu mensajero no saldría de la fortaleza. —Empecé a preguntarme qué recordaba del código de columnas de humo y fogatas, pero él se adelantó a mis pensamientos—. Y comprobarás que el puesto de señales está en una zona de acceso restringido.

—Y supongo que en Moguntiaco no hay palomas mensajeras, ¿verdad? —Lo dije con un aire humorístico que no sentía, pero prefería no encontrarme en las estrechas celdas tras la puerta principal, con un cuenco de gachas de cebada por toda ración diaria. Cambié de táctica—. Escucha, he sido enviado aquí para hacer averiguaciones políticas. Si no consigo una reunión con Gracilis, tendré que contentarme con lo que puedas decirme tú. ¿Qué ánimo reina entre las tribus?

—Los tréveros fueron rotundamente derrotados por Petilio Cerealis. —Juvenalis empleó un tono con el que pretendía darme a entender que era perro viejo para mostrarse demasiado hostil, pero que podía fastidiarme la misión fácilmente si se lo proponía.

—¿En Rigodulo? ¡La Vigésimoprimeras luchó bien por Cerealis, allí! —respondí, subrayando la colaboración menos notable de la Decimocuarta.

Juvenalis lo pasó por alto.

—Las tribus han vuelto a ganarse la vida y mantienen la cabeza gacha.

Aquello era inesperadamente útil. Sin duda, el prefecto esperaba que así me iría a preguntar entre la comunidad local y a ofender a otro, para ahorrarle a él la molestia de molerme a palos.

—¿Cuáles son las industrias más destacadas de la zona?

—La lana, la navegación fluvial... y la cerámica —me informó Juvenalis. Esto último me evocó cierto recuerdo.

—¡Paños, barcas y ollas! Y ese jefe rebelde, Civilis, ¿no tenía familia por esta zona? —inquirí—. Según me han dicho, su hermana y su esposa permanecieron en Colonia Agripinense durante la revuelta.

Su rostro adoptó una expresión seria.

—Los bátavos proceden de la costa del norte.

—Ahórrate la lección de geografía, prefecto. Sé dónde tienen sus tierras. Pero hace tiempo que Civilis brilla por su ausencia en La Isla y en toda la región. Tengo que encontrarlo... Me pregunto si habrá vuelto al sur...

—Hay algo curioso —replicó Juvenalis con cierto sarcasmo.— De vez en cuando, nos llegan comentarios de que ha sido visto.

—¿De veras?

—Son meros rumores. Poseía cierto carisma entre su pueblo. Cuando hombres así mueren o desaparecen, siempre surgen versiones fraudulentas.

Tenía razón, hasta cierto punto. En los primeros días del Imperio, las reencarnaciones de tiranos eran un fenómeno constante; Calígula, por ejemplo, renacía constantemente entre sus enloquecidos adoradores en exóticos estados orientales.

—¿De modo que opinas que estos rumores de avistamientos en la zona son meras fantasías?

—¡Civilis es un estúpido si se acerca a la Decimocuarta! —La traición de las cohortes báltavas aún era, evidentemente, una herida abierta y dolorosa.

—¿Habéis mandado patrullas a investigar?

—Ninguna ha encontrado nada.

Eso no significaba necesariamente que no hubiera nada que encontrar, me dije.

—¿Qué posibilidades hay de que vuelva a estallar una rebelión entre las tribus? —Juvenalis no consideró que formara parte de sus atribuciones formular comentarios políticos, de modo que me puse a calcular—. Sigue siendo lo del viejo chiste. Si un griego, un romano y un celta naufragan en una isla desierta, el griego abrirá una escuela de filosofía, el romano establecerá normas y turnos... y el celta iniciará una pelea. —El prefecto me miró con suspicacia; incluso como broma resultaba demasiado metafísica—. Bueno, gracias...

No llegué a terminar la frase, pues se abrió la puerta.

Debería haberlo esperado.

Bien por coincidencia o bien, lo que era más probable, en respuesta a una convocatoria clandestina y conspirativa, varios de los jefes más influyentes de la Decimocuarta venían hacia nosotros. Cuando volví la cabeza para observarlos, el corazón me dio un vuelco. Todos tenían un aire torvo y decidido. Entre ellos reconocí a Macrino, el lustroso tribuno mayor a quien el día anterior había visto discutir con Justino, a mi antagonista el primipilo, a por lo menos tres centuriones más de expresión adusta, y a un hombre callado y resuelto a quien supuse su especulario, un cargo que yo había ejercido en cierta época, cuando me fogueaba en mis primeras misiones confidenciales e interrogatorios metódicos... junto con todas las crueles técnicas que los aceleran.

Tuve muy presente lo que habría significado en mi época la presencia de aquel siniestro individuo. Sin embargo, tal vez las cosas habían cambiado.

XXIII

Me sentaron en un taburete y me rodearon. Estaban tan encima de mí que me impedían ponerme en pie. La sala se hizo más oscura y calurosa. Escuché el ligero tintineo metálico de un protector inguinal, demasiado cerca de mi oído izquierdo como para sentirme cómodo. Me resultaba totalmente imposible volver la cabeza para observar qué movimiento había causado el ruido. El tribuno y los centuriones cerraban el círculo en torno a mí con la mano en la empuñadura de la espada.

Percibí el poder que se formaba dentro de una legión antigua y experimentada: los mensajes circulaban sin ningún esfuerzo aparente, los consejos de guerra casi se convocaban solos, las conspiraciones internas serían impenetrables para cualquiera ajeno a ellas y los hombres tenían el mismo aire amenazador de los oseznos, mortíferos desde el momento en que nacen.

Puesto que ocupábamos su despacho, fue el prefecto quien conservó la iniciativa. El lustroso Macrino se pasó la mano libre por el cabello en un gesto habitual que resaltaba su brillo natural.

—Nos ha llegado una denuncia de la esposa del legado referente a un intruso. — Su voz cultivada expulsó cada sílaba de un modo tan marcado que parecía que estuviese escupiendo pipas. Era un hombretón apuesto y vanidoso, de mirada indolente. Imaginé a Menia Priscila acudiendo a él con sus problemas. Macrino era de su edad y de su posición. Si la mujer todavía no se acostaba con él, seguro que lo deseaba.

—Una dama sumamente gentil —murmuré. Macrino me desafiaba a que llamase gatita malcriada a la esposa del legado. Todos los presentes lo estaban esperando. Pude ver los dedos del prefecto ansiosos por coger la pluma y anotar un cargo por desacato.

—¡Los perros como tú deben llamar «señor» a nuestro tribuno! —espetó Juvenalis.

—¡Lo siento, señor! Me disculpé ante ella por haberla molestado. Creí que el noble Florio Gracilis podía encontrarse en casa con un resfriado.

—La residencia está fuera de límites. —A los prefectos de campo les encanta trazar límites y demarcaciones—. ¡Utiliza los canales normales!

—Los canales normales habían resultado infructuosos y tengo unos deberes que cumplir con el emperador.

De nuevo, percibí un movimiento inquietante detrás de mí. El tribuno replicó a mis palabras con un estallido de irritación.

—¿Quién es este sujeto?

—Un pelmazo preguntón llamado Didio Falco —anunció el prefecto—. Es un ex miembro de la Segunda Augusta. Deberíamos correr la voz de este detalle entre las

tropas, junto con el santo y seña.

Reprimí un gemido. Con ello, Juvenalis se aseguraba de que ningún hombre de aquella legión me dirigiese la palabra... y, probablemente, me preparaba para un destino mucho peor. Esa misma noche, al toque de queda, me convertiría en un blanco fácil para cualquier bruto borracho que quisiera alardear ante sus compañeros.

—Ahora trabaja para Vespasiano, como era de esperar. —La alusión al antiguo cargo del emperador como comandante de la Segunda en Britania llevaba toda la causticidad de que Juvenalis era capaz sin caer en deslealtad al juramento que le había prestado—. Pero no sucede nada —añadió—. Este tipo no ha venido a molestarnos. El muy idiota pretende incordiar a los lugareños en busca de su jefe rebelde. ¡Cree que va a domesticar a Civilis!

Nadie celebró la broma. Yo suspiré en silencio.

—En realidad, es cierto que tengo la misión de encontrar a un legado desaparecido, pero se trata de Munio Luperco, de modo que el rastro está muy frío... Caballeros, he entendido el mensaje. Los miembros de la Segunda son persona non grata en vuestra noble presencia. Me marcharé enseguida.

Se produjo un silencio, pero un cambio de luminosidad y una corriente de aire más frío detrás de mí me dijo que la muralla armada se había abierto. Me incorporé. El grupo continuó arremolinado a mi alrededor, de modo que al dar media vuelta tropecé con el taburete. Me sorprendió que nadie me saltara encima, pues notaba sus deseos de hacerlo. Todos saborearon mi nerviosidad, pero dejaron que me marchase. Luego, alguien cerró la puerta de un puntapié. Esperé oír sus carcajadas, pero no se produjo ninguna; aquello era aún peor, me dije. Salí al campo de desfiles, donde el brillante sol otoñal, cerca ya del horizonte, me deslumbró incómodamente.

Nadie me había tocado, pero me sentí como si la legión entera me hubiese azotado con cuerdas de nudos en una parada ceremonial de castigo.

XXIV

Estos gratos sucesos habían ocupado suficiente parte de la mañana como para decidirme a regresar a casa del tribuno, donde habíamos acordado reunirnos para el almuerzo.

—Te debo una copa, de modo que te invito a comer fuera. Me han recomendado una taberna que llaman la Medusa...

Justino me miró alarmado.

—¡Nadie que yo conozca frecuenta ese lugar!

Supuse que se debía a que sus amigos eran tipos demasiado cultivados y le expliqué la razón de la visita. A Justino le gustó participar en la investigación y no puso más reparos. Camino de la taberna, me preguntó por el progreso de mis averiguaciones.

—Acabo de tener otro encuentro con la Decimocuarta. Dicen que su comandante está ausente en misión oficial, lo cual es difícil de refutar. Pero algo raro sucede. La reacción de los oficiales ha sido ridículamente excesiva.

Lo puse al corriente de la actitud amenazadora de la Decimocuarta hacia mí. Justino era demasiado joven para guardar un recuerdo detallado de los sucesos de la rebelión de Britania, de modo que tuve que relatarle toda la lamentable historia de cómo la Segunda Augusta había quedado privada de gloria. Justino bajó la cabeza. Además de tener por invitado en su casa a un hombre amenazado, probablemente se sentía tan poco impresionado por la contribución de mi legión a la historia como la mayoría de la gente.

La Medusa era menos atractiva de lo que había esperado, aunque no tan maloliente como había temido. Tenía el aire de un establecimiento abierto toda la noche que, durante el día, permanecía sólo medio despierto. En realidad, no había en Moguntiaco ningún local que abriera toda la noche; la atmósfera amodorrada de la Medusa a la hora del almuerzo era sólo el resultado de una gestión negligente. Las mesas estaban pegadas a las paredes desconchadas como hongos adheridos a viejos árboles, y las vinagreras eran recipientes grotescos e informes de cerámica de baja calidad. El lugar estaba lleno de soldados toscos y de sus hábiles gorriones. Pedimos el plato del día con la idea de que quizá estuviese recién preparado. Vana esperanza.

Hacía el calor suficiente como para pensar en sacar la mesa fuera, al aire libre.

—¡Ah, albóndigas! —exclamó Justino por cortesía cuando llegó la comida, pero advertí que perdía interés rápidamente—. Parece conejo...

En realidad, las bolas de carne parecían los restos, toscamente picados, de una mula de carga rendida de agotamiento que hubiera muerto de sarna y de pena.

—No es preciso preocuparse por los condimentos que hayan podido usar para darle sabor; no parece que hayan empleado ninguno...

Cruzó por mi mente el pensamiento de que la noble madre de mi acompañante, Julia Justa, quien ya tenía una mala opinión de lo que le había hecho a su hermosa hija, no me miraría con mejores ojos si acababa con su hijo en un antro como aquél.

—¿Te encuentras bien, Falco?

—¡Sí, sí, muy bien!

No era frecuente la presencia de tribunos en el local. Nos atendió el dueño en persona, probablemente porque pensó que veníamos de inspección (una tarea que a ninguno de los dos nos gustaría llevar a cabo demasiado a fondo). Al cabo de un rato, nos envió una camarera a preguntarnos si necesitábamos algo. La oferta no tenía nada que ver con la comida o el vino.

—¿Cómo te llamas? —pregunté, fingiendo interés.

—Regina.

Al oír el nombre, Justino se revolvió animadamente, aunque no por las razones que la muchacha creía. Yo le había contado que así se llamaba la novia del esclavo desaparecido del legado desaparecido.

—¡Una reina! —exclamé, vuelto hacia Justino, con un tono pícaro que me resultó increíble. A la muchacha le encantó. Pedí otra media jarra y dije a Regina que acercara un vaso para ella.

—No parece que le importe entretenernos —murmuró Justino mientras la muchacha iba a buscar ambas cosas. Parecía inquietarle que pudiéramos entrar en un terreno de dudosa moralidad fingiendo animar a la chica. Mis reservas respecto a la Medusa eran de cariz eminentemente práctico. Sólo temía que nos hubiéramos arriesgado a comer aquellos sórdidos platos persiguiendo una pista falsa.

—Entretenernos es su trabajo, y no tiene nada que ver con llevar fuera del mismo una vida privada bastante complicada. Hablaré con ella —añadí, pasando a utilizar el griego cuando la chica regresó con el vino—. Deja que te explique ciertas normas de vida, muchacho: nunca juegues por dinero con extraños, nunca votes al candidato favorito y nunca confíes en una mujer que lleve una cadena en el tobillo...

—¡Tú eres el experto en mujeres! —replicó él con ironía en un griego más seguro que el mío. En realidad, lo hablaba con suficiente fluidez como para emplearlo con rudeza sin gran esfuerzo.

—En efecto, me ha abordado buen número de camareras... —Volviendo al latín, bromeé con Regina—. ¡Cosas de hombres! —Su señoría se quejaba de que estoy arruinando la reputación de su hermana.

La soñolienta muchacha había olvidado traer el vaso; con una sonrisa inexpresiva, regresó sobre sus pasos.

Justino no levantó los ojos del plato de albóndigas (las cuales, en efecto, daban la impresión de necesitar un cuidadoso reconocimiento) mientras añadía en aquel griego retador, ligeramente modulado:

—Ya que hablamos de ello, Falco, me gustaría preguntarte si este asunto tuyo con mi hermana va en serio.

—Todo lo en serio de que soy capaz —repliqué, con la mandíbula encajada. Él levantó la cara.

—Eso no me dice nada.

—Te equivocas, tribuno. Te dice todo lo que realmente quieres saber: que nunca le causaré ningún perjuicio a Helena.

La camarera se acercó otra vez.

Regina se sentó y dejó que siguiésemos hablando entre nosotros. Estaba acostumbrada a que los comerciantes acabaran de cerrar sus tratos antes de negociar con ella. A decir verdad, la muchacha parecía dispuesta a aceptar cualquier cosa.

Justino y yo abandonamos nuestra conversación anterior.

Comí todo lo que pude tolerar del insípido guiso; luego, me enjuagué la boca con vino. Sonreí a la chica, una jovencita baja y rechoncha de pechos planos y cortos cabellos pelirrojos. Su melena tenía rizos de los llamados «asistidos», los preferidos por las muchachas que servían mesas. Llevaba una túnica blanca bastante limpia y el habitual collar de cuentas de cristal, así como varios anillos baratos de serpentina y la inevitable esclava en el tobillo a la que antes me he referido. Su actitud parecía servil, pero con asomos de un fondo desafiante. En Roma, yo tenía un puñado de hermanas severas y desdeñosas. Regina me las recordó.

—Escucha, Regina, ¿conoces a un ayuda de cámara que se llama Rústico?

—Tal vez. —La muchacha era de las que eluden responder las preguntas por principio.

—¿Sabes a quién me refiero?

—Trabaja en la fortaleza.

—Para uno de los legados. No te inquietes, no ocurre nada malo —me apresuré a tranquilizarla—. He oído que eras buena amiga de Rústico.

—Tal vez lo haya sido. —Creí advertir que sus confiados ojos azules se ensombrecían, malhumorados. Tal vez estuviese asustada. O quizá se trataba de algo más clandestino.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Se ha marchado a alguna parte?

—¿Qué queréis de él?

—Me gustaría mucho encontrarlo.

—¿Por qué? —Me dispuse a explicar mi búsqueda del legado pero ella se adelantó a añadir, irritada—: Hace siglos que no lo veo. ¡No sé dónde se ha metido!

Se incorporó bruscamente. Justino, pillado por sorpresa, retiró la banqueta arrastrándola con un chirrido.

—¿Qué queréis? —gritó Regina—. ¿Por qué habéis venido a molestarme?

Otros parroquianos, soldados en su mayoría, volvieron la mirada hacia nosotros, aunque sin mucho interés.

—Espera, Falco —intervino Justino. La muchacha se refugió apresuradamente en la trastienda—. ¡Desde luego, las taberneras parecen ser tu especialidad! —exclamó en son de mofa y, tras dirigirme una mirada de censura, fue tras Regina.

—¡Así es Regina! —dijo uno de los soldados con una sonrisa.

—¿Irritable?

—Se pone como una fiera por cualquier cosa.

Dejé unas monedas sobre la mesa, abandoné la taberna y estiré las piernas por las inmediaciones hasta que reapareció el tribuno.

—¡Me alegra verte de una pieza! He oído que su mal genio es legendario. Le encantan los gritos y echarse a llorar ante los inocentes clientes. Es capaz de arrojarte un ánfora a la cabeza por un mero comentario... y llena, además, si no tienes suerte. ¿Has estado secándole las lágrimas, acaso, o sólo tratando de esquivar sus golpes?

—¡Eres demasiado severo, Falco!

—Es lo que ella esperaba.

—¿De veras? —murmuró Justino entre dientes—. Pues bien, he descubierto lo que quería sin intimidar a la muchacha. La cosa es muy sencilla: Regina y el esclavo Rústico han tenido una pelea de enamorados y ha dejado de verlo.

—¿Qué hay de la desaparición del legado?

—Lo único que sabe es que oyó mencionar que era probable que el amo de su novio se marchase unos días. No se enteró de dónde ni de por qué.

—Está bien. Si es verdad.

—¿Por qué no habría de serlo?

—¡Ella es una camarera de taberna, tú eres un extraño y yo sé muy bien cuándo veo a una pequeña prostituta mentirosa que tiene algo que ocultar!

—¡Pues yo la creo!

—Mejor para ti.

Echamos a andar de nuevo hacia la puerta de la fortaleza.

Justino aún fingía estar enfadado, pero su buen carácter iba superando la situación. Sacudí la cabeza y me reí suavemente.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó.

—¡Oh...! Hay un método tradicional de sacar información en el que, primero, se envía a un tipo cruel y brutal que amedrenta al sospechoso; después, entra en acción su compañero amistoso y comprensivo que lo tranquiliza hasta que le abre su corazón.

—Parece un método efectivo —comentó Justino, algo estirado.

—¡Oh, sí!

—Sigo sin verle la gracia.

—No es nada —respondí, sonriente—. Pero se supone que el compañero «blando» sólo finge serlo.

XXV

De regreso en la casa, nos aguardaban noticias.

—Ha venido una mujer preguntando por ti, Marco Didio.

—¡Un mensaje así debe ser tomado con cautela! —me reí. Justino me miró con severidad. Si quería parecer un amigo de confianza de Helena, la petulancia era una mala respuesta. Y estábamos hablando demasiado de camareras y demasiado poco del tipo de temas elevados que suele darse entre los senadores. Sin embargo, no podía evitar que el joven Justino no estuviese acostumbrado a mí. Su hermana sí lo estaba, y había tomado una decisión—. ¿Quién es esa matrona?

—Julia Fortunata, Marco Didio.

Advertí que Justino daba un respingo al escuchar el nombre. Levanté una ceja.

—Déjame adivinar... Esa mujer está relacionada con Gracilis, ¿verdad?

—Entonces, has oído algo... —murmuró el tribuno, tratando de ser discreto delante de los criados.

Los criados eran suyos, no míos.

—Menia Priscila me dijo esta mañana que Gracilis alardea de tener una querida en alguna parte. ¿Se trata de ella? Acudir a la fortaleza de manera tan pública parece extraño. Me pregunto qué querrá con tanta urgencia. ¿Sabes dónde vive?

—Creo que sí —respondió Justino, aún cauteloso—. Dicen que Gracilis la ha instalado en una villa no lejos de aquí...

Le propuse acompañarme para romper la rutina, si tenía la tarde libre. Vaciló un instante y luego gritó a un esclavo que fuese a buscar nuestras capas.

Tuvimos que salir por la puerta Decumana y dirigirnos hacia el sur. Una vez dejamos atrás la pendiente del exterior de la puerta, se hizo la paz. Aparte de la amplia curva que trazaba el río, la cuadrada fortaleza a nuestra espalda continuó siendo el rasgo más destacado del paisaje. Este, cosa infrecuente en aquella parte del río, carecía de los riscos y de los pasos estrechos que abundaban corriente abajo. El terreno era llano y bajo, con las riberas salpicadas aquí y allá de amarraderos naturales o construidos por el hombre, aunque estaba claro que no eran tierras pantanosas. Abundaban allí los árboles de gran tamaño, que con frecuencia ocultaban a la vista los cursos del Rin y del Meno.

Justino me condujo por una vía que me permitió admirar el monumento a Druso, un placer que no dejé que nos entretuviera mucho rato. Nunca me habían emocionado los monumentos en recuerdo de héroes oficiales muertos hacía mucho tiempo. Apenas le eché un vistazo.

Aproximadamente una milla más adelante se alzaba un fortín que protegía un poblado que, según Justino, se consideraba las canabae oficiales de Moguntiaco. Julia Fortunata tenía alquilada una casa en el extremo más próximo del asentamiento. Para

una mujer de su posición, el lugar no era muy seguro. El Rin casi podía olerse en la distancia. No obstante, paralela a nuestra orilla del río, corría una carretera militar que conducía río arriba hacia Argentorato y Vindorisa y aquel puesto de guardia proporcionaba una protección de primera instancia si surgía algún problema.

Era una villa de campo con aspecto esencialmente romano, a pesar de las habituales diferencias provinciales en la distribución y un tamaño muy reducido en comparación con las enormes heredades de Italia. Entramos por un sendero cubierto de hierba que corría entre el granero y el estanque de los patos, dejamos atrás unos manzanos, tomamos un atajo por un establo vacío, evitamos un cerdo suelto y llegamos por fin a una casa con columnata.

Dentro se abría un salón cuadrado, germánico, con un hogar en el centro, donde el clima mediterráneo, más suave, habría permitido un atrio abierto y una piscina. Julia Fortunata había impuesto un meticuloso estilo romano: colgaduras de colores refinados, divanes adornados con volutas, estatuillas griegas de atletas y luchadores distribuidas con gusto, una mesilla con una pequeña librería de rollos en cajas de plata. También había toques llamativos: insólitos festones de tela púrpura y múltiples lámparas de bronce con hojas de acanto.

Cuando apareció, la mujer me tendió la mano con calma, ceremoniosamente, aunque Justino y yo sabíamos que estaba impaciente por vernos. Julia Fortunata habría sido una esposa adecuada para un funcionario de alta posición, si la fortuna no hubiera hecho que sus antecedentes familiares fueran buenos, pero no lo bastante. Mientras que la joven esposa, Menia Priscila, poseía dinero y arrogancia, Julia tenía que conformarse con cultura y educación, pues carecía de los privilegios sociales que concedía en Roma la pertenencia a una familia con antepasados ilustres y décadas de acumulación de riquezas. La mujer habría podido casarse con un funcionario de aduanas y haber sido la reina de alguna ciudad pequeña durante el resto de su vida pero ¿qué mujer de carácter fuerte podría desear verse reducida a una respetabilidad insulsa y deprimente?

Si Gracilis tenía la edad que yo pensaba —alrededor de cuarenta—, Julia Fortunata debía de ser mayor, al menos lo suficiente como para que se notara. Justino me había contado que la relación entre los dos duraba desde antiguo: había sobrevivido al primer matrimonio del legado y daba la impresión de poder resistir al segundo. Julia Fortunata acompañaba a Gracilis a todos sus destinos. Cualquiera que fuese el lugar de Italia o Europa al que el hombre llegaba quedaba entendido que la dama aparecería, se instalaría a una distancia que facilitara las visitas y proporcionaría al legado lo que normalmente le daba. Hacía mucho tiempo que el arreglo había dejado de resultar escandaloso. Parecía una vida pobre para ella, sobre todo si Florio Gracilis era, como yo había deducido, un personajillo patético. Sin embargo, éste es el precio que pagan las mujeres refinadas por un vínculo senatorial.

Julia Fortunata era bastante alta e iba vestida con una túnica de un tejido de suaves tonos malva grisáceo. No era una gran belleza, pues tenía un rostro anguloso y un cuello que mostraba su madurez; los tobillos, que había cruzado al sentarse para hablar con nosotros, resultaban terriblemente huesudos. No obstante, tenía estilo. Sus manos elegantes arreglaron la estola que lucía. Su porte era distinguido y su actitud al recibir a los visitantes era de gran calma y compostura. Se trataba de una rara avis, una matrona independiente, decidida, dueña de sí misma y refinada.

—Señora, soy Didio Falco y éste es Camilo Justino, tribuno mayor de la Primera Adiutrix.

Puesto que Justino se movía en el círculo social de la mujer, creí conveniente que tomara la iniciativa de la conversación, pero el joven tribuno permaneció callado a mi lado, como un mero observador. Julia Fortunata nos contempló a los dos: Justino, con su túnica blanca de marcados pliegues y una ancha banda púrpura, más silencioso y serio que la mayoría de los de su rango; yo, diez años más viejo que él en edad y cien en experiencia. Por fin, decidió dirigirse a mí.

—Gracias por darte tanta prisa en devolverme la visita. —Su voz era cultivada y firme, perfectamente acorde con el marcado estilo de sus ropas de colores apagados y de sus joyas, que eran pocas pero llamativas: un atrevido brazalete de origen oriental y dos enormes discos de oro batido como pendientes. Incluso sus sandalias tenían un diseño interesante. Julia Fortunata era una mujer que escogía las cosas personalmente y tenía cierto gusto por las insólitas—. ¿Es cierto que estás llevando a cabo una especie de investigación?

Hice un gesto de asentimiento, pero no me extendí en detalles.

—¿Cómo es que has acudido a la fortaleza preguntando por mí? Debo reconocer que me ha sorprendido mucho.

—Era un asunto urgente. Supongo que si estás investigando algo que afecta a mi viejo amigo Florio Gracilis, agradecerás cualquier ayuda.

Intenté inquietarla un poco.

—Menia Priscila piensa que su marido puede estar contigo.

—¿Qué Menia Priscila piensa? —La pregunta relampagueó como una brillante inundación de vino derramado que nos hizo dar un respingo—. Me temo que Florio no está aquí.

Sonreí. Y comprendí qué atraía al legado a aquella casa. Allí, uno siempre sabía el terreno que pisaba.

—¿Hace mucho que lo conoces?

—Diez años. —Una ligera sequedad en su tono de voz daba a entender que podíamos considerar la relación como algo más que superficial y esporádica.

Intenté sonsacarle algo más concreto.

—¿Y cómo son las relaciones entre los dos? —pregunté.

—Cordiales —respondió ella con firmeza.

Abandoné el tema. No había razón para ser grosero. Todos estábamos al corriente de la situación.

—Julia Fortunata, soy un emisario de Vespasiano. He sido enviado a la Germania Superior por otros motivos, pero cualquier circunstancia extraña que se produzca mientras me encuentre aquí podría estar relacionada con ellos, de modo que precisa ser investigada. Tienes razón: agradecería cualquier información sobre el paradero de Gracilis. Puedes hablar con toda libertad.

La mujer permaneció callada un momento, contemplándome candorosamente. Soporté su mirada hasta que ella llegó a una conclusión e indicó que nos sentáramos.

Julia tenía muy pensado lo que diría y lo hizo de forma muy concisa y sin necesidad de insistirle. Gracilis se había esfumado por completo y su amiga estaba preocupada en extremo. Había pedido verme porque consideraba que «otras instancias» estaban tomándose el asunto demasiado a la ligera, o bien sabían algo y estaban involucradas en una acción encubierta. Era inconcebible que Gracilis se marchara a alguna parte sin advertírselo a ella con antelación.

—¿Incluso comenta cuestiones militares?

—Siempre con la debida reserva, desde luego.

—Desde luego —asentí. A mi lado, el probo Justino hizo un esfuerzo por contener su desaprobación—. Dime, ¿Gracilis estaba preocupado por algo en especial?

—Florio es un hombre concienzudo y meticuloso. Se inquieta por cualquier cosa.

Así pues, el legado era un manojo de nervios, un hombre que incordiaba a sus soldados y exasperaba a su esposa, sin duda, aunque diez años de relaciones debían de haber enseñado a su amante a no hacer mucho caso de su agitación. Me dije que tal vez el papel de Julia Fortunata en la vida de Gracilis había sido siempre el de tranquilizarlo y levantarle la moral.

—¿Por cuáles en concreto, últimamente? ¿Puedes ponerme ejemplos?

—¿Desde que llegamos a Germania? En términos generales, la situación política. Teme que Petilio Cerealis haya sido destinado a Britania demasiado pronto y que el sometimiento de los rebeldes sólo se encuentre a medio completar. Tiene la sensación de que se están cocinando nuevos problemas.

Julia Fortunata hablaba de política como un hombre. Me pregunté si Gracilis sería tan ágil de pensamiento como ella, o si más bien confiaba en su amante para organizar debidamente sus ideas. Con todo, al escucharla me di cuenta de que el hombre había analizado la situación como debía hacerlo un comandante y, por primera vez, tuve cierta sensación de que Gracilis actuaba con autoridad y buen juicio. Desde luego, Julia era una buena influencia.

—¿Cómo estaban sus relaciones en la fortaleza?

—Era muy consciente de que la Decimocuarta posee casi toda la experiencia y es superior en gran medida a la otra legión.

En una nueva muestra de tacto que ya no nos sorprendió, dirigió un leve gesto de disculpa a Justino por el menosprecio de la Primera. Él le devolvió la sonrisa con pesar.

—¿Alguna cosa más? ¿Preocupaciones económicas?

—Nada fuera de lo corriente.

—¿Problemas con su esposa?

—¡Oh, creo que Gracilis sabe encargarse de eso!

De nuevo, la mujer se permitió un tono ligeramente amargo y despreciativo, aunque siempre controlado. Julia Fortunata sabía que estaba en posición de fuerza.

—¿Otras mujeres? —apunté con ligereza. Con aire reprobatorio, evitó responder—. Entonces, ¿qué es lo que más le inquietaba, últimamente? ¿Algo relacionado con los rebeldes, por ejemplo?

—Lo cierto es que comentó conmigo la teoría de que el caudillo Civilis se negaría a aceptar la derrota y probablemente trataría de conseguir apoyos otra vez.

—¿Tenía alguna prueba?

—Ninguna firme.

—¿Había decidido hacer algo al respecto? —añadí con una sonrisa.

—Su intención es terminar la tarea que Petilio Cerealis dejó pendiente. Gracilis es ambicioso, por supuesto. Acabar con Civilis mejoraría su posición en Roma y le granjearía la gratitud del emperador. Sin embargo, hasta donde estoy enterada, no tiene una sola pista de la que partir.

Para un enviado que también necesitaba mejorar su posición y recibir el agradecimiento imperial, la noticia era muy estimulante.

—¿Y ese interés del legado se extiende a Veleda?

—Nunca he oído que la mencionara. —La declaración parecía un acto de lealtad. Probablemente, el legado estaba tan fascinado por la famosa profetisa como cualquiera.

—De modo que Gracilis no ha emprendido ninguna acción y, por lo que sabes, tampoco tiene planes inmediatos, ¿no es eso?

—El legado estaba prevenido ante la posibilidad de problemas. Es todo lo que puedo decir. Aparte de esto —añadió resueltamente, como si considerara que ya nos había facilitado suficiente información como para que unos profesionales empezaran a actuar—, Florio Gracilis muestra un profundo interés en todo lo que afecta a la fortaleza, desde la calidad del suministro de grano hasta la franquicia de los cuencos en los que comen los soldados.

—Después de la conmoción de la guerra civil, deben de estar renegociándose muchos contratos de suministros, ¿verdad? —pregunté con aire pensativo.

—Sí. Como acabo de decir, a Gracilis le gusta seguir de cerca todos los detalles.
¡Por supuesto que sí!, pensé para mí.

—¿Y qué opinión tienen de él los proveedores?

—¡Yo diría que es evidente! —replicó Julia Fortunata con acritud—. Los que consiguen beneficios aplauden su buen juicio; los que salen perdiendo tienden a refunfuñar.

Sentí un cosquilleo de excitación mientras me preguntaba si los ganadores de los contratos se lo agradecerían al legado con algo más material que unos aplausos... o si alguno de los rechazados lo acusaría de ser poco justo. Procuré enfocar el asunto con palabras medidas.

—¿Estás al tanto de algún problema en sus tratos comerciales recientes que pueda tener alguna relación con la desaparición?

—No. —Creo que Julia sabía a qué me refería—. No ha dejado ninguna pista.

Aprecié que su preocupación por Gracilis era mucho más profunda de lo que sugería su tono mesurado, pero la mujer era demasiado orgullosa —no sólo en lo referente a sí misma, sino también a Gracilis— como para hacer exhibición de otra cosa que de aquel frío autocontrol.

Dejé que fuera ella quien cerrase la entrevista, con la promesa de ponerse en contacto si se le ocurría algo más que pudiera servirnos de ayuda. Julia Fortunata era de esas mujeres que seguían preguntándose qué habría podido ocurrirle a su amante hasta que diese con la respuesta.

Esperé que no fuera la que ella temía. Era probable que el legado resultase un ser despreciable, pero su amante me caía bien.

Durante el trayecto de vuelta a Moguntiaco, Justino me preguntó:

—¿Cuál es tu veredicto?

—Una mujer de carácter fuerte atada a un hombre que no lo tiene. ¡Lo normal, como diría tu cáustica hermana!

El joven tribuno mayor ignoró por completo la referencia a Helena.

—¿Nos lleva a alguna parte ese interrogatorio?

—Tal vez sí. Apostaría a que tiene algo que ver con Civilis.

—¿De veras?

—Bien, o se trata de eso, o su señoría se ha enredado en un chanchullo con el proveedor de forraje para la caballería o en algún proyecto imprudente con los contratistas de cerámicas. Como cuestión de prestigio patriótico, preferiría que fuera rehén de algún peligroso rebelde, a enterarme de que, finalmente, al muy estúpido le han roto la cabeza con una cazuela para gachas de cerámica roja.

Camilo Justino sonrió con su gesto lento y reflexivo.

—Yo creo que me inclino por la cazuela —respondió.

XXVI

Justino era el oficial de servicio durante la guardia nocturna, de modo que apretamos la marcha hacia la fortaleza tan pronto se acercó el crepúsculo. A medio camino, le pedí que se llevara mi caballo mientras yo desmontaba para familiarizarme con los lugareños. A la vista de la puerta, descabalgué por fin y el joven me dejó para que deambulara a pie a mis anchas.

Me dediqué a explorar. La fortaleza estaba retirada un buen trecho de los activos muelles de la orilla, de modo que prescindí de éstos. La mayor parte de la vida civil se desarrollaba al amparo de la parte de atrás de la fortaleza, donde desaguaba un acueducto de aspecto fiable. Al otro lado, a cierta distancia de la base militar, quedaba un puesto de aduanas y la Columna Jupiterina, en la que había grabadas insinceras palabras laudatorias al Palatino. Compuse mi propia versión de la deplorable dedicatoria habitual: «Larga vida a Nerón, compañero de los dioses del Olimpo, dicen los ciudadanos de nuestra ciudad (esperando fervientemente que Nerón nos dote de un teatro)». Sin embargo, debían de haber dejado pasar la ocasión propicia, porque no pude encontrar el menor rastro de teatro alguno.

Desde su posición en un terreno ligeramente más elevado, la fortaleza dominaba una amplia vista del curso fluvial que serpenteaba y se ensanchaba tras la confluencia del Meno. Tomé la carretera del puente y crucé éste. Sólo entonces aprecié realmente la anchura del Rin, que, en comparación, convertía el Tíber en un canalillo que corría entre bancales de berros. Al otro lado del puente se había construido un puesto de guardia lo bastante grande como para tener nombre propio: Castillo Matiacoro. Ahora me hallaba en tierras de la Germania Libera.

Al principio, me sentí igual que en el lado romano. La atmósfera era menos alarmante que en el anárquico barrio de emigrantes de la Transtiberina, en Roma. Pero aquello no era la Transtiberina, ni era lugar seguro, al menos para mí. Las torres de vigilancia romanas en ese lado del río eran extraordinariamente infrecuentes. Aquélla, erigida al inicio de la gran ruta comercial que seguía el curso del Meno hacia el interior, existía sólo como un gesto. Acababa de dar mi primer paso vacilante más allá de las fronteras del Imperio. Detrás de mí, las luces de Moguntiaco parpadeaban débilmente en ordenadas hileras. Delante se abrían cientos y miles de millas, habitadas las primeras por tribus que menospreciaban abiertamente a Roma y el resto, por otras tribus que los romanos no hemos visto jamás, en tierras de cuya existencia y de cuyas características nadie en mi mundo sabía nada. En aquel momento de la tarde melancólica, con la noche acercándose ya, la sensación de la inmensa escala de la geografía europea me asaltó de pronto e hizo que me sintiera abatido y lejos de casa.

Un puñado de edificios civiles dispersos rodeaba el puesto de guardia. Al borde

del agua encontré una taberna con menos clientes y mejor aspecto que la Medusa, donde me senté a contemplar el fluir solemne del Rin y las últimas embarcaciones que volvían a puerto para pasar la noche.

Reflexioné un poco sobre mi misión. Aunque las cosas avanzaban despacio, empezaba a sentirme mucho más seguro de mi papel allí... y más consciente de los nuevos inconvenientes. Tenía la clara sensación de haber descubierto un rival. Si Florio Gracilis había tomado como empeño personal la captura del caudillo Civilis — y, fuera cual fuere la opinión de Julia Fortunata, tal misión podía abarcar una intención similar de eliminar a Veleda—, rogué a los dioses que fracasara. De lo contrario, podía terminar clavado en aquel rincón apartado, a mil millas de casa y quién sabía a cuántas de Helena, expoliado de mi tarea para el emperador y, con ella, de cualquier posibilidad de conseguir ingresos. Vespasiano era un snob. Prefería recompensar abundantemente a un senador que verse obligado a soltar a regañadientes unos sestercios a alguien como yo.

Desde luego, parecía posible que Gracilis hubiera emprendido una búsqueda. Quizá, por una vez, había considerado el asunto demasiado secreto como para informar ni siquiera a su enérgica amante. Incluso era posible que hubiese sentido la necesidad de actuar por su cuenta. La Decimocuarta debía de estar al corriente de lo que se proponía. En ese caso, cuando supieran para qué me había enviado Vespasiano tendrían doble razón para fingir inocencia y luego obstaculizar mis planes. Los soldados apoyarían a su comandante, recién llegado o no. Y era probable que el propio Gracilis considerara su misión más adecuada a su elevada posición que a mi indigna persona.

¡Mala suerte, legado! ¡Si se trataba de una carrera, Marco Didio Falco estaba decidido a ganarla! No tenía idea de cómo, pero los meros detalles técnicos pueden elaborarse en cualquier momento. Lo único que necesita un héroe es valor.

Satisfecho con los progresos del día, disfruté de la bebida. La noche estaba en calma y la atmósfera en el desembarcadero era agradable y bulliciosa. Esta vez pensé en mujeres: taberneras, esposas de oficiales, mantenidas... y, por fin, otra con la que soñar era un placer mucho más estimulante: Helena.

Esto me llevó a preguntarme otra vez ¿dónde estaría? Desalentado, desanduve el camino a oscuras hacia la casa.

A este lado del río, los comerciantes llegados de la provincia se apresuraban a recoger los bártulos, lo cual me recordó que al cabo de cuatro o cinco horas yo también empezaría a tener sueño. Si la gente de Argenterato era rápida en echar el cierre y ajustar las contras, comparada con la de Moguntiacum era una pandilla de noctámbulos degenerados. En Moguntiacum, toda la ciudad desfilaba hacia la cama al primer bostezo de uno de sus vecinos. A la hora en que un romano cosmopolita empezaría a sentirse hambriento y dispuesto para una velada de diversiones, los

locales de comidas de aquel lugar ya tenían los bancos vueltos del revés sobre las mesas y las escobas barrían a los rezagados hasta la calle. Y quien fuera demasiado lento en irse se arriesgaba a que la puerta le pillara la túnica al cerrarse de golpe.

Avancé con cautela por las calles tranquilas con la esperanza de que nadie advirtiera mi presencia. No quería causar sobresaltos.

Ante la fortaleza, topé con una patrulla de guardia.

—¿Contraseña?

—¿Cómo podría saberla? Sólo soy un visitante.

En Germania, un año después de la rebelión, las normas eran las normas. Se trataba de una práctica muy sensata... y una absoluta amenaza para tipos informales como yo.

Por fortuna, la patrulla pertenecía a la Primera y los soldados estaban deseosos de colaborar. Si hubieran sido hombres de la Decimocuarta, sin duda habría tenido que pasar toda la noche fuera. Recordé la conversación con Justino.

—¿«Marte el vengador»?

—Prueba otra.

—¿«Escabeche»?

—Ésa es la de ayer.

—¡Oh, Hades...! ¿Qué me decís de «El segundo nombre del cirujano del campamento»?

—Eso es —dijo el centinela. Pero no retiró la punta de su lanza del peligroso lugar al que apuntaba, justo en el centro de mi nuez.

—Entonces, ¿dónde está el problema, soldado? —proferí en voz ronca y cansada.

—¿Cuál es?

—¿Cuál es, qué?

—¿Cuál es el segundo nombre del cirujano del campamento? —terminó de aclarar.

Los de la Decimocuarta tenían razón: aquella gente de la Primera Adiutrix era un grupo de torpes marineros de cubierta y de monos de las jarcias, con el cerebro menos denso que el corcho.

Finalmente, logré entrar. Si había sido capaz de introducirme con engaños en un burdel de la Vía Triunfal con la intención de rescatar a una falsa virgen de la Cirenaica —y había vuelto a salir sin perder el sentido del humor... o algo peor—, podía ocuparme del ingenuo centinela de una fortificación fronteriza.

Disimulando mi irritación, no fuera a ser que alguien me pusiese en un aprieto preguntándome qué sucedía, apreté el paso hacia mi alojamiento. Era muy probable que, si no aparecía a la hora de la cena, Camilo Justino saliese a tomar algo fuera con sus colegas oficiales y me dejara allí para que me las arreglase con unos bollos del día anterior. Alargué la zancada, sin prestar atención a otra cosa que a mi obligación

tradicional, como huésped, de invitar al anfitrión a comer fuera de casa.

La emboscada estaba acechándome a cuatro pasos de la puerta del tribuno.

XXVII

Eran tres. Un trío de soldados bajaba tambaleándose por la Via Principalis envuelto en un aroma dulzón a cerveza de cebada reciente, lo bastante embriagados como para resultar peligrosos y no lo suficiente como para poder con los tres yo solo.

Al principio pensé que era simple torpeza. Los tres se habían interpuesto en mi camino, obligándome a detenerme, como si fueran chiquillos maleducados que ni siquiera repararan en mi presencia. Pero a continuación, sin dejar de tambalearse, se separaron para reagruparse de inmediato y me encontré uno a cada lado y el tercero a mi espalda.

La experiencia, que me puso en guardia al instante, me salvó la vida. No llegué a ver el puñal, pero advertí el movimiento del brazo de uno de los hombres. Lo esquivé por muy poco, chocando contra otro de los asaltantes, pero agarré a éste por detrás y lo apreté contra mí. Por un instante, me sirvió de escudo humano mientras daba media vuelta. Las cerdas de su barba me rascaron la mejilla y percibí su aliento ácido. El momento de seguridad pasó, pues el hombre representaba una amenaza mucho mayor si se revolvía contra mí a aquella cortísima distancia. Aflojar la presión con que lo agarraba podía ser fatal, pero retenerlo era tan arriesgado que casi opté por un billete de ida en la barca que cruzaba la Estigia.

El soldado se desasíó. De algún modo, adiviné sus pensamientos y aproveché la oportunidad para retroceder unos pasos. A mi espalda, bastante cerca, quedaba la tapia de una casa que me ofrecía cierta protección. El instinto me dijo que me refugiara contra ella, pero allí estaría perdido si los tres asaltantes me atacaban a la vez. Conseguí lanzar un grito, pero no lo bastante fuerte.

Después, estuve demasiado atareado para repetirlo. Había mucho personal en los alrededores, pero el incidente estaba perfectamente tramado para que pareciese que no sucedía nada fuera de lo normal. ¿Quién podía esperar un asalto justo frente a las viviendas de los oficiales? Es más, ¿quién espera ser asaltado?

La respuesta era muy fácil: yo. Siempre y en todo lugar, yo estaba preparado para lo peor. Gracias a los dioses, aquel trío de asesinos había dado por sentado que yo regresaría a casa silbando y embobado. Habían pensado cogermme totalmente desprevenido, pero se habían llevado una sorpresa.

Rápidamente, traté de hacerme cargo de la situación. Podía ver la escena gracias a la abundante luz que salía de una ventana abierta en la planta superior de la casa del tribuno. En los primeros momentos del ataque había cruzado ante aquella ventana la sombra de alguien que se movía por la estancia. Dirigí una mirada hacia allí con la esperanza de atraer la atención, pero no vi rastro de vida.

Mi mano ya empuñaba con firmeza el puñal. Dejar que lo desenvainara había sido un grave error. Todavía jadeaba por lo sorprendente del primer asalto, pero estaba en pie

y me sentía ágil. Aun así, las perspectivas parecían sombrías. Con cada finta que hacía con la daga, intentaba acercarme un poco más al pórtico del tribuno. Pero tenía pocas posibilidades de alcanzarlo. Cada vez que uno de mis atacantes lanzaba una puñalada, yo quedaba expuesto a los otros dos mientras la paraba. Por lo menos, se limitaban a emplear las dagas; desenvainar espada habría despertado demasiada curiosidad pública. Mientras íbamos de acá para allá, esquivándonos y parándonos golpes, los tres soldados seguían soltando risotadas y dándose codazos para producir la impresión de que todo era un poco de juerga entre amigos.

No tuve ocasión de pedir ayuda. Había conseguido acercarme un paso más a la puerta, pero me estaba quedando encerrado entre dos de ellos y la pared, mientras el tercer soldado cubría mi posible huida por el otro lado. Era momento de pedir auxilio, pero tenía la boca tan seca que no pude hablar.

Casi sin pensarlo, me lancé sobre el hombre que estaba solo; después, cambié de dirección y embestí a los otros dos con ferocidad. Los aceros chocaron con un chirrido que me dio dentera.

Volaron unas chispas. Estaba tan concentrado que apenas advertí el grito de una mujer desde las remotas profundidades de la casa del tribuno. Elevé un brazo hacia el cielo y escuché el hierro rascando la piedra de la pared a mi espalda. La luz procedente de la casa aumentó y distinguí los rostros de mis atacantes con más claridad. Otra sombra entró y salió de mi vista, pero estaba demasiado ocupado para gritar.

Mi daga hizo blanco en alguna parte, pero torpemente. Retorcí el hombro, recuperando el arma, al tiempo que uno de los dos hombres soltaba una maldición y se ponía a saltar a la pata coja. Los sucesos se estaban haciendo demasiado públicos. El segundo asaltante estaba decidido a marcharse. El tercero tenía más valor... o menos seso. Se echó sobre mí. Yo solté un rugido de irritación. Y entonces, justo cuando ya no podía seguir resistiéndome a los tres a la vez, la puerta de la casa del tribuno se abrió de golpe. Una silueta, dibujada en negro por la luz que salía de atrás, apareció en ella. La figura no correspondía a Justino y era demasiado delgada para tratarse de los guardias. Fuera quien fuere, la silueta algo siniestra se deslizó hacia nosotros desde la puerta.

Ocupado en defenderme de mis atacantes mientras intentaban una última y feroz acometida, apenas pude observar qué sucedía. La sombra pasó junto a mí, se enfrentó a uno de los soldados y echó la cabeza hacia atrás con un gesto desconcertante. El soldado se dobló sin un gemido y cayó al suelo de una forma que resultaba inconfundible. Hubo un momento de estupor. Los dos sobrevivientes escaparon con la rapidez de soldados que sabían lo que habían presenciado. Yo también lo sabía, aunque me costaba de entender.

No había tiempo para persecuciones y, de todos modos, estaba demasiado

exhausto. La guardia del tribuno apareció en aquel instante con antorchas, seguida por Justino. Se armó un gran revuelo, que pronto se redujo ominosamente cuando la luz dejó a la vista el cuerpo sin vida.

Era una muerte espantosa. La cantidad de sangre era increíble. La cabeza del soldado había quedado casi separada del cuerpo por la acción de una hoja aún más afilada que un arma militar.

Me volví hacia el autor de aquello. Allí seguía, inmóvil, con el arma sujeta todavía en el gesto cotidiano. Uno de los hombres del tribuno hizo un tímido intento de quitársela, sin conseguir gran cosa. Le faltó valor para insistir. Otro guardia levantó lentamente una tea, como si temiera iluminar algo sobrenatural.

No hubo tal suerte. Lo único que vimos fueron los ojos vidriosos y enloquecidos de un turista cuya última aventura le había dejado asombrado de su propia valentía y de su ingenio.

—¡Xanto!

¡Oh, dioses! Ahora, alguien iba a tener que responder a preguntas delicadas antes de que el desventurado trotamundos pudiera recuperar su pasaporte y fuera autorizado a volver a casa.

XXVIII

Xanto seguía considerándome su protector y se volvió hacia mí con lamento de preocupación. No intenté quitarle la navaja; parecía saber muy bien cómo manejarla.

—¡No te preguntaré cuántas veces has hecho esto anteriormente!

—Será mejor que no. —Su voz sonó relajada, pero no se me escapó que el barbero estaba conmocionado.

—Siempre he creído que te habían enviado para matarme. Y ahora resulta que corro más peligro a causa de mi propia historia pasada...

—Creo que quiero irme a casa, Falco.

—Ahí mismo la tienes.

—No, lo que quiero es estar en Roma.

Justino se hizo cargo de la situación.

—Es uno de esos rufianes de la Decimocuarta —dijo, tras examinar las marcas de identidad garabateadas en la funda de la espada del muerto. Se volvió hacia uno de sus hombres y le ordenó que fuese a buscar a su tribuno mayor—. Sé discreto. Intenta que sólo venga Aulo Macrino. No quiero que aparezca aquí toda su maldita legión enfurecida. —Se acercó a mí para ayudarme a tranquilizar al barbero—. No te preocupes, Xanto. Tendrás que pasar el interrogatorio de mi comandante, pero las cosas no pasarán de ahí.

—¡Pareces muy confiado! —murmuré por lo bajo—. ¿Estás preparado para explicar a tus susceptibles colegas, gente con tan mala fama, cómo ha sido que uno de ellos ha sido eliminado de esta manera en la zona de la fortaleza destinada a la Primera?

—Ya encontraré algo que decirles. —El joven estaba respondiendo bien a la crisis. Sus ojos brillaban con intensa excitación, pero tomaba decisiones fríamente. Su dominio de sí contribuyó a calmar también a quienes lo rodeaban—. Mantente alerta, Marco. ¡Ciertas cosas están peor de lo que crees! —Pero, después de provocarme con aquella insinuación misteriosa, su voz se llenó de bondad—. Llévemonos de aquí a este pobre hombre...

Xanto empezaba a ser presa de unos ligeros temblores y parecía hipnotizado por el cadáver; se requeriría tacto para hacerle entrar de nuevo en la casa. A decir verdad, a todos nos resultaba difícil apartar la mirada de la escena.

Todavía estábamos en la calle cuando el guardia de Justino regresó con Macrino. Incluso la aristocrática mueca burlona de éste palideció ligeramente cuando nos apartamos un poco para permitirle ver la razón de la convocatoria.

—¿Es uno de nuestros hombres? ¡Por todos los dioses, Camilo!

—Aulo, escucha la explicación...

—¡Más te vale que sea convincente!

—¡No nos vengas con amenazas! —replicó Justino con sorprendente energía—. No hay nada que discutir. Tengo un testigo de confianza. Tres de tus hombres han asaltado a Falco...

—Una riña de borrachos, sin duda.

—¡Nada de eso! ¡Fue un asalto premeditado y sin mediar provocación! Los atacantes llevaban media hora merodeando por las inmediaciones de mi casa; mi testigo los vio. ¡Y era mucho más que una riña, Aulo! La noche podría haber terminado muy mal...

—¡Yo diría que ya lo ha hecho!

—La alternativa era que mi invitado muriese apuñalado.

Al escuchar esto, el tribuno de la Decimocuarta se contuvo.

—Si lo que dices es cierto, los culpables serán descubiertos y castigados. Pero protesto enérgicamente por el secreto con que se ha llevado todo esto. No me importa el modo como he sido traído hasta aquí sin compañía, pero quiero que acudan también mis propios observadores. Quiero que uno de mis centuriones tome notas en la escena del crimen...

Cuando vi que insistía en su suspicacia, intervine en la conversación.

—No se trata de ocultar nada —dije—. Pero nadie desea otra revuelta como la que armó tu legión en Augusta Taurinoro.

Macrino hizo caso omiso de mi comentario.

—¿Quién lo ha hecho?

—El barbero.

Aquello lo desconcertó. Nos dimos cuenta de que recordaba la sugerencia de que Xanto podía ser un asesino a sueldo del emperador y todos nos volvimos hacia él. Como agente secreto, el barbero parecía muy poca cosa.

—Algunos vamos a sentirnos bastante nerviosos la próxima vez que necesitemos un afeitado —apunté. Una fina rociada de la sangre del soldado muerto afeaba la tela blanca y ondulada de la túnica del barbero. Como de costumbre, iba ataviado con tal elegancia que, lejos de la corte imperial, su deslumbrante presencia resultaba embarazosa. Las salpicaduras resultaban doblemente desconcertantes, como si se le hubiese ido la mano durante un rasurado rutinario.

—En mi trabajo —respondió él sin alzar la voz—, un hombre puede ser blanco de malos tratos con gran facilidad. He tenido que aprender a defenderme.

—¡Ésta no es excusa para asesinar a un soldado! —rugió Macrino. El tipo no sabía de sutilezas.

—¡Y el soldado no tenía ninguna excusa para intentar asesinarme! —argüí en un intento por ser razonable.

Ante mi atinada réplica, el tribuno mayor condescendió en calmarse. Era evidente que Justino se proponía tomar la iniciativa de cualquier investigación que se

emprendiera, como le correspondía hacer puesto que el suceso se había producido dentro de la jurisdicción de la Primera. Malhumorado, Macrino insistió en una última bravata:

—Has mencionado a un testigo. ¡Espero que sea alguien de fiar!

—Absolutamente —respondió Justino, y dio la impresión de que hacía rechinar los dientes.

—Creo que debo insistir en saber de quién se trata. —Macrino había intuido que iba a llevarse un chasco, pero era demasiado estúpido como para evitarlo.

—De mi hermana —anunció Justino tranquilamente.

Di un respingo. Justino había estado en lo cierto cuando antes me había hecho aquel comentario misterioso. En efecto, las cosas iban mucho peor de lo que yo había pensado: Helena Justina estaba allí.

Levantamos la vista hacia la ventana que se abría sobre nosotros. Helena seguía aún allí, como debía de haber estado durante parte de la refriega. Su rostro permanecía oculto por las sombras. Su silueta inconfundible, el contorno de su cabello cuidadosamente recogido hacia arriba e incluso los elegantes pendientes de sus orejas extendían una sombra alargada, perfecta, que llegaba hasta el cadáver y ocultaba la espantosa herida bajo un piadoso velo de oscuridad.

El tribuno Macrino se enderezó, apartó de su frente el pelo crespo y ensortijado y dedicó el saludo convenientemente exagerado de un tribuno que tenía un alto concepto de sí mismo a la única hija soltera de un senador existente a aquel lado de los Alpes.

Yo no llevaba las botas adecuadas para chocar los talones al estilo militar. Agité la mano en dirección a ella, dirigí una sonrisa a su hermano y me apresuré a entrar en la casa.

XXIX

—¿Otra vez metido en riñas, Falco?

Dulce medicina, viniendo de ella. Helena vestía una túnica de lana de largas mangas y unos pendientes de azabache bastante melancólicos. Sus cabellos oscuros y sedosos estaban recogidos con peinetas a ambos lados de la cabeza, quizá con más cuidado del habitual, y percibí su perfume a dos pasos de distancia. Sin embargo, su aspecto era de tensión y de agotamiento después del viaje (o tal vez después de presenciar la agresión de que había sido objeto).

No me sentía de humor para galanterías.

—Supongo que te ha gustado verme en apuros, ¿no?

—He enviado gente a ayudarte.

—¿Gente? ¡Me has mandado un barbero!

—Pues parece muy capaz.

—Eso no podías saberlo... ¡Creo que ni él mismo lo había descubierto!

—Déjate de cuentos. Ha sido la primera persona que he encontrado... ¡Te esperábamos para cenar! —refunfuñó ella, como si con eso quedara cerrado el tema.

Eché la cabeza hacia atrás y comenté a los dioses:

—¡Bien, parece que las cosas han vuelto a la normalidad!

Después de pasar un tiempo separados, entre Helena y yo siempre saltaban aquellos chispazos. Sobre todo cuando nos reencontrábamos en presencia de extraños. Para mí, era un modo de retrasar el momento en que tendría que reconocer que la echaba de menos. Para Helena, ¿quién sabe? Por lo menos, después de hablar conmigo advertí en sus ojos un brillo que no lamenté en absoluto haber visto.

Su hermano había traído a Xanto al interior de la casa y nos conducía a todos a una sala de visitas. Por suerte, se había abstenido de proponer a su colega tribuno que entrara un momento para presentarle a la noble recién llegada, de modo que nos ahorramos el horror de tener que contemplar los alardes de Macrino. Hicimos que Xanto se quedara con nosotros para felicitarlo y aplaudirlo tras el terrible trance.

Pasamos al comedor, donde nos esperaba una cena que, era evidente, llevaba algún tiempo servida. Para entonces, ya me sentía lo bastante calmado como para atenerme a la buena educación. Habría querido acercarme a Helena y besarla en la mejilla, pero ella se dejó caer en el diván de su hermano en un gesto concluyente. Estaba fuera de mi alcance, so pena de ofender a Justino invadiendo el lugar de la mesa reservado al anfitrión. Aquello me irritó. No podía acercarme a saludarla y temía que ella lo interpretase como indiferencia.

Me excusé un momento para asearme; un poco de sangre, pero sobre todo polvo. Cuando regresé, me había quedado sin entremeses, mi plato favorito, y Helena estaba regalando a la audiencia con extravagantes historias de su viaje. Comí en silencio,

tratando de no prestar atención. Cuando llegó al episodio en que se salía la rueda del carromato y el jefe de los bandidos montañeses la raptaba para pedir rescate, me levanté con un bostezo y me dirigí a mi habitación.

Una hora después, aproximadamente, volví a salir. La casa había quedado en silencio y busqué en sus entrañas hasta dar con Xanto, que estaba acostado y escribiendo en su diario. Después de viajar con él, sabía que el barbero llevaba un libro de aburridísimas anotaciones acerca del periplo.

—¡Por lo menos, «el día que maté al soldado» dejará sobrecogidos a tus nietos! Y prepárate para una nueva emoción: ésta es la noche en que por fin me vas a afeitar como es debido.

—¿Piensas salir?

—No. Pienso quedarme.

Xanto ya había saltado de la cama y empezaba a desembalar su equipo, aunque parecía poco impresionado por la propuesta que acababa de hacerle. El vino de la cena lo había calmado hasta el extremo de la absoluta insensibilidad.

—¿Acaso ese encuentro con la muerte te ha hecho prometer que dedicarías tu perilla a los dioses en una píxide de alabastro, Falco? ¡No estoy seguro de que las hagan lo bastante grandes! —Dejé que me sentara y me envolviera en una fina capa de batista, pero no respondí a la pulla—. ¿Qué prefiere el señor? ¿Linimento depilatorio? Utilizo una agradable pasta blanca de parra, y nunca recomiendo a mis gentiles clientes que prueben ese extraño unguento que parece sangre de murciélago...

El barbero estaba regodeándose más de lo que yo podía tolerar.

—Bastará con la navaja. —La superstición me hizo desear que no utilizara la misma que había empleado antes.

—¿Seguro? Puedo aplicarte piedra pómez molida o realizar una depilación con pinzas, pelo a pelo. Lo que tú prefieras. Te aseguro que te has descuidado mucho. Probablemente, lo mejor sería quemar todo eso con betún...

Estoy seguro de que esto último era una broma.

—Lo que deje mi piel más suave. Y también quiero un corte de pelo... pero déjame algunos rizos. Sólo disimula un poco las greñas más visibles.

Xanto me puso en la mano un espejo de cobre grabado como quien ofrece un sonajero a un bebé para que se calle. Procedí a describir lo que quería, a sabiendas de que los barberos nunca atienden. Un informante privado precisa tener cierta terquedad.

—¡Por Júpiter, Falco! ¿A quién tratas de impresionar?

—Ocúpate de tus asuntos.

—¡Oh! —Xanto escupió en la piedra de afilar—. ¡Ya comprendo! —Incluso él cayó en la cuenta, finalmente. Su normal afán de complacer se convirtió en la

complicidad procaz que encontraba por todas partes en aquel tema—. ¡Tú sí que vas a hacer un buen trabajo ahí fuera! —Muy a menudo, recordé con pesimismo, aquél era también el tono de Helena Justina—. Esto requiere mi navaja de acero noricano.

En su favor diré que sacó todo lo posible del poco prometedor material que había puesto en sus manos. Nunca me habían rasurado más a conciencia y con menos incomodidad, e incluso el corte de cabello se ajustaba casi perfectamente al estilo de ligero desaliño con el que me sentía más a gusto. Después de años de adivinar con sutileza los deseos de los emperadores, Xanto era capaz de medir a su cliente con la precisión que cabía esperar de un barbero que se arriesgaba a ser enviado al verdugo público si cortaba el rizo que no debía.

Para lo que sirvió, Xanto podía haberse ahorrado la molestia. Aun así, me atrevo a decir que no era la primera vez que pasaba horas preparando a alguien para una cita que se frustraba.

Con un escozor en la barbilla y envuelto en una nube de ungüentos turbadores, me colé discretamente en la mejor habitación de invitados de la casa sin dejar de repetirme que todo se arreglaría cuando pudiera encontrarme con Helena a solas y dedicarle mis atenciones de enamorado. Estaba impaciente por verla y sentía la necesidad apremiante de restablecer las relaciones normales con ella.

No tuve suerte. Había un cirio encendido, pero la amplia estancia se hallaba en penumbra. Me detuve un momento para acostumbrar los ojos a la poca luz e intenté pensar un inicio de conversación suave por si mi amada estaba reclinada sobre los cojines de plumón, leyendo un par de odas ligeras mientras me esperaba impaciente... Pero no tenía objeto. Helena no se encontraba allí. La cama alta con su estructura de conchas de tortuga, el cubrecamas con flecos y el escabel delicadamente tallado estaban vacíos. En cambio, en un catre de un rincón roncaba una figura menuda y encogida, probablemente una esclava que Helena había traído consigo como doncella.

¡Mejor para mí! ¡Ni hablar de una reunión apasionada con una sirvienta por mirona! Evoqué la época en que Helena nunca permitía que una esclava se quedase en su alcoba por la noche si yo andaba cerca.

Volví a salir. Al cerrar la puerta, las emociones contenidas me atenazaron. Ella tenía que haber sabido que acudiría allí. Por tanto, su ausencia debía de ser deliberada. Helena seguiría charlando con Justino, llenando de miedo su ánimo sencillo con aquellas historias de ruedas rotas y bandoleros, volviendo una vez más a los asuntos familiares, poniendo en orden la carrera de su hermano... cualquier cosa que le ahorrara tener que enfrentarse a mí. Seguía enfadado por el modo en que había desaparecido de Roma, pero deseaba con todas mis fuerzas acostarme con ella.

Decidí llevar mi extravagantemente afeitada persona a la ciudad y emborracharme a conciencia.

La indignación me llevó hasta la misma puerta de la casa. Entonces recordé que Moguntiacó tenía costumbres de ciudad pequeña y miras estrechas. No había ningún local abierto donde pasar un rato salvo los habituales tugurios, demasiado sórdidos para mi gusto. Además, se me hizo insoportable la perspectiva de intentar trabajar al día siguiente con la cabeza como un saco de harina de avena, después de una noche de charla anodina con una buscona en una taberna cuando había esperado pasarla con Helena. Con el ánimo abatido, permanecí un rato sentado en el jardín de Justino, pero éste no era muy amante del campo y el lugar no resultaba el mejor para sumirse en reflexiones. El perro del tribuno me encontró y se encaramó al banco para mordisquear el borde de mi túnica, pero incluso el banco estaba cubierto a medias de musgo húmedo y el animal no tardó en saltar al suelo y perderse en la oscuridad. Yo también me retiré a mi habitación.

Estaba de espaldas a la puerta y acababa de quitarme la túnica, demasiado limpia y buena para dormir con ella, cuando alguien entró en la estancia.

—¡La mejor visión de la espalda de un duende de los bosques desnudos que he tenido el privilegio de ver!

Helena.

Habiendo sufrido ya un ataque aquel día, me volví en redondo con un sobresalto. En los ojos cálidos y valorativos de Helena brilló una sonrisa cuando, en un intento de recato, bajé la túnica que tenía en las manos. Su sonrisa siempre tenía un efecto irresistible sobre mí.

—¡Esto es una habitación privada, señora!

—¡Magnífico! —replicó ella. Noté que me sonrojaba, pero adopté una expresión desdeñosa que no le sirvió más que de acicate—. Hola, Marco —murmuró. Yo no dije nada—. He supuesto que querías verme.

—¿Qué te ha dado esa idea?

—Un intenso olor a lociones en mi dormitorio —respondió ella, olisqueando la atmósfera del mío. Maldije a Xanto. Me había embadurnado de ungüentos de tal manera que un sabueso podría haber seguido mi rastro desde el estrecho de las Galias hasta Capadocia.

Helena ladeó la cabeza y me observó. Había cerrado la puerta y apoyaba su espalda en ella como para impedirme la huida. Encajé la mandíbula.

—¿Qué tal está Tito?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Y bien, qué trae entonces a una joven refinada y elegante a estas tierras agrestes?

—Alguien a quien he seguido.

Helena tenía el don de conseguir que la acción más desquiciada pareciera una respuesta lógica a algún absurdo desaire por mi parte.

—¡Tú me dejaste! —la acusé con voz grave.

—¿Y qué tal por Veii?

—Veii es una pocilga. —De pronto, sin ninguna razón aparente, me sentía cansado.

—¿Son atractivas sus viudas?

Como esperaba, su tono de voz insinuaba pelea. Entonces comprendí por qué me sentía derrotado.

—Hay quien así lo cree.

—Estuve hablando con una —insistió Helena con acritud—. Insinuó que tu viaje allí fue un éxito rotundo.

—Esa viuda miente.

Helena me miró. Éramos amigos por una buena razón: nos conocíamos lo suficiente como para emprender una riña memorable, pero también sabíamos concedernos una tregua.

—Eso mismo pensé yo —respondió ella en un susurro—. Pero ¿por qué, Marco?

—Por celos de que la rechazara y volviese a tu lado. ¿Y qué hacías tú en Veii?

—Intentaba dar contigo.

El enfado entre nosotros se disolvió definitivamente.

—Pues ya me has encontrado —murmuré.

Helena Justina cruzó la estancia hacia mí con un aire decidido para el que todavía no estaba del todo preparado, aunque pronto lo estaría.

—¿Qué se propone, señora?

—Nada que no vaya a gustarte... —dijo y me arrancó la túnica de la mano.

Por puro orgullo, intenté un comentario irónico:

—Te advierto que no me gustan las mujeres con iniciativa...

—Falso. Te gustan las chicas que parecen saber exactamente lo que estás pensando... y no les importa.

Aun así, hubo un pálpito de incertidumbre. Helena retrocedió, y yo fui tras ella.

Noté su calor físico antes incluso de que sus brazos desnudos se enroscaran en los míos. Había cambiado la ropa de lana que antes le había visto puesta por otra más ligera. Sólo con que desabrochara dos prendedores la vaporosa prenda se deslizaría hasta el suelo y dejaría accesible todo su cuerpo. Los prendedores parecían muy fáciles de abrir. Posé las manos en sus hombros como si dudase entre mantenerla a distancia o estrecharla contra mí. Mis pulgares encontraron los broches automáticamente.

Helena dio un paso para apartarse de mí y el gesto nos condujo sin esfuerzo a la cama.

—¡No se ponga tan nerviosa, señora!

—No me asusto tan fácilmente.

—Pues debería...

—¡Oh, deja de fingir que eres un tipo duro! —Helena conocía muchas cosas de mí y las que no sabía, las intuía—. No eres ningún asesino a sueldo; sabes ser afectuoso...

Sí, me sentía afectuoso. Tan afectuoso que no podía pensar en nada más. Aterrizamos sobre la cama y dejé que tomara la iniciativa. A ella siempre le gustaba organizar las cosas y en aquel momento me gustaba todo lo que le gustara a ella. Por aquel día, ya había tenido suficientes problemas. Ahora Helena Justina estaba entre mis brazos, y en el más amoroso de los estados; tenía todo lo que quería y estaba dispuesto para cualquier cosa.

Ella se puso cómoda, abrió las sábanas, se quitó los pendientes, se soltó el cabello, apagó la lámpara.

—¡Relájate, Marco!

Me relajé. Me relajé por completo. Todas las inquietudes de mi cerebro agitado se calmaron. Me apreté aún más contra Helena y suspiré profundamente mientras mis manos recorrían lentamente su piel familiar, reencontrándose con sus secretos. La abracé y cerré los ojos con gratitud. Después, hice lo único que se podía esperar de un hombre en aquellas circunstancias.

Me quedé dormido.

XXX

Había transcurrido buena parte de la noche. Desperté sudoroso, y enseguida comprendí lo que debía haber hecho.

—¿Has dormido bien? —Helena seguía allí, de todos modos.

—Me dijiste que me relajara... Ahora estoy despierto —dije, tratando de que mis palabras resultaran insinuantes.

Ella se limitó a reírse de mí y se acurrucó contra mi hombro.

—A veces, cuando trato de ser amistosa contigo, me siento como Sísifo empujando su roca montaña arriba.

Me reí con ella.

—Ya sé... Justo cuando la ha subido más arriba de lo que nunca había conseguido, le entra ese picor terrible en el hombro que le obliga a rascarse y...

—No, ése no es tu caso —protestó ella—. Tú encontrarías algún modo ingenioso de meter una cuña bajo la roca.

Me encantó su extravagante fe en mí.

De pronto, rodé encima de ella y la inmovilicé con una presa. A continuación, cuando ella se puso tensa esperando algo enérgico, la besé con tanta dulzura que se sintió abrumada.

—Encanto —le dije—, eres la única persona que no tendrá que preocuparse jamás por ser amistosa conmigo.

La miré a los ojos y sonreí. Ella cerró los párpados. A veces le fastidiaba que viese la profundidad de sus sentimientos. La besé una vez más, con deliberada intensidad.

Cuando ella me miró de nuevo, sus ojos eran de un castaño intenso y estaban llenos de amor.

—¿Por qué te has levantado de la mesa durante la cena, Marco?

—No me gustan las historias en las que peligrosos bandidos retienen como rehenes a mujeres que me importan.

—¡Ah, ese bandido era un encanto! —susurró en tono burlón.

—Seguro que supiste manejarlo.

—¡Tengo cierta práctica con cascarrabias que creen saberlo todo de las mujeres! —se burló ella, pero su cuerpo se estiraba bajo el mío tan tentadoramente que apenas podía concentrarme. De pronto, se quedó inmóvil—. ¿Te importo?

—Sí.

—¿Me has echado de menos?

—Sí, querida...

Cuando me disponía a la agradable tarea de mostrarle hasta qué punto, ella murmuró con inquietud:

—Empieza a amanecer, Marco. Tengo que irme.

—Me parece que no puedo permitirlo...

Durante un instante más, noté su resistencia. Insistí, dándole a entender que si aún quería que lo dejáramos, la decisión era cosa únicamente suya. Después, Helena olvidó los reparos de vivir en casa de su hermano y fue toda mía una vez más.

XXXI

La luz había asomado tras una recia contraventana del norte de Europa hasta alcanzar mi lecho, cómodo y desordenado. Esta vez no habíamos dormido mucho rato, pues todavía estábamos entrelazados de una manera que hacía que fuese bastante difícil.

—Gracias, señora. Necesitaba una cosa así.

—Yo también. —Para tratarse de una chica recatada, podía ser muy franca. A mí, que había crecido entre mujeres cuya conducta desvergonzada rara vez iba acompañada de sinceridad en la cama, aquello me desconcertaba siempre. La besé.

—¿Qué se supone que he de decirle a tu hermano?

—Nada. ¿Por qué habrías de decirle algo? —su respuesta se parecía más a lo que esperaba de una chica: una absoluta falta de ayuda. Helena me sonrió—. Te quiero, Marco.

—Gracias, pero... ¿vas a perdonarme por no recordar tu aniversario?

Parecía buen momento para abordar el tema. Bien pensado, Falco: ella tenía intención de montar una bronca al respecto, pero se impuso su sentido de la justicia.

—No sabías que lo era. —Hizo una pausa—. ¿Verdad?

—¡Claro que no! ¡Deberías saberlo...! —Alargué la mano y, tras un ligero retraso causado por su dulzura y su proximidad, logré coger el collar de ámbar que había comprado a Dubno, el buhonero, en la barcaza del vino.

Aquello me recordó... que tenía que hacer algo respecto a Dubno. ¿Por qué los pensamientos más cruciales lo interrumpen siempre a uno en el instante más inoportuno? Hasta aquel momento me había olvidado alegremente del buhonero ubio, por no hablar del plan para valerme de él en mi búsqueda de Veleda.

Ahora, con Helena Justina entre mis brazos, la perspectiva de adentrarme en los bosques bárbaros me resultaba insoportable.

Dejé que inspeccionara la sarta de cuentas y su leve brillo antes de atarlo en torno a su cuello.

—Te queda bien... sobre todo, sin nada más encima.

—¡Causará sensación la próxima vez que me inviten a una fiesta! Es precioso... —La visión de Helena sin otra cosa encima que el regalo de aniversario me incitó a proseguir la reconciliación, sobre todo porque había conseguido mantener intacta nuestra unión física incluso mientras alargaba la mano hasta la mesilla de noche—. Debes de estar exhausto, Marco...

—He dormido muy bien.

—¿Tal vez temes haber olvidado cómo se hace? —se burló ella con ironía, pero aceptó mis atenciones. Helena supo ser indulgente después de recibir un collar bien escogido de un precio prohibitivo—. ¿O sólo habías olvidado lo bueno que es?

—¿Olvidado? Encanto, cuando me dejas solo, ¡el problema es que me acuerdo

demasiado bien!

Por alguna razón, estas palabras que pretendían sobre todo ser tranquilizadoras tuvieron tal efecto en Helena que respondió con lo que podría ser un sollozo, aunque bien disimulado.

—¡Oh... abrázame... tócame...!

—¿Dónde?

—Aquí... allá... ¡por todas partes!

En la casa, cerca de la alcoba, algo cayó al suelo con un sonoro estrépito.

Algo muy grande. Una estatua de proporciones de museo o un jarrón enorme.

No se oyeron voces pero, al cabo de un segundo, escuchamos unos piecillos desesperados emprendiendo la huida.

—¡Es un crío! —dije, desconcertado.

—¡Oh, me había olvidado! ¡Juno...!

Helena fue la primera en alcanzar la puerta. La niña escapaba por el largo pasillo, dejando tras de sí los añicos gigantescos. Por desgracia para ella, huía en dirección a nosotros.

Lo que había derribado y roto era una espectacular vasija de doble asa con figuras negras que pretendía pasar por una crátera de vino del período medio helénico. Casi lo conseguía, pero yo había sido educado por expertos y sabía reconocer una falsificación aunque fuera una pieza de alta categoría mejor incluso que la original (y más costosa). La crátera se exhibía sobre la peana donde a mi llegada a la casa había escrito «Falco estuvo aquí» en el polvo para fastidiar a los criados del tribuno. Su tamaño era suficiente para que un empleado de la Tesorería guardara en ella sus ahorros y, probablemente, se trataba del objeto más caro que poseía Camilo Justino. Tal vez la primera pieza de la colección que formaría a lo largo de su vida.

—¡Alto! ¡Detente de inmediato!

Helena Justina era capaz de dejarme clavado donde estaba cuando quería, y no tuvo problemas con una chiquilla de ocho años. Sin embargo, fue la responsable del desaguisado quien inquirió:

—¿Qué haces aquí?

Aquel aire rudo y desafiante me resultó familiar.

—¡Escapar de ti! —gruñí, pues aquélla debía de ser la presencia inoportuna que había encontrado roncando en la alcoba de Helena un rato antes. Avancé con grandes zancadas hacia los restos y levanté del suelo un fragmento curvo. Odiseo, con una barba prominente en forma de pica, disfrutaba siendo tentado por una mujer; ésta tenía un tobillo efectivamente tentador, pero el resto de la figura había desaparecido hecha añicos.

Me volví, irritado, y contemplé a la chiquilla. Tenía un rostro feúcho y una expresión impertinente, con cinco o seis pequeñas trenzas atadas juntas con una fina

cinta en lo alto de la cabeza. Mi cerebro pugnó por determinar quién era aquel pequeño desastre barrigudo y qué relación tenía conmigo. Porque era evidente que se trataba de un retoño de mi familia. Sólo los dioses sabían cómo había llegado la niña a la Germania Superior, pero la identifiqué como miembro del extenso clan de los Didio antes incluso de que se lamentara.

—Sólo estaba jugando... ¡se ha caído solo!

Me llegaba hasta la cintura y vestía una túnica que debería de haber sido decente, pero que se había remangado de tal modo que llevaba el trasero al aire. Aquello me bastó para saber al instante de quién se trataba. Era Augustinilla. Un nombre rebuscado, pero una personalidad muy franca, insolente hasta la médula. La chiquilla era la hija más impresentable de Victorina, mi hermana más odiada.

Victorina era la mayor de mi familia, la maldición de mi infancia y mi peor vergüenza social desde entonces. De pequeña había sido una niña terca que siempre moqueaba y llevaba el taparrabo a medio mástil en torno a sus rodillas llenas de costras. Todas las madres de las cercanías habían advertido a sus hijos que no jugaran con nosotros porque Victorina era muy violenta; pero Victorina los obligaba a jugar con ella de todos modos. Cuando creció un poco, sólo jugaba con los chicos. Y siempre había muchos. Nunca he podido entender por qué.

De todos los niños traviesos que podían haberse entrometido en mi tierno reencuentro con Helena, tenía que ser precisamente una hija de ella...

—¡Tío Marco no lleva nada encima!

Era cierto. Si iba desnudo, se debía a que la túnica que se había puesto Helena mientras corría hacia la puerta era la mía. Con un buen collar de ámbar como complemento, la indumentaria parecía muy incongruente y aumentaba la impresión de que en la habitación se estaba produciendo una bacanal. Los ojos acusadores de la niña se volvieron también hacia Helena, pero ante ésta fue lo bastante prudente como para abstenerse de comentarios. Era más que probable que Augustinilla hubiera presenciado muy de cerca el modo en que Helena Justina se había quitado de encima al salvaje cabecilla de los bandidos.

Adopté una pose atlética. Fue un error. Exhibir los músculos aceitados de un cuerpo escultural puede quedar muy bien en un estadio bañado por el sol a orillas del Mediterráneo, pero en un pasillo doméstico a media luz y en mitad de Europa, ir desnudo sólo hace que uno se sienta helado. Con el ánimo sombrío, aguardé a que Helena pronunciara la orden de costumbre: «Es tu sobrina; encárgate de ella».

En efecto, lo dijo. Y solté mi ruda respuesta de costumbre.

Helena intentó que la niña no advirtiese que estaba irritada.

—¡Tú eres el cabeza de familia, Marco!

—Sólo sobre el papel.

Ser el jefe de nuestra familia era tan agobiante que el auténtico ostentador del

título, mi progenitor, había abandonado a sus parientes y había cambiado de identidad por completo para evitar tan penosa tarea. Ahora, el papel me correspondía a mí. Ello explica por qué no me trataba desde hacía tiempo con mi padre, el subastador. Probablemente, también explica por qué no sentí escrúpulos en dedicarme a una profesión que la mayor parte de Roma desprecia. Estaba acostumbrado a que me maldijeran y me tratasen con desprecio; mi familia llevaba años haciéndolo. Y ser un informante privado tenía la gran ventaja de la clandestinidad y de que me permitía alejarme de casa.

Quizá en todas las familias sucedía lo mismo. Quizá la idea del dominio patriarcal era mantenida por un puñado de legisladores ilusos que no tenían hermanas o hijas a su alrededor.

—Tú la has traído; puedes tomarte el gusto de darle una azotaina —repliqué con frialdad a Helena, sabedor de que ella jamás pegaría a un niño.

Entré de nuevo en la habitación. Me sentía deprimido. No estando casados, no había ninguna razón para que Helena se ocupara de mis parientes; si lo hacía, era un presagio de la intensa presión que había empezado a temer.

Como esperaba, tras unas breves palabras apresuradas a las que siguió una respuesta sorprendentemente sumisa de parte de Augustinilla, Helena entró y empezó a explicar:

—Tu hermana tiene problemas...

—¿Cuándo le han faltado a Victorina?

—Calla, Marco. Problemas de mujeres.

—Pues sí que es una novedad; normalmente, su problema son los hombres.

Suspiré y le dije que me ahorrara los detalles. Victorina siempre había sido una quejica en lo que a sus entrañas se refería. Su vida agitada debía de haber forzado su organismo intolerablemente, sobre todo después de su matrimonio con un necio revocador de paredes que sobrepasaba a cualquier roedor de Roma en su capacidad para engendrar hijos horribles en rápida sucesión. De todos modos, nunca le desearía la cirugía a nadie. Menos aún esas dolorosas manipulaciones con fórceps y dilatadores que, según mis vagos conocimientos, se infligían a las mujeres, rara vez con buen resultado.

—Escucha, Marco, los niños estaban siendo repartidos entre la familia para dar ocasión a tu hermana de recuperarse, y en la lotería te tocó Augustinilla... —¡La lotería...! ¡Un apaño descarado!—. Como nadie sabía dónde estabas....

Aquello había sido premeditado.

—Como no lo sabían... ¡te lo preguntaron a ti! Augustinilla es la peor de la camada. ¿No podía quedársela Maya? —Maya era mi única hermana medianamente soportable, lo cual la perjudicaba cuando los demás teníamos problemas y necesitábamos acudir a alguien.

—Maya no tenía más sitio. ¿Y por qué ha de ser siempre Maya la que cargue con todo?

—¡Me parece estar oyéndola! Pero sigo sin entender por qué has tenido que traer aquí a la mocosa.

—¿Qué querías que hiciese con ella? —replicó, enfurruñada. Podría haberle dado unas cuantas sugerencias, pero me mordí la lengua. Helena me siguió mirando, ceñuda—. En realidad, no quería reconocer ante nadie que estaba recorriendo Europa detrás de ti.

Lo que quería decir era que se había negado a confesar que se había marchado de casa después de una riña. Le dirigí una sonrisa.

—¡Me encantas cuando te veo en aprietos!

—¡Oh, cállate! Yo me ocuparé de Augustinilla —me aseguré.— Tú tienes suficiente que hacer. Justino me ha hablado de tu misión.

Me senté en la cama, maldiciendo en voz baja. Con uno de los hijos malcriados de Victorina rondando por la casa, no pensaba quedarme en ella bajo ningún concepto. Helena, por supuesto, estaría muy cómoda allí, como una decente matrona romana. Hasta los ambiciosos vuelos de libertad de mi dama tendrían que quedar limitados al interior de una fortaleza militar.

Helena se colocó a mi lado mientras cambiaba mi túnica por otra suya. Cuando se pasaba la prenda por la cabeza, la acaricié de manera automática.

—Hablar contigo es como entrevistar a un ciempiés para un empleo de masajista... —La cabeza pasó por la abertura—. ¿Qué tal va tu misión? —preguntó, mirándome fijamente.

—He hecho algunos progresos.

Me tocó el turno de empezar a vestirme y a Helena el de hacer insinuaciones, pero no aprovechó la oportunidad, aunque emplee toda la lentitud posible en volver a tomar posesión de mi túnica. Evidentemente, ya me había divertido bastante. La pasión que Augustinilla había interrumpido no se reavivaría por el momento.

—¿Cuántos progresos, Marco? ¿Has resuelto algo?

—No. Sólo me he cargado con nuevas tareas: buscar el rastro de un comandante desaparecido del que nadie ha sabido nada...

—Este lugar debe de ser ideal para seguir rastros de sospechosos. Me refiero a que una fortaleza es una comunidad cerrada.

Solté una carcajada irónica.

—¡Oh, sí! ¡Una comunidad cerrada de sólo doce mil hombres! El individuo ha ofendido a toda su legión, y no sólo eso, sino que tiene una esposa hostil, una amante entrometida, numerosos acreedores, gente de la comarca...

—¿Qué gente? —preguntó Helena.

—Además, ha estado buscando la pista del rebelde al que yo persigo. —No me

pidió detalles acerca de Civilis; Justino debía de haberla informado la noche anterior—. Y da la impresión de que estaba metido en disputas sobre ciertas franquicias militares.

—Eso suena a que las cosas se le podían torcer fácilmente si no se iba con mucho tiento. ¿Qué franquicias eran esas?

—No estoy seguro. Bien, por ejemplo, las piezas de alfarería.

—¿Alfarería?

—Servicio de mesa de arcilla roja, probablemente.

—¿Para el ejército? ¿Hay mucho en juego?

—Piensa en ello. Cada legión tiene seis mil hombres, cada uno de los cuales necesita su cuenco para cereales y su jarra, además de los cazos y las fuentes de cocinar para cada tienda de diez hombres. Además, vajillas completas para los centuriones y oficiales, y los dioses saben qué más para la suntuosa mansión del gobernador provincial. Se supone que las legiones se cuidan bien. Para el ejército, sólo lo mejor. La alfarería samia es fuerte, pero se rompe con el trato descuidado, de modo que siempre habrá que reponerla.

—¿Y debe traerse desde Italia o desde la Galia?

—No. Tengo entendido que existe una industria local.

Helena pareció cambiar de tema.

—¿Encontraste el frutero para tu madre?

—¿De modo que era un frutero lo que quería? —repliqué con aire inocente.

—¡No se lo has comprado!

—Lo has adivinado.

—¡Supongo que ni siquiera lo has buscado!

—¡Lo he buscado muy bien! Eran demasiado caros. Seguro que mamá no consentiría que me gastara tanto.

—¡Oh, Marco, eres terrible! Dices que existe una industria local; será mejor que me lleves allí a comprarle uno —decidió Helena—. Luego, mientras escojo tu regalo, puedes dedicarte a tus indagaciones.

Helena Justina no perdía nunca el tiempo. Abandonado a mis propios recursos, habría desperdiciado media semana ayudando a su hermano en la encuesta oficial sobre la muerte del soldado. En cambio, Justino actuaba en solitario. Apenas conseguí hablar con él brevemente sobre otro tema, para pedirle que hiciera buscar al buhonero y lo encerrara en una celda.

—¿Qué ha hecho?

—Deja eso en blanco en la orden de detención. Sólo necesito hablar con él. No se trata de lo que ha hecho sino de lo que va a hacer.

Para entonces, Helena ya se había enterado de dónde encontrar las mejores cerámicas de Moguntiaco y, casi sin tiempo para engullir el desayuno, me encontré

escoltando su silla de manos fuera de la fortaleza. De todos modos, no protesté demasiado. Aún tenía que comunicar a Justino que mi sobrina había roto la cratera y no conseguía dar con la manera de exponerle el desastre.

Helena y yo salimos de la fortaleza a última hora de la mañana. El otoño hacía sentir su presencia: el aire mantenía un frío desapacible varias horas después del amanecer y la humedad se pegaba a las hierbas marchitas en las cunetas del camino. Por todas partes había telarañas que me hacían parpadear cuando mi caballo pasaba bajo las ramas bajas. Una de las veces, Helena se asomó de la litera riéndose de mí, pero se encontró también apartando los sedosos filamentos que se adherían a sus pestañas. Me empeñé en ayudarla, pues era una buena excusa para detenernos.

El barrio de los alfareros de Moguntiacum era poca cosa en comparación con el enorme recinto que Xanto y yo habíamos visitado en Lugdunum. Había claros signos de que la empresa germana pugnaba por competir con sus rivales de la Galia, quienes se habían apoyado en la fábrica original de Arretino para darse un nuevo impulso. En Moguntiacum, los artesanos no contaban con el soporte de una industria madre. Sus productos a la vista eran de calidad comparable, pero los alfareros parecían sorprendidos de ver clientes. En realidad, el mayor de los talleres estaba cerrado y atrancado.

Cerca de él encontramos otro que se hallaba abierto. Su propietario era un tal Julio Mordantico. Muchos celtas asentados adoptan nombres aristocráticos como Julio o Claudio. Al fin y al cabo, si uno pretende prosperar, ¿cómo va a elegir un nombre que suene a pobre artesano? En todo el Imperio, muy pocos bárbaros romanizados de segunda generación se llaman Dido, aparte de un par de muchachitos hijos de madres de extrema belleza que viven en lugares por los que mi hermano mayor, Festus, ha pasado alguna vez.

Helena no tardó en comprar un plato impresionante para mamá... y, además, a un precio que sólo me hizo fruncir el entrecejo levemente. A continuación, hizo amistad con el alfarero, explicó que había venido a visitar a su hermano, el tribuno, y pronto condujo la conversación hacia las legiones en general. Se mostró refinada, graciosa... y profundamente interesada en el trabajo del hombre. Éste la consideró maravillosa. Lo mismo pensaba yo, pero me callé. Cuando hube pagado el plato, me apoyé en la pared sintiéndome de más.

—Supongo que haréis mucho comercio con la fortaleza —comentó Helena.

—¡No tanto como nos gustaría, últimamente! —El alfarero era bajo y tenía una cara ancha y pálida. Cuando hablaba, apenas movía los músculos de la boca y ello le daba un aspecto rígido, pero sus ojos eran inteligentes. Su respuesta a Helena había sido arrancada por un sentimiento muy intenso, pues su carácter normal parecía más cauto. El hombre deseaba abandonar el tema militar.

Me separé de la pared mientras Helena continuaba hablando.

—Confieso que ignoraba que en Germania se hiciese cerámica samiana. ¿Vuestra especialidad está limitada a Moguntiaco o se extiende a la comarca, entre los tréveros?

—Toda la zona comprendida entre Augusta Treveroro y el río produce alfarería.

—¿Debo pensar que os va bien? —apuntó ella.

—En los últimos tiempos notamos cierta crisis.

—Sí, hemos visto el puesto de tu colega, ése que está cerrado. ¿Se debe a la depresión o el dueño se ha marchado de vacaciones de otoño?

—¿Julio Bruccio? Está en viaje de negocios —respondió, y al instante una sombra cruzó su rostro. Yo tuve una nefasta premonición cuando inquirí:

—¿A Lugduno, por casualidad?

Helena Justina se retiró de la conversación de inmediato y se sentó en silencio. El artesano también había percibido mi tono.

—Pasé por Ludguno en mi camino hasta aquí —le expliqué sin rodeos. Respiré lentamente, torciendo la boca—. Ese Bruccio, ¿no sería un hombre robusto de unos cuarenta y tantos, que viajaba con un compañero más joven, pelirrojo y con una buena cantidad de verrugas?

—Su sobrino. Parece que los viste en algún lugar del camino...

Julio Mordantico ya estaba visiblemente preocupado. El retraso en el regreso de sus amigos debía de haberlo dispuesto para las malas noticias, pero posiblemente no tan malas. Fui breve. Cuando le hablé de la pelea que había presenciado en Lugduno y de cómo había encontrado los cuerpos más tarde, soltó una exclamación de protesta y se cubrió el rostro.

Helena le acercó una silla de mimbre. Lo ayudamos a sentarse y lo sostuve por el hombro con una mano mientras el hombre intentaba encajar la noticia.

XXXII

—¡Por Tiw! —escupió el nombre celta de Marte—. ¿Bruccio y su sobrino asesinados en la Galia...?

—Lo siento —murmuró—. No será de mucha ayuda, pero en la fortaleza hay un centurión que se dirigía a Cabilono para entregar los cuerpos al magistrado local: él podrá decirte quién está a cargo del caso y qué ha sucedido. Por lo menos, el magistrado habrá dispuesto los funerales. Cuando Helena y yo volvamos, buscaré a ese centurión y lo mandaré aquí para que hable contigo. Se llama Helvecio. —Julio Mordantico asintió lentamente. Yo había estado hablando para darle tiempo a recobrar el dominio de sí. Cuando me pareció más calmado, le pregunté con cautela —: ¿Tienes idea de quién podría estar detrás de las muertes?

—¡Esos malditos egoístas de Lugduno! —respondió el hombre de inmediato.

La acusación no me sorprendió; había visto que Lugduno tenía mucho en juego con aquella industria. Me sentí obligado a advertirle que la acusación sería difícil de probar.

—¡Si asoman la nariz por aquí, no harán falta pruebas!

—¡No he oído nada! ¿Quieres explicarme qué sucede?

Mordantico había decidido que estábamos favorablemente dispuestos hacia él y la historia fluyó de sus labios sin tropiezos.

—Hoy en día las cosas no resultan fáciles —comenzó— el comercio ha ido mal. Dependemos de los militares para mantener la actividad, pero con tantos problemas recientes... —Su voz se desvaneció por un instante. Helena y yo evitamos entrometernos en cuestiones de simpatías locales, pero el alfarero se percató de nuestra discreción—. ¡Oh! Desde luego, estamos del lado de Roma, os lo aseguro. Existe una estrecha relación entre nuestra ciudad y la fortaleza. —El hombre hablaba en tono didáctico, como un líder local que tiene que justificar alguna festividad peculiar mediante una clara referencia histórica—. Estamos completamente a favor de la presencia de las legiones aquí, en el Rin. El general romano, Petilio Cerealis, se expresó muy claramente cuando llegó: Roma ocupaba esta región a invitación de nuestros antepasados, que recurrieron a ella a causa del acoso de que eran objeto por otras tribus que empujaban en busca de nuevos territorios. Si Roma se marchara, las tribus al este del Rin invadirían esta orilla y lo arrasarían todo.

Sobre todo, pensé para mí, porque las tribus de la ribera occidental estaban consideradas ahora como colaboracionistas.

—Entonces, ¿no os lleváis bien con ellos? —intervino Helena.

—No. Civilis y su gente pueden haber apelado a la libertad, pero no les importamos más de lo que les importaban nuestros antepasados a los suyos. Lo que quiere Civilis es reinar sobre las naciones más ricas de Europa. A su pueblo le

gustaría abandonar las marismas báltavas e instalarse en nuestros prados, mucho más generosos. La única independencia germana en la que creen es su propia libertad para invadir lo que les dé la gana.

Consideré que su opinión era parcial. Por ejemplo, durante mis investigaciones en Roma entre los documentos relativos a la rebelión había descubierto que Augusta Treveroro, la capital tribal más próxima, había sido la cuna de Julio Tutor y de Julio Clásico, dos de los jefes rebeldes más exaltados después de Civilis, de modo que los sentimientos en la comarca estaban más desatados de lo que nuestro amigo quería reconocer. De todos modos, no culpé a Mordantico por adoptar la posición más favorable a sus intereses. Cambié de tema.

—Lo que presencié en Lugduno olía a comercio, más que a política. Supongo que existe una fuerte rivalidad profesional entre vosotros y los galos. ¿Tiene que ver con vuestro comercio con los militares?

El hombre asintió, aunque a regañadientes.

—Todavía es una incógnita quién obtendrá el contrato para las nuevas legiones de la fortaleza. El propio gremio de Lugduno está amenazado por un gran consorcio instalado en la Galia meridional. Bruccio y yo intentamos convencer al nuevo legado para que mantenga el contrato con los artesanos locales.

—Ese nuevo legado al que te refieres, ¿es Florio Gracilis?

—El mismo. El otro legado juega un papel mucho menos destacado.

—Sí, sus tropas han sido reclutadas de la marina y son bastante inseguras. De modo que tu pueblo ya tuvo la franquicia anteriormente, cuando las legiones que ocupaban la fortaleza eran la Cuarta y la Vigésimosegunda, ¿no?

—¡Y con razón! Nuestros productos son de calidad comparable a los de Italia o la Galia y, evidentemente, la distribución es más fácil.

Si allí había una alfarería viable, Roma habría estimulado una industria local financiándola con dotaciones oficiales, sin duda, durante las viejas campañas de Druso y de Germánico. Una vez establecida la producción local y convencida su gente para que se ganara la vida trabajando para las legiones, sería difícil cambiar el rumbo de las cosas. Pero Roma nunca se había dejado llevar por las simpatías.

—¿Son competitivos vuestros precios? —inquirí.

El me miró con aire reprobatorio.

—¡El presupuesto que hemos presentado a las legiones está muy ajustado! En cualquier caso, no tenemos costos de transporte. Me niego a creer que Lugduno pueda presentar una oferta mejor.

—A menos que haga trampas. ¿Gracilis ha sido comprensivo con vosotros?

—Nunca nos ha contestado abiertamente. Creo que nuestras súplicas no lo impresionan en absoluto.

—¿Crees que ha sido sobornado? —pregunté, ceñudo. Mordantico se encogió de

hombros. Era uno de esos comerciantes sumamente cautos que jamás se comprometen hablando mal de aquellos con los que quizá se vean obligados a tratar más adelante, pero me pareció que esta vez el hombre tendría que adoptar una actitud más firme—. Afrontemos los hechos, Mordantico —insistí—. Florio Gracilis llegó la primavera pasada cruzando la Galia por la misma ruta que yo he seguido. El legado tiene una esposa joven que, probablemente, quería una nueva vajilla para fiestas y lo arrastró hasta el barrio de los alfareros de Lugduno. Es posible que ya estuviera sobornado por vuestros rivales antes incluso de su llegada. Ya lo sabías, ¿verdad? Esos peces gordos de Lugduno tenían bien atado al legado.

Sin responder directamente, Mordantico comentó:

—Los alfareros de aquí decidimos hacer un último esfuerzo por aclarar las cosas; Bruccio fue elegido portavoz de todos y lo enviamos para que intentase alcanzar un compromiso. Hay negocio para todos, pero esos estúpidos de Lugduno son unos codiciosos. Ya tienen un comercio floreciente en la Galia y todos los encargos para las legiones de Britania, así como las de Hispania. Y, desde los puertos del sur, exportan a todo el golfo de Liguria y la costa balear. —Hablaba como quien ha estudiado detalladamente las posibilidades comerciales—. Siempre les ha irritado que estuviéramos en el lugar oportuno y, después de la rebelión, han visto la ocasión de abrir mercado aquí.

—Así pues, parece que Bruccio y su sobrino hicieron cuanto pudieron, pero no obtuvieron colaboración alguna. Me dio la impresión de que las cosas estaban al borde de la violencia, pero tus amigos no mostraban ningún daño físico cuando los vi cenando la noche que los mataron. Supongo que se habían dado por vencidos frente a los competidores de Lugduno y se disponían a regresar con la mala noticia. Aunque esto significa —añadí, pensativo— que todavía sigue en el aire quién se llevará el contrato.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Helena.

—¿Para qué matar a nadie, si Lugduno estaba seguro de que el futuro comercio era suyo? Para mí que los alfareros de la Galia pensaron que Bruccio podía resultar peligrosamente convincente. Con las legiones del Rin a las mismas puertas de las tiendas y ese influyente legado a su alcance cada día, él y sus colegas podían representar una grave amenaza. Ésta es la razón de que eliminaran a los negociadores. Alguien siguió a Bruccio y a su sobrino lo bastante lejos como para que los magistrados no pudieran relacionarlos con Lugduno y les dio muerte en un lugar donde nadie los reconociera.

—Pero ¿por qué? —preguntó Mordantico—. Aquí quedamos muchos alfareros más.

—¡Por el motivo más viejo del mundo! Matar a dos de vosotros o, mejor aún, hacerlos desaparecer sin dejar rastro, intimidará al resto.

—¡De ninguna manera! —declaró él con expresión tensa—. ¡No nos daremos por vencidos! ¡No permitiremos que se salgan con la suya!

—Eres un hombre decidido, pero te lo advierto: algunos no tardarán en asustarse de las amenazas. No olvides que son alfareros con esposas que no quieren enviudar. Alfareros preocupados por el futuro de sus familias numerosas si se quedan sin medios de subsistencia. Alfareros que creen que la vida tiene algo más que ofrecer que una disputa interminable que tal vez no logren ganar jamás.

—¡Pero es un acto criminal! —se enfureció Helena—. Roma no debería ni siquiera dar la impresión de aceptar esta clase de prácticas comerciales. ¡El legado debería demostrar su desaprobación descartando por completo a Lugduno y adjudicando a Moguntiaco todos los contratos que haya en concurso!

Le dirigí una sonrisa por mostrarse tan apasionada.

—Por lo que he oído de Florio Gracilis, no podemos fiarnos de su moralidad. Sé que anda desesperadamente corto de fondos.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué acepta sobornos? —Los esfuerzos de sus padres por darle una vida abrigada y protegida habían tenido éxito en parte pero, desde que nos conocíamos, Helena había aprendido lo suficiente como para no sorprenderse de ninguna insinuación—. ¿Pretendes insinuar que Gracilis es un corrupto, Falco?

—Esa sería una acusación muy grave. No es eso lo que digo. —Al menos, por el momento. Me volví hacia el artesano—. Verás, Julio Mordantico: trabajo para el emperador. Tus problemas no deberían ser asunto mío, pero podrían interferir en lo que he venido a hacer.

—¿Y cuál es tu misión? —inquirió el alfarero, curioso.

No vi ninguna razón para ocultarle la verdad.

—Principalmente, establecer contacto con Civilis. Se desconoce su actual paradero, pero creo que el legado podría estar buscándolo. También podría ser que Gracilis haya salido tras la pista de Velede, la profetisa de los brúcteros.

—¡Si ha cruzado el río, es un estúpido! —Mordantico me miró como si estuviera loco sólo por sugerirlo.

—No digas eso. Puede que pronto tenga que cruzarlo yo también.

—En ese caso, te espera un viaje turbulento. Y me atrevería a decir que Gracilis puede darse por muerto.

—Es posible que viaje de incógnito.

—Un oficial romano sería reconocido de inmediato, ¿tiene esto algo que ver con los contratos? —preguntó Mordantico, testarudo.

—No; sólo tiene que ver con la gloria política de Florio Gracilis. Pero significa que tú y yo tenemos un interés compartido. Aunque me gusta hacer promesas, si por casualidad tropiezo con él quizá encuentre una ocasión para comentarle el problema de los contratos, y puede que lo convenza de que hablo en nombre de Vespasiano. —

Por alguna razón, la mención al emperador dio resultado. Debería haberlo esperado, en una ciudad que rendía tributo a Nerón con una columna cívica. Mordantico se mostró tan agradecido como si estuviera estampando mi rúbrica en el propio contrato de los cuencos legionarios—. ¿Puedes ayudarme a concertar un encuentro, Mordantico? ¿Sabes algo de los movimientos recientes del legado o dónde podría encontrar a Julio Civilis?

El alfarero negó con la cabeza, pero prometió hacer más indagaciones. Todavía parecía perplejo. Dejamos que fuese a comunicar lo sucedido a sus dos colegas. No envidié su triste tarea; él mismo me había dicho que los ausentes tenían familia e hijos pequeños.

XXXIII

Llevé a Helena Justina a ver la columna de Júpiter para poder hablar con ella en privado. Al menos, ésa fue la excusa.

Dimos una vuelta solemne en torno al lugar, fingiendo admirar el obelisco de cuatro caras que habían mandado erigir en nombre de la comunidad local dos financieros que querían atraerse la benevolencia romana. Era un monumento bastante decente, si a uno le gustan las saluciones a Nerón. En él había grabadas las habituales escenas de las deidades del Olimpo: Rómulo y Remo demostrando que tener una madre peculiar no debía ser obstáculo para un hombre; Hércules dedicado a sus tareas de semidiós con su acostumbrado penacho de cerdas, y Cástor y Pólux abrevando sus caballos, uno a cada lado de la columna, como si estuvieran peleados. En lo alto se alzaba una enorme estatua de bronce de Júpiter Magno y Magnífico, con su barba poblada y sus grandes sandalias, blandiendo en la mano un rayo sumamente vigoroso que habría sido todo un éxito en una velada de buen tono. La ubicación del monumento era demasiado pública como para atreverme a pasar el brazo por el talle de Helena, aunque ella se percató de mis deseos. Me pareció decepcionada. Yo también lo estaba, pues hacía al menos tres horas que no la tocaba.

—Tendré que llevarte de excursión en barca por el río —murmuré.

—¡Por Juno! ¿Sería seguro?

—Está bien, reconozco que en estos momentos Germania no es el mejor lugar para disfrutar de un plácido crucero otoñal.

—Pero tú piensas ir río abajo, ¿verdad? preguntó en un tono de voz contenido y uniforme en el que reconocí una profunda inquietud.

—Parece que tendré que hacerlo, amor mío.

La vi preocupada y me supo mal.

Había puesto a Helena en un aprieto. Ella nunca intentaba disuadirme de un asunto de trabajo. Por mencionar algo, estaba muy interesada en que ganara suficiente dinero como para incorporarme a las clases medias, lo cual nos permitiría casarnos sin escándalo. Para conseguirlo necesitaba reunir cuatrocientos mil sestercios, una suma fabulosa para un joven plebeyo del Aventino, y que sólo podría conseguir haciendo algo ilegal (lo cual, por supuesto, no podía ni pasármelo por la imaginación) o algo peligroso.

—En cualquier caso —dijo Helena con nuevos bríos—, has venido aquí por asuntos políticos, pero al parecer te has metido de lleno en una guerra abierta entre alfareros.

—Eso parece.

Helena soltó una carcajada y comentó:

—Por lo general, cuando pones esa expresión tan sumisa descubro que te

propones justamente lo contrario.

—Es cierto. Creo que los problemas comerciales sólo son un problema accesorio. —De todos modos, si podía ayudar a los alfareros al tiempo que conseguía mis propósitos, lo haría—. Esos artesanos se han visto enredados en el habitual lío administrativo. Un idiota a quien el estado paga lo suficiente como para tener más juicio intenta manipular el proceso de licitación. Sucede en todas partes. Que sea Florio Gracilis quien está metido en esto y quien también mete la nariz en el asunto que me ha mandado aquí para negociar con Civilis, es sólo cuestión de mi mala suerte.

Pero, ya que tenía que meterme en una zona peligrosa, lo último que quería era tener en mi mismo camino a un bufón senatorial que se había mostrado incapaz de manejar como era debido un mero contrato rutinario de adquisición de vajilla. Sobre todo si, como ahora parecía probable, el tipo llegaba al punto problemático antes que yo y empezaba a meter la pata, agravando aún más la susceptibilidad de las tribus.

—¿Alguna vez la tienes buena, Marco?

—Sólo la tuve el día que te conocí.

Helena hizo oídos sordos.

—Hablabas de Civilis. ¿Cómo te propones dar con él?

—Ya saldrá algo.

—¿Y qué hay de la sacerdotisa?

—¿Veleda? Justino también te habló de ella, ¿eh? —comenté con una sonrisa.

—Me suena a otra historia como la de la viuda de Veii —refunfuñó Helena con sarcasmo.

—Entonces, todo en orden; seguro que puedo manejarla.

Helena Justina me llamó golfo mujeriego; yo la llamé bruja cínica que no sabía lo que era la confianza o la fidelidad. Ella me azotó con el pesado extremo de su estola con cuentas; la inmovilicé contra la peana de la columna y la besé hasta que ella se quedó más o menos tranquila y yo excitadísimo.

Cuando, a mi pesar, la solté antes de que nuestra sofisticada conducta romana provocara un escándalo público, me dijo:

—No preguntaré qué te propones hacer para averiguar el destino del legado de Vetera. Sé que desapareció en algún lugar al otro lado del río.

—Cuando era conducido a presencia de Veleda como regalo de buena voluntad —agregué.

—Eso significa que, definitivamente, tendrás que viajar a la Germania Libera, ¿verdad? —Helena se estremeció.

—No iré, si tú no quieres.

Su expresión grave se hizo aún más marcada.

—No digas eso... no lo digas nunca... a menos que lo hagas de corazón, Marcus.

Con Helena, siempre tenía que ser sincero y abierto.

—Muy bien, te prometo que no iré si puedo resolver el rompecabezas de algún otro modo.

—¡Oh, claro que irás! —replicó—. Irás y lo resolverás y eso, al menos, debería proporcionar cierto consuelo a la familia del pobre hombre. Por lo tanto, ni siquiera yo estoy en condiciones de impedírtelo.

No podían importarme menos los sentimientos de la familia de Munio Luperco, que había sido un rico senador en un puesto conveniente para su carrera política y que, probablemente, era tan indeseable como el resto de los de su calaña. Pero cuando oía hablar a Helena con tal rotundidad, ni me atrevía a llevarle la contraria; así pues, la besé de nuevo y la llevé a casa.

Al llegar a la fortaleza encontramos a mi sobrina, Augustinilla, aterrorizando a los centinelas en la puerta Pretoria. Por suerte, se sintieron tan felices de ser rescatados que me dejaron llevármela bajo el brazo mientras la pequeña chillaba insultos contra todos nosotros.

XXXIV

El resto del día transcurrió en paz. Justino había descubierto el estropicio de la cratera y su reacción había sido desaparecer de la casa. Estaba profundamente irritado, pero era demasiado educado para demostrarlo.

—Ese hermano tuyo se pasará la vida permitiendo que abusen de él.

—Pensaba que estaba dejando muy claros sus sentimientos. —Helena era del mismo tipo: cuando algo le molestaba, desaparecía.

Antes de la cena, hice que Augustinilla subiera a disculparse con el tribuno. Como hasta entonces nadie le había hecho pedir perdón por una travesura, la niña pasó por el trance con una expresión patética tan auténtica que tuvo sobre Justino el mismo efecto que los gañidos del cachorrillo que había rescatado de manos los soldados. Cuando ella lo miró con adoración, el tribuno se mostró comprensivo. Era la primera experiencia de Augustinilla con un hombre joven y rico que, además, vestía un uniforme imponente. Me pareció advertir en ella un esbozo de su madre.

Pasiones infantiles aparte, reconocí que Camilo Justino, con su aspecto sereno y sus modales reservados, podía causar más estragos de lo que él mismo imaginaba. A las mujeres les gustan los hombres profundos. Los hombres sensibles. (Los hombres con aspecto de pagar cuentas abultadas sin protestar). Justino producía la impresión de necesitar una chica agradable con una actitud generosa que lo ayudase a poner de manifiesto sus mejores cualidades. Si en Roma hubiéramos paseado aquellos ojos pensativos por unas cuantas fiestas, seguro que habría encontrado chicas agradables —y mujeres de más edad igualmente dispuestas— que sacaran a relucir lo mejor de él tres veces por semana.

En Moguntiaco, Justino sólo tenía que evitar a una niña de ocho años convencida de tener ante sí a un joven Apolo. Por el momento, Augustinilla estaba demasiado deslumbrada por su aureola como para ponerse a escribir su nombre por las paredes. Cuando reuniera el valor necesario para dejar notas de amor junto a su tazón del desayuno, el invierno europeo ya habría helado la tinta, ahorrándole a Justino semejante trago.

El día siguiente empezó con dos mensajes: el primero, de la amante del legado, comunicando que sus criados creían que Gracilis había estado frecuentando la compañía de los alfareros. El otro, de un alfarero que apuntaba que en el asunto estaba involucrada una mujer.

—¡Bonito círculo! —murmuré para mí.

Di por sentado que Julia Fortunata se refería a los alfareros de Moguntiaco. El artesano, en cambio, me hablaba de una mujer distinta, extremo que en el mensaje quedaba muy claro. Envié a Julia una nota de cortés agradecimiento diciéndole que seguiría su pista cuando tuviera ocasión. Por el momento, la visita más oportuna que

podía hacer era a Mordantico.

Antes de acudir allí me dediqué a buscar al centurión Helvecio, el mismo con quien había tenido aquel encuentro cerca de Cavilono. No me costó encontrarlo; estaba dando órdenes cansinamente mientras intentaba avanzar en la instrucción de aquel grupo de reclutas patosos y patizambos, de manos torpes, pies planos y cerebros de mosquito (la descripción era suya), a cuyo mando lo había visto marchar por la Galia. A él le correspondía la tarea de enseñar a aquellos ejemplares perfectos a correr, cabalgar, nadar, saltar con pértiga, luchar cuerpo a cuerpo, manejar la espada, arrojar la jabalina, cortar césped, construir murallas, plantar empalizadas, apuntar catapultas, formar un testudo, amar a Roma, aborrecer el deshonor y reconocer al enemigo: «Piel azul, cabello rojo, pantalones a cuadros, muy ruidosos... ¡Y los que os arrojan proyectiles a la cabeza!». El centurión tenía que descartar a los muchachos que no daban la talla y recolocarlos como auxiliares sanitarios. Tenía que descubrir quién no sabía contar, escribir o entender latín y enseñarle o mandarlo a casa. Tenía que consolarlos como un aya cuando lloraban por sus novias, sus madres o sus naves (la Primera Adiutrix todavía aceptaba gente rechazada de la marina) o por su cabra favorita (los hijos segundones de las casas de campo siempre habían formado la espina dorsal de las legiones). Tenía que mantenerlos sobrios y evitar que desertaran; tenía que enseñarles modales en la mesa y ayudarlos a redactar sus testamentos...

Por el momento, apenas había conseguido instruirlos para que se alinearan de tres en fondo.

Helvecio abandonó con gusto aquella tarea deprimente e hizo un alto para hablar conmigo.

—Soy Didio Falco...

—Te recuerdo.

—¡Gracias! Me gusta creer que tengo una personalidad que impresiona. —Pero lo que el centurión recordaba con tanta claridad sólo podía ser nuestro primer encuentro en la carretera, junto a la cuneta. Dedicamos unos momentos a evocar la escena—. Precisamente quería verte por algo relacionado con eso.

—¡Ya me lo imaginaba!

Helvecio era uno de aquellos tipos impasibles. Largos años de servicio le habían enseñado a esperar lo peor y que no había nada por lo que mereciera la pena alterarse. Tenía unos ojos castaño muy oscuro, como si fuera de origen meridional, y el rostro como el trapo de frotar de un mozo de cuadra: lleno de profundas arrugas, rígido por el uso y brillante de puro desgastado. Su aire de desilusión estaba tan curtido como sus facciones. Tenía todo el aire de un oficial íntegro, de absoluta confianza.

Le dije que el tribuno Camilo había accedido a relevarlo del servicio normal para que me acompañara en un pequeño acto de confraternización con la comunidad local. Helvecio se mostró bien dispuesto a visitar al alfarero, de modo que lo llevé conmigo

al barrio de los hornos.

Era otra mañana helada, aunque un sol pálido intentaba disolver la niebla con sus rayos. El cambio de estación incrementaba mi sensación de urgencia. Expliqué a Helvecio que probablemente tendría que cruzar el río dentro de poco y que quería acabar el viaje antes de que llegara el invierno. Lo último que deseaba era verme atascado en territorio de los bárbaros cuando las nieves cayeran sobre Europa.

—Cualquier época del año es igual de mala —dijo él en tono lúgubre.

—¿Has estado allí?

El centurión no me respondió inmediatamente.

—Sólo una vez en que a un necio tribuno se le ocurrió realizar una cacería de jabalíes en un terreno más emocionante.

No se refería a Camilo Justino, seguro. A éste nadie lo llamaría necio.

—Por supuesto —comenté—, un joven caballero con los galones senatoriales no se arriesgaría a la auténtica emoción de adentrarse tras la presa sin su escolta... ¿Tuvisteis algún problema allí?

—No, pero uno siente que si ha vuelto a casa sin haber topado con ninguno ha sido por pura suerte.

—Corre la sospecha de que el legado de la Decimocuarta podría haber cruzado el río.

—¿Gracilis? ¿Con qué objeto?

—Buscar a Civilis... o a Veleda, posiblemente.

De nuevo, se produjo un breve silencio.

—No creía que Gracilis fuera de esos...

—¿Cómo creías que era, pues? —inquirí.

Helvecio, un centurión de pies a cabeza, se limitó a soltar una risilla tras la barba, profusamente rizada al estilo militar.

—Es un legado, Falco. ¿Cómo quieres que sea? ¡Tan horrible como cualquiera de ellos!

Poco antes de llegar a los hornos, nuestra conversación volvió con cautela al asunto de los dos muertos. Helvecio me preguntó a qué venía tanto interés. Le conté que me había atraído el suceso porque había presenciado la discusión en Lugduno. El centurión sonrió ligeramente. Me pregunté a qué venía su curiosidad. Tenía el rostro encajado, con una seriedad que daba a entender que su cabeza estaba en otra parte... en otra parte muy lejana. Sin embargo, después de otra pausa, cuando empezaba a pensar que el hombre no tenía nada más que comentar, rompió a hablar de improviso:

—Cuando encontramos los cuerpos no dije nada porque no te conocía, Falco, pero yo también había visto a los dos hombres con vida.

—¿Dónde?

—En Lugduno, como tú.

—¿Estabas allí en misión oficial?

—Así debería haber sido. ¡El ejército sabe ser eficaz! Nuestro comandante tuvo una inspiración súbita e hizo que mi viaje tuviera dos... bueno, tres propósitos: un permiso en casa, reclutar hombres y hacer una visita de inspección a las tiendas de cerámica. Al menos, éste era el plan.

—¿Y qué sucedió? —pregunté, aunque podía figurármelo.

—Me presenté allí, pero no era preciso que perdiera el tiempo tomando notas de los fabricantes. Su excelencia, Gracilis, había pasado por el lugar antes que yo y había acaparado todo el negocio en nombre de todas las legiones de la Germania Superior y de la Inferior.

—¡Asombroso! —me maravillé—. ¡Qué sentido de la responsabilidad!

—¡Vaya botín, si se queda una comisión!

Helvecio debía de haber sacado sus propias conclusiones.

—¡Cuidado, centurión! ¿Y los dos alfareros negociadores?

—Igual que tú, los vi en plena bronca.

—¿Rodeados por una multitud?

—No; discutían con un tipo larguirucho de sonrisa burlona y con un par de rufianes. Más adelante, volví a ver al larguirucho.

—¿Dónde?

—En la carretera, el día anterior a que encontráramos los cadáveres en la cuneta.

Aquel detalle me pareció muy interesante. Recordaba al gallo de risa despectiva, pero su presencia durante el viaje me había pasado inadvertida. Las cosas pintaban negras para Florio Gracilis. Le pedí a Helvecio que por el momento aquello quedara entre nosotros. El centurión me miró de soslayo.

—¿Entonces, te han enviado aquí para elaborar un informe sobre corruptelas?

En efecto, empezaba a producir esa impresión.

En la alfarería, hice las presentaciones y luego dejé que Helvecio explicara cómo había informado de las muertes en Cavilono. El magistrado, de más está decirlo, había mostrado muy poco interés.

Helvecio tuvo la discreción suficiente como para disimularlo mientras hablaba con el amigo del difunto, pero su tono de voz permitió que me hiciese una idea de lo que había sucedido... y de lo que no.

Los dejé solos, hablando todavía de Bruccio y su sobrino, y me dediqué a deambular admirando con ojos codiciosos los objetos de cerámica samia. Cuando Mordantico salió de la tienda, me preguntó si me había llamado la atención algo en particular.

—¡Todo! ¡Vuestra industria es excelente! —No eran meros cumplidos de compromiso: su cerámica estaba cocida con un color satisfactorio y presentaba unos diseños de excelente gusto, un brillo atractivo y un buen equilibrio en la mano—. Me

quedaría con un buen servicio de mesa, pero el problema es mi absoluta falta de fondos.

—¿Cómo es eso? ¡Creía que tenías una novia rica! —La manera como lo dijo hizo que el chiste resultase aceptable incluso para un tipo susceptible y quisquilloso como yo. Por una vez, seguí la broma.

—¡Oh!, es su padre quien posee esas tierras feraces en las colinas de Alba Longa. Si estuvieras en su lugar, ¿permitirías que el fruto de tu cosecha pasara a manos de un patán como yo?

Además, tenía mi orgullo. No era sólo la esperanza de poseer a Helena lo que me empujaba a aquellas desquiciadas misiones para el emperador. También soñaba con poder vivir sin estrecheces algún día. Vivir en mi propia casa, en una mansión rodeada de senderos emparrados donde reinara la tranquilidad, espaciosa y llena de luz bajo la cual poder leer. Una casa en la que pudiera poner a envejecer un ánfora de buen vino a la temperatura adecuada para, más adelante, paladearlo con mi amigo Petronio Longo mientras filosofábamos en torno a una mesa de madera de arce cubierta con un mantel de lino de Hispania... y, tal vez, apurarlo en unas copas de loza samia, si ya estábamos hartos de broncecillos cincelados con escenas de caza y de cristales fenicios moteados de oro.

Conduje la conversación hacia otros temas más provechosos.

—Gracias por el mensaje. ¿Qué es eso de una mujer? Julia Fortunata se pondrá como una furia si Gracilis la ha estado engañando... ¡Por no hablar de la bronca que puede esperar de su mujercita, con el mal carácter que tiene!

—Bueno, no sé nada concreto... —Mordantico parecía turbado. Era muy satisfactorio observar el respeto con que las provincias miraban a Roma; el alfarero casi estaba avergonzado de confesar que uno de nuestros oficiales de alto rango había faltado al código moral romano—. No querría destruir la reputación del hombre...

—No habrá necesidad de que termines ante el juez, acusado de difamación —lo tranquilicé—. Tú límitate a decirme lo que has descubierto; yo seré quien saque las conclusiones difamatorias.

—Verás, uno de mis colegas me contó que una vez le preguntaron cómo podría Florio Gracilis ponerse en contacto con una mujer llamada Claudia Sacrata.

—¿Yeso es importante? ¿Debería haber oído hablar de ella?

Mordantico volvió a mostrarse decididamente apurado.

—Es una ubia de Colonia Agripinense. —El alfarero estudió una jarra como si acabase de advertir que el asa estaba algo torcida—. Se dice que tu general, Petilio Cerealis, tuvo una aventura con ella.

—¡Ah!

Yo tenía una imagen hecha de Cerealis y hasta aquel momento en ella no entraban las mujeres. En Britania, había estado al mando de la Novena Hispana. Al estallar la

revuelta de Boadicea, había emprendido una marcha desesperada para prestar auxilio pero en un bosque había caído en una emboscada tendida por las tribus, lo cual significaba que la columna debía de avanzar sin que la adelantaran los oportunos exploradores. Petilio perdió allí un gran contingente de tropas y logró escapar por muy poco con unas cuantas unidades de caballería. Los restos de la Novena participaron en la batalla final contra la reina aunque, a diferencia de la Decimocuarta y de la Vigésima, tras la campaña Nerón no distinguió con honores a la legión. Según todos los rumores, la más reciente campaña del general para recuperar la Germania en poder de Civilis había estado salpicada de parecidos incidentes e imprudencias, de las que el general había salido bien librado pues tenía el don de la oportunidad para participar en todos los combates victoriosos y mantener su buena reputación siempre intacta.

Con una expresión totalmente neutra, comenté:

—En los relatos oficiales de sus victorias no se dice nada de una seductora... — Quizá porque era el propio Petilio Cerealis quien escribía tales relatos, pensé. Mordantico se dio cuenta de que hablaba en broma, pero no supo muy bien cómo reaccionar—. Probablemente, no tiene importancia —dije.

—¡Qué decepción! De todos modos, ¿por qué habría de visitar nuestro Florio Gracilis a esa belleza? ¿Para consolarla en su soledad, porque había sido enviado a Britania? Supongo que no podía llevarla con él. Si instalaba a su amante ubia en Londinio, en el palacio del gobernador de la provincia, la noticia no tardaría en llegar a Roma y se armaría un buen revuelo.

Una vez conseguida su provincia, Petilio Cerealis aspiraría ahora al consulado. Estaba emparentado con el emperador —por matrimonio— y éste tenía fama de hombre de estrictos valores tradicionales. Si bien era cierto que el propio Vespasiano tenía una amante desde que había enviudado, quienes aspiraban a sus nombramientos no se atrevían a imitarle.

—¿Acaso los ubios mantienen relaciones estrechas con los bátavos?

Vi que Julio Mordantico se retorció de incomodidad.

—No es fácil responder a eso —me dijo—. Ciertos aliados de Civilis castigaron terriblemente a los ubios por simpatizar con los romanos, pero, aun así, había algunos de ellos combatiendo con los rebeldes contra las legiones...

—¡Un buen enredo! ¿Esa Claudia Sacrata conoce a Civilis?

—Posiblemente. Algunos parientes del rebelde viven en Colonia Agripinense.

—Lo cual podría explicar por qué Gracilis ha ido a verla. El tribuno sabe que esa mujer se relaciona con los altos círculos políticos de ambos bandos, de modo que podría saber dónde buscar a Civilis.

—Tal vez.

—También podría ser —sugerí en tono más jocoso— que, no contento con la

amante oficial que se trajo de Roma, nuestro leal legado Florio Gracilis esté buscándose otra extraoficial. Y Claudia Sacrata encaja como candidata. Quizá el contacto con Claudia Sacrata es el aliciente tradicional para los hombres de púrpura en servicio activo en Germania. Quizá el nombre y la dirección de la mujer van detallados en la documentación, junto al destino y las primeras órdenes. Lo cual me deja sólo una pregunta pendiente, Mordantico. Dado que yo soy un mero gusano sin alcurnia, ¿a quién puedo preguntarle dónde vive esa Claudia?

El alfarero no quiso hacer comentarios sobre la posición social de la mujer, pero me dijo dónde encontrarla.

Lo cual me llevó a otra pregunta más: ¿cómo le explicaría a Helena Justina que me marchaba para visitar a la cortesana de un general?

Cuarta parte: UN DESCENSO POR EL RIN

DE LA GERMANIA SUPERIOR A VETERA.

Octubre-noviembre, año 71 d. C.

Su comandante (...) se salvó gracias a una confusión por parte del enemigo, que se apresuró a llevarse la nave insignia en la creencia de que el comandante estaba a bordo. En realidad, Cerealis pasó la noche en otra parte (según la opinión general, en una intriga amorosa con una mujer ubia llamada Claudia Sacrata).

Tácito, *Historias*

XXXV

Resultó menos difícil de lo que esperaba, y fue así porque Helena decidió que se moría de ganas de ver Colonia Agripinense. Accedí a que me acompañara, y tenía razones para ello.

Mis esperanzas de conseguir un rato de paz con Helena se vieron frustradas. Primero, su hermano insistió en que lleváramos con nosotros a Augustinilla. Al parecer, Justino no tenía ganas de quedarse a solas en la fortaleza con una chiquilla embelesada con él.

Después fue Xanto quien se unió de buena gana a la excursión. El barbero aún sufría una profunda impresión por haber matado al soldado y comentaba que le había hecho reflexionar profundamente sobre la vida. Le gustaba Germania y quería establecerse allí, pues veía un gran campo para sus dotes como peluquero. Sin embargo, Moguntiaco era un lugar demasiado militar, por lo cual deseaba buscar otra ciudad que pudiera ofrecer una acogida más refinada a un antiguo esclavo imperial con ganas de prosperar. Le dije llanamente que no podía venir conmigo más allá de Colonia, pero me respondió que era suficiente.

También estaba el perro del tribuno. El animal había mordido a un armero, por lo que tenía que ser alejado enseguida de la fortaleza.

Adiós, pues, al grato crucero por el río a solas con mi chica.

Pese a la compañía, navegar hacia el norte en una embarcación de la flota oficial era una delicia: dejamos atrás peñascos escarpados y verdes prados, pequeños muelles y amarraderos de los pueblos del río, afloramientos de rocas y zonas de rápidos y terrazas escalonadas en las que la nueva industria vinatera estaba instalando sus parras, alguno de cuyos vinos, ligeros y agradables, tuvimos ocasión de probar durante el viaje. En cubierta, como si de un sueño se tratase, contemplábamos los patos que nadaban corriente abajo entre esporádicos obstáculos de maderas flotantes y luego se alzaban del agua para remontar el vuelo y posarse otra vez más adelante. Barcazas de fondo plano cargadas con todos los productos imaginables bajaban por el río en grupos de dos o tres, o remontaban la corriente a fuerza de remos o arrastradas por cuerdas. Parecía una vida agradable. Más aún, los mercaderes que desarrollaban su oficio a lo largo de aquella vía fluvial eran visiblemente ricos. Con Helena a mi lado, habría podido quedarme allí para siempre, convertirme en un feliz vagabundo del río y no volver a casa nunca más.

—¿Qué llevas en tu abultado equipaje? —preguntó Helena.

—Rollos de lectura.

—¿Poesía?

—Historia.

—¿Cómo la de Tucídides?

—Yo la llamaría más bien «Grandes Gilipollas de los Tiempos Modernos».

Helena se volvió rápidamente para ver si Augustinilla había oído la irreverencia, pero comprobó que mi sobrina estaba demasiado ocupada buscando maneras de caerse del barco. Después, se echó a reír y me preguntó por qué me interesaban los rollos.

—Busco información para las diversas misiones que me han traído aquí. Un archivero de Roma copió para mí algunos documentos referentes a la rebelión.

Ahora que Helena sabía lo que llevaba río abajo, no tenía objeto seguir ocultándolo. Hurgué en el cesto y pronto me quedé absorto con las lamentables hazañas de Roma en su esfuerzo por neutralizar a Civilis. Cuanto más leía sobre la campaña, más se me encogía el ánimo.

Tan pronto hubimos dejado atrás la confluencia con el río Mosela en Castro ad Confluentes, pasamos ante Bingio y Bonna (ambos puestos aún chamuscados y llenos de ruinas, pero luciendo ya nuevas vigas maestras) y llegamos a nuestro destino.

Colonia Claudia Ara Agripinense se esforzaba en vivir de acuerdo con sus rimbombantes títulos. Fundada por Agripa como Ara Ubioro, la había rebautizado con el nuevo nombre la hermana del fundador, la enérgica esposa de Germánico, cuya fama de mujer dominante todavía hace que al hombre más valiente le tiemblen las rodillas. La ciudad era santuario reconocido oficialmente de los ubios y capital provincial de la Germania Inferior. También contaba con el principal puesto de peaje romano en el río y con la base de la flota del Rin, protegida por una pequeña fortificación.

Ciudad provinciana, opulenta y bien trazada, abastecida por un acueducto de construcción militar y hogar de una numerosa colonia de soldados veteranos retirados, los estrechos vínculos de Colonia con Roma la habían colocado en una posición delicada durante la rebelión. Al principio, los ciudadanos habían permanecido leales al Imperio, negándose a adherirse a Civilis y colocando bajo arresto a su hijo (aunque en custodia «honorable», por si las cosas cambiaban). Sólo cuando la situación se hizo desesperada, estos cautos notables se sintieron obligados a escuchar la llamada de sus tribus hermanas a reconocer su herencia germana, e incluso entonces su alianza con los combatientes de la libertad tuvo sus aspectos equívocos. Así, consiguieron negociar sus propias condiciones con Civilis y Veleda, ya que tenían bajo arresto domiciliario a varios parientes más del bátavo, que eran lo bastante ricos como para enviar a la sacerdotisa de los bosques el tipo de regalo capaz de apaciguar a cualquiera. Sus hábiles manejos ayudaron a la ciudad a sobrevivir sin que ninguno de los dos bandos la saquease. Luego, tan pronto como Petilio Cerealis empezó a hacer progresos, las fuerzas vivas del lugar apelaron a él para que las rescatara y se aliaron nuevamente con Roma.

Así pues, aquella gente sabía conducir los asuntos municipales con habilidad. Por

ello, consideré que era un lugar seguro para Helena.

Llegamos con las primeras horas del día y llevé al grupo a una hospedería cercana a la prefectura. Allí, dejé a Xanto como responsable. Helena no tardaría en desengañarse de él.

Reanimado con el trayecto por el río, salí a hacer averiguaciones sobre Claudia Sacrata. Le había prometido a Helena que no me entretendría, pero la puerta a la que decidí llamar resultó ser la de la amiga del general. Para su criado, una cara de hombre romano era suficiente credencial, de modo que, aunque sólo había pedido una cita, me invitó a pasar y me anunció que su ama me recibiría de inmediato.

Era una casa modesta. Su decorador provinciano se había esforzado, pero no había pasado de pintar frescos de temas que ya conocía. Jasón descubría el Vellochino de Oro bajo un acebo en plena tormenta. Escenas de batallas se desarrollaban sombríamente bajo un friso que sólo cobraba vida merced al detalle de una bandada de gansos silvestres de Renania. Venus, con la indumentaria ubia —vestido de cuello alto y toca—, era cortejada por un Marte con capa de fieltro celta. Ella tenía el aspecto de una vendedora del mercado; él parecía un muchacho tímido, bastante barrigón.

El criado me condujo a la sala de recibir, decorada con colores brillantes y enormes divanes de grandes y mullidos cojines en los que un hombre podía recostarse y olvidar sus preocupaciones. Los rojos eran demasiado ocres, las franjas eran demasiado anchas y las borlas demasiado gruesas; el efecto general resultaba tranquilizadoramente vulgar. Los hombres que acudían allí confiaban en el gusto de sus esposas y, probablemente, no llegaban a fijarse en la estética de la decoración interior. Lo que buscaban era un lugar limpio y confortable, impregnado con el aroma a cera de abeja de los suelos pulimentados y con el olor del caldo hirviendo a fuego lento; un lugar que contuviera recuerdos profundos de su infancia, de Italia. Era la clase de casa donde el pan se serviría en trozos partidos por manos que sabían a ambrosía con infusión de avellanas. Aunque la música fuese horrible, las risas y las conversaciones serían tan animadas que no les importaría...

Encontré a Claudia Sacrata sentada en un sofá, como si esperase visita. No era ninguna belleza arrebatadora, sino una mujer de mediana edad, algo rechoncha, cuyos pechos se sostenían con tal firmeza que habría podido utilizarlos como bandeja. Su indumentaria era esmerada. Llevaba un vestido romano de tonos ocres y harina de avena con pliegues minuciosamente fruncidos en los hombros, donde su estola quedaba sujeta con un gran broche de rubíes cuyos reflejos decían: «¡Regalo de un hombre!». Su aspecto me sugirió el de una tía ligeramente anticuada y de buen corazón, engañada para que se exhiba ante los vecinos en un desfile de los juegos florales.

—Entra, querido. ¿Qué puedo hacer por ti?

La pregunta podía ser simple cortesía... o una insinuación comercial. Fui directo al grano.

—Me llamo Marco Didio Falco y soy agente del gobierno. Te agradecería que me respondieras a unas preguntas.

—Desde luego. —Por supuesto, aquello no garantizaba que sus respuestas fueran veraces.

—Gracias. Supongo que no te molestará si empiezo por ti. Te llamas Claudia Sacrata y tienes una casa muy acogedora. ¿Vives con tu madre? —Los dos entendimos el eufemismo.

—Con mi hermana —me corrigió, con el mismo leve velo de respetabilidad, aunque advertí que en ningún momento de la entrevista hacía acto de presencia una dama de compañía. Continué con mis preguntas directas:

—Tengo entendido que en una época gozaste de la confianza de su excelencia, el general Cerealis.

—Es cierto, querido. —Claudia era una de esas personas a las que gusta desconcertar a los demás reconociendo lo impensable. Sus ojos astutos me observaron mientras trataban de deducir qué quería.

—Necesito obtener cierta información delicada y no es fácil encontrar a alguien en quien se pueda confiar.

—¿Te ha enviado mi general?

—No. Esto no tiene nada que ver con él.

La atmósfera cambió. Claudia sabía que estaba investigando a alguien y, si se hubiera tratado del general, seguro que me habría cortado en seco. Pero una vez hubo constatado que su cliente más notable estaba libre de sospechas, su tono de voz se hizo más relajado.

—No me importa hablar de Cerealis. —Indicó un diván y añadió—: Ponte cómodo. Como si estuvieras en tu casa...

La casa de uno nunca era como aquélla.

Hizo sonar una campanilla y se presentó un criado, un ágil muchacho que parecía haber contestado a muchos toques de campanilla en su vida. Después de inspeccionarme con afectación, la mujer susurró:

—Yo diría que eres hombre de vino cargado de especias.

No me gusta tomarlo fuera de mi casa pero, para alentar nuestras buenas relaciones, me declaré, en efecto, un amante del vino cargado de especias.

Era un caldo con cuerpo, servido en copas espléndidas y con las especias demasiado cocidas. Un calorcillo reconfortante inundó mi estómago y se filtró al resto de mi cuerpo haciendo que me sintiese relajado y feliz, incluso cuando Claudia Sacrata me murmuró en un arrullo: «¡Cuéntamelo todo!», que supuestamente era lo que debía decir yo.

—¡No! ¡Cuéntamelo tú! —repliqué. No era la primera vez que una mujer que sabía lo que llevaba entre manos intentaba sonsacarme, y mi sonrisa se lo dio a entender—. Hablábamos de Petilio Cerealis...

—Un caballero muy agradable.

—Con cierta fama de persona precipitada, ¿no?

—¿En qué sentido? —dijo ella con una sonrisa tonta.

—En el militar, por supuesto.

—¿Por qué lo dices?

Aquello era el cuento de nunca acabar, pero llegué a la conclusión de que, si quería información, el precio que debería pagar sería hablar de su adorado Cerealis.

—En primer lugar, he estado leyendo informes sobre su batalla en Augusta Treverero. —Seguí dando sorbos de la pesada copa con toda la parsimonia de que fui capaz. Si Cerealis seguía siendo el mismo de siempre, debía de haber vuelto loco de tedio a todo el mundo con el relato de su gran combate.

Después de reflexionar unos instantes, Claudia Sacrata apuntó:

—Es cierto que entonces la gente dijo que el general había cometido errores.

—Bueno, hay más puntos de vista —comenté en un esfuerzo por mostrarme amigable. En realidad, yo sólo podía contemplar lo sucedido desde una perspectiva: Petilio Cerealis había cometido la torpeza de permitir que sus adversarios se concentraran en un gran número mientras él esperaba refuerzos. Y si aquello ya había sido suficientemente peligroso, su famosa batalla también había resultado una carnicería. Cerealis no había instalado el campamento junto a la ciudad, sino en la otra orilla del río. El enemigo llegó al despuntar el día, se acercó sin ser visto desde varias direcciones e irrumpió en el campamento creando una confusión absoluta.

—Tengo entendido —lo defendió Claudia con firme lealtad— que fue la valiente acción del general lo único que salvó la situación.

De modo que eso era lo que Gracilis decía...

—Indudablemente. —Mi oficio exige una gran capacidad para mentir con toda desfachatez—. Cerealis saltó de la cama sin coraza ni casco y encontró el campamento en plena confusión, la cabeza de puente tomada y la caballería en fuga. Alcanzó a los fugitivos, los obligó a volver, tomó de nuevo el puente demostrando un gran valor personal y se abrió paso otra vez hasta el campamento, donde reagrupó a sus hombres. Lo reconquistó todo y terminó la jornada destruyendo el centro de mando enemigo en lugar de perder el suyo.

—Entonces, ¿por qué tanto escepticismo?

Porque la otra opinión era que nuestras tropas habían sido conducidas de forma patética, tuve ganas de responder; el enemigo no debería en modo alguno haber llegado tan cerca sin ser detectado, el campamento había estado mal protegido, los centinelas estaban dormidos y el comandante se encontraba ausente en el momento

del ataque. Sólo el hecho de que los bárbaros se hubieran concentrado en el saqueo había evitado un desastre completo a nuestro ostentoso general.

Reprimí mi irritación y repliqué:

—¿Cómo es que el general no dormía en el campamento esa noche?

—Lo ignoro —respondió ella sin alterarse.

—¿Lo conocías en esa época?

—No. Lo conocí más tarde.

Así pues, Cerealis ya prefería las comodidades de una casa privada antes de su aventura con la mujer.

—¿Puedo preguntar cómo se inició vuestra amistad?

—¡Oh! El general vino de visita a Colonia Agripinense...

—¿Una historia romántica? —inquirí con una sonrisa.

—Una historia de la vida real, querido. —Imaginé que Claudia Sacrata no veía ninguna diferencia entre ofrecer sus favores y vender huevos.

—Cuéntamela.

—¿Por qué no? El general vino a agradecerme mi intervención en una acción que había debilitado al enemigo.

—¿Qué acción fue ésa? —Supuse que alguna intriga de burdel.

—Nuestra ciudad buscaba un modo de restablecer los lazos con Roma. Los consejeros de la ciudad ofrecieron entregar a la esposa y a la hermana de Civilis, junto a la hija de otro de los jefes, que habían sido retenidas como rehenes. Después, intentamos algo más útil. Civilis, aún confiado en sus fuerzas, tenía las esperanzas puestas en sus mejores tropas, guerreros frisios y de otras tribus que acampaban no lejos de aquí. Los hombres de la ciudad los invitaron a un banquete y les saciaron de excelente comida y bebida. Una vez estuvieron todos completamente embriagados, cerraron las puertas del recinto y le prendieron fuego.

Intenté no demostrar excesiva emoción.

—¿Una amistosa costumbre germánica?

—No es desconocida. —Lo más espeluznante era su desapasionado tono de voz.

—De modo que cuando Civilis supo que sus tropas de élite habían sido quemadas vivas huyó al norte y Petilio Cerealis entró en Colonia lleno de gratitud... Pero ¿cuál fue tu papel en todo esto, Claudia?

—Yo proporcioné la comida y la bebida para la fiesta.

Dejé la copa sobre la mesa.

—Claudia Sacrata, no me tomes por un entrometido pero... ¿puedo hacerte una pregunta...? —Aquella mujer extrañamente agradable pero insensible me estaba poniendo nervioso. Decidí cambiar de tema y pregunté—: ¿Cuál es la verdadera historia de la pérdida de la nave insignia del general?

Ella sonrió y no dijo nada.

Había sido otro incidente estúpido. Le conté lo que ya sabía por mis indagaciones. Después de un periodo infructuoso de campañas por el norte de Europa, dónde Civilis y sus bátavos se habían empeñado en una guerra de guerrillas en torno a las tierras pantanosas de su patria, dispuestos a eludir a Roma indefinidamente, Petilio Cerealis se había tomado un respiro (su medida estratégica favorita) y había salido a inspeccionar unos nuevos cuarteles de invierno en Novaesio y Bonna, con la intención de regresar al norte con una flotilla naval, que se hacía indispensable. Sin embargo, volvió a fallar la disciplina; una vez más sus centinelas fueron descuidados. Una noche oscura, los germanos se infiltraron, cortaron las amarras y sembraron el pánico mientras nuestros hombres se debatían bajo las tiendas hundidas y corrían por el campamento medio desnudos y aterrorizados. Los soldados no tenían quien les dirigiera porque, por supuesto, Cerealis se había escabullido de su puesto.

—Entonces, el enemigo se llevó la nave insignia, convencido de que el general estaba a bordo.

—¿Se equivocó! —asintió Claudia con un ronroneo.

—¿Dónde estaba Cerealis? ¿Durmiendo fuera del campamento otra vez?

—Evidentemente.

—¿Contigo, como asegura la gente? —Empezaba a costarme un gran esfuerzo imaginar tal cosa.

—No esperarás que te responda a eso.

—Entiendo.

Estaba con ella.

—Has dicho que tus investigaciones no tienen nada que ver con Petilio. Entonces, ¿a qué vienen tantas preguntas sobre asuntos ya pasados?

Al parecer estaba llevando las cosas más lejos de lo que ella deseaba.

—Me encantan las reconstrucciones detalladas y realistas. —Tenía la esperanza de que mi interés por Petilio pareciera constituir una amenaza para él de modo que Claudia intentara desviarlo con la información que yo buscaba en realidad. Sin embargo, la mujer era más dura de lo que parecía. La impresión inicial de superficialidad ocultaba un sentido comercial muy agudo—. ¿Qué sucedió con la nave insignia, finalmente?

—Al clarear el día, los rebeldes zarparon en las embarcaciones romanas. Y se llevaron la nave insignia a su territorio para regalársela a su sacerdotisa.

—¿Veleda! —dejé escapar un silbido grave—. Ello significa que si Cerealis estaba contigo esa noche le salvaste la vida.

—Sí —confirmó ella con orgullo.

—Si hubiera estado a bordo —como era su deber, pensé— su destino habría sido horrible. Nadie ha vuelto a tener noticias del último oficial romano que los rebeldes enviaron a Veleda.

—¡Terrible! —asintió ella con un ademán convencional de condolencia.

—Ésa es mi misión —le confié—. Ese oficial era un legado legionario. Tengo que averiguar, para el emperador y para su familia, qué cruel destino le sobrevino. A él dudo mucho que lo conocieras; estaba destinado en Velera, muy lejos de aquí...

—¿Munio Luperco? —exclamó, sorprendida—. ¡Oh, en eso te equivocas, querido! —continuó imperturbable—. ¡Conocí a Munio muy bien!

XXXVI

Tomé aire e intenté cambiar de postura sobre los cojines, pero éstos me atraparon con embarazosa succión. Cuando Claudia Sacrata le decía a un hombre que se pusiese cómodo, pretendía que no pudiera levantarse del diván sin la ayuda de alguien.

Me había presentado en la casa de una mujer que conocía a todo el mundo. Allí se producía un goteo de nombres igual que gotea el agua en torno a una fuente. Y el lenguaje común era el chismorreo. Me encontraba sentado, con las nalgas doloridas, en el centro de una tela de araña social que podía estar anclada a cualquier punto de Europa.

—¿Conocías a Luperco? —exclamé con voz ronca. No me gusta ser repetitivo, pero no estaba en situación de apelar a una oratoria más refinada.

—Un hombre muy agradable. Muy auténtico. Muy generoso.

—¡Seguro que sí! Tienes un círculo de amistades muy amplio...

—En efecto. La mayoría de los altos oficiales que vienen de Roma pasa por aquí en una ocasión u otra —afirmó con satisfacción—. Soy famosa por mi hospitalidad.

Así era como lo llamaba...

—¡Una mujer influyente! —comenté. Para mi siguiente pregunta, empleé un tono de voz despreocupado—: ¿Qué me dices del comandante de la legión Decimocuarta Gémina?

Su respuesta no fue la que esperaba.

—¿Te refieres a Prisco? —dijo—. ¿O al nuevo, ese Gracilis? Aparentemente, los dos habían colgado sus corazas en los percheros de aquella casa.

—El nuevo.

—He tratado con él un par de veces.

—¿Un hombre agradable...? —apunté sin poder contenerme.

—¡Oh, mucho! —Por suerte, Claudia Sacrata no captó el sarcasmo. Su sentido del humor, suponiendo que lo tuviera, sería espontáneo y directo, en lugar de retorcido y mordaz como el mío.

—¿Te ha visitado Gracilis recientemente?

Además de las otras actividades a que se dedicara en aquella casa (y era mejor no hacer suposiciones al respecto), Gracilis debía de haber efectuado las mismas preguntas que yo. Claudia Sacrata respondió con un guiño de complicidad que me resultó casi insoportable.

—¡Ya lo creo!

—Supongo que tendría una buena excusa para presentarse aquí, ¿no?

Ella respondió con una risa sin atractivo y advertí que le faltaban varias piezas dentales.

—Mencionó algo acerca de una cacería...

—¡La vieja excusa...!

—Bueno, creo que hablaba en serio, querido. Lo acompañaba un grupo de galos.

¿Galos? Ya tenía suficiente con los germanos. Esa nueva complicación era más de lo que deseaba en aquel momento en que mi cabeza estaba demasiado aturdida a causa del vino aromático.

—¿Sabes qué planes tenía? —Además de estorbarme en la búsqueda de Civilis y de Veleda, por supuesto.

—Perseguir jabalíes, creo.

Probé otro plan de acción:

—En Moguntiaco hay gente preocupada por lo que pueda haberle sucedido a su esclavo ayuda de cámara. ¿Sabes si ese esclavo, Rústico, ha acompañado a su amo en esta cacería gala para que siempre vaya bien atildado tras la lanza?

—Gracilis no llevaba con él a nadie parecido.

Decidí no hacer más preguntas sobre el detestable legado de la Decimocuarta. Sólo conseguiría encontrarme tras la pista de un miserable esclavo huido que, sencillamente, podía haber visto en la ausencia de su amo una oportunidad de huir.

Me di por vencido con una sonrisa. Claudia se mostró satisfecha de comprobar que me había derrotado. Tan satisfecha que se dignó añadir:

—Esos galos corrían con todos los gastos.

—No me gusta ser tan explícito pero ¿me estás diciendo que ellos se encargaron de pagar la cuenta de la visita de Gracilis a tu casa?

Era preciso que confirmara aquel detalle. Claudia Sacrata asintió sin abrir la boca.

Por fin tenía atrapado a Gracilis. Si el legado de la legión Decimocuarta Gémina estaba dejándose enredar con sobornos tan vulgares, Vespasiano borraría su nombre de las listas de oficiales en menos de lo que tarda uno en parpadear.

—¿Quiénes eran esos galos?

—Un grupo de alfareros —respondió Claudia.

Me pregunté por qué habría decidido la mujer informarme sobre este cliente en particular. ¿Por rivalidad germana con los galos? ¿Porque le molestaba la manera descarada en que sus servicios habían sido contratados como parte de un soborno? Decidí que la causa era la falta de honradez comercial. Como buena mujer de negocios, Claudia odiaba visceralmente los fraudes.

—No te molestaré insistiendo en el asunto. Escucha, estamos hablando de Munio Luperco. La guerra tuvo lugar hace mucho tiempo y estoy tratando de encontrar pistas. Incluso me encuentro ante la perspectiva de tener que cruzar el Rin para seguir sus pasos como prisionero. Esa útil red de contactos tuya no se extenderá a la otra orilla, ¿verdad? ¿No habrás conocido a la profetisa...?

—¿A Veleda? —replicó Claudia Sacrata—. ¡Claro que la conozco!

Debería haberlo imaginado. Un leve tono de exasperación tiñó mi voz:

—¡Pensaba que vivía incomunicada! He oído que tiene su casa en la copa de un árbol, y que incluso los embajadores que acudieron a verla desde Colonia para negociar con ella tuvieron que enviarle sus mensajes por intermedio de los hombres de la familia.

—Exacto, querido.

Una idea terrible cruzó por mi mente.

—¿Tú formaste parte de esa embajada?

—Desde luego —asintió ella—. Esto no es Roma, Marco Didio. —Tenía toda la razón. Era evidente que a las mujeres germanas les gustaba estar al frente de las cosas. Una idea aterradora, para un joven romano de educación tradicional. Mis valores hacían que me sintiese escandalizado... pero también estaba fascinado—. Tengo una buena posición en la ciudad, Marco Didio. Soy muy conocida en Colonia.

No me costó deducir cuál era la razón de su prestigio: el rasero universal del dinero.

—¿Eres una mujer rica?

—Mis amigos han sido amables conmigo. —De modo que había logrado conseguir buenos pellizcos de algunas abultadas cuentas bancarias del Foro—. Ayudé a escoger los regalos para Veleda y proporcioné algunos de ellos. Después me apeteció ver tierras extranjeras, de modo que viajé con los embajadores.

Claudia era, pues, tan terrible como Xanto. El mundo debe de estar lleno de intrépidos idiotas que buscaban contagiarse de alguna exótica y letal fiebre de las marismas.

—Déjame adivinar... —Se me escapaba la sonrisa, muy a mi pesar—. Los hombres se vieron obligados a seguir estrictamente las reglas que garantizan la santidad de Veleda; tú, en cambio, conseguiste con artimañas tener un encuentro con ella de mujer a mujer, ¿no es así? Supongo que esa sacerdotisa venerada ha de bajar alguna vez de la torre, aunque sea para... para lavarse la cara, digamos.

El eufemismo parecía encajar en la atmósfera discreta de la casa de Claudia, dónde Júpiter, guardián de los extraños, debía de tener trabajo a destajo para proteger a tantos hombres desesperados por encontrar una frase que les permitiese preguntar cortésmente dónde está la letrina.

—Hice cuanto pude por ella —explicó Claudia con expresión entristecida—. Imaginarás la vida que lleva la pobre mujer: sin conversar con nadie, sin tratarse con nadie... Los hombres que la protegen son un hatajo de idiotas y Veleda tenía una necesidad terrible de hablar con alguien. Y antes de que digas nada, querido, debes saber que me preocupé de preguntar por Luperco. Nunca me olvido de mis hombres si encuentro la ocasión de hacerle un favor a alguno.

Aquello me irritó.

—¡La muerte de un hombre en territorio extranjero no es tema para chismorreos!

¿Fue Luperco objeto de vuestras risas en esos bosques de los brúcteros? ¿Te contó Veleda qué había hecho con él?

—No —replicó Claudia tajantemente, como si acabara de insultar su condición femenina.

—¿No es apto para oídos civilizados? ¿Qué le hizo, pues? ¿Colgar su cabeza en alto a modo de linterna, rociar con su sangre el altar privado donde oficia y enterrar sus testículos entre el muérdago?

Roma, horrorizada por una vez ante unas prácticas aún más bárbaras que las que ella utilizaba, había prohibido tales ritos en la Galia y en Britania. Pero esto no protegía a los atrapados fuera de nuestras fronteras.

—Veleda no había visto al prisionero —replicó Claudia.

—¿Acaso Luperco no llegó a la torre?

—No. Le sucedió algo por el camino.

¿Algo peor de lo que le esperaba si hubiese llegado?

—¿Qué?

—Veleda no lo sabía.

—Seguro que mentía.

—No tenía ninguna razón para hacerlo, querido.

—¡Evidentemente, es una buena chica! —Esta vez dejé que mi ironía rechinara con ferocidad.

Claudia me miraba con una mueca de desagrado. Cuando volvió a hablar, había en su voz un asomo de queja.

—Te he dedicado bastante tiempo, Marco Didio.

—Lo aprecio mucho. Ya estoy terminando. Sólo una cuestión más: ¿has estado alguna vez en contacto con Julio Civilis?

—Nos presentaron hace tiempo, antes de todos estos sucesos.

—¿Dónde está ahora?

—Lo siento, querido. Tenía entendido que había vuelto a La Isla.

Por primera vez, su respuesta me sonó a falsa, y llegué a la conclusión de que la mujer sabía algo. También comprendí que presionar a Claudia Sacrata una vez que había decidido cerrar la boca era demasiado arriesgado para mí. Su aspecto era el de una bola de plumón, pero tenía una voluntad formidable. Además, mis indagaciones habían topado con un inmovible sentido de clan.

Era inútil, pero lo intenté de todos modos.

—Civilis ha desaparecido de La Isla. Es posible que haya tomado otra vez hacia el sur con la esperanza de restablecer su anterior predominio. He oído que volvía a estar entre los ubios y los tréveros —apunté, basándome en datos fidedignos— y creo que puede ser verdad. Su familia vivía en Colonia.

—Eso era cuando Civilis estaba vinculado a las legiones romanas.

—Tal vez, pero conoce esta zona. ¿Se te ocurre dónde puedo hacer indagaciones?

—Lo siento, pero no —repitió Claudia Sacrata. En aquel momento, yo era un romano que había dejado de ser buen chico.

Estábamos terminando la entrevista. El buen carácter de Claudia quedó reafirmado cuando me preguntó de nuevo si había algo que pudiera hacer por mí. Le dije que me estaba esperando una novia que creía que había ido hasta la esquina a buscar una cesta de panecillos.

—¡Estará impaciente! —dijo Claudia con gazmoñería. Ella proporcionaba consuelo a hombres casados alejados de casa, pero ser causa de una ruptura de relaciones era un asunto que la ofendía profundamente—. Debes volver enseguida.

Me acompañó hasta la puerta. Era una gentileza del establecimiento. Sin duda, cuando a quien despedía era a un general, a Claudia le gustaba que los vecinos vieran la púrpura; en esta ocasión, el visitante vulgar que había recibido los dejaría mucho menos impresionados.

—Entonces, ¿cómo puedo encontrar a Veleda? —pregunté.— Lo único que sé de ella es que vive entre los brúcteros, una tribu remota.

—Soy un desastre en geografía. Cuando estuve allí, viajamos por río. —Se refería al río Lupia.

—¿Y Veleda vive en el bosque? —Sabía que así era, pero cuando lo pensé me produjo un escalofrío. Veleda vivía en la zona a la que toda Roma odiaba referirse, donde las esperanzas romanas de controlar a las tribus orientales se habían derrumbado tan horriblemente—. ¿En el bosque de Teutoburgo? ¡Ojalá fuera en cualquier otro lugar! ¡En cualquiera, menos en ése!

—¿Estás pensando en Varo? —Por un loco instante pensé que iba a decirme que Quintilio Varo y todos los hombres de sus tres legiones perdidas habían frecuentado su casa. Claudia Sacrata era madura, pero no tanto—. Los germanos libres todavía se enorgullecen de Arminio.

Y seguirían haciéndolo durante mucho tiempo. Arminio era el caudillo que había destruido Varo, el que había liberado Germania del control romano y al que Civilis, ahora, intentaba abiertamente emular.

—Ten cuidado, Marco Didio.

Lo dijo como si necesitara una trepanación, un agujero taladrado en el cráneo para aliviar la presión de mi cerebro.

XXXVII

—Has estado fuera mucho rato —refunfuñó Helena. Le expliqué lo sucedido. Me pareció mejor hacerlo, por si alguien del amplio círculo de conocidos de Claudia Sacrata en la ciudad le venía con el cuento más adelante. Helena decidió que me había esfumado premeditadamente—. Y has estado bebiendo, ¿no?

—Tenía que mostrarme sociable. Pero he rechazado los bocados que esa mujer suele servir a sus amigos romanos.

—¡Qué moderación! Tú no eres de los que se desenvuelven bien en los salones; ¿has sacado algo de mostrarte sociable?

—He oído algunos comentarios sensacionales. La mujer me ha confirmado que Florio Gracilis me lleva un paso de ventaja en la búsqueda de los cabecillas rebeldes. Gracilis también está metido hasta el cuello en la venta de favores y lo disimula con la excusa de una cacería otoñal. Sospecho que el único dato útil que esa mujer conoce es el posible paradero de Civilis, y ha sido el único que se ha reservado deliberadamente.

—¿Qué se ha hecho de tu capacidad de persuasión?

—Encanto, no tengo nada que ofrecer a una mujer que está acostumbrada a ser objeto de atenciones por parte de hombres con sueldos públicos de primera clase.

—¡Entonces, estás perdiendo tus facultades! —respondió Helena con voz más enérgica de lo habitual—. Por cierto, ya he ido por el pan. Supuse que habías acudido a alguna parte por trabajo y pensé que te olvidarías de traerlo. —Me ofreció un reconfortante bollo de harina integral y di cuenta de él melancólicamente. El efecto que produjo sobre el vino con especias de Claudia Sacrata fue insignificante. Seguía notándome ebrio, con esa sensación horrible que le asalta a uno cuando, además de bebido, se siente avergonzado—. Marco, he contratado a una asistente ubia para que me ayude cuando tengas que marcharte. Es una viuda. Ya sabes, las estrecheces... Tiene una hija de la edad de Augustinilla y espero que la chiquilla, que ha tenido una educación más estricta, sea una buena influencia para tu sobrina.

Yo no me sentía preparado para pensar en marcharme.

—Buena idea. El gasto corre de mi cuenta.

—¿Puedes permitirte?

—Sí.

Helena sabía que no era así y me dedicó una de miradas.

En aquel preciso instante, como para corroborar la información que acababa de darme, dos cabecitas asomaron tras la puerta y me observaron. Las facciones de ambas rivalizaban en fealdad: una era morena, con un moño alto y ojos como pasas; la otra, como una torta redonda de masa pálida y sin levadura. Las dos parecían inquietas. La de las coletas rubias preguntó a la morena del moño:

—¿Es él?

Capté en su voz un leve ceceo, un claro acento germano y una inteligencia unas seis veces superior a la de mi sobrina.

—Largaos de aquí o entrad como es debido —refunfuñé.

Las chiquillas entraron y se detuvieron a medio paso de mí, sacudiendo los hombros entre risillas. Me sentí como un hipopótamo en una destartalada casa de fieras (un hipopótamo con fama de lanzarse contra los barrotes en inesperadas acometidas).

—¿Tú eres el tío de Augustinilla, el que hace investigaciones?

—No, soy el ogro que se come a las niñas. ¿Y quién eres tú?

—Me llamo Arminia. —No me sentía de humor para soportar a unas chiquillas que llevaban nombres de heroicos enemigos de Roma. Arminia y Augustinilla seguían animándose entre ellas para ver si conseguían sacarme de mis casillas—. ¿Qué estás investigando en Colonia?

—Es un secreto de estado.

Las dos rompieron en chillidos.

—No le hagas caso —sentenció Augustinilla—. Mi madre dice que es incapaz de encontrarse su propio ombligo. En Roma, todo el mundo sabe que tío Marco es un fracaso absoluto.

Con aires de total superioridad, las niñas abandonaron la estancia cogidas de la mano.

—Veo que se llevan bastante bien —le comenté a Helena—. Es evidente que entre chiquillas insoportables no existen barreras éticas. Así pues, ahora no tenemos una sola chiquilla incontrolable, sino dos, para estorbarnos.

—¡Oh, Marco, no seas tan pesimista!

Las cosas continuaron por el mal camino. El hermano de Helena se presentó en nuestro pabellón de huéspedes. La visita de Justino había sido muy bien acogida, pero llegaba casi con una semana de antelación. Su perro salió a recibirlo loco de alegría; después, volvió a entrar corriendo y vino a mearse en mis botas.

Antes de despedirnos de Justino en la fortaleza de Moguntiaco, habíamos convenido en que nos seguiría hasta Colonia y llevaría con él al buhonero Dubno, a quien deseaba emplear como guía en territorio de los brúcteros. Se suponía que el joven tribuno mayor nos seguiría sólo después de intentar convencer a su legado de que le proporcionase una escolta que me acompañara al otro lado del río. Habíamos calculado que la decisión sobre este punto retrasaría a Justino, de modo que me quedé perplejo al verlo aparecer allí cuando aún no llevábamos un día en la ciudad.

—¿Qué significa esto? Para haber llegado tan pronto tu nave debe de haber remado todo el trayecto a doble ritmo. Tribuno, odio las sorpresas. Pocas veces traen buenas noticias.

Justino adoptó un aire tímido y manso.

—Llegó una carta para Helena y pensé que debía entregársela cuanto antes.

Entregó la misiva a su hermana. Tanto Helena como yo reconocimos el pergamino y el sello de palacio. Justino, evidentemente, esperaba que ella rompiera el lacre enseguida, pero Helena dejó el documento en su regazo con una expresión arisca. Una expresión parecida, probablemente, a la que cubría mi rostro.

—La llegada del mensaje causó un revuelo considerable en la fortaleza —protestó Justino al ver que su hermana no mostraba interés por abrirlo.

—¿De veras? —replicó Helena con su particular tono de gélido desdén—. Normalmente, no doy parte a nadie de mi correspondencia privada.

—¡Es de Tito César!

—Ya lo he visto.

La expresión de Helena se hizo testaruda. Por gentileza hacia su hermano, intervine para decir:

—Tu hermana ha estado aconsejándole respecto a un problema con su anciana tía. Helena me lanzó una mirada que habría despellejado a una comadreja.

—¡Ah...! —Justino captó la tensión en la atmósfera y tuvo el tacto de aceptar mi comentario mordaz—. Será mejor que os deje ahora, Marco Didio. Necesito un baño. Ya hablaremos con calma en otro momento. Me alojo en el fuerte de la flota del Rin.

—¿Has podido conseguirme la escolta?

—Te han asignado un centurión y veinte hombres. Me temo que sean bastante inexpertos, pero ha sido lo mejor que he logrado sacarle al legado. Le dije que tu misión era oficial e incluso lo invité a tener un encuentro contigo pero, ya que eres un agente encubierto de palacio, prefiere mantenerse a distancia y dejar que te dediques a tus asuntos sin intromisiones.

Yo también habría preferido no intervenir en aquella misión.

—Un hombre a la antigua, ¿eh?

—Hoy en día no existe interés por las incursiones en la orilla oriental —explicó, dando a entender que Roma tenía suficientes problemas en el territorio que dominaba como para, además, provocar a las tribus del este.

—Me parece estupendo. Odio las formalidades. Dale las gracias. Agradezco todos los apoyos. ¿Has traído contigo a ese buhonero del que te hablé?

—Sí, pero te advierto que el tipo no deja de protestar ni un instante.

—No te preocupes. He cruzado la Galia con un barbero charlatán. Después de eso, puedo soportar cualquier cosa.

Justino besó a su hermana y desapareció con presteza.

Helena y yo permanecimos sentados en silencio, distantes. Pensé que, dadas las circunstancias, le correspondía a ella hablar primero. Pero, generalmente, Helena nunca reaccionaba como yo esperaba.

—Yo también te besaría —murmuré al cabo de unos instantes—, pero no me parece apropiado hacerlo con una carta del hijo del emperador descansando en tu regazo.

Ella no dijo nada. Deseé que se incorporara de un salto y quemase la misiva.

—Es mejor que abras ese documento, Helena —insistí con firmeza. Negarse a hacerlo habría incrementado aún más la tensión, de modo que sus dedos rompieron lentamente el sello—. ¿Quieres que salga mientras lo lees?

—No.

Helena era una lectora rápida. Además, para tratarse de una carta de amor era ridículamente breve. La leyó con cara inexpresiva; después, volvió a enrollar el manuscrito y lo retuvo entre su puño crispado.

—Qué pronto has terminado.

—Más parece un pedido de botas nuevas —dijo ella.

—Tito tiene fama de mal orador, pero un hombre de su posición debería, al menos, ocuparse de contratar a un poeta que le escribiera unos cuantos hexámetros de salutación a una dama... Yo lo habría hecho.

—Tú —murmuró ella con una voz tan calmada que me produjo escalofríos— escribirías esos hexámetros tú mismo.

—Por ti, lo haría. —Helena seguía muy calmada. No podía hacer nada por ella—. Me costaría unos cuantos miles de versos —continué arrullándola miserablemente—. Y quizá tendrías que esperar un par de meses a que terminase de pulirlos. Si yo te escribiera para pedirte que volvieras a mi lado, querría decírtelo todo...

No añadí nada más. Si Tito acababa de ofrecerle el Imperio, Helena Justina tendría que pensárselo. Era una mujer muy cauta.

Intenté convencerme de que, fuera cual fuere la propuesta de Tito, al menos por el momento no podía tener carácter oficial. Si estaba haciéndole una proposición en serio, sus respectivos padres estarían negociando. Incluso entre emperadores —sobre todo entre emperadores—, aquellos asuntos debían seguir un procedimiento.

Helena levantó la mirada bruscamente.

—No te preocupes —me dijo. Siempre hacía lo mismo. Cuando surgía algún motivo para que me preocupara por ella, Helena intentaba evitarlo mostrándose preocupada por mí—. No va a suceder nada, te lo prometo.

—¿Te ha hecho su pregunta el gran hombre?

—Marco, tan pronto le responda...

—No lo hagas.

—¿Qué?

—No le respondas.

Si me ocurría algo malo, al menos Tito César cuidaría de ella. Así, a Helena no le faltaría nada. Y el beneficio para el Imperio sería inmenso. Un César que reinara en

unión con Helena Justina podría alcanzar hitos incomparables. Tito lo sabía, y yo también.

Era necesario liberarla de sus compromisos conmigo. Habría quien diría que una vez que alcanzase la Germania Libera tenía la obligación de desaparecer en los bosques. En los raros momentos en que contemplaba los intereses de Roma, hasta yo mismo llegaba a pensar tal cosa.

Helena era desconcertante. En lugar de preguntar qué quería decir con aquello, se levantó, avanzó hasta mí y se sentó en silencio a mi lado, tomándome de la mano.

Ella lo sabía, por supuesto. Sabía cuánto la quería. Incluso mientras estuviese cruzando la Estigia hacia el Hades, me resistiría al barquero y trataría por todos los medios de hacerle cambiar el rumbo para regresar junto a ella. Ahora, lo único que me guiaba era asegurar su futuro por si yo no estaba.

Helena también sabía lo demás. Cruzar el río sería una peligrosa estupidez. La Historia estaba contra mí. Las tribus libres eran enemigas implacables de todo lo romano y yo, por mi experiencia en Britania, conocía el trato que los celtas dispensaban a sus adversarios. Debía dar por seguro que si era capturado me negarían la inmunidad diplomática. Mi cráneo sería clavado en la punta de una lanza a la entrada de un templo. Lo que hicieran con el resto de mí antes de cortarme la cabeza sería probablemente más degradante y doloroso de lo que me atrevía a imaginar. No pregunté a Helena cuánto sabía de todo aquello, pero era una mujer instruida y una ávida lectora.

Al enamorarme de Helena Justina me había prometido a mí mismo que no volvería a ponerme en grave riesgo. A lo largo de mi vida había pasado por gran número de situaciones apuradas, la mayor parte de las cuales ni siquiera le había insinuado. Pero los hombres crecen y aprenden que también cuentan otras cosas. Helena podía intuir que tenía a mis espaldas una carrera espantosa, pero estaba convencida de que, al declararle mi amor, había puesto fin a mis días de aventurero.

Nadie podía echarle la culpa, pues yo mismo me había convencido de ello. En cambio, en aquel momento producía la impresión de uno de esos chiflados para quienes el peligro se convierte en una adicción. La posición de Helena parecía tan sombría como si se hubiera unido a un bebedor o a un mujeriego: debía de haberse convencido de que todo cambiaría bajo su influencia, pero ahora comprobaba que nunca lo conseguiría...

Sin embargo, yo sabía que esta vez las cosas eran distintas. Aquél era sólo un último intento por obtener de parte del emperador una recompensa abultada, con el único fin de poder conseguir su mano.

La última vez, la definitiva... Supongo que todos los locos se dicen lo mismo.

—Ánimo —me dijo con gestos enérgicos—. Ven conmigo, Marco. Vamos a darle a Claudia Sacrata otro escándalo para su archivo. ¿Qué te parece presentar tu hija de

senador favorita a la amante del general?

XXXVIII

En el perchero del vestíbulo había una capa escarlata. Helena y yo nos miramos, conteniendo la risa. Claudia Sacrata salió a recibirnos. En esta ocasión lucía una guirnalda ladeada y un vestido en tonos pepita de melón y hollejo de uva. Una buena capa de pintura mercúrica le proporcionaba el aspecto radiante que las mujeres creen que los hombres toman por juventud y lozanía (y así sucede, en muchos casos). Del interior de la casa nos llegó el sonido de unas flautas de pan cuyas notas se acallaron bruscamente cuando alguien cerró una puerta. Claudia nos condujo a otra sala. Cuando volvió a dejarnos solos un momento, Helena murmuró:

—Parece que hemos sorprendido a un alto oficial con los ganchos del peto sueltos.

—Aprovecha la oportunidad. No creo que vayamos a estar aquí mucho rato.

—¿Dónde ha ido esa mujer? ¿Habrà vuelto junto al hombre con una novela griega para que vaya leyendo mientras nos atiende?

—El fulano quizá está escabulléndose por la puerta del jardín con una sola espinillera puesta... ¿Te he contado alguna vez lo que explica mi amigo Petronio? Cada vez que hace una redada en un burdel, descubre al edil que otorga los permisos para tales locales escondido en un cesto para las sábanas. Esos personajes importantes que se las dan de moralistas son incorregibles.

—Supongo que las tensiones del cargo hacen que ese tipo de terapia sea necesaria —dijo Helena Justina desapasionadamente. En una época de su vida había estado casada con un edil. Deseé que el hombre hubiera pasado todo su tiempo libre dentro de un cesto para las sábanas y no junto a ella.

Claudia Sacrata regresó.

—He traído a alguien que se muere por conocerte —le dije, y procedí a presentarle a mi aristocrática acompañante. Por muy altos que fueran los cargos de los visitantes masculinos que recibía, aquella era la primera vez (y probablemente sería la única) en que la hija de un senador entraba en su casa. Por semejante trofeo, Claudia nos habría permitido interrumpir incluso a su general.

Helena se había vestido con esmero, consciente de que su vestido blanco con bordados de ramitas con los brotes en flor, el maquillaje de sus mejillas, la orla de la estola, los aros de perlas que colgaban de sus orejas y el collar de ámbar que le había regalado harían furor entre la sociedad ubia durante la siguiente década.

—¡Qué chica tan encantadora, Marco Didio! —exclamó Claudia, tomando nota mental de la indumentaria. Helena le correspondió con una gentil sonrisa. Una sonrisa que también iba a triunfar en buen número de salones de Colonia.

—Me alegro de que le des tu aprobación. —Mi locuaz comentario me costó un puntapié de la bella sandalia con cuentas de cristal de la chica encantadora—. Tiene

su lado salvaje, pero la estoy domando poco a poco... Sin embargo, no juzgues los modales romanos por su conducta impetuosa. En Roma, las chicas son tímidas florecillas que tienen que pedir permiso a sus madres para cualquier cosa.

—¡Buen trabajo te espera! —confió Claudia a su señoría, al tiempo que me dirigía una expresiva mirada.

—Todos cometemos errores —asintió Helena.

Las dos mujeres estudiaron al objeto de sus comentarios burlones. Yo también me había atildado para escoltar a Helena por Colonia: túnica, cinto, botas con sus correspondientes guarniciones, capa y sonrisa descarada. Los mismos perifollos de costumbre.

Era evidente que nuestra anfitriona se preguntaba cómo una joven inteligente como Helena se había permitido caer tan bajo. Cualquiera podía apreciar que era sumamente refinada (una candidata ideal para encontrar la deshonra en un pórtico) pero profundamente sensata (por lo cual era extraño que no me hubiera despedido de una enérgica patada a través del arco triunfal más próximo).

—¿Estás casada, Helena? —inquirió Claudia, sin conceder el menor margen a la posibilidad de que Helena Justina lo estuviera conmigo.

—Lo estuve.

—¿Puedo preguntar...?

—Nos divorciamos. Es un pasatiempo popular en Roma —añadió Helena con tono ligero. Después, cambió de idea y añadió con franqueza—: Mi esposo murió.

—¡Oh, querida! ¿Qué le sucedió?

—Nunca he sabido los detalles. Marco los conoce.

No me gustó que me traspasara la pregunta. Helena se había mantenido calmada y ufana, como solía mostrarse en público, pero en privado el tema siempre la trastornaba. Con voz fría, expliqué a Claudia Sacrata:

—Hubo un escándalo político y se suicidó.

Mi tono de voz dio a entender claramente que no quería proseguir con el tema. La mirada de Claudia se hizo amenazadoramente penetrante, como si estuviera a punto de preguntar: «¿Con la espada o con veneno?», pero luego se volvió hacia Helena.

—Por lo menos, Marco se preocupa por ti —le dijo. Helena arqueó las cejas, depiladas hasta trazar dos finos arcos y muy probablemente teñidas, aunque el realce era delicado. Claudia Sacrata añadió con un siseo—: ¡Si le hago una pregunta más al respecto, es capaz de clavarme al techo con su lanza!

Helena hizo una demostración de cómo una mujer de buena cuna debía, sencillamente, ignorar las inconveniencias.

—Claudia Sacrata, tengo entendido que eres un pilar de la sociedad ubia. Y Marco Didio me ha dicho que eres su única esperanza de encontrar la pista de Civilis.

—Me temo que no he podido ayudarlo mucho, querida. —En aquel momento,

delante de Helena, Claudia Sacrata se lamentaba de ello, sin duda, pues deseaba ser considerada una benefactora pública—. Quien lo habría sabido era el hijo de su hermana, Julio Brigantico. Éste odiaba a su tío y siempre permaneció fiel a Roma, pero gracias a sus fuentes familiares siempre podía recurrirse a él para conocer dónde estaba Civilis.

—¿Podría Falco ponerse en contacto con él?

—No. Resultó muerto en la campaña de Cerealis por el norte.

—¿Qué hay del resto de la familia? —insistió Helena.

Estaba claro que Claudia Sacrata se había prendado de ella. Los detalles que antes me había negado afloraban ahora.

—¡Oh!, Civilis tenía un montón de parientes: esposa, varias hermanas, una hija, un hijo, una numerosa tropa de sobrinos... —Empecé a sentir cierta simpatía por aquel Civilis. La familia del bátavo parecía tan terrible como la mía: demasiadas mujeres, y los hombres a la greña unos con otros—. Pero no te dirán nada —continuó Claudia. En eso también me recordaban a mis familiares—. Muchos de ellos eran feroces partidarios de un imperio galo libre. En ocasiones, Civilis llegó a tener junto a él, tras las líneas, a su esposa y a sus hermanas, además de a las familias de todos sus oficiales, como hacían los guerreros antiguamente.

—¿Para una comida campestre? —pregunté en tono jocoso.

—Para que los animaran en el combate, querido.

—¡Y para evitar deserciones! —soltó Helena. La imaginé colocada en lo alto de un carromato en la retaguardia del ejército, gritando arengas que animaban a sus incompetentes soldados y aterrorizaban al enemigo—. ¿Vive toda esa parentela por aquí cuando no es utilizada como carne de lanza, Claudia?

—Vivía. Civilis y los otros cabecillas incluso se reunían en sus casas para trazar sus planes. Pero de eso hace mucho tiempo, cuando Colonia no quería saber nada de su revuelta. Actualmente, ningún miembro de su clan asoma la cabeza por aquí. Hay demasiado rencor. Civilis hizo que las tribus vecinas lanzaran incursiones contra los ubios, sus amigos tréveros sitiaron la ciudad y era conocida la determinación del propio Civilis de saquear Colonia.

—¿Dónde podría ir, entonces, si quería esconderse en esta región que conoce tan bien, pero evitar a los ubios, que lo entregarían a Roma sin pensárselo? —se preguntó Helena.

—No lo sé... Quizá entre los lingones, o más probablemente entre los tréveros. El jefe lingón... —Claudia soltó una risilla inesperada—. Es una historia muy divertida, se llamaba Julio Sabino y era un gran fanfarrón, aunque completamente espurio. Le gustaba afirmar que su bisabuela era una belleza que había seducido a Julio César.

—¡Cómo si fuera algo de lo que enorgullecerse! —exclamé.

—¿Perdón, querido?

—No me extrañaría que fuese verdad.

—¡Oh, Marco Didio! En cualquier caso, Sabino estaba lleno de pretensiones pero, tan pronto llegó Cerealis, se dejó llevar por el pánico. Prendió fuego a su casa de campo para dar la impresión de que se había suicidado y se escabulló. Eponina, su esposa, lo tiene escondido. Todo el mundo lo sabe, pero nadie dice nada. Nadie acaba de creerse que no reaparezca un día con el rostro enrojecido y con paja en los pantalones. De todos modos, tal como están las cosas, podría seguir oculto durante años. —Era una buena historia, en efecto, y me había proporcionado una clave interesante de las inquietudes que también debían de asaltar a mi presa, Civilis—. En cualquier caso, queridos, Civilis no querrá tratos con ese cobarde. Es más probable que comparta el pan con Clásico.

—¿Quién es ése? —inquirió Helena.

—Un caudillo de los tréveros. El que hizo que Colonia se pasara momentáneamente a los rebeldes. También ordenó la ejecución de alguno de los tribunos romanos de Moguntiaco por negarse a jurar fidelidad a la alianza germana.

—¿Conocías a esos tribunos?

—A un par de ellos.

Como siempre, Claudia adoptó una expresión impasible, aunque era probable que, en su fuero interno, lamentara el destino de sus jóvenes amigos. En aquella segunda visita, la había encontrado más envejecida y cansada de alternar.

—Lo siento, te he interrumpido.

—Bien, he citado a Clásico. Después de la victoria de mi general sobre los tréveros, el jefe de éstos volvió a su casa para responder de sus actos. Ahora vive retirado en su propiedad, que los romanos le han permitido conservar.

—Le prometimos que no habría represalias —confirmé—. Sabemos dónde está. Si da un paso en falso, quedará proscrito. Pero cabe preguntarse si se arriesgaría a quebrantar su palabra dando cobijo a Civilis.

—Abiertamente, no. Pero podría facilitarle un escondite en secreto. Sí —se convenció Claudia—, Augusta Treveroro es tu mejor territorio de caza, Marco Didio.

Quizá tuviera razón pero, ahora que me había decidido a investigar a Velea, el dato no me resultaba de gran utilidad. La capital de los tréveros quedaba a más de cien millas hacia el sudoeste, en plena provincia de Bélgica, mientras que mi ruta conducía muy lejos hacia el norte y hacia el este. Incluso Vetera, donde proyectaba iniciar las investigaciones, quedaba más cerca. Si Civilis rondaba por las inmediaciones de Augusta Treveroro, tendría que esperar un tiempo a que me presentase a perturbar la paz de su escondite.

Aunque en esta visita habíamos sonsacado más información a Claudia Sacrata, me di cuenta de que nuestra fuente se estaba secando.

—Has sido muy amable atendiéndonos, pero será mejor que nos marchemos ya.

La experiencia me dice que los rizos del peinado de Helena están a punto de deshacerse... —La nueva doncella de mi amada la había ayudado a crear un círculo de rizos que enmarcaba su rostro. Para ello habían utilizado unas tenacillas calientes y el olor a cabellos chamuscados se había extendido por la casa, provocando mi alarma.

—Es verdad —asintió Helena—. Y si tal cosa sucede voy a ser presa del pánico.

Mientras nos poníamos en pie, Claudia preguntó:

—Entonces, ¿dónde piensas ir ahora, Marco Didio?

—No me queda más remedio que hacer una incursión en la ribera oriental.

—La Germania Libera, cuyos guerreros siempre han sido considerados los más feroces del mundo —murmuró Helena.

—Espero que también tengan su lado sentimental —apunté con una leve sonrisa.

—Y las mujeres son peores —replicó ella.

—Estoy acostumbrado a las mujeres enfurecidas, querida.

Helena se volvió hacia Claudia.

—¿Qué edad tiene Veleda? —le preguntó.

—Es bastante joven.

—¿Es hermosa?

—Así debe de parecérselo a lo hombres —respondió aquella cortesana de legados y de generales, como si la simple belleza no tuviera ninguna importancia.

Nos acompañó hasta la puerta y advertí el brillo en sus ojos plateados al descubrir que Helena había acudido a su casa en una litera de madera de cedro. Con grandes aspavientos, ayudó a Helena a acomodarse en ella, arregló artísticamente su estola de seda y encendió nuestros candiles con una velita para que los vecinos pudieran ver la escena con detalle. Después, dio unas palmaditas en el hombro a la hija del senador y le murmuró:

—No te preocupes por Veleda. No es rival para ti.

—¡Pero no estaré presente! —le respondió Helena Justina con voz quejosa.

XXXIX

Cuando nos acercábamos a nuestra hospedería, dos pequeñas figuras escaparon a la carrera al amparo de las sombras. Eran mi sobrina y su amiguita. Probablemente, estaban acechando nuestro regreso, pero debían de haberse acobardado y habían salido huyendo. Las llamé con voz irritada, pero las pequeñas hicieron oídos sordos a mis gritos.

Justino había regresado. Todavía esperaba enterarse de qué decía la carta de Tito, pero Helena se negó otra vez a contárselo. Después, el muchacho nos comunicó que se había ofrecido voluntario para acompañarme hasta Vetera. Me pregunté si estaba realmente al tanto de toda la aventura, pero ni él ni yo mencionamos el asunto delante de Helena. Ella me llevó aparte y me encomendó con unas breves y enérgicas palabras que protegiese a su hermano; después, hizo lo mismo con éste y le encargó que cuidara de mí.

Las pequeñas estaban acurrucadas en un rincón.

—¡Vosotras dos, prestad atención a lo que voy a decir!: ¡las mujeres de mi familia no salen de casa después del anochecer!

Mis palabras provocaron las risillas de costumbre y fueron olvidadas de inmediato.

La viuda ubia, una mujer silenciosa que parecía bastante capaz, intentaba acostar a la pareja. Augustinilla empezó a lloriquear. Arminia estaba tan cansada como ella, pero aprovechó la oportunidad para observar el alboroto que estaba provocando su amiguita como si le asombrase ver a una niña tan mala. Contuve la irritación cuando Helena intervino, con enfado:

—¡Deja de gritar, Marco! No tiene sentido. Sólo se trata de una niña agotada, arrojada entre extraños y llevada muy lejos de su casa. Además, le duelen los dientes y se le ha roto la muñeca.

Mi sobrina tenía la cara sonrojada e hinchada, sin el menor atractivo, y a la muñeca de la que siempre iba agarrada le faltaba un brazo. Yo había tratado de evitar enterarme de aquello, pues antes prefería arrancarme una de mis propias muelas a tocar las de un niño. Por fortuna, Augustinilla se negó a abrir la boca para que le echase un vistazo.

—Estupendo, así me salvo de un mordisco. Será mejor que organicemos un buen funeral a la muñeca y la incineremos con elegancia.

—¡Calla, Marco! Augustinilla, tu tío Marco la arreglará. Pero tienes que darle las piezas para que pueda hacerlo.

—No será capaz. Es un inútil...

Emití un gemido por lo bajo. No soy totalmente insensible. Por lo menos, sentía lástima por la muñeca. Pero ya me había percatado de que el flácido objeto tenía

unas extremidades de terracota articuladas de un tipo que, sin duda, iba a ser un auténtico fastidio reparar.

—Lo intentaré... pero no me llames asesino si se desintegra. ¡Y si oigo a alguien decir: «Marco, eres todo corazón», me largo ahora mismo!

—¡Pensaba que te ibas a largar de todas formas! —replicó Helena con ferocidad.

—No, encanto. Todavía no tengo la autorización.

Reparar la muñeca me llevó hora y media, no exagero.

Justino había abandonado toda esperanza de mantener una conversación civilizada, y mucho más de cenar. Nos dejó muy pronto, entre juramentos apenas contenidos. Las niñas, sentadas en la cama y envueltas en mantas, me observaron con atención. Helena y la mujer ubia tomaron un bocado juntas y se abstuvieron de hablar, como si temiesen que en cualquier momento yo fuera a estallar en un acceso de furia irracional. Tomaban unos embutidos y tuve que declinar su invitación para no engrasarme las manos.

Como suele suceder, la articulación encajó en el hueco correspondiente con absoluta facilidad cuando menos lo esperaba. Todas las presentes se miraron como preguntándose a qué habían venido tantos juramentos y tanta pérdida de tiempo. Augustinilla me dirigió una mirada hostil, se llevó la muñeca a su mejilla sonrojada y se echó a dormir sin una palabra de agradecimiento.

Me sentía tenso y propuse a Helena salir fuera.

—Pensaba que las mujeres de tu familia tenían que estar encerradas antes del toque de queda.

—Necesito alejarme de la gente.

—Entonces, ¿por qué quieres que vaya? —Acaricié levemente su cuello y murmuré—: Tú tienes que estar conmigo.

Descolgué una lámpara y salí de la casa mientras Helena recogía las prendas que ambos vestíamos al llegar y me seguía.

—Gracias por lo de la muñeca —apuntó cuando la tomé de la mano mientras avanzábamos—. Ya tienes suficientes cosas en la cabeza...

—Resulta absurdo que arriesgue el cuello si no es por un mundo en el que los niños puedan creer que los magos les arreglarán siempre sus juguetes rotos.

El comentario sonó trillado, lo cual me reconfortó. No tiene sentido ser un héroe si uno no puede farfullar un poco de retórica banal.

—Y el diente le duele de verdad, Marco. ¿Te molesta si la llevo a una capilla de curaciones?

Le respondí que no, siempre que, una vez allí, hiciera todos los esfuerzos posibles para ahogar a Augustinilla en alguna fuente sagrada.

Dirigí nuestros pasos a lo largo de la orilla del río hasta dar con un jardín. Estábamos casi a mitad de octubre, pero capté el olor de unas rosas, aunque no

distinguíamos dónde estaban.

—Deben de tener algún rosal de doble floración, como esas rosas centifolias de Pesto... —Eché la cabeza hacia atrás e hice una profunda inspiración—. Me viene a la memoria otro jardín, Helena. Un jardín junto al Tíber donde una vez me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado...

—Hoy estás muy locuaz, Falco. —Abrigada sólo con un fino chal, Helena tiritaba. La atraje hacia mí para pasarle el brazo por los hombros y envolvernos los dos en mi capa. Ella estaba de un humor gruñón, a la defensiva—. ¿Qué hacemos aquí?

—Tienes que hablar conmigo.

—Sí, es verdad —reconoció ella—. Llevo toda la tarde intentándolo, pero no me prestas atención.

—He venido a escuchar. Te lo aseguro.

Derrotada por mi actitud absolutamente razonable, Helena suspiró.

—Gracias —dijo, y acto seguido sacó un brazo de debajo de la capa y señaló al otro lado del agua. El río era allí más estrecho que en Moguntiaco, pero aun así apenas podíamos distinguir la otra orilla en la oscuridad—. Mira allí, Marco. Es casi otro continente. Allí está la antítesis de todo lo romano. Pueblos nómadas. Dioses extraños en lugares apartados. Sin caminos. Sin fuertes. Sin ciudades, foros, baños públicos o cortes. Sin organización y sin autoridad alguna a la que apelar.

—Y sin ti —dije.

Estaba totalmente seguro de que iba a pedirme que no me marchara. Sí, debía de estar decidida a hacerlo. Pero, en lugar de ello, su mano encontró uno de los rosales y arrancó una flor para nosotros. Arrancar una rosa requiere cierta fuerza; Helena tenía sus momentos de violencia.

Compartimos la intensidad del aroma floral.

—Aquí estoy, señora. Sigo pendiente.

La vi chuparse el costado de uno de los dedos, donde se había clavado una espina.

—Claudia tenía razón. Tú me defiendes. Desde que nos conocimos, siempre has estado presente... tanto si quería como si no. Al principio incluso parecía que no te gustaba, pero ya entonces me estabas cambiando. Yo siempre había sido la primogénita, la hermana mayor, la prima mayor, la testaruda, la mandona, la sensata. Todo el mundo decía siempre: «Helena se cuida sola...».

Creí advertir adonde quería ir a parar.

—La gente te quiere, encanto. Tus amigos, tu familia, la mía... todos se preocupan por ti igual que yo.

—Tú eres la única persona de quien lo acepto.

—¿Es eso lo que querías decirme?

—A veces tengo miedo de que te des cuenta de cuánto te necesito. Me parece que

es pedir demasiado cuando me has dado tanto.

—Pide lo que quieras.

Yo todavía esperaba su gran petición de que no emprendiera el viaje. Debería haber sabido que no era aquello lo que diría.

—Sólo que te asegures de volver.

Lo dijo sin dramatismo. No era preciso responder. Por menos de nada habría mandado al emperador que envolviera su misión en hojas de parra y le pasara su carro triunfal por encima. Pero Helena habría aborrecido tal cosa.

Le dije lo hermosa que era y cuánto la quería. Ella, una joven justa y educada, me devolvió similares cumplidos. Después, cerré la cortinilla de lámpara para que Colonia Claudia Ara Agripinense (Ara Urbioro) no tuviese que saber que, en su bien construido muelle, un plebeyo con la posición social de un hampón de puerto se estaba tomando excesivas libertades con la hija de un senador.

XL

Partimos al día siguiente. Conseguí esquivar a Xanto pero Justino, que debería haber tenido mejor juicio, coló a bordo su odioso perro.

Una vez más, mi documento imperial nos había conseguido pasaje en una nave de la flota oficial. También descubrí que Justino equipaba las expediciones con todo detalle: traía caballos, tres tiendas de cuero, armas, provisiones y un cofre de monedas. Lo único decepcionante era la calidad de los soldados que formaban la escolta pero, acostumbrado como estaba a viajar solo en aquel tipo de misiones, no me quejé. Mi ánimo se elevó un poco cuando Justino y yo llegamos al muelle: el centurión que supervisaba el embarque de la expedición era Helvecio.

—¡Vaya, vaya! —exclamé con una sonrisa—. ¿Tú comandarás mi escolta? Pensaba que eras demasiado sensato para una empresa tan loca como ésta.

No fue la primera vez que captaba esa sombra de duda antes de oír su réplica:

—Por desgracia para ti, porque significa que tu escolta será un par de tiendas repletas de mis reclutas patizambos. —Era una mala noticia, pero algunos de los soldados podían haber oído nuestras palabras y, por lo tanto, teníamos que ser diplomáticos—. He intentado escoger los mejores.

Sin embargo, Helvecio me había traído un cesto de fruta madura que ya empezaba a enmohecerse.

—Todavía nos quedan cien millas de travesía —le dije al centurión—. Y tenemos mucho espacio en cubierta. Puedo ayudarte a darles un poco de instrucción complementaria. De ese modo, también yo me pondré en forma. Y podríamos tener un material bastante pasable para cuando desembarquemos en Velera.

El mismo asomo de apocamiento ensombreció su rostro.

—Entonces, ¿emprenderás la marcha desde Velera?

Sospeché que el centurión me tomaba por un simple turista más.

—No hay nada de extraño en ello. Empezaré desde el lugar del que partió Luperco.

—Muy atinado.

Su lacónica respuesta me convenció de que había estado hurgando en alguna tragedia personal.

Navegábamos hacia las grandes llanuras del Rin inferior. Hasta el río Lupia, la orilla derecha formaba el territorio de los tencteros, una tribu poderosa y una de las pocas de Europa, aparte de los galos, que hacían un uso considerable de los caballos. Habían sido firmes aliados de Civilis durante la rebelión, siempre dispuestos a cruzar el río para acosar a nuestros partidarios, en especial los de Colonia. En aquellos momentos se habían retirado de nuevo a la otra orilla. Aun así, siempre que el canal lo permitía nuestra nave se ceñía a la ribera izquierda.

Más allá de los tencteros vivían los brúcteros, de los cuales sólo conocía su legendario odio a Roma.

Como habíamos llevado con nosotros a Dubno, el buhonero, de vez en cuando le preguntábamos cosas de la orilla oriental, pero sus evasivas no hacían sino avivar nuestros temores. Dubno estaba ofreciendo una respuesta decepcionante a la atracción de la aventura y, con sus quejas constantes, más parecía considerarse un rehén que nuestro afortunado guía e intérprete. Nosotros también estábamos descontentos, sobre todo con él, pero dejé bien sentado que todos teníamos que tratarlo bien. Si pretendíamos confiar en él como guía, el buhonero debía convencerse de que contaba con nuestra comprensión.

Pasamos los días ejercitándonos. Lo llevamos a cabo como si se tratara de una actividad de ocio, pues era la mejor manera de tomarse las cosas. Sin embargo, todos sabíamos que estábamos endureciendo el cuerpo y preparando el ánimo para una aventura que podía costarnos la vida.

Camilo Justino ya me había confesado que tenía permiso de su comandante para acompañarme durante todo el recorrido. No hice ningún comentario. Probablemente, el legado había considerado que su joven subalterno había estado trabajando demasiado; también era probable que los dos hubieran tomado la expedición como una recompensa por su dedicación.

—¡Ya me extrañaba que nos hubieran aprovisionado con tan fabuloso cargamento de suministros! De modo que se debe a tu honorable presencia... Supongo que no le dijiste nada a Helena, ¿verdad?

—Exacto. ¿Crees que se daría cuenta?

—No lo sé pero, en cualquier caso, será mejor que le escribas desde Vetera.

—Lo haré. De lo contrario, nunca me perdonaría.

—Para ser más precisos, Justino, nunca me perdonaría a mí.

—¿Crees que pensará que fuiste tú quien me incitó?

—Es probable. Y no le gustará nada que los dos nos encontremos en peligro.

—Helena parecía muy preocupada por ti —comentó él—. Me refiero a tu intención de visitar a esa bruja de los bosques. ¿Su inquietud se debe a anteriores experiencias?

—¡Tu hermana sabe que cualquier insinuación de que he sucumbido a los encantos de Veleda es una falsedad! —Camilo Justino pareció desconcertado ante mi enfado. Al cabo de un momento, con un suspiro, añadí—: Bueno, ya conoces el método tradicional de tratar con una belleza mortal entre tus enemigos.

—Es una parte de las lecciones sobre estrategia que debo de haberme perdido —respondió Justino con considerable frialdad.

—Bien, te la llevas a la cama y le ofreces una noche de placer como jamás ha conocido. A la mañana siguiente, gracias a tu fabulosa herramienta y a tu brillante

técnica, esa belleza se echa a llorar y te lo cuenta todo.

—Tu sobrina tiene razón, Falco. Te lo inventas todo.

—Sólo es una leyenda.

—¿Alguna vez te ha sucedido? En tu vida pasada, por supuesto —añadió, en deferencia a Helena.

—¡Ja! La mayoría de las mujeres que yo conozco me diría: «¡No seas ridículo; lárgate y llévate esa herramienta insignificante!» —repliqué con humildad.

—Entonces, ¿por qué está tan preocupada mi hermana?

—Esa leyenda está muy arraigada —apunté—. Piensa en Cleopatra, en Sofonisba...

—¿Sofonisba?

—La hija de Asdrúbal y esposa del rey de Numidia. Era una mujer de singular belleza. —Exhalé un nuevo suspiro. Esta vez era el de un viejo—. ¿Cuánta educación han desperdiciado en ti? ¡Las guerras Púnicas, hijo! ¿Has oído hablar alguna vez de Escipión?

—¡Desde luego, no he oído nunca que el poderoso Escipión se acostara con princesas cartaginesas!

—Tienes mucha razón. Escipión era un general muy sabio. —Y también un romano gazmoño y puritano, añadí para mí.

—¿Entonces?

—Escipión se guardó muy bien de entrevistarse con ella. En su lugar, envió a la tienda de Sofonisba a su teniente, Masinisa.

—¡Quién tuviera la suerte de Masinisa!

—Tal vez. El teniente quedó tan impresionado que se casó con ella de inmediato.

—¿Y ese marido que tenía?

—Un detalle sin importancia. Masinisa estaba perdidamente enamorado.

—¿Quiere eso decir que la princesa fue ganada para nuestro bando?

—No. Escipión dedujo que era ella quien quería seducir a Masinisa para llevárselo al suyo, de modo que tuvo unas palabras con el teniente. Masinisa rompió a llorar, se retiró a su tienda y, luego, envió a su reciente esposa una copa de veneno. Su mensaje decía que le habría gustado consumir los deberes de un esposo pero, dado que sus amigos le habían aconsejado que no lo hiciera, allí le ofrecía al menos una alternativa para evitar ser arrastrada por las calles de Roma como cautiva.

—Supongo que, por fortuna para la Historia, la mujer engulló el veneno y Masinisa se redimió...

Era la respuesta de un muchacho.

Pero Helena me había leído en cierta ocasión la cortante respuesta de Sofonisba a su marido del día anterior: «Acepto tu regalo de bodas. No es inoportuno recibirlo de un marido que no puede ofrecer nada mejor. Sin embargo, habría muerto con más

satisfacción de no haberme casado tan cerca de mi muerte...».

Demasiado sutil para un tribuno, me dije. Incluso para uno que, según mi horrenda sobrina, tenía ojos sensatos. Pero ya aprendería.

Helena Justina, no es preciso decirlo, comprendía muy bien a Sofonisba.

Atrás quedaron las últimas tierras que había recorrido en mis anteriores andaduras por Germania. Ese límite estaba en Colonia Agripinense, donde la gran vía Claudia se desviaba hacia el oeste a través de la Galia hacia el puerto de embarque a Britania. Hasta aquel momento, las grandes fortificaciones de Novaesio y Vetera sólo habían sido nombres para mí. También era probable que hubiera leído en alguna parte los nombres de los puestos menores de Gelduba y Asciburgo, pero uno no puede acordarse de todo. Sin contar la Britania, aquellos fortines marcaban las fronteras del Imperio. Nuestro dominio en el norte nunca había sido muy persistente, y Roma sólo había podido mantener el control tras negociar unas relaciones especiales con los bátavos que habitaban en las marismas. Para restablecer nuestros puestos avanzados y la alianza con los bátavos como baluarte frente a los bárbaros pueblos orientales, sería precisa una acción diplomática extraordinariamente efectiva.

Una vez que los idus de octubre quedaron atrás, el tiempo cambió paulatinamente conforme avanzábamos hacia el norte. Anochecía antes y las noches eran perceptiblemente más oscuras. Incluso durante el día la luz dorada que había embellecido el paisaje en Moguntiacum menguaba y resultaba más mortecina. Una vez más, me sentí aterrado por la enorme distancia que teníamos que recorrer.

También el paisaje cambió lentamente. Perdimos de vista los riscos espectaculares y las islas de ensueño. A veces pasábamos por tierras de hermosas colinas, en las que podía encontrarse la partida de caza del legado de la Decimocuarta... si era cierto que andaba de cacería. A gran altura sobre nuestras cabezas, inmensas bandadas de gansos y otras aves cruzaban el cielo en plena migración. Su vuelo urgente y sus gritos solitarios contribuían a aumentar nuestra intranquilidad. Cuanta más inquietud mostraban los reclutas, más callado estaba el centurión. El buhonero fruncía el entrecejo. Justino estaba embargado por un sentimiento de romántica melancolía. Yo, sencillamente, me sentía deprimido.

Empezamos a percibir cada vez mejor la proximidad de los otros cursos de agua importantes que desembocan en el delta: el Mosa desde la Galia, el Vaculo formando un segundo brazo del Rin, y todos los tributarios, cada uno de ellos más largo y caudaloso que los ríos a los que estamos acostumbrados en Italia. El firmamento adquirió el tono plomizo del cielo encapotado del océano Britano, las aguas más peligrosas del mundo. En algunas ocasiones avistamos aves marinas. La vegetación ribereña de robles, alisos y sauces empezó a entremezclarse con extensiones de juncias y plantas de marisma. En aquellos tiempos no había una auténtica carretera militar que recorriera aquel paraje nórdico. A lo largo de nuestra orilla del río, la

población se reducía a esporádicos asentamientos celtas, muchos de los cuales conservaban cicatrices de la guerra civil y contaban con sombrías torres de vigilancia romanas como protección. En la otra orilla nunca se distinguía nada.

Una noche nos detuvimos en Novaesio, cuyo fuerte recién reconstruido bullía de actividad. Después, continuamos nuestra singladura dejando atrás la boca del Lupia, a nuestra derecha, y por fin recalamos en la ribera izquierda, en Velera.

Francamente, yo no tuve el menor deseo de desembarcar en aquel lugar. Y nuestro centurión Helvecio se negó en redondo a abandonar la nave.

XLI

El capitán de la embarcación había puesto todo su empeño en llegar a Vetera antes de que cayera la noche, pues no quería ser sorprendido en un amarradero provisional cuando el territorio a nuestro alrededor podía catalogarse de inseguro. Sin embargo, en el instante en que tocamos tierra ya había oscurecido; era el peor momento para llegar incluso a una fortificación sólida y segura. Habríamos podido quedarnos todos a bordo, pero el espacio era mínimo y los soldados estaban ansiosos por sentirse tras una muralla, sobre todo en un lugar tan afamado.

Para organizar el alojamiento tendríamos que ingeniárnoslas solos. Justino empezó a protestar al centurión, dispuesto a ordenarle que bajara la escalerilla.

—¡Déjalo! —le dije con sequedad.

—¡Por Júpiter...!

—¡Déjalo en paz, Camilo!

Helvecio estaba firme al otro extremo de la embarcación, contemplando con el rostro tenso la orilla opuesta del río.

—¿Pero por qué quiere...?

—Estoy seguro de que Helvecio tiene sus razones —lo tranquilicé. Acababa de caer en la cuenta de cuáles eran.

Saltamos a tierra y condujimos a los soldados hasta un sombrío edificio de registro; allí, tras darnos a conocer, nos indicaron dónde alojarnos. Sabíamos que el fuerte se hallaba a cierta distancia del río, de modo que nos sorprendió descubrir que estaríamos muy cerca del lugar donde había amarrado la nave. El alojamiento era una simple choza de madera, prácticamente en el muelle. Los soldados, que esperaban las comodidades propias de una base principal, murmuraron su decepción ante aquel extraño arreglo, y hasta el propio Justino pareció a punto de rebelarse. Cuando hubimos guardado el equipo, hice que todos se acercaran. La luz mortecina de una vela formó en nuestros rostros sombras extravagantes; todos hablamos en voz baja, como si fuerzas enemigas pudieran estar escuchándonos incluso en aquel enclave romano.

—Bueno, es un mal comienzo... Muchachos, sé que os preguntáis por qué no nos han permitido seguir la marcha e instalarnos en el fuerte. Los rebeldes bátavos deben de haber causado tal destrucción que ha sido preciso abandonarlo. Las tropas aquí destacadas viven en tiendas de campaña y en barracones provisionales mientras se selecciona un nuevo emplazamiento.

—¿Pero por qué no podemos refugiarnos tras los antiguos terraplenes de defensa?

—Por la mañana veréis cuál es la situación. Hasta entonces, emplead la imaginación. La gente permanece fuera del fuerte porque allí padeció y murió un sinnúmero de legionarios romanos. Seguid el ejemplo de las tropas destacadas aquí:

tratad el lugar con respeto.

—Señor, tengo entendido que las legiones de Vetera pactaron con el enemigo...

—Aquellos hombres no tenían el menor sentido del respeto. Ya se les pasaría por la mañana.

—No, soldado —esta vez fue Justino quien respondió. Había captado rápidamente mi intención y su voz era ahora paciente e informativa—. Las legiones de Vetera resistieron en circunstancias desesperadas. Si bien es cierto que parte de la fuerza de auxilio de Vocula vendió sus servicios al imperio galo, debemos tener presente que, desde aquí, daba la impresión de que el mundo entero había sido arrasado y que la Roma a la que habían prestado juramento ya no existía.

Al principio, los soldados respondieron a estas palabras con cierta ironía. La mayoría de ellos no sabía nada de historia reciente más allá de episodios locales como que los soldados de Vitelio habían matado una vaca en un pueblo a tres millas de allí. Pero, mientras Justino les hablaba, todos se aplacaron, como oyentes absortos en alguna historia de fantasmas de una saturnalia. El tribuno era un gran orador.

—Ahí arriba, la Quinta y la Decimoquinta sufrieron los peores tormentos. Es cierto que ejecutaron a un legado —se refería a Vocula—. Pero sólo se rindieron después de que Civilis los pusiese al borde de la muerte por hambre. A continuación, los legionarios fueron asesinados. A muchos los mataron mientras salían de la fortificación, desarmados. Algunos consiguieron refugiarse de nuevo en su interior y murieron allí cuando Civilis, enfurecido, la pasó a fuego. Esos hombres, hicieran lo que hicieran, pagaron por ello. El emperador ha decidido mantener limpia la reputación de esas legiones, de modo que ¿quiénes somos nosotros para llevarle la contraria? Escuchad a Didio Falco. Ninguno de nosotros puede juzgar a las tropas que estuvieron aquí, a menos que estemos seguros de lo que habríamos hecho nosotros.

Los reclutas eran un puñado de torpes, pero les gustaba que les hablaran razonablemente. Permanecieron en calma, aunque todavía fascinados.

—¿Por qué no ha querido bajar el centurión?

Justino me miró, buscando ayuda. Yo respiré lentamente y respondí:

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

La reacción de Helvecio me hacía suponer que ya había estado en Vetera anteriormente. Deduje de ello que, probablemente, el hombre pertenecía a una de las desafortunadas legiones germanas que Vespasiano había reubicado en otros destinos. Si estaba en lo cierto, Helvecio debía de ser uno de los contados supervivientes de la Quinta o de la Decimoquinta.

De haberlo sabido antes de zarpar, me habría cuestionado sus motivaciones para sumarse a la expedición; ahora, quedaba claro que llevábamos con nosotros a un hombre cuyas cicatrices mentales podían resultar peligrosas. Era lo último que

necesitaba. Pero con una escolta de sólo veinte muchachos inexpertos y con poca preparación, a lo que debía sumarse el que fuese Camilo Justino quien estaba al mando, el asunto no tenía remedio. Si apartaba a alguien de la expedición, no habría sustituto. Y podíamos necesitar hasta el último hombre.

Así pues, conservé conmigo al centurión. En el fondo, estaba contento con él. Se había presentado voluntario y creo que, aun cuando hubiese sabido lo que iba a suceder, habría escogido acompañarme.

XLII

Al día siguiente descargamos los caballos y montamos en ellos para la obligada visita a Vetera. La enorme fortaleza doble permanecía vacía, a excepción de los vestigios que confirmaban las peores informaciones. Máquinas de asedio que Civilis había obligado a construir a sus prisioneros. Plataformas derribadas que los defensores habían echado abajo arrojando piedras sobre ellas. La gran grúa artimedoria que alguien había conseguido concebir para arrojar al enemigo de las murallas mediante garfios. Las caras internas de los terraplenes excavadas en busca de raíces o gusanos que llevarse a la boca. Graves daños por obra del fuego. proyectiles incrustados. Torres hundidas.

El fuerte había sufrido un largo asedio y, finalmente, había sido arrasado mediante el fuego. Reconstruido por Civilis, Petilio Cerealis había vuelto a derruirlo. La zona había sido limpiada de cadáveres hacía ya un año, pero el olor rancio de la tragedia aún lo impregnaba todo.

Construimos un pequeño altar. Justino elevó sus brazos y rogó en voz alta por el alma de los que habían perecido allí. Supongo que la mayoría de nosotros añadió una breve oración por nuestro pequeño grupo.

A nuestro regreso, purificados, encontramos a Helvecio en la orilla, aunque me percaté de que evitaba dirigir la mirada hacia la carretera que se adentraba en el territorio. Estaba conversando con un soldado destinado en aquel lugar. Se nos planteaba un dilema: a pesar de los rumores que corrían más al sur, allí todo el mundo creía que Civilis se encontraba en su propio territorio, en algún lugar de La Isla.

Justino, Helvecio y yo tratamos el asunto.

—Podría deberse al viejo síndrome de «está en nuestro territorio» —apunté—. Ya sabéis, eso de convencerse de que un perseguido se oculta en la zona por el mero deseo de apuntarse el honor de capturarlo. Tengo un amigo que es capitán de las patrullas de vigilancia en Roma y comenta que, tan pronto oye decir «acaban de ver a tu hombre al final de esa calle», empieza a buscarlo de inmediato en el extremo opuesto de la ciudad. —Dije esto con la figura de Petronio Longo en mi mente. Echaba de menos al viejo truhán. Roma, también.

—El problema —argumentó Justino con cautela— es que si emprendemos la marcha hacia el este entre los brúcteros sin haber aclarado la cuestión, después no nos atreveremos a continuar hacia el norte. ¿Sabes qué sucederá si conseguimos hacer esa visita a Veleda? Que descenderemos el río Lupia tan aliviados de seguir con vida que todo lo que desearemos será volver a casa.

Aquél era ya mi deseo.

—¿Qué opinas tú, Helvecio? —inquirí.

—No me gusta lo de La Isla, pero estoy de acuerdo con el tribuno: es ahora o

nunca. Desde aquí, podemos incorporarla a nuestro itinerario; más tarde, el rodeo que deberíamos dar sería demasiado grande.

—¿Cómo es que conoces tan bien esta zona? —pregunté con voz suave.

—Puedes imaginarlo —respondió Helvecio.

El tribuno y yo evitamos mirarnos a la cara.

—¿La Quinta? —aventuré.

—La Decimoquinta. —Su rostro permaneció inexpresivo. La Quinta había salvado su reputación por muy poco, pero la Decimoquinta había roto su juramento de fidelidad de forma harto desesperada.

Justino insistió en mi anterior pregunta con sus modales corteses y pausados:

—¿Y bien? Cuéntanos.

—Me hirieron y fui evacuado durante la ruptura del asedio que siguió a la llegada de los refuerzos de Vocula. Estuve en el hospital de Novaesio hasta que también ésta fue atacada. Terminé gimiendo de dolor en una camilla de un puesto sanitario que habían improvisado a bordo de una barcaza en Gelduba. Allí permanecí durante todo el asalto final de Civilis sobre Vetera... y durante lo que sucedió después.

Las consecuencias eran evidentes y comprensibles: el superviviente se sentía culpable de que la mayoría de sus camaradas hubiera muerto. Incluso se sentía medio culpable de no haber jurado nunca fidelidad al imperio galo y de no haber perdido su honor con los demás.

—¿Estoy proscrito?

—No —declaró Camilo Justino—. Ahora perteneces a la Primera Adiutrix.

—Te necesitamos —añadí—. Sobre todo, si eres experto en el territorio.

—Soy más que eso.

—¿A que te refieres?

—He estado en el este.

Aquella afirmación me dejó perplejo.

—Cuéntanos, centurión.

—Llevaba cuatro años destinado en este agujero, Falco. Todo el mundo necesitaba un pasatiempo, porque nunca sucedía nada. Nunca me han atraído el juego ni las pandillas de amigos. En lugar de eso, desarrollé un gran interés por el viejo misterio de Varo. Leí la historia de cabo a rabo. De vez en cuando, desaparecía y me adentraba en terreno enemigo... sin permiso, por supuesto, pero entonces las cosas estaban más tranquilas. Sentía curiosidad por encontrar el lugar de la batalla; la idea de dar con él me tenía fascinado.

De modo que a eso venían sus referencias a llevar tribunos de cacería. A los soldados les gusta olvidar sus propios problemas reviviendo otras guerras. Siempre quieren saber qué sucedió de verdad a sus antecesores. ¿Fue consecuencia de la traición del enemigo o, sencillamente, un simple caso más de absoluta estupidez por

parte del mando?

—¿Y localizaste el emplazamiento? —inquirí.

—Tuve la certeza de encontrarme cerca. Muy cerca.

Nunca me han gustado los tipos obsesivos.

—Dubno lo conoce —le dije maliciosamente. Helvecio soltó un silbido, irritado—. ¡Olvídalo! —añadí con una sonrisa—. Ese misterio podemos dejárselo al exaltado Germánico. Déjalos que mientan, hombre; esa catástrofe incumbe a nuestros abuelos. Bastante tenemos con lo que nos ha mandado hacer Vespasiano; por el momento, mis planes no incluyen ninguna visita al bosque de Teutoburgo.

En cualquier caso, su expresión parecía mucho más satisfecha después de haber hablado del asunto. Más tarde, me dejé convencer de ir en busca de La Isla. Pero tan pronto iniciamos la marcha tuve la certeza de que sería una pérdida de tiempo.

También me di cuenta de que una vez que hubiéramos viajado hacia el norte, la ruta más lógica para regresar a los dominios de los brúcteros sería a través del bosque de Teutoburgo, con su fama siniestra.

Viajaríamos a caballo. La noticia causó un gran revuelo entre los reclutas. Júpiter sabrá para qué creerían que habíamos llevado con nosotros treinta monturas. Normalmente, las legiones van a pie, pero esta vez las distancias que teníamos que recorrer eran demasiado grandes. Además, nuestros muchachos no eran, precisamente, expertos en marchar días y días. De hecho, en conjunto parecían tal hatajo de inútiles que la mayoría de los soldados destacados en Vetera se reunió para vernos partir, impacientes por contemplar el escogido grupo de papanatas que me llevaba a la espesura.

Los reclutas semejaban un grupo de adolescentes: desaseados, perezosos, quejosos e insolentes, se pasaban todo el día hablando de gladiadores o de su vida sexual con una mezcla asombrosa de mentiras e ignorancia. Ahora empezaban a tener identidad. Lentulo era nuestro niño problemático. Aunque el muchacho era incapaz de hacer nada, Helvecio lo había traído porque había insistido mucho y porque tenía una cara deliciosa. También estaba Sexto, cuyos pies eran incluso más delicados que los del resto del grupo, lo cual significaba que, prácticamente, se le estarían pudriendo dentro de las botas. Y Probo, de quien estábamos convencidos de que jamás aprendería a marcar el paso más de dos zancadas seguidas. Y Ascanio, el muchacho de Patavio, cuyos chistes eran buenos pero absolutamente inoportunos. Y los otros: aquel cuyo acento rural nadie conseguía entender, el queapestaba, el que no caía bien a nadie, el de la nariz prominente, el «dotado», el que no tenía personalidad. Mi madre habría dicho que no se podía dejar a ninguno de ellos al cuidado de un puchero.

Claro que también lo decía de mí.

Al abandonar Vetera, parecíamos la caravana de un mercader de muy baja estofa

que emergiera del desierto nabateo tras quince días de tormentas. De los veinte reclutas, diecinueve no habían montado a caballo más de tres millas seguidas en toda su vida; el vigésimo era Lentulo, que jamás se había subido a nada que tuviese cuatro patas. Todos parecían tener la mirada vagamente extraviada, las orejas les sobresalían de las quijeras protectoras como los remos de una barca y las espadas parecían venirles grandes. Los caballos, aunque galos —lo cual debería haber sido una garantía—, formaban un grupo aún menos atractivo.

Justino y yo encabezamos el grupo con el aire más marcial posible, a lo cual no contribuían los agudos gañidos del perrillo del tribuno, que corría entre las patas de los caballos. En medio de la fila marchaba Dubno en su caballo enano patizambo, que llevaba cosido a la brida un juego de cencerros discordantes. Obligamos al buhonero a silenciarlos, pero las sordinas cayeron antes de que transcurriese la primera milla. Helvecio cabalgaba al final de todos, esforzándose por no perder contacto. Nos llegó su voz, maldiciendo con amenazadora rotundidad, entre el tolón de los cencerros.

Cerca del buhonero iba el criado de Helvecio, a quien le daba tan orgulloso derecho su calidad de centurión. El sirviente era un tipo tristón que cuidaba del equipaje y de la montura de su amo. Aunque todos los demás intentábamos continuamente hacernos con sus servicios, el hombre no hacía sino gimotearle a Helvecio que quería solicitar un traslado inmediato a Moesia (Moesia es un puesto sin ningún atractivo situado en el rincón más desolado del mar Euxino). Justino, por el contrario, no había traído séquito aunque su rango le concedía uno bastante numeroso. Según él, los peligros de nuestro viaje lo hacían injusto para los criados. ¡Vaya joven excéntrico! El trato justo nunca había constado en las condiciones de empleo de los esclavos de los senadores. Sin embargo, a pesar de su educación consentida, Justino era capaz de cuidar no sólo de sí mismo, sino también del perro.

Todos llevábamos coraza. Incluso yo, pues había conocido a un oficial de intendencia que me había buscado una de mi medida.

—¡De hecho, nos sobran bastantes! —me había dicho el oficial, un tipo calvo con cierto acento galo y un sentido del humor irónico y torcido que era uno de esos expertos amistosos del ejército. Resultaba evidente de dónde procedían sus fantasmales estantes llenos de equipo militar; algunas de las piezas aún iban marcadas con el nombre de los soldados muertos—. ¿Estáis seguros de ir con este equipo? ¿Por qué nos os vestís con ropas de caza y tratáis de pasar inadvertidos entre los árboles?

Me encogí de hombros, probando el familiar peso de la coraza y el ardor frío de las bisagras de la espalda a través de la túnica mientras sujetaba sobre mi pecho las placas de las clavículas y me ataba un pañuelo al cuello. Hacía mucho tiempo desde la última vez y dentro de la armadura me sentía como un cangrejo en el caparazón de una langosta.

—Es inútil disfrazarse —respondí—. En esas tierras todos los hombres son más altos y corpulentos, de tez blanca y bigotes tan enormes que podrían usarse para fregar el suelo. Veinte tipos chaparros de piel morena y ojos castaños con la barba afeitada serían reconocidos como romanos a varias millas de distancia. Desde el mismo instante que crucemos la frontera estaremos en peligro. Por lo menos, una coraza en el pecho y un protector en la entrepierna nos darán una grata sensación de falsa confianza.

—¿Y si encontráis problemas?

—Tengo un plan.

No hizo ningún comentario. Por fin, inquirió:

—¿Espada?

—Siempre uso la mía.

—¿Jabalinas?

—Hemos traído un cargamento. —Justino se había ocupado de ello.

—¿Espinilleras, entonces?

—Olvídalo. No soy ningún oficial amante de la elegancia.

—¿Un casco de bronce? —No puse reparos a que me equipara con uno de ellos—. Toma esto, también. —Depositó algo en la palma de mi mano. Era una pequeña pieza de saponita en la que había grabado un ojo humano acompañado de diversos emblemas místicos—. Las armas no te serán de mucha utilidad. En tales circunstancias, lo único que me resta por ofrecerte es la magia.

Un tipo generoso. Acababa de darme su amuleto personal.

Pasamos más días de lo que me preocupé en contar remando y chapoteando en los cenagales. La Isla debía de haber sido un lugar infecto antes de los problemas. Se trataba de un auténtico delta fluvial lleno de limos y de charras de agua salada. Había tantos cursos de agua que la tierra parecía una mera prolongación del mar. Un invierno crudo durante la campaña de Cerealis había provocado inundaciones aún mayores de lo habitual. Abandonada desde entonces por la población afectada, el terreno iba recuperándose muy lentamente. Tierras que deberían haberse cultivado permanecían empapadas. Civilis también había demolido deliberadamente la presa de Germánico con el propósito de devastar amplias zonas durante su resistencia final. Pensamos en Petilio Cerealis y sus hombres, luchando por mantener secas las patas de sus caballos, esquivando flechas y temporales en su chapoteante marcha en busca de tierras firmes bajo el acoso constante de los bátavos que intentaban atraerlos hacia las marismas para acabar con ellos.

Botadura, la capital de la región, había sido arrasada. Rebautizada ahora con el austero nombre de Noviomago, iba a ser reconstruida y dotada de guarnición. Vespasiano me había hablado de ello, pero sus palabras sólo cobraron sentido cuando nos encontramos entre las casas demolidas y observamos los penosos y fallidos

intentos de la población por resucitar la colonia viviendo bajo toldos y lonas junto a los cerdos y las gallinas de la familia. Con todo, las cosas debían de estar mejorando poco a poco, pues encontramos a unos ingenieros militares romanos que realizaban una inspección. Estaban en plena labor, relajados, discutiendo con unos consejeros locales sobre el modo de llevar allí materiales y operarios experimentados.

Durante la retirada de los rebeldes a su tierra de origen, Civilis había sido situado en Batavoduro y, a continuación, expulsado al corazón de La Isla. En su marcha, había quemado todo lo que se había visto obligado a dejar atrás. Las casas de campo que lograron escapar al fuego habían sido destruidas por nuestras tropas: todas, salvo las pertenecientes al propio Civilis, siguiendo la vieja estrategia de preservar la hacienda del líder para fomentar la cólera y los celos entre sus castigados seguidores, al tiempo que él jamás llegaba a encontrarse en el estado crítico de no tener absolutamente nada que perder. Seguimos su camino tierra adentro. La política de tierra quemada selectiva nos permitió ver la propiedad en la que deberíamos haberlo encontrado, pero Civilis había renunciado a sus campos anegados y a sus chozas bajas. Ya no vivía allí ninguno de sus numerosos parientes y no había rastro de él.

Quizá la estrategia había dado resultado. Los bátavos eran un pueblo arruinado — al menos temporalmente— y su actitud hacia el príncipe que había causado su ruina resultaba ahora algo ambigua. Por primera vez, empecé a dudar de que Civilis todavía estuviese conspirando. Me pregunté si, simplemente, no habría huido por miedo al puñal del asesino.

Durante nuestra estancia en La Isla, no nos sentimos en peligro. La atmósfera era hosca, pero el pueblo había aceptado la paz y la vieja alianza. Volvía a ser un pueblo libre en el seno del Imperio, exento de impuestos a cambio de unidades de hombres armados, aunque todos sabíamos que los auxiliares bátavos nunca volverían a servir en Germania. Nos dejaron circular entre ellos sin proferir insultos y, cuando nos marchamos, fueron contenidos en sus manifestaciones de alivio.

Para las calendas de noviembre, yo estaba harto de buscar, harto de cruzar ríos sobre pontones bamboleantes y harto de viejos caminos medio sumergidos. Finalmente, anuncié que nos marchábamos en busca de tierras más firmes donde pudiéramos tener los pies secos.

Y así emprendimos la marcha a través del territorio de los frisonos.

Quinta parte: CIÉNAGAS Y BOSQUES

GERMANIA LIBERA.

Noviembre, año 71 d. C.

...El comandante legionario, Munio Luperco, había sido enviado con otros regalos a Veleda, una mujer soltera que ejercía una amplia influencia sobre la tribu de los brúcteros.

Tácito, *Historias*

XLIII

Resultaba difícil de creer que un día Roma hubiese reclamado los territorios que prácticamente llegaban hasta el río Elba. Druso, su hermano Tiberio y su hijo Germánico habían recorrido tenazmente aquellas regiones durante años tratando de afirmar su dominio sobre una enorme extensión de la Germania Libera. Para ello habían utilizado un movimiento en tenaza, invadiendo el territorio desde Moguntiaco, por el sur, y a través de las tierras llanas del delta, por el norte. Pero Varo y su ineptitud habían puesto fin a aquello. Todavía quedaban algunos vestigios de cuando Roma se había engañado a sí misma creyendo dominar aquellas regiones húmedas y salvajes. En lugar de regresar a Batavoduro, tomamos el canal de Druso desde la boca del Rin hasta el lago Flevo, en parte porque el viejo canal era una maravilla que quizá no volviéramos a tener oportunidad de admirar.

Volvimos a tierra firme al sur del lago, donde quedaban muy pocos rastros de la ocupación romana que había terminado sesenta años antes. Lentulo, siempre impaciente, preguntó cuándo llegaríamos a la primera población. Le expliqué, con cierta aspereza, que no encontraríamos ninguna. Empezó a llover, un caballo resbaló y se lesionó un tendón. Tuvimos que descargar el animal y dejarlo atrás, todavía a la vista del lago.

—¿Y bien, Marco Didio, qué sabemos de los frisones? —preguntó Justino mientras montábamos furtivamente nuestro primer campamento.

—Digamos que es una gente plácida, campesina y ganadera, que siente añoranza del mar... y espera que su ganado sea más peligroso que ella. Los frisones fueron conquistados... No; emplearé otras palabras más diplomáticas: aceptaron un tratado con Roma según los términos establecidos por nuestro estimado Domitio Corbulo. De eso hace muy poco tiempo.

Corbulo era un general de pies a cabeza, comparado con el cual Petilio Cerealis parecía un aspirante rechazado por la brigada de incendios de Roma.

—Entonces, ¿de qué bando estuvieron en la rebelión?

—Fueron entusiastas partidarios de Civilis, naturalmente.

Todavía no habíamos alcanzado el bosque y aún nos hallábamos en las tierras bajas de la costa, que seguían pareciéndonos melancólicas, lóbregas y monótonas; en ellas echábamos tan de menos el calor como los rasgos orográficos destacados. No obstante, si uno había nacido en aquellas regiones, tal vez Batavia y Frisia representarían todo un reto, con su interminable lucha contra el desbordamiento de ríos, lagos y mares y con sus amplias y sobrecogedoras panorámicas de cielos grises.

Gran parte de la región parecía desierta. Se veían pocos asentamientos como los que florecían en la Galia. Incluso Britania resultaba un lugar populoso y animado, salvo en sus zonas más remotas. Germania, en cambio, insistía en ser distinta. Lo

único que divisábamos era alguna aislada casa de labranza o, como máximo, algún tosco racimo de chozas y establos.

Allí, la gente hacía honor a su reputación y llevaba una existencia solitaria. Entre los miembros de aquellas tribus, el mero hecho de ver el humo de la hoguera del vecino les crispaba los nervios y los impulsaba a visitarlo, no para compartir una comida y una partida de dados, sino para matarlo y apoderarse de sus bienes y tomar como esclavos a los miembros de su familia. La presencia de los romanos al otro lado del gran río no hacía sino empeorar las cosas. Ahora, las tribus tenían el comercio como excusa válida para atacarse como si de una guerra se tratase, y se dedicaban a capturar prisioneros con los que cubrir la incesante demanda de esclavos.

—Entonces, ¿intentarán capturarnos, señor?

—No; saben que un ciudadano romano no puede ser vendido a Roma como esclavo.

—¿Qué harán pues, señor?

—Probablemente, matarnos.

—¿Es cierto que todos esos bárbaros son cazadores de cabezas? —inquirió Ascanio.

—En cualquier caso, si lo son no tendrán ningún problema en descubrir esa cabezota tuya.

La actitud de Dubno me preocupaba cada vez más. El buhonero parecía inexplicablemente inquieto. Le había dicho que podía negociar con los nativos, pero no mostraba la menor intención de hacerlo. Cuando un hombre hace caso omiso de una posibilidad de ganarse la vida, siempre llega a la conclusión de que espera conseguir un beneficio mayor. Y este beneficio suele tener un origen bastante sospechoso.

En uno de mis intentos por ser amable con él, le pregunté por el comercio. Yo estaba al corriente de que las grandes rutas hacia el interior de la Europa septentrional corrían por el río Meno desde Moguntiaco, subían el curso del Lupia y rodeaban la costa del ámbar, en el Báltico. Los comerciantes del Meno y del Lupia, junto con otros que remontaban el Danubio, solían converger en un mercado instalado entre los brúcteros. Era allí adonde nos encaminábamos.

—Yo las he recorrido todas —explicó el buhonero—. Todas, menos el mar. No me gusta navegar. Soy un solitario y a veces prefiero vagar sin compañía.

¿Sería aquella la razón de que odiase estar en nuestro grupo?

—¿Se puede comerciar bien con esas tribus, Dubno? ¿Qué hacen, comprar o vender?

—Sobre todo, vender. Comercian con despojos de saqueos.

—¿Y en qué consisten esos despojos?

—Cualquier cosa que hayan podido robar a otro —respondió Dubno, todavía

reacio a colaborar.

—Está bien. ¿Qué roban, pues?

—Cuero de vaca y pieles. Cuernos para beber. Ámbar. Herramientas de hierro. — Dubno aún debía de sentirse irritado por haber sido retenido y arrastrado con nosotros. Con una risilla malévola, añadió—: En esta zona todavía tienen una buena reserva de armamento y oro romanos.

Intentaba ponerme furioso. Sabía perfectamente a qué se refería. Con Varo habían desaparecido veinte mil hombres... junto con el equipo completo de campaña del ejército, el tesoro personal de su comandante y las cajas de la paga de los soldados. Todas las familias entre el Ems y el Weser debían de haber vivido sin estrecheces durante décadas gracias a los restos de la matanza. Cada vez que perdían un ternero, no tenían más que hurgar entre los montones de huesos blanqueados hasta encontrar una coraza que cambiar por un nuevo animal.

—¿Qué les gusta comprar? —pregunté, sin cambiar el tono de voz—. He oído que existe un mercado bastante permanente para buenas piezas romanas de vidrio y de bronce.

—Ningún jefe tribal que se precie es enterrado sin una fuente de plata y un juego completo de copas romanas de gala junto a su cabeza.

—Supongo que siempre puede encontrarse compradores de broches o agujas, ¿verdad?

—Pequeñas alhajas, sí. Les gusta la plata. Y codician las monedas, aunque sólo las antiguas y con los cantos cerrillados.

Nerón había devaluado la moneda el año anterior al gran incendio de Roma. Yo también prefería las monedas antiguas, pues parecían más sólidas. En Roma, la garantía del estado era la misma para las piezas nuevas, adulteradas, pero en aquella apartada región el peso del metal todavía contaba mucho.

—¿Significa eso que las tribus germanas usan el dinero?

—Sólo cuando negocian con los comerciantes.

—Las monedas son más un adorno y una muestra de posición social, ¿no es eso? ¿Y es cierto que prohíben la importación de vino?

Dubno inclinó la cabeza.

—No tanto. Pero esto no es la Galia, donde cualquiera entregaría a su madre por un trago. Aquí, lo importante es el combate.

—Pensaba que les gustaban los banquetes. ¿Qué beben?

—Hidromiel y mezclas fermentadas de cebada y de frutos del bosque.

—¡Muy soportable! Así pues, las tribus germanas toleran nuestros artículos de lujo, pero Roma no tiene mucho más que ofrecerles. Esas gentes desprecian lo que nosotros consideramos artes civilizadas: conversar en la casa de baños, mantener un trato formal armonioso... y una buena juerga de vino falerno.

—Sencillamente, odian a Roma —declaró Dubno.

Le dirigí una mirada de reojo y apunté:

—Tú eres ubio. Tu tribu procede del otro lado del Rin, de modo que tienes raíces germánicas. ¿Qué me dices, pues, de ti?

—Uno tiene que ganarse la vida...

Me permitió captar un tonillo de desagrado en su respuesta. Sin embargo, la conversación terminó allí, pues de pronto topamos con nuestro primer grupo de frisonos. Como educados visitantes, hicimos un alto. Los bárbaros se aproximaron con cautela.

Tenían los ojos azules, llevaban la cabeza descubierta —una cabeza roja— y lucían túnicas y capas pardas de lana, como se suponía que vestían. (Nos habíamos estado diciendo que los cronistas lo exageraban todo. Quizá se habían excedido también en sus calificativos sobre el colérico temperamento germánico).

—Adelante, Falco —indicó alegremente Justino—. Es hora de aplicar ese famoso plan tuyo.

Todos respiramos con más cuidado de lo habitual. Obligué a Dubno a avanzar conmigo.

—Haz el favor de decir a estos caballeros que nos dirigimos a presentar nuestros respetos a Veleda.

El buhonero frunció el entrecejo y dijo algo. No le oí pronunciar el nombre de la sacerdotisa.

El perro del tribuno resultó ser nuestro mejor aliado. Se lanzó contra cada uno de los frisonos entre alborozados ladridos, meneando el rabo y tratando de lamer sus rostros. Los bárbaros comprendieron que nadie que se hiciera acompañar por un perro de caza tan inocuo podía tener intenciones hostiles; cortarnos la cabellera sería un insulto a su hombría. Por suerte, en esta ocasión al animal no se le ocurrió morder a nadie.

Los frisonos se quedaron observándonos y, al ver que no hacían nada más alarmante, sonreímos, saludamos y continuamos camino. Al principio, siguieron nuestros pasos como animales curiosos; después, desaparecieron.

—Parece que la mención a Veleda ha dado resultado.

—¿De veras? ¡Si ha dado la impresión de que no habían oído hablar de ella! —replicó Helvecio con un bufido.

—Bien, creo que podemos dar por sentado que sí la conocen —le reprendió el tribuno con su habitual gravedad—. Y supongo que eso explica las miradas de conmiseración que nos han dedicado.

Continué cabalgando sin dejar de acariciar al perro, que con aire satisfecho asomaba entre los pliegues de su capa. Era un chuchito menudo, de pelaje suave de color blanco con manchas negras, siempre hambriento, completamente indomable y

muy amante de hurgar en el estiércol. Justino lo llamaba Tigris, pero el nombre resultaba muy poco indicado. Se parecía tanto a un tigre como mi bota izquierda.

Al día siguiente empezamos a encontrar zonas salpicadas de árboles y, al caer la tarde, alcanzamos la auténtica linde del bosque. A partir de allí necesitaríamos toda nuestra pericia para encontrar los caminos y mantenernos en la dirección correcta. Desde aquel punto, el dosel del bosque se extendía sin interrupción a lo largo de toda Europa. Para ser franco, como hombre de ciudad siempre me había parecido excesiva la vegetación continental. Me gustan los árboles... pero aprecio aún más su verdor cuando conduce a una pérgola con bancos de piedra donde ronda oportuno un vendedor de vino y bajo la cual tengo una cita con mi chica favorita dentro de cinco minutos.

Al acampar para nuestra primera noche sobre el suelo húmedo y espinoso del bosque, conscientes de que tendríamos que soportar aquello durante semanas, nuestro ánimo flaqueó y nuestro carácter se agrió rápidamente.

A aquellas alturas de la expedición, los reclutas habían pasado por todos los estadios normales que afligen a los soldados aún blandos que son conducidos por terrenos ásperos a fin de endurecer su espíritu. Habíamos pasado, pues, toda la gama de quejas, hurtos de tesoros personales, cenas estropeadas, pérdidas de equipo, camas mojadas y ojos a la funerals. Fuera cual fuere el efecto que la ardua vida en común ejercía sobre ellos, los tres responsables del grupo estábamos agotados, molidos e integrados en un sólido grupo defensivo.

Una tarde, después de un día especialmente penoso y de una pelea en la que habíamos sorprendido a varios soldados con el puñal desenvainado, Helvecio repartió golpes a diestra y siniestra con tal furia que llegó a romper su bastón de sarmiento. Después, Camilo Justino hizo formar a los hombres para someterlos a una buena dosis de retórica tribunal.

—¡Escuchadme bien, desgraciados!

—Buena entrada —me susurró Helvecio, aún caliente.

—¡Estoy harto! ¡Estoy asqueado! —continuó Justino—. ¡Asqueado de comer galleta y agua y de mear bajo los robles y bajo la lluvia! —Su heterodoxa apelación había reducido a la tropa a un silencio perplejo—. Odio esta tierra tanto como vosotros. Y cuando os comportáis así, también os odio a vosotros. Me gustaría decir que enviaré directo a casa al próximo que cause problemas pero, por desgracia para todos, no tenemos ningún oportuno carromato que vaya camino del cuartel o yo mismo sería el primero en montarme en él. Afrontad los hechos: tenemos que poner todo nuestro empeño en esto, o ninguno de nosotros volverá a casa. —Dejó que las palabras calaran en sus mentes—. Convenceos: es imprescindible que actuemos todos a una o...

—¿Lentulo también? —inquirió Probo.

Justino frunció el entrecejo.

—Excepto Lentulo. Los demás trabajaremos en armonía y en equipo... y entre todos nos ocuparemos de él.

El comentario fue recibido con una carcajada general. Ahora, pasaríamos una noche tranquila y, al día siguiente, todo el mundo se portaría de maravilla.

—Camilo Justino vale —decidió Helvecio.

—Tiene una paciencia infinita con ellos —asentí.

—Ya lo he visto otras veces: los soldados empiezan tomándolo por un inútil presuntuoso y terminan dando su vida por él.

—Camilo no se lo agradecerá —apunté—. Las cosas le pintarán muy negras si vuelve a casa sin uno solo de ellos.

—¿Ni siquiera Lentulo?

—¡Sobre todo el jodido Lentulo! —refunfuñé—. Así pues, el tribuno te parece correcto, ¿no es eso?

—Probablemente nos mantendrá a salvo de problemas.

—¡Gracias! ¿Y qué hay de mí?

—¡Por Mitra! No me hagas reír, Falco. ¡Tú serás el que nos meta en ellos!

A la mañana siguiente, en efecto, todo el mundo se portó de maravilla... durante media hora. Entonces, con su tonillo amistoso, Lentulo rompió la calma:

—Señor, señor, ¿dónde se ha metido Dubno?

XLIV

Exhalé un profundo suspiro.

—¿A qué viene eso, Lentulo?

—No está aquí, señor, y su caballo enano ha desaparecido.

Justino se incorporó como impulsado por un resorte.

—¿Alguien sabe cuándo se ha marchado? —preguntó. No hubo respuesta. Yo también estaba ya en pie—. ¡Primera tienda, venid conmigo! ¡Helvecio, quédate con la segunda tienda, levanta el campamento y síguenos...!

Helvecio vino tras mis pasos mientras yo corría en busca de un caballo.

—¿A qué viene este pánico? Yo conozco el terreno. Puedo determinar dónde estamos, más o menos, y...

—¡Usa la cabeza! ¿Cómo vamos a parlamentar con Veleda? ¡Dubno es nuestro intérprete!

—Ya nos las arreglaremos.

—Es más que eso —añadí con un jadeo, al tiempo que colocaba la brida al caballo frenéticamente—. Hasta el momento hemos sido muy discretos y no nos ha avistado ningún grupo hostil, pero Dubno parecía muy pensativo. Estoy seguro de que tramaba algo, ¡y no queremos que envíe sobre nosotros una partida belicosa!

—Quizá todo lo que desea es continuar con sus negocios, Falco.

—Le dije que era libre de hacerlo... —Ahora, sin embargo, sentía el temor de que el buhonero proyectase sacar beneficios de una nueva actividad: la venta de rehenes—. ¡No podemos correr el riesgo de que sean precisamente nuestras personas lo que quiera negociar!

Durante un largo trecho, seguimos su pista en dirección al norte, la contraria a nuestro camino. Tal vez el buhonero, que conocía nuestros planes, había tomado aquel rumbo en la creencia de que abandonaríamos la persecución; sin embargo, la maniobra sólo me hizo más terco. Esperaba que Dubno relajara su cautela, que nos creyese tan concentrados en nuestra misión como para haber renunciado a darle caza.

Mi grupo era el más lento de los dos en que nos habíamos dividido para la búsqueda. Avanzábamos tratando de distinguir huellas de pezuñas entre la hojarasca del suelo, mientras Helvecio seguía nuestro rastro, mucho más visible. Él y sus hombres no tardaron en alcanzarnos y continuamos adelante todos juntos, desviándonos primero hacia el este y, luego, nuevamente hacia el sur.

—¿Qué se propone?

—¡Por Mitra, no lo sé!

—Y no estoy seguro de que me importe.

Dubno debía de haberse marchado muy pronto y haber viajado toda la noche. Nos llevaba demasiada ventaja y decidí que lo buscaríamos hasta la puesta de sol;

después, abandonaríamos la persecución. A primera hora de la tarde, perdimos el rastro definitivamente.

Estábamos entre los árboles más altos y de follaje más denso que habíamos visto hasta entonces, sumergidos en el silencio de un bosque verdaderamente antiguo. Un enorme insecto cornudo nos miraba con resquemor desde el bucle de una hoja muerta, indignado por la intrusión. No había otro signo de vida.

Tras evaluar nuestra situación, estuvimos de acuerdo en que lo único seguro era que nunca habíamos previsto encontrarnos en semejante lugar. Con suerte, tampoco nos esperaba allí nadie hostil. Lo malo era que ninguno de nuestros amigos sabría tampoco dónde enviar una fuerza de rescate, aunque de todos modos ya habíamos descartado tal posibilidad. Justino y yo habíamos dejado instrucciones muy claras: si algo salía mal, no tendría sentido organizar una expedición de rescate, de modo que nadie debía intentarlo.

El viaje desde La Isla nos había llevado a través de la mayor parte de la Frisia meridional pero, a aquellas alturas, ya nos encontrábamos sin duda en territorio de los brúcteros. Estábamos muy lejos de las rutas comerciales tradicionales, pero aquella en particular, aunque heterodoxa, resultaba menos expuesta. También nos hallábamos muy lejos de los campos de labor romanos que aún sobrevivían en la zona del delta, así como de las antiguas fortificaciones que, como bien sabía, se habían establecido a lo largo del río Lupia. Nos acercábamos a los brúcteros, famosos por su hostilidad, pero no por donde siempre esperaban la llegada de extraños —es decir, por el curso de su río— sino desde el norte, por sorpresa.

Durante gran parte de nuestro viaje habíamos estado a unas cien millas romanas —con un margen de error de cuarenta o cincuenta, en aquella espesura interminable de árboles de madera dura— del curso del Lupia. Aunque esto nos ofrecía cierta seguridad, finalmente tendríamos que dejar la marcha hacia el este y desviarnos hacia el sur. El punto para cambiar nuestro rumbo estaría marcado por las alturas de la sierra de Teutoburgo. Sabíamos que la famosa escarpadura trazaba un arco y conducía hasta las fuentes del Lupia. Lo único que teníamos que hacer era encontrar el extremo septentrional de la cadena montañosa y seguir sus cumbres. Helvecio había mencionado un viejo camino, pero todos recelábamos de tomarlo. Una vez allí, nos quedaría otro trecho de cuarenta millas hasta que las montañas nos condujeran hasta el río. Por el momento, habíamos avanzado lo suficiente como para estar ojo avizor allí donde el bosque nos permitía otear el terreno, pues las montañas no podían encontrarse lejos.

Empezamos a virar hacia el sur.

El desvío en busca del buhonero nos había desorientado ligeramente. Era fácil perderse en semejante terreno. Por supuesto, no había carreteras y los senderos de bosque suelen ser traicioneros. A veces, el que tomábamos se acababa de improvisado y

teníamos que abrirnos paso entre la maleza, durante horas quizá, antes de encontrar otro. El bosque era tan tupido que aunque hubiese habido otro sendero mucho mejor apenas a unos pasos, no habríamos tenido modo de descubrirlo. Helvecio, que había estado cerca de aquella región en el curso de sus investigaciones históricas, calculó que aún nos hallábamos a cierta distancia del extremo septentrional de las alturas de Teutoburgo y que si no hubiese sido porque estábamos en el corazón del bosque, las colinas ya serían visibles a lo lejos. Continuamos la penosa marcha por aquellos bosques deprimentes, creyendo en su palabra porque no nos quedaba otro remedio. Dirigirnos al sur no era mala solución, en cualquier caso. Tarde o temprano, alcanzaríamos el Lupia.

Hicimos un alto al caer el crepúsculo. Mientras se montaban las tiendas, varios miembros del grupo desaparecieron brevemente para la consabida visita al roble. Hacía frío y la luz había disminuido, pero aún no se había ido del todo. Estábamos calentando unos pucheros para cada tienda, pero todavía faltaba un buen rato hasta que la cena estuviera a punto. Helvecio designó los turnos de guardia para la noche mientras su criado atendía el caballo. Justino estaba de conversación con Sexto y otro de los soldados, que le enseñaban algunas palabras del dialecto de la costa del Adriático, ya que el tribuno parecía interesado en los idiomas. Yo, por mi parte, estaba preocupado y abatido como de costumbre.

Distinguí a Lentulo volviendo al campamento tras hacer sus necesidades en el bosque. Tenía un aire furtivo, lo cual no era nada inusual. También parecía asustado, y aprecié que rehuía hablar con los demás. Decidí no prestarle más atención, pero descubrí que me resultaba imposible. Me acerqué a él y le pregunté si todo iba bien.

—Sí, señor.

—¿Tienes algo que decirme?

—No, señor.

—Es un alivio.

—En fin, señor... —¡Ay!— Creo que he visto algo.

Lentulo era uno de esos tipos capaces de pasarse tres días meditando si debía mencionar o no que un gran ejército de guerreros enemigos con carros de mimbre, cuernos de guerra y espadas de hoja ancha venía hacia nosotros. El tipo no sabía jamás cuándo una cosa era importante. Era capaz de permitir que nos mataran a todos antes que decir algo que pudiese inquietar a los mandos.

—¿Algo vivo? —pregunté.

—No, señor.

—¿Alguien muerto? —Lentulo no respondió. Noté que el vello de la nuca y de los brazos se me erizaba lentamente—. Ven conmigo, Lentulo. Tú y yo vamos a dar un paseo con el perro del tribuno.

Nos abrimos paso en la espesura durante unos diez minutos. Lentulo era un tipo

vergonzoso a quien ya habíamos perdido en un par de ocasiones en que, para hacer sus necesidades fisiológicas, se había alejado tanto del campamento que después no había sabido encontrarlo. Se detuvo para orientarse y permanecí callado para no confundirlo todavía más. Me asaltó el pensamiento de que podíamos pasarnos allí toda la noche hasta que Lentulo diera de nuevo con su tesoro.

Detesto los bosques. Con el absoluto silencio que reinaba allí, era fácil sentirse presa del miedo. Entre aquellos árboles merodeaban osos, lobos, alces y jabalíes. El aire frío olía a rancio, impregnado de una perniciosa miasma otoñal. La vegetación era fétida, sin flores, y no reconocí ninguna planta empleada por los herbolarios. De los viejos troncos colgaban hongos como rostros surcados de arrugas. La maleza se prendía a nuestras ropas y a nuestra piel, tirando de las túnicas y cubriendo nuestros brazos de arañazos vindicativos. Tenía el pectoral de la coraza salpicado con los jugos de alguna clase de insecto. Parecíamos los únicos seres presentes en aquel rincón del bosque, además de los observadores fantasmales del mundo de los espíritus celtas. De estos últimos podíamos percibir muchos, tanto lejanos como próximos.

Unas ramitas se quebraron —demasiado cerca para nuestra tranquilidad— como suelen hacerlo las ramitas en un bosque. Incluso Tigris estaba intimidado y permanecía junto a nosotros en lugar de alejarse para hurgar entre la hojarasca en busca de ratones de campo y malos olores.

—No me gusta este sitio, señor.

—Muéstrame lo que has descubierto y podremos volver.

Me condujo entre unos cuantos matorrales, por encima de un gigantesco tronco caído y más allá de un zorro muerto que había sido destrozado por algo mucho mayor... algo que en aquel mismo instante se disponía, probablemente, a regresar por los restos. Tigris gruñó, inquieto. Una nube de mosquitos me atacaba la frente.

—Yo estaba aquí. Me pareció un camino. —Tal vez lo fuese. O quizá sólo se tratara de un espacio casual entre dos árboles—. Lo seguí para echar un vistazo...

El tipo era de natural curioso. Y estúpido. Lentulo habría cogido un escorpión para comprobar si era cierto que picaban.

Continuaba sin tener idea de lo que había visto aquel simplón, salvo que el efecto que había ejercido sobre él me producía escalofríos.

—Vamos, pues.

Tomamos el supuesto camino. Tal vez fuese un sendero de los ciervos del bosque. El aire olía aún más hostil y la luz se desvanecía rápidamente. La humedad había hinchado el cuero de nuestras botas y caminábamos arrastrando los pies torpemente. La hojarasca crujía con nuestras pisadas mucho más de lo que yo habría deseado. Nuestro avance debía de resultar audible a un par de millas.

Y entonces, se terminaron los árboles.

Yo estaba cansado. Tenía frío y me sentía inquieto. Al principio, mis ojos, incrédulos, se negaron a enfocar. Entonces comprendí por qué el recluta se había asustado tanto de su descubrimiento.

El claro silencioso en el que habíamos entrado permanecía envuelto en niebla. Era un claro muy espacioso, o lo había sido en otro tiempo. Delante de nosotros se extendía un extraño mar de zarzas bajas. Las zarzas y matorrales descendían por una corta pendiente en la parte más próxima a nosotros y luego se alzaban, a varios pasos de distancia, hasta una uniforme berma cubierta de maleza. La depresión a modo de foso se extendía en ambas direcciones. Las zarzas se hundían allí como si debajo de su masa enredada el suelo hubiera sido excavado. Y así era, en efecto. Los dos nos dimos cuenta de ello sin necesidad de aventurarnos un paso más, lo cual habría sido mortalmente peligroso. Justo delante de nuestros pies, el suelo debía de caer bruscamente en una zanja de una altura superior a la de un hombre. Y en su fondo, invisibles entre la maleza, se alzaba sin duda un bosque de estacas malévolamente puntiagudas. En lo profundo de la zanja había un canal para drenaje bien acondicionado de la anchura de una pala, tras el cual se alzaba en diagonal la otra pared, formando un terraplén elevado antes de volver al nivel del suelo. Allí, el bosque invadía el terreno. Se trataba de un bosque relativamente joven, no de los árboles centenarios a través de los cuales habíamos avanzado con esfuerzo durante todo el día, y que ya debían de estar en pie en los tiempos legendarios en que Hércules visitara Germania.

Lo que habíamos encontrado era otra clase de leyenda.

Más allá del bosque joven había un baluarte. Desde donde estábamos sólo podíamos divisar la parte superior alzándose por encima de la vegetación, pero allí tenía que haber un camino de ronda, protegido por una empalizada de maderos e interrumpido por la silueta familiar de las torres cuadradas. Más allá, a la luz crepuscular, distinguimos la mole impresionante de una puerta de acceso a la fortaleza.

Todo estaba en silencio. Aunque no había centinelas patrullando ni brillaban las luces, allí, a un centenar de millas de los territorios romanos, se alzaba un campamento de las legiones.

XLV

—¿Señor, habrá alguien ahí?

—¡Por los dioses, espero que no!

No me sentía de humor para cambiar anécdotas de viajero con difuntos o con sus fantasmas. Hice ademán de moverme.

—¿Vamos a entrar?

—No. Nos volvemos. —Lo obligué a dar media vuelta.

—Señor, podríamos acampar ahí dentro...

—Acamparemos donde estamos...

Pocos de nosotros dormimos esa noche. La mayoría permanecemos despiertos, pendientes del sonido de las trompetas del Hades, y sólo conciliamos el sueño poco antes del alba. Desperté temprano y me levanté cuando aún era oscuro, magullado y con la cabeza cargada. Los demás emergieron también de las tiendas. Tras una bebida fría y unas galletas para cobrar ánimo, recogimos el campamento, preparamos los caballos y emprendimos la marcha en un grupo compacto para rendir una visita matinal al campamento de nuestros colegas. Al amanecer, el lugar conseguía parecer aún más desolado.

Aquello no era Vetera, sino un campamento de campaña del ejército, y de buen tamaño. Aunque proyectado como construcción provisional, se alzaba en aquel aislamiento con un aire de permanencia. No había señales de asedio; sin embargo, la podredumbre avanzaba tenazmente. Además de la abundante capa de maleza de las defensas exteriores, algunas torres estaban inclinadas y las empalizadas habían caído. En esta ocasión, pudimos apreciar que, a cierta distancia de nuestra posición, el parapeto se había derrumbado.

Nos abrimos camino hasta la puerta de entrada. Una de las grandes hojas de madera yacía en el suelo, desprendida de sus goznes. Penetramos en el recinto sin más. Una araña del tamaño de un huevo de oca contempló nuestra entrada.

La vegetación era espectacular. Dentro de las defensas, todo estaba destruido.

—¿Se libró aquí algún combate, señor?

—Si lo hubo, no han quedado cuerpos.

De todo el grupo, sólo Helvecio desmontó y dio unos pasos, explorando a su alrededor. Pero ni siquiera él tenía intención de alejarse mucho. Se detuvo y recogió del suelo un pequeño objeto.

—No creo que el lugar fuese abandonado —murmuró con voz perpleja.

Comenzó a internarse en el recinto y en esta ocasión lo seguimos. Al parecer, había sido un campamento de tiendas y, en efecto, vimos grandes extensiones de terreno abierto en las que debían de haberse plantado las largas hileras de «mariposas» de cuero. Pero allí donde las legiones se establecían durante cierto

tiempo, los almacenes y principia se construían con materiales permanentes. Deberíamos haberlos distinguido enseguida en sus emplazamientos habituales, como extensiones cuadradas en cuyo sólido suelo sólo crecía una fina alfombra de hierbajos, pero esos emplazamientos estaban ocupados por viejos maderos podridos y montones de otros restos.

—¿Cuál es tu veredicto, centurión? —inquirió Justino, con la tez muy pálida a causa de lo temprano de la hora, de la falta de descanso y de la inquietud.

—Un campamento vacío... pero no desmantelado como es de rigor.

—Sin duda, abandonado para regresar a los cuarteles de invierno —dije sin temor a equivocarme. La capilla y la bóveda de seguridad, construidas en piedra, aún permanecían en pie. Por supuesto, en la capilla no había estandartes ni águilas. Yo había visto las águilas de oro que un día habían volado allí. Las había visto en el templo de Marte, en Roma.

Helvecio me miró. Él también sabía qué era lo que acabábamos de encontrar.

—Todos conocéis las normas a seguir cuando se abandona un campamento de campaña. —Los reclutas lo escucharon con atención y con cara de inocencia—. Se recoge todo lo reutilizable y se traslada con la columna. Por ejemplo, se recuperan las estacas de la empalizada para utilizarlas en el siguiente campamento. Cada soldado lleva dos de ellas.

Todos volvimos a contemplar el recinto. En los terraplenes fortificados que quedaban a nuestra espalda, algunos tramos de las defensas de madera estaban caídos sobre el camino de ronda, todavía sujetos en parte con las ataduras, como vallas de fincas que hubieran sufrido los efectos de un poderoso vendaval. Otras piezas debían de haberse podrido, igual que las escaleras. Todo aquello era obra del paso del tiempo, no de otra fuerza.

—El resto se quema —prosiguió Helvecio mientras levantaba del suelo y daba la vuelta a los restos de una vieja puerta de almacén—. No se deja nada que el enemigo pueda utilizar... suponiendo que exista un enemigo. ¡Este campamento estaba vacío! —exclamó, casi protestando de la infracción de las normas—. Supongo que habrá sido examinado bastante a fondo por los saqueadores. Todo esto fue construido por romanos. Unos romanos que creyeron, los muy estúpidos, que la región era lo bastante segura como para abandonar el campamento como amas de casa, dejando la llave de la puerta bajo el felpudo de la entrada... —El centurión se iba encendiendo con una ira creciente—. ¡Los pobres idiotas no tenían la menor idea del peligro en que se encontraban!

Levantó la cabeza y nos miró, con la mano cerrada con fuerza en torno al objeto que había recogido.

—¿Quiénes eran, señor?

—¿Quiénes eran? ¡Las tres legiones que Arminio exterminó cruelmente en el

bosque! —rugió Helvecio—. Sí que hubo lucha... ¡por todos los dioses, vaya si la hubo!, pero no quedan cuerpos porque tiempo después vino Germánico y los enterró.

A continuación, mostró en alto lo que acababa de encontrar. Era una moneda de plata y llevaba la marca especial de acuñación que empleara P. Quintilio Varo para el pago a sus tropas.

Pocas de ellas circulan por Roma.

XLVI

En algún lugar de aquella zona tenía que levantarse el monumento funerario, ése cuyo primer pedazo de hierba había depositado Germánico con sus propias manos, contraviniendo las normas sagradas, ya que por aquel entonces también ostentaba el título de sacerdote. En aquella ocasión, sin duda había sido, por encima de todo, un soldado. Allí plantados, lo comprendimos muy bien. Nosotros también nos sentíamos abrumados por nuestra respuesta emocional.

No emprendimos la búsqueda del túmulo. Ni siquiera erigimos un altar como hiciéramos en Vetera. Los honramos en silencio. A todos ellos: a los muertos y a quienes habían convertido en un deber encontrarlos. Cautivados por aquella escena del pasado, todos debimos de preguntarnos si, en el caso de morir en aquellos bosques, nuestros seres queridos sabrían alguna vez de nuestro destino.

Entre la niebla, abandonamos el campamento por el hueco de la puerta Pretoriana en ruinas y tomamos los antiguos restos empedrados de la carretera de acceso. Queríamos apresurar la marcha, y la calzada era más cómoda para cabalgar que ninguna otra ruta a través del bosque. Sin embargo, la carretera de nuestros antepasados acababa cerca de allí, engullida por la vegetación. Prorrumpimos en las habituales quejas contra los ingenieros ineptos aunque, después de sesenta años sin labores de mantenimiento, resultaba comprensible que tuviera ciertos baches y que la maleza la hubiese invadido.

Continuamos la marcha. Como el ejército de Varo, nos dirigíamos hacia el sur. Como en su caso, era allí donde nos esperaba nuestro destino. La única diferencia era que nosotros lo sabíamos.

Era imposible no darle vueltas a la historia. Incluso Justino se había sumado a ello:

—Sabemos que Varo se dirigía a los cuarteles de invierno, bien a las fortificaciones que había construido en las orillas del Lupia, bien a una ciudad del Rin. Probablemente, dejó ese campamento en la equivocada creencia de que el territorio estaba asegurado y con la intención de regresar a él en la primavera siguiente.

—¿Por qué no optó por quedarse a pasar el invierno ahí, señor?

—Porque se encontraba demasiado lejos de los suministros como para resistir tanto tiempo. Además, supongo que sus hombres estaban impacientes por tener un descanso en algún lugar civilizado.

Los hombres del tribuno reflexionaron sobre aquella solemne declaración; luego, lentamente, sonrieron.

—Y ése es el camino que tomaron —intervino Helvecio. Lo decía con auténtico sentimiento. Al centurión le encantaba dramatizar; le encantaba especular—. Todo el

mundo cree que habían llegado a las montañas cuando sucedió la hecatombe pero ¿por qué no aquí, mucho más al norte? Lo único que se sabe con certeza es que Germánico los encontró en algún lugar al este del río Ems.

—¡Señor, señor...! —Una vez abandonado el campamento perdido, los reclutas se sentían más valientes y excitados—. ¿Encontraremos nosotros el famoso campo de batalla?

—Estoy convencido de que nos hallamos en medio de él —respondió Helvecio con voz grave, como si acabara de ocurrírsele—. Por eso Germánico tuvo tantos problemas para localizarlo. No se acaba con veinte mil hombres, legionarios veteranos, al fin y al cabo, en un espacio del tamaño de una cuadra.

—Pensamos que todo sucedió muy deprisa —dije—, pero el combate pudo prolongarse bastante tiempo. No; seguro que lo hizo. Desde luego, Arminio debió de caer sobre ellos por sorpresa y hacer mucho daño pero, pasado el primer ataque, los endurecidos soldados debieron de resistir.

—Exacto, Falco. No tuvieron elección. En cualquier caso, sabemos positivamente que lo hicieron. Germánico encontró grandes montones de huesos allí donde las tropas se habían defendido en grupos. Incluso dio con los restos de algunos que habían logrado retroceder hasta el campamento para encontrar la muerte allí.

—¿En ese campamento donde hemos estado?

—Quién sabe. Después de tanto tiempo y del paso de Germánico, sería preciso pasar allí varios días para averiguarlo con certeza.

—Así pues —continué—, tras el ataque inicial las tropas afrontaron una prolongada agonía. Incluso hubo supervivientes. Arminio tomó prisioneros; algunos de ellos fueron colgados de las ramas de los árboles como sacrificio propiciatorio a los dioses celtas, pero otros fueron mantenidos con vida en pozos horribles. —Me alegra decir que no encontramos ninguno de éstos—. Algunos incluso volvieron a Roma, con el tiempo. Y hasta hubo un puñado de hombres estúpidos que regresó aquí con Germánico; todas las guerras producen masoquistas. Pero esas tribus no saben qué significa negociar una rendición. Fue un combate al modo celta: matar y cortar cabezas. Igual que en Britania, cuando se alzaron las tribus de Boadicea... —Noté que mi voz enronquecía debido al viejo y doloroso recuerdo—. La persecución forma parte del terrible juego. Guerreros sedientos de sangre corriendo entre alaridos de satisfacción tras unas víctimas que se saben condenadas...

—Puede que Arminio incluso prolongase deliberadamente la diversión —informó Helvecio a los demás—. El resultado habría sido un reguero de cuerpos desde aquí hasta...

—Hasta el río más próximo en cualquier dirección, centurión.

—Explícanos eso, Falco.

—Los guerreros detuvieron a todos los fugitivos supervivientes al borde del agua.

Sus cabezas y sus corazas están dedicadas a los dioses en la corriente.

Continuamos nuestra marcha a caballo en medio de un gran silencio. A pesar del buen tiempo y de que la fortuna nos era propicia, tardamos aún dos días en alcanzar las colinas de Teutoburgo.

Cada tarde, al final de la jornada, algunos de los reclutas desaparecían en la espesura durante largos ratos y tengo la certeza de que encontraron varios objetos. Eran unos muchachos y respetaban a sus viejos camaradas, pero la búsqueda de reliquias les resultaba irresistible.

El ánimo general del grupo se había reforzado. Mientras tanto, Lentulo permanecía sentado con Justino y conmigo en las cercanías del fuego, sin participar en absoluto en la búsqueda secreta de recuerdos del pasado. El soldado parecía reservado, como si pensase que, de algún modo, todo era culpa suya.

En un momento dado, solté una breve carcajada.

—Henos aquí, atascados en mitad de ninguna parte con un buen cesto de dificultades a la espalda y comportándonos como estrategas de taberna que utilizaran manzanas para reproducir sobre la mesa las batallas de Maratón o de Salamina.

—No vuelvas a mencionar las tabernas, Falco —murmuró Camilo Justino, adormilado, desde las profundidades de su cama de campaña—. A algunos no nos vendría nada mal una bebida.

Como yo había estado en su casa y había catado su horrible vino de mesa, comprendí hasta qué punto debía de estar desesperado su excelencia, el tribuno.

Al día siguiente alcanzamos las alturas de Teutoburgo.

Superamos la larga sierra sin incidentes, cosa extraña. Parecía demasiado bueno para ser verdad. Lo era.

Tras el descenso, también en calma, encontramos la cabecera del Lupia. Al atardecer, acampamos discretamente, sin encender fogatas. Advertí que Probo y otro recluta se habían escabullido juntos y permanecían ausentes demasiado rato. Sin duda, estaban explorando el terreno en busca, una vez más, de vainas y clavos antiguos. Como de costumbre, al principio no le dimos importancia; sin embargo, a la hora de repartir las raciones de la cena los dos hombres seguían sin aparecer, lo cual era inaudito. Helvecio se quedó en el lugar de acampada mientras Justino y yo salíamos en busca de nuestras ovejas descarriadas. Cada cual llevó consigo a un recluta. Justino escogió al llamado Orosio; a mí, con mi suerte habitual, me tocó Lentulo. Y, por si aún necesitaba más compañía, Tigris decidió venir con nosotros, sin dejar de retozar entre nuestros pies.

Como era de esperar, fuimos Tigris, Lentulo y yo quienes penetramos inadvertidamente en la arboleda sagrada.

En un primer momento, sólo nos pareció un claro más, pero el lugar debía de existir desde hacía generaciones. Avanzamos osadamente entre los árboles de gruesas

ramas retorcidas pensando que el campo abierto entre ellos era obra de la naturaleza. Se estaba levantando un viento amenazador que soplaba incansable entre las hojas otoñales, oscuras y secas. Tigris, que se había adelantado a husmear, volvió junto a nosotros corriendo alocadamente, con un palo entre los dientes para que se lo arrojáramos. Me incliné y, después de la resistencia y los gruñidos de costumbre, lo obligué a soltarlo.

—Qué palo tan curioso... —comentó Lentulo.

Y entonces nos dimos cuenta de que era un fémur humano.

Mientras el perro ladraba de impaciencia esperando en vano su presa, Lentulo y yo miramos en torno a nosotros y advertimos por fin que el lugar poseía una atmósfera especial. Reinaba allí un olor a musgo y a sufrimiento. El silencio atenazó nuestras gargantas. Surgió el pánico. Tardamos un momento en darnos cuenta de que desde todas partes nos observaban unos ojos vacíos.

—Quédate quieto, Lentulo. ¡Quédate quieto! —No sé por qué lo dije. Allí no había nadie más... pero se advertía una presencia en todas partes.

—Lo siento, señor —gimió Lentulo—. ¡Oh, madre mía! He vuelto a hacerlo, ¿verdad?

Intenté dar un tono animoso a mi voz cuando le respondí con un susurro:

—Sí, parece que has hecho otro de tus espeluznantes hallazgos...

Frente a nosotros, a cierta distancia, se alzaba una estatua grotesca de madera podrida, toscamente desbastada: algún dios del agua, del bosque o del cielo... tal vez todos a la vez. Se erguía como un enorme tronco de roble, nudoso y salpicado de mohos de tonos anaranjados pálidos. La figura había surgido de cuatro golpes dados con una tosca hacha. Sus brazos apenas eran caricaturas esbozadas. Tenía tres rostros primitivos, con cuatro ojos celtas —almendrados y muy abiertos— distribuidos entre ellos. Encima de los rostros, como si quisieran abrazar el cielo, se alzaban las grandes cuernas de algún alce gigantesco.

Ante el dios se alzaba un sencillo altar de hierba al que acudían los sacerdotes brúcteros a realizar sus sacrificios. Sobre el altar reposaba una cabeza de buey, en avanzado estado de descomposición. Aquellas gentes, como nosotros, predecían el futuro estudiando las entrañas de los animales. Pero, a diferencia de nosotros, tenían por costumbre descuartizar cualquier caballo u otro animal perteneciente al enemigo vencido que cayera en sus manos. También llevaban a cabo otros tipos de sacrificios más terribles. Tuvimos constancia de ello porque por toda la arboleda, clavados a los troncos centenarios, había incontables cráneos humanos.

XLVII

Era una partida de caza encabezada por algún bastardo de clase alta vestido con ropas de lana pardas de aceptable calidad. Montaba un caballo hispano, lo rodeaban varios compañeros con aire sumiso y dos portadores que cargaban con más lanzas, y exhibía un acceso de furia apoplético. El individuo miró a su alrededor, me descubrió y, en un latín perfecto, escupió:

—¡Por Cástor y Pólux...! ¿Qué hace aquí esta gente?

Me incorporé.

—¡Lo mismo que tú! ¡Existir! —le espeté.

Mi réplica en latín le dejó perplejo. Saltó del caballo, soltó la rienda y se acercó a mí... pero no demasiado.

—¡Pensaba que erais ténteros! Los hemos oído por aquí cerca. —Sólo me faltaba eso—. He perdido mi presa. Algo grande...

El cabello por el que se pasaba la mano en aquel momento era negro y perfectamente cortado en capas para destacar el hermoso contorno de su cabeza; los dientes que apretaba con fuerza eran uniformes, regulares y blancos. El cinto estaba nielado en plata; las botas eran flexibles, con las borlas prendidas de grapas de bronce. Su anillo de sello era una esmeralda. Su furia evocaba la que podía verse en el Foro de los Romanos cuando algún conductor de burros poco atento molestaba con su animal a algún notable que salía de la Basílica Julia. Me dolía todo el cuerpo y estaba muy cansado. Rara vez me había sentido más deprimido.

—Tu presa está aquí —dije lentamente—. Aún no la has matado del todo. —Me aparté para que el hombre de altisonante acento senatorial pudiera ver mejor a nuestro centurión, que yacía herido a mis pies—. Éste es Apio Helvecio Rufo, centurión de la legión Primera Adiutrix. No te preocupes por eso —añadí con un ademán de cortesía—. Helvecio es un hombre realista. Siempre ha sabido que corría menos peligro frente al enemigo que frente a la absoluta incompetencia de los altos mandos...

—¡Soy un oficial romano! —me informó con altivez el líder de la partida de cazadores, arqueando sus bien cuidadas cejas bajo el flequillo negro perfectamente recortado.

—Sé perfectamente quién eres. —La causticidad con que me atrevía a devolverle la mirada debería haberle prevenido—. Conozco muchas cosas de ti. Tus finanzas se basan en un complejo entramado de deudas. Tu vida doméstica es un lío. Tu esposa está inquieta y tu amante merece algo mejor. Y a las dos les molestaría mucho enterarse de que visitas cierta casa de Colonia...

Mi interlocutor parecía confundido.

—¿Me estás amenazando?

—Probablemente.

—¿Quién eres?

—Me llamo Didio Falco.

—El nombre no me suena —rugió.

—Pues debería. Me habría presentado ante ti hace seis semanas si hubieras estado accesible. Así, también habrías evitado encontrarte ahora con el despacho lleno de mensajes por responder, incluida una carta muy crítica de Vespasiano respecto al futuro de tu legión. —El tipo se disponía a replicar, pero continué hablando sin levantar la voz ni apresurarme—: También se está cuestionando tu futuro. Eres Florio Gracilis. Tu legión es la Decimocuarta Gémina, y tendremos que rogar que sus hombres tengan suficiente experiencia como para sobrevivir a un legado cuya actitud respecto al mando es de una despreocupación increíble.

—Escucha...

—¡No! ¡Escucha tú, señor! —Utilicé el título como un insulto—. Acabo de sorprenderte utilizando lanzas del ejército con propósitos privados, en la orilla enemiga del Rin, en una compañía que el emperador considerará sin duda poco ética...

Uno de los camaradas del legado hizo un rápido gesto obsceno. Reconocí la rapidez del movimiento, así como el mentón partido y la vívida sonrisa irónica de su autor.

Miré al individuo directamente a los ojos y le dije:

—Estás muy lejos de Lugduno...

XLVIII

Emprendimos el regreso al campamento. Y entonces se inició la siguiente pesadilla.

Una vez más me encontraba en medio del bosque, al atardecer, a solas con Lentulo. En esta ocasión no fue el silencio lo que nos sobrecogió. De pronto, nos vimos rodeados de ruidos: algo o alguien se acercaba a toda prisa entre los árboles. Casi nos quedamos de piedra. Entonces oímos un grito. Unas voces bárbaras llenaron la noche. Desde el primer momento, pareció que se trataba de una persecución; desde el primer momento, comprendimos que nosotros éramos la presa. Obligué a Lentulo a cambiar de dirección con la esperanza de proporcionar una oportunidad al resto de nuestro grupo.

—¡Estoy con usted, señor! —prometió el recluta.

—Es un consuelo...

Habíamos perdido el sendero y ahora nos abríamos paso con esfuerzo por un terreno traicionero donde acechaban ramas y engañosos montículos de musgo que parecían puestos allí para golpearlos y hacernos resbalar y caer de bruces. Mientras corríamos a toda prisa entre la maleza, intenté reflexionar. Estaba bastante seguro de que nadie nos había visto abandonar la arboleda sagrada. Era posible, incluso, que nadie nos hubiese visto en ningún momento. A nuestra espalda había alguien buscando algo, pero quizá se trataba de una partida de cazadores tratando de llenar el puchero.

Empapados en sudor y con la nariz goteando, nos detuvimos y nos agachamos entre los matorrales.

Nada de pucheros. Fueran quienes fueren, los desconocidos armaban demasiado alboroto para ser hombres que intentaran atraer animales a sus redes. Estaban batiendo los arbustos para hacer salir a los fugitivos. Sus ásperas risas nos alarmaron. A continuación, oímos los ladridos de unos perros y resonó la llamada de un gran cuerno. Ahora, el ruidoso grupo venía directamente hacia nosotros.

Estaban tan cerca que saltamos de nuestro escondite. Nos habrían encontrado de todas maneras. Alguien nos descubrió. Los gritos se reavivaron.

Echamos a correr todo lo rápido que nuestras piernas nos permitían, sin poder siquiera volver la cabeza para ver quiénes eran nuestros perseguidores. Advertí que había perdido a Lentulo. El recluta se había detenido a llamar al perro del tribuno. Continué corriendo. Quizá él los despistara; quizá lo consiguiera yo. Tal vez consiguiéramos escapar los dos.

No hubo suerte. Yo estaba poniendo cierta distancia con ellos, cuando de pronto oí unos alaridos que sólo podían significar una cosa: habían capturado a Lentulo. No me quedaba otra opción. Con un jadeo, di media vuelta.

Tenía que ser un grupo de brúcteros. Los encontré congregados en torno a un

profundo pozo, soltando risotadas. Lentulo y Tigris habían caído al fondo del hueco. Tal vez se trataba de una trampa para animales, o incluso de uno de esos hoyos que su héroe Arminio había hecho cavar a modo de despensas para guardar frescos a sus prisioneros. El recluta parecía ileso, pues le oía gritar con un ánimo del que me sentí orgulloso, pero los guerreros se burlaban de él blandiendo sus toscas lanzas de madera. Lentulo debía de estar muy magullado a causa de la caída y advertí por sus gritos que estaba aterrorizado. Uno de los brúcteros levantó la lanza. La amenaza era evidente; solté un grito. En el mismo instante en que emergí de entre la maleza, alguien enorme, con un hombro duro como una roca, surgió de detrás de un árbol y me derribó al suelo de un golpe.

Lentulo no podía verme, pero sin duda había oído como caía. Por alguna razón, mi presencia pareció infundirle valor.

—¿Señor, cómo vamos a parlamentar con estos hombres sin un intérprete?

Aquel muchacho era idiota...

El mundo dejó de dar vueltas. Pensé que mi respuesta podía ser las últimas palabras amistosas que Lentulo escuchara en su vida y no tuve corazón para negárselas.

—Habla despacio y sonrío —le dije.

Quizá tuviera problemas para descifrar el comentario. Resultaba difícil dar a la voz el tono claro y firme de costumbre cuando uno estaba boca abajo en el suelo del bosque, con la nariz aplastada contra la hojarasca mohosa, mientras un guerrero gigantesco de torso desnudo, que en modo alguno podía haber entendido la broma, permanecía ante mí con un pie en mi rabadilla y soltando entusiastas carcajadas.

XLIX

¡Benditos dioses!, detesto a los tipos grandullones, lerdos y joviales. Nunca se puede estar seguro de si simplemente se está riendo de uno o de si se burla con esa risotada jovial para a continuación cercenarle la cabeza con el hacha...

Lo cierto es que mi captor me incorporó hasta una posición más o menos erguida y me despojó de la espada y del puñal. Examinó éste con aire de suficiencia, pero se lo guardó. Después, me empujó hacia el círculo que formaban los demás. Entonces, éstos incitaron a Lentulo a salir del hoyo, empleando las lanzas como puyas. El recluta sacó con él al perro, el cual demostró de inmediato su fidelidad escapando a toda prisa.

El grupo de felices bárbaros nos colocó uno al lado del otro y estudió sus capturas como entomólogos que compararan una serie de escarabajos poco comunes. Aquellos tipos no parecían refinados, precisamente. Tal vez tenían por costumbre contar las patas y las antenas de sus bichos arrancándoselas. Empecé a sentir un hormigueo nervioso en unas extremidades que ni siquiera tenía.

Todos nos sobrepasaban en estatura. Lo mismo sucedía con el grupo que no tardó en aparecer dando alborozados gritos de triunfo y escoltando a nuestros colegas del campamento. También tenían a nuestro desaparecido Probo y a su compañero de búsqueda de tesoros. Ellos debían de haber sido los primeros en caer en su poder.

Los estudié con inquietud, tratando de apreciar golpes o heridas. Helvecio exhibía un ojo hinchado y un caso terminal de lenguaje soez; salvo esto y las magulladuras de algunos de los reclutas, no observé nada más. El criado del centurión parecía haberse llevado la peor parte, pero eso no era necesariamente un signo de crueldad por parte de los brúcteros; era un tipo tan patético que pedía a gritos una paliza. Más tarde, los soldados me contaron que se habían dejado prender con mucha facilidad. Al fin y al cabo, se suponía que los motivos de nuestro viaje eran pacíficos. Los guerreros habían irrumpido de improviso en las tiendas. Helvecio había seguido las normas como era debido, tratando de establecer un diálogo. Sólo cuando el grupo comenzó a ser maniatado, dio el centurión orden de recurrir a las armas. Para entonces, sin embargo, era demasiado tarde. Además, en ningún momento habían tenido esperanzas de salir bien librados presentando combate; era inútil, con unas fuerzas tan reducidas y estando tan lejos de casa.

A continuación, los guerreros habían batido el bosque en busca de los romanos que pudieran haber dispersos. Era evidente que, con Lentulo y conmigo, consideraban completo el grupo.

—¿Señor, qué hay de...?

—Esos nombres que estás a punto de pronunciar... ¡no lo hagas! —Justino y Orosio no estaban allí. Ahora, ellos eran nuestra única esperanza, aunque no me

atreví a imaginar de qué—. No hables de ellos... Ni siquiera pienses en ellos, no sea que los pensamientos se reflejen en tu cara.

Ya debían de estar muertos, como los demás esperábamos estar muy pronto.

Para gran alivio mío, no fuimos conducidos al bosque. Al menos, por el momento.

Ya era noche cerrada. Nuestros captores nos empujaron en dirección al río, aunque parecía que nunca llegaríamos a la orilla, lo cual era otro alivio. Si se les ocurría arrojarme al agua desde un embarcadero como ofrenda a algún dios fluvial, sin duda entregaría inmediatamente mi alma a sus manos palmeadas, pues no sabía nadar y sería incapaz de ponerme a salvo. Tampoco tenía demasiadas esperanzas respecto a los reclutas, quienes debían de haber recibido la misma instrucción que yo en cuanto a desenvolverse en el agua.

Continuamos avanzando penosamente, rodeados por el grupo de bárbaros. Éstos parecían felices de tener a alguien de quien burlarse. No volvieron a ponernos la mano encima, aunque nosotros tampoco tentamos la suerte interesándonos por quién era su caudillo o por cuándo haríamos un alto para comer algún bocado.

Después de lo que nos pareció largas horas de marcha, llegamos a un poblado de edificios rectangulares de madera y mortero con unos techos muy altos e inclinados que descendían casi hasta el suelo. Distinguimos unas cuantas caras pálidas que nos observaban a la luz de unas teas humeantes y oímos el mugido de un buey.

Los guerreros nos forzaron a cruzar la puerta de un largo establo anexo a la granja más grande del poblado, construido en ángulo recto con la vivienda principal. Por el olor supimos que en aquel lugar habían guardado ganado hasta hacía muy poco. Nos dejaron en una zona que tenía un pasillo central y una serie de cuadras separadas por postes y pesebres de heno. Al otro extremo del establo no había pesebres, sino un simple hogar. Oímos cómo atrancaban la puerta por fuera con una recia barra. Explorar nuestra escuálida sala de invitados no nos llevó mucho tiempo. Tras ello, nos limitamos a sentarnos en cuclillas y a mirar a nuestro alrededor.

—¿Qué viene ahora, Falco? —Habíamos llegado a ese momento fatídico en que a los demás no les queda otro remedio que volverse contra mí. Habíamos llegado al momento en que todos, probablemente, querrían recordarme que el viaje al río Lupia había sido idea mía.

—Tenemos que esperar a ver —respondí con voz moderadamente confiada—. Pero me parece que no podemos esperar que nos pregunten a qué locuaz y experimentado abogado defensor de su excelente cuerpo de letrados deseamos contratar.

—¿Cómo han sabido dónde encontrarnos, señor?

—Supongo que Dubno los alertó.

Nos dispusimos a una larga espera, sin grandes esperanzas sobre lo que sucedería

finalmente.

—Quizá una hermosa virgen venga a traernos un puchero de comida, se enamore de mí y nos ayude a escapar —murmuró Ascanio, el recluta más delgado y menos amante de la higiene de todo el grupo.

—Yo, de ti, ni siquiera esperaría que nos echen de comer, Ascanio.

En mitad de la pared del establo había un ventanuco. Algunos niños rubios abrieron la contraventana y nos contemplaron en silencio, fascinados. Helvecio se hartó de ellos enseguida y se acercó a la abertura para ahuyentarlos. Aprovechó para echar un vistazo y anunció que los guerreros estaban reunidos en grupitos, discutiendo sin propósito. El centurión se retiró enseguida del puesto de observación, no fuera que la visión de su parda cabezota romana despertase en ellos ideas asesinas.

Debían de estar aguardando a alguien. En efecto; al cabo de aproximadamente una hora se presentó el esperado. El murmullo de las conversaciones adquirió un tono más animado y todos se pusieron a parlotear de un modo que me recordó una reunión de mis parientes discutiendo inútilmente si el aniversario de la tía abuela Atia era en mayo o en junio. Incluso el notable que acababa de llegar pareció hartarse del alboroto, pues no tardó en hacer abrir la puerta y asomar en el umbral para echarnos un vistazo.

El hombre rondaba los cincuenta. Lucía una melena larguísima, seguramente para compensar el que sus caballos bermejotes empezaran a escasear y a perder color. Xanto se habría horrorizado al ver las guedejas enmarañadas que le caían sobre la espalda. También tenía un gran mostacho, que necesitaba urgentemente una loción revitalizadora, sobre el cual sobresalía una nariz roja y bulbosa entre unos ojos gris pálido, casi llorosos. Todo su físico era imponente: hombros anchos, huesos fuertes, cabeza grande, manazas poderosas... Vestía unos pantalones pardos de lana, una túnica de mangas largas, una capa verde y un broche de oro redondo que no sólo sujetaba el conjunto, sino que cada vez que respiraba se alzaba y descendía espectacularmente para mostrar cuánto se expandía su pecho. Alguno de sus acompañantes quizá pareciera desnutrido, pero aquel individuo estaba en plena forma.

Iba seguido por su guardia personal, formada por unos hombres más jóvenes, cualquiera de los cuales habría constituido un excelente modelo para una estatuilla de «miembro de la nobleza bárbara» si hubieran estado más gordos y hubiesen aprendido a mostrar una feroz mirada celta. Pero lo cierto era que esa mirada, por el contrario, resultaba tan inexpresiva como la de los jóvenes aldeanos de cualquier otro rincón del mundo. La mayoría de ellos iba sin túnica para indicar lo duros (o lo pobres) que eran. Escupían continuamente, por principio, y nos dirigían miradas de odio cada vez que recordaban que se encontraban allí para someter a los prisioneros a un trato vejatorio. Todos portaban enormes espadas germanas, al parecer para tener

algo grande en lo que apoyarse mientras su jefe estaba ocupado. Éste parecía uno de esos hombres que siempre andan con la cabeza puesta en otros asuntos y tenía un aire excéntrico que le daba carácter. Incluso en Roma, esa ligera pátina de locura da buenos resultados, en ocasiones, a los candidatos a un cargo electivo.

Todos nos sentíamos deprimidos e irritados con nosotros mismos de modo que, al constatar que el individuo no hacía el menor intento de comunicarse, permanecimos como estábamos, sentados en dos filas a cada lado del pasillo, viendo cómo deambulaba de arriba abajo. Ninguno de nosotros dijo una sola palabra. Estábamos cansados y hambrientos y se nos notaba claramente, aunque nadie del grupo parecía desmoralizado. Un hombre de orgullosa estirpe romana puede parecer insolente aunque esté en cuclillas sobre dos palmos de sólidos excrementos. Pues bien, Helvecio lograba producir esa impresión aunque, en su caso, gozaba de una ventaja: era centurión, una casta de gente muy altanera.

El jefe tribal era un hombre de andar calmoso cuyas pisadas contribuían a apisonar el suelo. Lo vimos regresar hasta la entrada del establo y volverse de nuevo hacia nosotros. Emitió un sonido agudo entre dientes, como si escupiera una semilla de frambuesa. Aquélla parecía ser su valoración de nuestro grupo y constituía una audible expresión de disgusto. Me sorprendió que consiguiera encontrar dos dientes a través de los cuales soltar aquel ruido, pues en sus encías eran claramente visibles grandes huecos.

—Alguien debería decirle que se vaya con cuidado —apuntó Ascanio en tono burlón—. Probablemente ha sido así como ha perdido el resto de la dentadura...

Los ojos del caudillo bárbaro se concentraron en el chistoso. Y todos nos dimos cuenta de que el hombre había entendido el comentario.

Me incorporé para actuar de portavoz.

—Venimos en son de paz —proclamé. Marco Didio Falco, el eterno inocente—. Hemos acudido aquí para ver a Veleda, vuestra afamada profetisa.

El nombre de Veleda produjo el mismo efecto que intentar que una corneja se interesara por una comida a base de hojas de lechuga.

—¿Venís en son de paz? —El jefe tribal levantó la barbilla y cruzó los brazos. La pose resultaba casi cómica por lo estudiada, pero en aquellas circunstancias era su privilegio—. Sois un grupo de romanos en la Germania Libera. —Su latín tenía un acento horrible, pero bastaba para burlarse de un agobiado grupo de renegados—. No tenéis ninguna oportunidad. Estáis ante los brúcteros —nos informó con altivez—. Sí, eso somos.

Repitió su desagradable rechinar de dientes y abandonó el establo.

—Entonces, ha quedado claro —exclamó Ascanio, incorregible—. El tipo ha cancelado la visita de la virgen. ¡Esta noche nos quedamos sin cenar, muchachos!

También acertó en eso.

L

A la mañana siguiente, la hermosa virgen debía de estar ocupada, pues nos envió a su hermana. Ésta tenía la silueta de un mástil de tienda de campaña, las facciones angulosas de un peñasco y un carácter despreciable. Nada de eso nos habría deprimido demasiado, de no ser porque la muchacha tampoco tenía idea de cocinar.

—Gracias, querida —la saludé cortésmente entre las muecas de desagrado de los demás—. Estamos encantados de conocerte y agradecidos por ese bendito cazo de gachas —añadí. La muchacha había traído cuatro cuencos para los veintidós del grupo, y un caldero de metal que contenía una especie de masa tibia y glutinosa de cereales.

Sin hacer caso de mi comentario, la muchacha abandonó el establo. Yo fingí que prefería a las mujeres menos descaradas.

El desayuno fue algo que todo el mundo debería experimentar para que la siguiente vez que tuviera que comer algo a la fuerza, supiese que podría ser peor.

Aquella tribu de brúcteros no era amante de los madrugones. Nos hallábamos en un poblado adormecido que habría constituido un lugar de recuperación ideal si hubiésemos encontrado más simpatía entre sus gentes. Sólo avanzada la mañana escuchamos algún signo de actividad.

—Atentos, soldados. Parece que sucede algo...

Espiarnos por el ventanuco y vimos que un grupo de guerreros había regresado a nuestro campamento para saquearlo. Helvecio y yo apartamos a los demás y procedimos a observar el material y los animales que habían caído en su poder.

—Calculo que falta una tienda y seis caballos...

—Además de la caja de seguridad, las jabalinas...

—Probablemente, también algunas raciones y el equipaje personal del tribuno...

—¡Entonces, lo conseguiremos! —murmuró Helvecio con orgullo—. ¡Por Mitra, es un muchacho estupendo!

Daba la impresión de que Camilo Justino podría, al menos, informar a Roma de que habíamos caído en poder de los brúcteros. El joven contaba con suministros y monturas y con la compañía de Orosio. Después de capturarnos, aquellos bárbaros habían bajado la guardia y no estarían pendientes de él. Justino tendría, pues, una buena ocasión para escapar de allí. No podíamos hacer otra cosa que mantener la fe en ello. ¿Qué otra cosa cabía esperar de un oficial joven educado entre algodones y ayudado por un recluta de reconocida torpeza?

En condiciones normales, cualquier estupidez. Tal fue la respuesta de Helvecio.

La llegada de los caballos significó un cambio para nosotros. La cara buena de ese cambio fue que dijimos adiós a nuestro encierro en el establo pestilente. El aspecto más sombrío fue que nuestros captores dejaron atrás todo nuestro equipaje,

que Ascanio había perdido su oportunidad de galantear a la chica de las gachas y que los brúcteros emprendieron la marcha montados a caballo... es decir, en nuestros caballos. Nosotros avanzábamos a su lado, a pie. Y eran jinetes rápidos. Además, el lugar al que nos conducían resultó encontrarse a varios días de marcha.

—Ved el lado positivo: por lo menos vamos hacia el oeste. Estos bárbaros podrían habernos internado en sus bosques... De este modo, cada milla que avanzamos estamos más cerca de casa.

—Entonces, Falco, ¿a cuántas millas de Roma nos encontramos ahora?

—¡Por Júpiter, no lo preguntes!

Tan pronto como los brúcteros se cansaron de conducirnos como a patos, a base de irritantes silbidos y de un uso muy activo de varas de afiladas espinas, nos colocamos en formación y les demostramos cómo marchan los constructores de imperios. Incluso los reclutas estaban inspirados y marciales. Me preocupaba el criado del centurión pero resultó que, tras veinte años en el ejército, no sólo era capaz de mover sus botas al ritmo de los demás, sino de mascullar sus lamentaciones al mismo tiempo.

Incluso cantamos. Inventamos una copla de marcha que empezaba: «¡Oh, me gusta mi escudilla con mi nombre grabado en el borde...!» y seguía enumerando diversos efectos del equipo de un legionario (hay muchos de donde escoger) hasta llegar a la novia, punto a partir del cual la forma permanecía constante pero introducíamos algunos contrapuntos obscenos. A los reclutas les entusiasmó. Era la primera vez que se inventaban una canción.

—¡Ah, señor, esta aventura es realmente espléndida, señor!

—Tienes mucha razón, muchacho. Marismas, bosques, fantasmas, arboledas llenas de esqueletos... Sucios, asustados y famélicos, para terminar convertidos en esclavos...

—Señor, creo que esos a los que nunca mencionamos van a rescatarnos. ¿Qué opinas tú, señor?

Helvecio resumió su parecer en una palabra. Se trataba de un término anatómico.

Yo apunté que, suponiendo que aquellos a los que nunca nos referíamos hubieran hecho lo más sensato y hubiesen partido a uña de caballo hacia nuestras filas, estaba dispuesto a estudiar las sugerencias para organizar nuestro propio rescate. Nadie tenía ninguna.

Cantamos trece estrofas más de la canción de la escudilla, para dar a entender a los brúcteros pelirrojos que jamás conseguirían quebrar el ánimo de los romanos.

Así, con los pies llagados y nuestra inquietud lo más disimulada posible, llegamos a un gran claro junto a la ribera del río, donde se estaban congregando más brúcteros cerca de una torre sospechosamente alta. Al pie de la torre, en una serie de pulcras casitas de paredes de mortero, vivía un grupo de bárbaros extremadamente delgados

que se las habían ingeniado para equiparse con una extraordinaria cantidad de brazaletes de oro y broches de capa con incrustaciones de piedras preciosas. Aquel grupo de aspecto enclenque recordaba a los ladrones de caballos que viven en los pantanos Pontinos y se ganan la vida reparando cazuelas y ollas abolladas. Tenían la mirada tan furtiva como ya había oído comentar, pero cada uno de aquellos hombres poseía un elegante collar, un cinto con buenos adornos esmaltados y varias vainas de plata o de bronce. Al contrario que el resto de los reunidos, llevaban encima varias capas de ropa y botas excesivamente grandes. Tenían como animales de compañía varios perros de caza de excelente estampa y exhibían ostentosamente ante sus viviendas el último modelo de carro de bastidor de mimbre.

Aquellos individuos larguiruchos, de mentón afilado y aspecto poco imponente formaban un grupo cuyo poder para atraer ricas ofrendas debía de ejercer por pura delegación. Cuando gimoteaban para obtener un regalo, nadie podía discutirlo. Al menos ningún brúctero parecía dispuesto a hacerlo. Pues aquellos hombres eran, sin duda, los parientes varones de Veleda.

Nuestros captores nos ataron a todos juntos, pero nos permitieron deambular por el lugar a nuestro aire. Nos encaminamos directamente hacia el lugar donde debía de vivir la profetisa.

Debería haberlo sabido desde el primer momento. ¿Desde cuándo las tribus celtas construían torres altas como aquella? Veleda se había instalado en un viejo puesto de señales romano.

El edificio, una construcción que en semejantes circunstancias resultaba irónica, había sufrido algunas modificaciones. Aún tenía la plataforma superior para el vigía y para las hogueras, pero ahora su altura era todavía mayor gracias a las paredes de mimbre que se habían añadido a ella, rematadas por un confortable tejado de maderos. Decididamente, las acciones que a punto habían estado de provocar la caída del Imperio habían sido supervisadas desde una de sus propias construcciones. Apartamos la vista de ella con repugnancia.

Las fuentes de la cabecera del Lupia se unían en un solo curso bastante más arriba, y donde estábamos ahora el río se había ensanchado lo suficiente como para permitir la navegación. A lo largo de las orillas había diversas embarcaciones nativas, entre ellas algunas chalupas de casco alto con velas de cuero, esquifes y pequeños botes de mimbre y cuero. También había otra nave mucho mayor, de una categoría superior, que parecía extrañamente fuera de lugar. Los reclutas se mostraron fascinados por aquella embarcación y desoyeron repetidamente los gritos de nuestros guardianes, volviendo sobre sus pasos para contemplarla más detenidamente. Había olvidado que muchos de ellos procedían de la costa del Adriático.

—¡Eso es una liburna!

Las liburnas son embarcaciones de guerra ligeras, con dos hileras de remos,

copiadas de las que empleaban los piratas mediterráneos y muy utilizadas por la flota romana. Aquélla llevaba un retrato decorativo de Neptuno en la proa y una espléndida cabina en la popa. Se mantenía a flote, aunque le faltaba la mitad de los remos y el aparejo estaba hecho un auténtico lío. No advertí indicio alguno de que la sacerdotisa la mantuviera en condiciones para hacer travesías de placer en ella; más bien daba la impresión de llevar muchos meses allí, abandonada.

—Debe de ser la nave insignia que le robaron a Petilio Cerealis delante de sus mismas narices —apunté.

—¡Pues es preciosa, señor! ¿Cómo pudo permitir que sucediera una cosa así?

—Estaba en la cama con su cariñito.

—¡Oh, señor!

—No pienses más en la negligencia del general. Igual que la liburna, deben de habernos conducido hasta aquí como regalo a la profetisa. Así pues, guardad silencio, permaneced juntos y manteneos atentos por si surgen problemas. Nadie ha vuelto a ver jamás al último romano vivo traído como presente a la dama. ¡Y podéis estar seguros de que el pobre diablo no sigue con vida, tan cierto como que la ambrosía hace eructar a los héroes!

No obstante, experimenté una remota esperanza de que diéramos con el legado desaparecido, Luperco, y descubriéramos que se había vuelto un nativo y que vivía allí con Veleda, como un príncipe. La esperanza era tan vaga que me sentí ligeramente mareado. Conocía demasiado bien las alternativas más probables. Y sabía que eran ésas las que nos aguardaban.

—¿La profetisa está ahora en la torre, señor?

—No lo sé.

—¿Vas a pedir una entrevista con ella?

—Dudo mucho que me lo permitan. Pero antes de hablar quiero estudiar la situación.

—¡Oh, no subas a la torre, señor! Quizá no vuelvas a salir... —Lo tendré presente.

La asamblea de los brúcteros parecía una reunión estipulada de antemano.

Debía de representar un duro trabajo para los proveedores de alimentos. Las tribus celtas tienen fama de acudir a las citas en un término de tres días antes o después de la fecha acordada. En aquel momento, estaba celebrándose un banquete sobre unas bastas mesas de tablones y caballetes. Al parecer, se trataba de una especie de festín permanente. Era de suponer que tendría que pasar algún tiempo hasta que un número decente de guerreros se dignara hacer acto de presencia. Me pregunté quién habría cursado las invitaciones a aquella reunión informal. Después, traté de no sentir curiosidad por el efecto que la asamblea podía tener sobre nosotros.

Nuestro grupo, con su interesante ristra de prisioneros, despertó estallidos de

expectación. Los acompañantes de otros jefes se sintieron obligados a fanfarronear y desafiar al satisfecho grupo que nos había capturado. Lo hicieron dirigiéndonos los habituales gestos ofensivos y amenazadores, de los que no hicimos caso, aunque estaba muy claro que nuestros captores no iban a permitir que otros nos torturaran cuando tal cosa constituía su privilegio. Para entonces, sentíamos un interés especial por el grupo con el que estábamos familiarizados, de modo que los encorajinamos y logramos lanzarlos a una pelea bastante animada. Ninguno de ellos pareció agradecer nuestro apoyo y, finalmente, se cansaron de pelear y se sentaron a continuar con el banquete.

A nosotros también nos echaron de comer, aunque no lo mismo. Los guerreros daban cuenta de una comida sencilla pero apetitosa: pan, fruta, venado asado caliente y creo que algo de pescado. Para nosotros, el cocinero se había tomado la molestia de preparar otra de sus especialidades en gachas; era como tragar un engrudo. Nos trajeron bebida, una especie de zumo de arándano fermentado, pero advertí a los reclutas que fueran con cuidado por si más adelante necesitábamos tener la cabeza despejada. Las mujeres fueron consideradas una gran mejora en comparación con la hermana de la virgen; la muchacha que nos trajo la jarra de bebida merecía, decididamente, un buen piropo. Ordené que se olvidaran también de ella y fui elegido unánimemente como el miembro menos simpático del grupo.

Transcurrió el tiempo. Apoyado en un árbol, reflexioné sobre lo que nos ocurría. En aquel lugar el tiempo parecía carecer de importancia. Sin embargo, ¿qué otra cosa se podía esperar de unas tribus indolentes que jamás habían conocido el reloj de sol y mucho menos habían importado de Italia la clepsidra para regular estrictamente sus horas libres? ¡Dioses santos, esos bárbaros parecían creer que la vida consistía en hacer lo que uno quería y disfrutarla todo lo posible! Si algún día se filtraban a través de aquellos perezosos bosques los conceptos de la filosofía griega, sus gentes iban a llevarse una sorpresa terrible. Y estaban tan desorganizados que no era de extrañar que los hijos y el nieto de Augusto, representante supremo del orden, jamás hubieran conseguido reunir a un número suficiente de ellos para organizar un acto presentable de rendición a Roma. Roma tenía una forma metódica de enseñar a los pueblos tribales, pero antes era preciso sentarlos para explicarles los beneficios.

Esta vez, eran los brúcteros quienes nos obligaban a esperar sentados. Tal violación de las normas de cortesía diplomática mereció nuestro desdén.

No sucedía nada. Y no parecía que nadie esperase que sucediese algo. Todo aquello carecía de sentido para nosotros. Permanecimos atados en nuestra penosa cuerda de presos, sentados en un rincón e hirviendo de impaciencia a la espera de alguna formalidad, aunque ésta resultase ser la de nuestro juicio.

Ascanio guiñó un ojo a la muchacha de la jarra. Ella hizo caso omiso y él intentó asir el borde de su falda de áspera lana. Ante ello, con el aire de quien no es la

primera vez que lo hace, la muchacha le vació encima el líquido que quedaba en el cántaro.

Hay cosas que son iguales en todas partes.

Cuando la chica se dio media vuelta con su bonita nariz muy levantada, le dirigí una triste sonrisa y ella me dedicó a su vez una carantoña realmente deliciosa. Me sentí nuevamente animado.

Ver cómo otros se dan un festín constituye un ejercicio francamente desmoralizador.

Transcurrió más tiempo. Se acercó la noche. A pesar de lo que Dubno me había contado acerca de la actitud germana respecto de la bebida, el vino de arándano era, evidentemente, una de esas pócimas campestres de efectos traicioneros. Mi tía abuela, Febe, preparaba un brebaje parecido con bayas de arrayán que normalmente originaba un alboroto digno de unas Saturnales. Allí habría tenido un gran éxito. El murmullo de las conversaciones no tardó en dar paso a las voces altisonantes de una discusión. Como en todas partes, la mayoría de las mujeres decidió que, si iba a armarse una bronca, ellas se marchaban a otra parte a hablar de sus cosas. Unas pocas, testarudas, se quedaron; sin duda, se trataba de las que estaban decepcionadas de la vida. Se las veía más achispadas incluso que los hombres. Éstos, que parecían capaces de engullir el cargado licor rojo sin perder el aplomo, estaban ahora encendidos de cólera. Empezaron a cruzarse opiniones, lo cual siempre constituye una señal de peligro. Las réplicas se sucedían, cada vez más enérgicas, masculladas en palabras lentas y arrastradas que no tardaron en ser subrayadas con golpes en las mesas. Por fin, nuestro jefe se puso en pies, tambaleándose con ebria elegancia, y estalló en un discurso encendido. Era evidente que estaba proponiendo una votación.

Naturalmente, nos habría gustado que nuestro hombre hubiera resultado un buen polemista, pues a todo prisionero le gusta pensar que ha sido capturado por un enemigo digno. El único problema, según quedó de manifiesto en las miradas feroces que nos dirigía, era que el tema de la discusión era nuestro destino. También captamos claramente que el jefe había decidido mejorar su posición ofreciendo a sus prisioneros para que fueran empleados como próximos sacrificios humanos en alguna arboleda sagrada.

Fue un largo discurso; al tipo le encantaba vociferar. Poco a poco, el ruido cambió al tiempo que los guerreros empezaban a golpear sus escudos con las lanzas.

Comprendí el significado de tal gesto.

El estrépito de las lanzas contra los escudos se hizo más potente y se aceleró. Instintivamente, todos nos apiñamos en un grupo más compacto. Una lanza, arrojada con gran precisión, se clavó vibrando en la hierba, junto a nuestros pies.

El ruido cesó hasta aproximarse al silencio absoluto de que puede ser capaz un grupo numeroso de gente ahíta de comida y discusiones. Gradualmente, todos

concentraron la atención.

Una mujer había entrado en el claro a lomos de un caballo blanco, montada a pelo y sin bridas.

LI

Helvecio me cogió por el brazo.

—Apuesto a que ésa es la profetisa.

—No se aceptan apuestas, centurión.

A cada lado del inquieto caballo caminaba uno de los individuos larguiruchos que transmitían los mensajes de la mujer. De no haber llevado jinete, habría dicho que el animal estaba por domar. Era de corta talla, con el pelaje hirsuto y un aire de furia en los ojos. Cada uno de los larguiruchos lo tenía cogido por las crines para dominarlo; los dos parecían nerviosos, pero no había duda de quién los dominaba a ambos, y también al caballo salvaje.

Veleda desmontó entre su gente. Claudia Sacrata había dicho que los hombres la consideraban hermosa. Estaba en lo cierto. En nuestro grupo había veintidós hombres; todos estuvimos de acuerdo.

Era una mujer alta, tranquila y decidida. Tenía esa tez pálida que hace que los hombres parezcan débiles y poco viriles, pero que otorga un tono de misterio a las mujeres. La melena de luminosos cabellos dorados le llegaba, perfectamente peinada, hasta la cintura. Helena habría dicho que una mujer que pasa los días a solas en una torre tiene mucho tiempo para darle al cepillo. Llevaba un vestido púrpura sin mangas y estaba lo suficientemente bien desarrollada como para que la vista se desviase una y otra vez a su escote y a las aberturas bajo las axilas. Sus ojos eran azules, pero lo más importante de ellos era que reflejaban la confianza del poder.

Intenté detectar cómo había adquirido su encumbrada posición. Parecía reservada pero segura de sí misma, capaz no sólo de tomar decisiones, sino también de convencer a otros de que esa decisión era la única alternativa. Para nosotros, su presencia significaba nuestra perdición. La profetisa de los brúcteros era demasiado mayor para considerarla una mujer joven, pero demasiado joven para llamarla mayor. De acuerdo a los cánones romanos, estaba en la peor de las edades. Sabía demasiado para perdonarnos, y demasiado poco para renunciar a combatirnos. Me di cuenta al instante de que no teníamos nada que ofrecerle.

Helvecio también fue consciente de ello.

—La mejor de las suertes, Falco. Esperemos por el bien de todos que no hayamos aparecido ante su puerta en un momento inoportuno del mes.

Yo tenía cinco hermanas y una novia que se ponían como furias cada vez que les apetecía. Había aprendido a escurrir el bulto. Sin embargo, comenzaba a pensar que aquella dama podía considerar su día malo cualquiera en que tuviese que tratar con romanos. Noté que se formaba un nudo de tensión en mi estómago, causado por la mala comida y la falta de sueño.

La mujer se movió entre los participantes en el banquete como si les diese la

bienvenida. Como anfitriona no era fría, pero tampoco mostraba un calor achicharrante. Su comportamiento era abierto y a la vez sumamente reservado. No vimos que probase bocado (parte de su halo mágico: no necesitaba alimentarse para subsistir), pero en cierto momento levantó una copa por todos los presentes y, tras una salva de vítores, se reanudó el ruidoso alboroto. Cuando fue pasando de mesa en mesa, los comensales se dirigieron a ella como a una igual, pero escuchamos sus respuestas con suma atención. Sólo una vez la vi sonreír, con un guerrero que debía de traer a su hijo adolescente a una asamblea por primera vez. A continuación, pasó varios minutos charlando tranquilamente con el chico, que estaba tan sobrecogido por su presencia que apenas era capaz de articular respuestas.

Los reunidos le ofrecieron regalos. El guerrero que me había capturado le entregó mi puñal.

El jefe de la partida nos señaló con un gesto. Ella, probablemente, le había agradecido su donación. Volvió la mirada un instante hacia donde estábamos y nos produjo la impresión de que lo sabía todo acerca de nosotros sin necesidad de que hablásemos.

Se dispuso a continuar su marcha.

Con ambas manos, rompí la cuerda que me ataba a los demás y di unos pasos hacia ella, aunque sin acercarme demasiado para no ganarme una lanzada en la garganta. Era más alta que yo. Llevaba un bello collar de amalgama de oro trabajada, menos fina que otras pero de filigrana más compleja; parecía obra de un orfebre de Hibernia. Los pendientes eran griegos: medias lunas de oro de granulación extremadamente fina; unas piezas exquisitas. Lo mismo cabía decir de su piel tersa y clara. Por un instante, fue como acercarse a una muchacha atractiva que ha tenido fortuna en el reparto de una herencia. A continuación, recibí todo el impacto de su personalidad. De cerca, la primera impresión que producía era la de una inteligencia formidable, aplicada con astucia. Aquellos ojos azules parecían haber estado esperando enfrentarse a los míos. Permanecían absolutamente impasibles. Jamás había sido tan consciente de encontrarme ante alguien tan marcadamente diferente.

Y lo más peligroso era su sinceridad. El circo de hojalateros que la rodeaba tal vez estuviera compuesto de charlatanes, pero Veleda se mantenía a distancia de ellos y resplandecía, sin que le afectase un ápice su charrería.

Me volví hacia el jefe.

—Dile a tu profetisa que he viajado desde Roma para hablar con ella. —Me sorprendió que nadie moviera un arma, pero los guerreros parecían ceñirse a las órdenes de la mujer y ésta no les dio ninguna. El jefe ni siquiera respondió a mi petición—. ¡Dile a Veleda que deseo hablar con ella en nombre del César! —insistí.

Advertí en la sacerdotisa un ligero movimiento de impaciencia, probablemente debido a mi mención de la odiada y temida palabra, «César». El jefe dijo algo en su

idioma. Veleda no respondió.

La diplomacia ya es suficientemente difícil cuando el interlocutor reconoce y acepta los esfuerzos del negociador. Perdí la paciencia.

—Señora, no te muestres tan hostil. ¡Esa expresión afea un rostro encantador! —Una vez pronunciadas tales palabras en tono de irritación sin preocuparme de si ella las entendía o no, detenerme habría sido una muestra de debilidad—. He venido en son de paz. Mi escolta, como podrás comprobar si la inspeccionas, está compuesta por hombres sumamente jóvenes y tímidos. No representamos ninguna amenaza para los poderosos brúcteros.

En realidad, las experiencias pasadas (y, probablemente, el ejemplo de convivir con huesos duros de roer como Helvecio y yo mismo) habían endurecido visiblemente a los reclutas. Mi intervención parecía haber despertado cierto interés desdeñoso por parte de Veleda, de modo que me apresuré a continuar:

—Ya es suficientemente desagradable estar encargado de una misión de paz que nadie ha solicitado. Esperaba poder gozar de vuestra legendaria hospitalidad germánica; por eso, señora, me siento decepcionado por el trato que estamos recibiendo... —Señalé al resto del grupo con un nuevo gesto; los reclutas se apretujaron aún más detrás de mí. Esta vez un guerrero, probablemente bebido malinterpretó el gesto y saltó hacia nosotros en actitud agresiva. Veleda no mostró la menor reacción, pero otros hombres se encargaron de contener al guerrero—. Me gustaría poder decir que la comunicación no parece el punto fuerte de tu tribu, pero está dolorosamente claro lo que pretenden. Sólo te pido que, si no quieres escuchar el mensaje que traigo, permitas al menos que yo y mis compañeros regresemos junto al emperador para informarle de nuestro fracaso.

La profetisa continuó mirándome sin el menor ademán. Tras una vida de arduas conversaciones, aquello era sondear nuevas profundidades. Di un tono más ligero a mi voz:

—Y si lo que te propones en realidad es convertirnos en esclavos, te advierto que mis soldados son pescadores criados a la orilla del mar. No entienden nada de ganado y ninguno de ellos sabe manejar el arado. En cuanto a mí, puedo arreglármelas para cuidar un pequeño huerto de legumbres, pero mi madre te alertaría enseguida de que soy un completo inútil en la casa...

Lo había conseguido.

—¡Silencio! —exclamó Veleda.

Sí; había logrado más de lo que esperaba.

—Está bien. Soy un romano bien educado, princesa. Cuando una mujer me habla en latín con esa energía, siempre hago lo que me dice.

Por fin, estábamos llegando a alguna parte. Como de costumbre, era a un callejón oscuro en el que habría preferido no entrar. La profetisa me dirigió una sonrisa agria.

—Sí, hablo tu lengua. Me pareció necesario hacerlo, pues ¿cuándo se ha molestado un romano en aprender la nuestra?

Veleda tenía una voz firme, poderosa y vibrante que, en otras circunstancias, habría sido un placer escuchar. Yo ya no estaba sorprendido, pues la mujer lograba que todo cuanto hacía o decía pareciese inevitable. Por supuesto, cuando se presentaban los comerciantes, ella deseaba enterarse de las noticias que traían y asegurarse de que no la engañaban. Lo mismo cabía decir de cualquier embajador que surgiera inopinadamente de los bosques.

Yo tenía ligeros conocimientos de la lengua celta que se hablaba en Britania, pero había tantas millas de distancia entre aquellas tribus y los brúcteros que esos conocimientos resultaban inútiles, pues nuestros captores empleaban un dialecto muy diferente.

Recurrí a los habituales usos diplomáticos degradantes:

—Tu cortesía nos censura. —Aquello sonaba a una comedia traducida de un original de poca calidad por algún poeta mediocre de Túsculo—. Con gusto alabaría a la noble Veleda por su belleza, pero creo que ella preferiría oírme comentar con elogio su inteligencia y buen juicio...

La noble Veleda dijo algo en su idioma, sin alzar la voz. Fue un comentario breve que levantó risas entre su gente. Probablemente había empleado términos mucho más rudos, pero el sentido estaba claro: «Este hombre me aburre».

Bravo por la diplomacia.

Veleda alzó el mentón. Era consciente de su aspecto imponente, pero despreciaba recurrir a él.

—¿Qué has venido a decir? —inquirió con ademán pensativo.

A eso se llamaba ir al grano. Sin embargo, yo no podía en modo alguno limitarme a responder: «¿Dónde está Munio, y quieres tener la bondad de ordenar a tus guerreros que dejen de atacar a Roma?».

Probé la sonrisa franca:

—¡Me estoy llevando la peor parte de este asunto!

Pero seguramente, en el pasado, algún embustero había utilizado ya aquella misma sonrisa para intentar engañarla.

—Te estás llevando lo que te mereces —fue su respuesta. Me recordó las de otra muchacha altanera con la que solía reñir.

—Veleda, lo que Vespasiano me ha enviado aquí a decir es vital para todos nosotros. No puede ser tratado como un vulgar intercambio de insultos en una competición de gritos de borrachos. Tú hablas en nombre de tu nación...

—No —me interrumpió ella.

—Tú eres la sacerdotisa venerada de los brúcteros...

Veleda sonrió, sin añadir palabra. Su sonrisa era absolutamente íntima, sin el

menor contacto humano compartido. El efecto que produjo fue que ahora parecía intocable. Abrió la boca para declarar:

—Sólo soy una mujer soltera que habita en el bosque con sus pensamientos. Los dioses me han otorgado conocimiento...

—Tus hazañas tampoco se olvidarán nunca.

—Yo no he hecho nada. Me he limitado a expresar mi opinión cuando alguien me lo ha pedido.

—Entonces, tus meras opiniones te han proporcionado un gran poder de liderazgo. Niega tu ambición, si quieres, pero tú y Civilis estuvisteis a punto de dominar Europa. —Y a punto de arruinarla—. Señora, tus opiniones iluminan el mundo entero como una tormenta de rayos. Tal vez entonces tenías razón, pero ahora el mundo necesita descanso. La lucha ha terminado.

—¡La lucha no terminará jamás!

La sencillez con que hablaba me alarmó. Si la mujer hubiera sido uno de tantos aspirantes al poder, aquellos turbulentos guerreros la habrían tomado a broma y Civilis no la habría considerado una aliada sino una rival. Tal vez Veleda había conseguido enardecer a las hordas con su oratoria más inflamada pero, probablemente, los propios brúcteros se habrían desembarazado de ella. Incluso Arminio, su héroe, había sido derrocado al final por su propio pueblo. En Roma, habría resultado incomprensible que un líder no aspirara a lucir los entorchados de su condición de tal. En los bosques germanos, por el contrario, aquel mismo rechazo de toda ambición reforzaba su influencia.

—La ocasión ha pasado —insistí—. Roma vuelve a ser ella misma. Combatir ahora es lanzarse contra una pared de roca. No podéis derrotar a Roma.

—Ya lo hicimos en una ocasión. Volveremos a hacerlo.

—Eso fue hace tiempo, Veleda.

—Nuestro tiempo llegará otra vez.

Pese a la certeza que intentaba transmitir en mi tono de voz, Veleda también se sentía segura de lo que decía. Una vez más, empezó a darse la vuelta. Pero en aquella ocasión no dejé que una mujer me obligara a callar con el mero gesto de volverse de espaldas. Durante toda mi vida adulta, las mujeres me habían tratado como a un esclavo restregador de una casa de baños que no se hubiera ganado la propina.

No tenía nada que perder, de modo que intenté convertir aquello en un asunto personal.

—Si el imperio galo del que tanto os vanagloriáis consiste en esto, Veleda, no me impresiona. Civilis ha huido y permanece oculto, y lo único que veo aquí es un claro de bosque con el típico espectáculo de feria, chillón y poco elegante, que se organiza en cualquier mercado de caballos. Lo que veo es sólo otra chica con aspiraciones al mundo del espectáculo que trata de hacerse un nombre... y lo que es más, que está

descubriendo que el éxito significa que todos sus aprovechados parientes esperan de ella que les encuentre una colocación en su séquito... Lo lamento por ti. Tu posición parece aún peor que la mía. —A juzgar por su expresión impasible, los parientes de la dama eran más lerdos de lo que yo había creído, o bien no habían compartido su profesor de latín. Veleda se volvió una vez más para mirarme a la cara. Me atrevería a decir que la referencia a la familia había herido su susceptibilidad. Continué hablando en tono más apaciguador—: Disculpa las bromas. Puede que mi gente sea vulgar, pero la echo de menos.

Ella no pareció captar mi insinuación de que los romanos también éramos humanos. Con todo, consideré que aún tenía su atención y añadí:

—Veleda, tu influencia se basa en tu acertada profecía de que las legiones romanas serían destruidas. Un pronóstico fácil. Cualquiera que observase la lucha por el trono imperial podía darse cuenta de que los intereses de Roma en Europa estaban en peligro. No hiciste más que sacar la pajita afortunada entre las dos probabilidades que tenías. Ahora, eso no dará resultado. Roma vuelve a tener el control absoluto. Una vez resuelta la situación en la capital imperial, Petilio Cerealis marchó al frente de sus hombres a lo largo de la ribera occidental del Rin, desde los Alpes hasta el océano Británico, y todos los enemigos de Roma que encontró en su camino tuvieron que retirarse ante su empuje. ¿Dónde está tu triunfante Civilis, ahora? En el mar, probablemente.

Aquella versión oficial de las victoriosas hazañas de nuestro comandante habría satisfecho a su amante urbana de Colonia, pero no iba a impresionar a una mujer inteligente y desdeñosa que podía distinguir la nave insignia de la flota de Cerealis amarrada en su embarcadero privado. Sin embargo, Veleda comprendía tan bien como yo que Cerealis podía ser un hombre desorganizado, pero aun así había derrotado toda resistencia.

—He oído que nuestro pariente, Civilis, ha vuelto a teñirse el cabello de rojo —apuntó la profetisa como si esperase disfrutar de mi desconcierto.

Aquél sí que era un regalo inesperado. Yo ni siquiera había soñado con recibir noticias. Y no parecía que el rebelde se ocultara allí.

—¿No está contigo?

—Civilis sólo se siente cómodo en la orilla occidental del río.

—¿Ni siquiera en La Isla?

—Actualmente, ni siquiera allí.

—Roma se encargará de cortarle el pelo. La cuestión ahora, ingeniosa profetisa, es si tendrás el valor de comprender que las legiones no fueron derrotadas y de ayudar a reconstruir el mundo que todos nosotros estuvimos tan cerca de perder.

Había agotado mis apelaciones. La profetisa seguía tan calmada que me sentí como si estuviese masticando arena.

—La decisión —respondió al fin— la tomarán los brúcteros.

—¿Para eso se han reunido aquí? ¡Veleda, abandona tu actitud de oposición fanática a Roma! Los brúcteros y los demás pueblos te escucharán.

—Mi actitud no tiene importancia. ¡Son los brúcteros quienes jamás dejarán de resistirse a Roma!

Observando a los guerreros, me sorprendía que alguna vez hubieran escuchado a alguien.

Veleda adoptó una actitud tan ausente y taciturna como la de un oráculo griego o una sibila. El misterio de la torre era tan fraudulento como los aterradores rituales de Delfos o de Cumas. Pero los oráculos griegos y romanos envolvían los destinos en acertijos; Veleda usaba la verdad desnuda. Su mejor truco, me dije, era que, como un orador que da voz a los pensamientos secretos de la gente, ella se inspiraba en profundos sentimientos que ya existían. Los guerreros creían que estaban decidiendo por sí mismos. Habíamos tenido ocasión de comprobarlo: Veleda acogía aquella reunión como si no tuviera intención de participar en los debates que se avecinaban. Sin embargo, yo seguía convencido de que la profetisa conseguiría el resultado que quería. Sería un mal resultado para Roma. Y la convicción de Veleda al respecto parecía incommovible.

Esta vez, mi intervención había terminado. La audiencia de Veleda, una de sus escasas apariciones públicas, estaba tocando a su fin. Empezó a alejarse y sus seguidores se reagruparon para impedir que nada la detuviera.

De nuevo, se volvió hacia mí. Era como si leyese mis pensamientos. Yo había jugado con la idea de que, si en aquella reunión iban a tomarse decisiones importantes, tal vez habíamos llegado en el momento oportuno. Pero ella me aseguró con visible satisfacción que no tendría oportunidad de influir en los acontecimientos:

—Tú y tus compañeros sois un regalo para mí. Se me ha pedido que os dé el destino que probablemente imagináis. —Por primera vez, parecía mostrar curiosidad por nosotros—. ¿Te da miedo la muerte?

—No.

Sólo me irritaba.

—Aún tengo que tomar la decisión —anunció ella cordialmente.

Conseguí lanzar una última réplica:

—¡Veleda! ¡Matar a un viejo soldado, a su criado y a un grupo de muchachos inocentes no hará más que deshonorarte y mancillar esa fama inmaculada de que gozas!

Acababa de ofender a todo el mundo. El jefe que nos había llevado allí me derribó al suelo de un revés prodigioso.

Veleda había llegado a la torre. Sus parientes varones se congregaron al pie de ésta, de cara a la compañía. Mientras la esbelta figura desaparecía sola en su retiro, la

sombra del gran dintel romano cayó sobre sus cabellos de oro. La torre de señales la engulló bruscamente. El efecto resultó siniestro.

Y aún resultaba más inquietante si uno yacía sobre la hierba con el orgullo herido y un golpe doloroso en la cabeza, afrontando la perspectiva de una muerte espantosa en una arboleda sagrada de los brúcteros.

LII

Helvecio hizo un rápido ademán de intentar ayudarme a incorporarme.

—¡No has estado muy brillante, que digamos!

Rechacé sus manos.

—Quien crea que sus palabras pueden resultar más convincentes que las mías, puede meterse en la torre a tentar su suerte.

Los comentarios mordaces cesaron.

Dos de los parientes de la dama habían sido delegados para realojarnos en un gran cercado de ásperas zarzas espinosas que aún parecían estar creciendo. Allí debía de ser donde Veleda guardaba vivos sus regalos antes de proceder a su descuartizamiento ritual, y allí fuimos conducidos y encerrados. El lugar ya tenía un ocupante, pero el individuo al que encontramos acurrucado en un rincón no parecía adecuado para aplacar al dios ancestral que Lentulo y yo habíamos visto en el bosque.

—¡Oh, mirad todos! ¡Hemos encontrado a Dubno!

Nuestro buhonero extraviado había sido sometido a una tremenda paliza. Parecía como si le hubieran marcado con un buen mosaico de cardenales y luego, algunos días más tarde, le hubieren dado otro repaso con el decidido propósito de llenar todos los huecos que pudieran quedar entre las contusiones anteriores.

—¿Por qué te han hecho esto?

—Por ser un ubio.

—¡No mientas! Tú acudiste a los brúcteros para venderles información acerca de nosotros. Seguramente han empleado esa información, pero ya ves cómo te han demostrado su desprecio.

Dubno nos miraba como si esperase una nueva tunda por nuestra parte, pero le aseguramos que nunca pegábamos a los miembros de las tribus que estaban oficialmente romanizadas.

—Ni siquiera a los traidores, Dubno.

—Ni siquiera a los intérpretes fugitivos que se escabullen justo cuando los necesitamos.

—Ni siquiera a los condenados ubios que nos venden para que nos capturen.

—Ni siquiera a ti, Dubno.

El buhonero dijo algo en su idioma. No nos hizo falta intérprete para entenderlo.

Lo que sucedió a continuación fue una sorpresa. Los parientes de Veleda apenas habían tenido tiempo de cerrar la valla de zarzas y mimbres, dejándonos allí para pensar en lo que nos esperaba, cuando se presentaron de nuevo y empezaron a desatar los débiles nudos de cuerda y a abrir la puerta del cercado.

—¡Por Mitra! La bruja ha cambiado de idea. Nos van a dar ropa limpia y vamos a ser invitados de honor al banquete...

—Guarda el aliento para enfriar las gachas, centurión. Ésa no cambia de idea.

Los tipos larguiruchos nos hicieron salir a todos. La visión de Dubno pareció recordarles que podían divertirse dando unos cuantos palos. El ubio ya estaba demasiado machacado como para que mereciera la pena hacerle gemir otra vez, de modo que intentaron descargar sus puños al azar sobre Helvecio y sobre mí. Cuando los apartamos de nosotros a empujones, la emprendieron con el criado del centurión. Esta vez, Helvecio decidió que no iba a tolerarlo y se plantó en defensa de su hombre. Nos preparamos para posibles problemas y, en efecto, éstos llegaron muy pronto. Sin embargo, no fueron del tipo que esperábamos.

Primero, Veleda volvió a asomar de su retiro de piedra.

Luego, sonó una trompeta.

—¡Por Júpiter Magnífico... es una de las nuestras!

Fue una llamada corta y lenta, hecha con un instrumento claro pero amortiguado. Su doliente temblor sonaba romano, pero no muy virtuoso. Procedía de algún lugar cercano en el bosque. Era emitido por una de esas retorcidas cornetas de bronce que utilizan los centinelas, y reconocimos la llamada como el toque del segundo turno de guardia nocturna. Aquella noche sonaba con cuatro horas de antelación.

A continuación, Tigris apareció en el claro, lo cruzó a la carrera hasta Veleda y se tendió ante ella con el hocico entre las patas.

Apenas me dio tiempo a pensar que la profetisa debía de haber espiado la proximidad de la embajada desde su torre de señales, cuando se presentó alguien más. Era el hermano menor de Helena. Yo sospechaba desde hacía tiempo que el joven albergaba profundas cualidades, pero era la primera vez que nos mostraba su talento para el espectáculo improvisado.

El tribuno entró en el claro montado a caballo, escoltado por Orosio. Ninguno de los dos llevaba la trompeta, lo cual era una sutil indicación de que la tenía un tercero (probablemente, habían dejado el instrumento al pie de algún árbol). Su aspecto era magnífico; uno de ellos, o los dos, habían pasado toda una tarde componiendo penachos y bruñendo bronces. El hermano de Helena acudía al encuentro de los brúcteros como si tuviera un ejército de quince mil hombres esperando en el camino. No había tal camino, pero el joven Justino parecía capaz de abrir uno para sí. Tampoco había ningún ejército, eso lo sabíamos muy bien.

Para tratarse de alguien que había pasado el último mes al raso bajo una lona, su indumentaria era inmaculada. El aire de jactancia contenida también estaba perfectamente conseguido. Montaba el mejor de nuestros caballos galos y seguramente había saqueado nuestras provisiones de aceite de oliva para embadurnar al animal hasta que incluso sus pezuñas reluciesen con aquel pringue heterodoxo. Y si el caballo estaba acicalado, lo mismo cabía decir de su jinete. En las profundidades del bosque, Orosio y él habían encontrado el modo de afeitarse. Su aspecto hacía que

el resto de nosotros pareciéramos parte de aquella chusma de piojosos de extraño acento que nunca podían conseguir un asiento en las carreras, ni siquiera cuando el portero se iba a comer y dejaba a su hermanito de diez años para mantener el orden.

Justino lucía toda la panoplia de su rango de tribuno, más unos cuantos detalles de su propia cosecha: una túnica blanca con bordes púrpura, magníficas espinilleras con adornos dorados, una erguida cresta de crin de caballo en lo alto del casco, tan pulido que el reflejo de la luz en él danzaba de un punto a otro del bosque cada vez que movía la cabeza. El peto que colgaba de sus cinchas recargadas de flecos parecía brillar tres veces más de lo habitual. Sujeta con un lazo en torno a su torso modelado como el de un héroe, nuestro joven lucía con garbo su recia capa carmesí. Apoyado en el hueco de uno de sus brazos, portaba de manera sumamente relajada una especie de vara ceremonial, una novedad que parecía haber copiado de las estatuas oficiales de Augusto. Su expresión tenía la noble calma de ese gran emperador, y si esa noble calma disimulaba el miedo, ni siquiera sus amigos fuimos capaces de apreciarlo.

El jinete avanzó hasta el centro del claro, lo bastante despacio como para proporcionar a la profetisa una buena ocasión de contemplar su atavío. Una vez allí, desmontó. Orosio recogió las riendas —y la vara— con callada deferencia. Justino se acercó a Velda con pisadas firmes de sus botas de tribuno y procedió a quitarse el casco en señal de respeto hacia ella. Los Camila eran una familia de gente alta, sobre todo si iban calzados con las botas militares de triple suela; por una vez, la profetisa se encontraba mirando a un romano a su misma altura. Los ojos que tenía delante eran grandes, castaños, modestos y profundamente sinceros.

Justino se detuvo un momento y se sonrojó ligeramente: un buen efecto. Al quitarse el casco resplandeciente, había permitido que la dama recibiera en toda su intensidad la abierta admiración y la reserva juvenil del recién llegado. Los ojos sensibles de Velda debieron de obrar su magia y el joven imitó la profunda inmovilidad de la profetisa con su propia inmovilidad.

A continuación, dijo algo. Pareció dirigirse a Velda con tono confidencial, pero el volumen de su voz difundió sus palabras en todas direcciones.

Conocíamos a aquel hombre. Reconocimos su voz. Pero ninguno de nosotros tuvo la menor idea de lo que acababa de decirle a la profetisa.

Camilo Justino le había hablado en su propio idioma.

Lo había hecho con la melodiosa fluidez con que recordaba haberle oído pronunciar el griego. Velda tardó en reaccionar más de lo que habría querido; después, inclinó la cabeza. Justino le dirigió la palabra de nuevo y, esta vez, la profetisa volvió la mirada hacia nosotros. Justino debía de haberle hecho una pregunta. Ella meditó la respuesta y, por fin, la soltó con brusquedad.

—Gracias —dijo Justino con gran cortesía, en latín esta vez, como si le hiciera el cumplido de suponer que ella también lo entendía—. Entonces, saludaré primero a

mis amigos, si me lo permites...

Pero no estaba pidiendo permiso; era una declaración de intenciones. Con todo, antes de hacerlo, se volvió hacia ella con una airosa disculpa:

—Por cierto, me llamo Camilo Justino.

Mientras cruzaba el claro en dirección a nosotros, su rostro permaneció impasible. Todos lo imitamos. Justino nos estrechó la mano uno por uno, con gesto grave y medido. Con los ojos de toda la asamblea brúctera fijos en él, nuestro tribuno apenas hizo otra cosa que pronunciar nuestros nombres mientras nosotros le susurrábamos toda la información que pudimos.

—Marco Didio...

—Dice que sólo es una mujer que vive en su torre a solas con sus pensamientos.

—Helvecio...

—¡Alguien debería dar a esa mujer otra cosa en que pensar! —Helvecio no pudo resistirse a lanzar aquella típica pulla.

—Ascanio...

—Nos espera a todos una muerte horrible, señor.

—Probo...

—Tribuno, ¿qué le has dicho?

—Sexto... Vamos a tratar las cosas con tranquilidad: veamos qué puedo hacer. ¡Lentulo!

Cuando nos hubo saludado a todos, sus ojos brillantes buscaron directamente los míos.

—Bueno, me has dejado solo para que me encargue de todo. ¡Hasta he tenido que ocuparme de tocar esa condenada trompeta!

Advertí que el joven tribuno empleaba aquel tono jovial para ocultar cierta intranquilidad; debajo de una pátina de ironía, su rostro expresaba tristeza. De pronto, me adelanté hasta él al tiempo que sacaba el amuleto que me diera en Velera; él vio de qué se trataba y agachó la cabeza para recibirlo en torno a su cuello.

—Si es de alguna ayuda, un contacto me dijo que Veleda puede estar deseosa de mantener una conversación como es debido... Eso es por Helena. Cuídate.

—¡Marco!

Me abrazó como a un hermano. Después, depositó el casco en mis manos y se alejó de nosotros con paso valeroso.

Regresó junto a Veleda. Justino era un hombre tímido que había aprendido a responder solo a los desafíos. Veleda lo esperaba como quien cree que va a lamentar algo.

Me volví en redondo hacia el buhonero, el único de nosotros a quien el tribuno, significativamente, había negado el saludo.

—¿Qué le ha dicho Justino, Dubno?

El ubio masculló una maldición, pero respondió.

—Ha dicho: «Tú debes de ser Veleda. Te traigo saludos de mi emperador y mensajes de paz...».

—¡Te estás callando algo! Él le hizo un ofrecimiento, de eso no hay duda.

Sin molestarse en preguntar qué me proponía hacer, nuestro íntegro centurión se colocó detrás del buhonero y le retorció los brazos a la espalda en una llave de lucha que resultó muy convincente. Dubno lanzó un quejido:

—También ha dicho: «Veo que mis camaradas son tus rehenes. Me ofrezco a cambio de ellos».

Era lo que había intuido. Justino se lanzaba al peligro con el mismo arrojo despreocupado que mostraba su hermana cuando, impaciente, decidía que alguien tenía que ser práctico.

—¿Y qué le ha respondido la mujer?

—«¡Ven a mi torre!».

El buhonero había dicho la verdad. Tan pronto Justino llegó hasta ella, Veleda se encaminó de nuevo hacia el monumento. Él la siguió. Luego, vimos a nuestro inocente tribuno entrar en la torre a solas con ella.

LIII

Me acerqué hasta el pie de la torre. Los guardianes rondaban el lugar con aire perplejo, pero cerraron filas cuando hice acto de presencia. Me detuve ante la puerta con la cabeza echada hacia atrás, contemplando la vieja construcción de piedra romana reforzada con hileras de ladrillos rojos. Allí no podía hacer nada. Regresé junto a los soldados. El perro del tribuno permaneció sentado a la entrada de la torre, esperando atentamente a que su amo reapareciera.

Los reclutas, entre asustados y celosos, estaban cruzando apuestas sobre las posibilidades de su jefe:

—¡Ella se lo comerá!

—Lo hará picadillo...

Deseé concentrarme en otras cosas. ¿Cómo iba a contarle todo aquello a la hermana del tribuno? Seguro que me echaría la culpa.

—¿Por qué ha entrado ahí, señor?

—Ya lo has oído: para tratar las cosas con tranquilidad.

—¿Qué cosas, señor?

—Nada importante, supongo.

El destino. La historia del mundo. Las vidas de sus amigos. La muerte del tribuno...

—¿Señor...?

—¡Cierra el pico, Lentulo!

Volví junto a la valla y me acomodé en cuclillas, procurando no tocar el suelo. Era una mala época del año para sentarse en la hierba; aquella noche, el rocío lo impregnaba todo en abundancia. Empezaba a parecerme una mala época del año para cualquier cosa.

Todos los demás rodearon a Orosio; después, poco a poco, se unieron a mí y juntos nos dispusimos a esperar lo desconocido. Orosio tenía poco que contar salvo que, en su opinión, el tribuno era un buen tipo. Le di un tirón de orejas y le dije que eso no era nada nuevo.

Debería haberlo sabido. Camilo Justino tenía un apetito voraz de información. No iba a dejar pasar tres años de vigilancia en las fronteras de una provincia sin aprender la lengua de sus pueblos. Ahora, conocía mucho más que el idioma.

El muchacho era tan concienzudo que me producía asombro. Con su abierta costumbre de conocer personalmente a cada soldado a su mando, aquel espíritu insólito incluso había convencido a algún aguerrido bucinator para que le enseñase a tocar de forma aceptable algunas llamadas de trompeta. Un mes de expedición por los bosques lo había deprimido, pero había dejado intacto su ingenio. Una vez metido en aquella aventura, no estaba dispuesto a abandonarla. Pero el muchacho apenas tenía

veinte años. Nunca había estado expuesto al peligro. No tenía la menor oportunidad.

Tampoco había estado expuesto a las mujeres, pero tal vez en aquel aspecto estuviésemos a salvo.

—¿Las sacerdotisas extranjeras también son vírgenes, señor?

—No necesariamente, creo. —Sólo Roma equiparaba castidad a santidad. E incluso Roma tenía diez vestales a la vez, para dar margen a los deslices.

—¿El tribuno va a...?

—¡El tribuno va a hablar de política!

Aunque así fuera, la novedosa combinación de una charla sobre el destino de las naciones y la cercanía de la mujer más atractiva con la que había tenido ocasión de hablar, podía resultar una mezcla embriagadora.

—¡La bruja tal vez tenga otras ideas! —Los reclutas eran cada vez más atrevidos—. Quizá el tribuno no sepa cómo...

—El tribuno parece un muchacho capaz de improvisar.

Pese a todo, mantuve la ferviente esperanza de no tener que contarle nunca a su hermana que había permitido que una profetisa de mirada desquiciada hiciera de su hermanito un hombre en lo alto de una torre de señales.

Cuando las antorchas se hubieron apagado y el banquete concluyó, ordené a los muchachos que se acostaran. Después, dejé de guardia a Helvecio, me abrí paso entre los brúcteros dormidos y me acerqué con disimulo a la torre. Un guardián con una lanza yacía dormido en los peldaños de la entrada. Podría haber cogido su arma y asfixiarlo con el astil contra la nuez, pero lo dejé en paz. En el interior de la base de la torre había otros centinelas, de modo que era imposible entrar.

Di un rodeo por la parte exterior. La luz de la luna envolvía la pared con un sudario de blancura deslumbrante. En lo alto de la torre se distinguía el leve resplandor de una lámpara. Capté voces, pero era difícil distinguir qué idioma utilizaban; el tono de la conversación era demasiado bajo. Al menos, sonaba más a charla que a discusión, como si estuvieran comentando un concierto o evaluando los méritos de un mural pintado al fresco, más que indagando el horóscopo del Imperio. En determinado momento, el tribuno dijo algo que divirtió a la profetisa; ella respondió y los dos se echaron a reír.

No supe si gemir o sonreír. Volví con los hombres. Helvecio me dio una enérgica palmada en el hombro.

—¿Todo bien?

—Están hablando.

—¡Eso suena peligroso!

—Será más peligroso cuando dejen de hacerlo, centurión. —De improviso, le confié—: Quiero casarme con su hermana.

—Él me lo contó.

—No pensaba que supiese que voy en serio.

—Lo que a él le preocupa es que no te dieras cuenta de que eso es lo que se propone Helena.

—¡Oh, ella es una mujer muy franca! Yo creía que Justino me tomaba por un aventurero de baja estofa que estaba jugando con su hermana.

—No, él te considera el hombre adecuado para tenerte de cuñado. —Helvecio me dio una nueva palmada en la espalda—. Bien, esto está muy bien: ¡ahora, todos sabemos dónde estamos!

—Estás en lo cierto. El hombre que quiero que sea el tío favorito de mis hijos es...

—¡Es muy probable que vuelva aquí con andares bastante rígidos y una mirada extraña en los ojos! No puedes decidir por él. No es un niño.

—No; tiene veinte años y nunca lo han besado... —Bueno, probablemente. De cualquier otro, me habría preguntado enseguida si había adquirido su ágil dominio del germano de alguna muchacha—. ¡Y tampoco le han rebanado nunca el cuello con una hoz en una arboleda sagrada, centurión!

—Descansa un poco, Falco. Ya sabes cómo es Justino cuando se enfrasca en una charla interesante. Si la dama se siente igual de comunicativa, será una noche muy larga.

En efecto, fue la noche más larga que pasé en Germania. Cuando regresó, todos los demás dormían. Yo estaba esperándolo.

Estaba muy oscuro. La luna se había ocultado tras una espesa banda de nubes, pero nuestros ojos ya se habían habituado a la penumbra. Vio que me levantaba; nos dimos un apretón de manos y empezamos a cuchichear. Justino, en un tono ligero y excitado.

—Tengo mucho que contarte. —La adrenalina corría por su cuerpo a un ritmo frenético.

—¿Qué sucede? ¿Estás en libertad provisional?

—Desea pasar un rato a solas. Tengo que volver cuando salga la luna y entonces me dirá si habrá paz o habrá guerra. —Justino estaba exhausto—. Espero que sus pronósticos lunares se cumplan...

Estudí el cielo. Las nubes que lo cubrían eran el principio de una tormenta, pero calculé que se alejaría.

—Se cumplirán. Y, como toda la magia, es cosa de observación, no de profecías.

Nos pusimos en cuclillas, junto a un árbol, y depositó algo en mi mano.

—¿Un puñal?

—El tuyo. Guarda sus regalos en un cofre. He reconocido el arma y le he dicho que pertenecía a mi cuñado.

—Gracias... y extendiendo el agradecimiento a esto último. Es mi mejor puñal. De

todos modos, si la dama anda repartiendo regalos de hospitalidad, puedo sugerir cosas más útiles.

—Creo que me lo ha dado para demostrarme que es desprendida y que no se deja influir por los regalos.

—¡Ni por los seductores!

—¡Cínico! ¿Qué debería haber pedido?

Hice una sugerencia estúpida y él se echó a reír. Sin embargo, su tarea era demasiado abrumadora para andarse con chistes.

—No tengo nada que ofrecer, Marco. Deberíamos haber traído regalos.

—Trajimos la caja del dinero.

—¡Eso es la paga de los reclutas! —Justino era de una simplicidad sorprendente.

—Seguro que prefieren seguir vivos y sin dinero que muertos, pero pagados.

—¡Ah!

—Iré a buscar el dinero donde lo dejaste. Orosio puede guiarme. Ahora, cuéntame de qué habéis hablado tú y Veleda.

—Ha sido toda una experiencia. —Aquello sonaba siniestro—. Hemos hablado de todo lo que se discute en el Foro. He hecho cuanto he podido por cumplir la misión del emperador. Le he dicho que todos debemos aceptar que los pueblos de la ribera occidental del Rin han escogido ser romanizados y que, mientras su seguridad no se vea amenazada, el emperador no tiene interés en cruzar el río. —Justino bajó la voz para añadir—: Marco, no estoy muy seguro de que esa promesa se mantenga siempre.

—Así es la política. Las cosas pueden cambiar a lo largo del Danubio, pero no compliques el asunto con lo que quizá nunca suceda. Veleda es lo bastante astuta para sacar conclusiones por sí misma.

—No tengo práctica en estas cosas. ¡Me siento tan mal preparado!

Nuestra única esperanza era que Veleda decidiese confiar en él por su transparente integridad.

—Ten fe. Al menos, te escucha. Antes de que te presentaras aquí con ese despliegue de marcialidad, intenté hablar con ella y...

—Escuché una parte. Orosio y yo estábamos ocultos entre los árboles. No pudimos acercarnos lo suficiente como para captarlo todo, pero intenté seguir eso que dijiste de que las legiones volvían a estar organizadas.

—Veleda debe convencerse de que sería un suicidio que las tribus se lanzaran contra el disciplinado poder de Roma.

—¡Ella lo sabe, Marco! —Justino lo dijo en un susurro, como por lealtad a ella.

—No es eso lo que ha dicho antes.

—Estaba delante de su pueblo...

—Y discutiendo con un ignorante, claro...

—No, creo que tus palabras produjeron efecto. Parece profundamente preocupada. Imagino que antes de que apareciéramos ya le estaba dando vueltas en la cabeza al futuro. Tal vez esa fue la razón de que convocara la reunión tribal. Cuando la insté a contar a las tribus la verdad de lo que preveía para ellas, aprecié por su expresión que la responsabilidad la asusta.

—Utiliza eso.

—No tengo necesidad. Veleda ya sufre con ello.

—¡Por todos los dioses, esto es como hablarte de la camarera de la Medusa!

Lo había dicho en son de broma, pero Justino agachó la cabeza.

—Hay algo que debería haberte contado. Te debo una disculpa.

—¿Por qué? —Nuestro almuerzo en la Medusa parecía a mil años de distancia.

—Después de que partieras hacia Colonia hubo un alboroto en la taberna. Alguien notó un olor raro y en esta ocasión no era el plato del día. Encontraron el cuerpo del esclavo ayuda de cámara del legado enterrado bajo una losa del suelo. Regina confesó. Mientras discutían, ella había perdido la paciencia y lo había golpeado demasiado fuerte con un ánfora.

Comenté que, en cualquier caso, era una novedad respecto a las historias de camareras apaleadas.

—Tú sabías que esa mujer traía problemas. Bien, Marco, háblame ahora de ésta.

—Usa tu iniciativa... parece tener mucha. Yo prefiero mantenerme alejado de profetas; mi madre dice que los buenos chicos no tienen tratos con chicas veneradas.

Aún nos reíamos cuando la luna volvió a asomar.

—Marco.

—Justino.

—Llámame Quinto —apuntó él con una mueca, como quien traba amistad con retraso, después de haberse llevado a la cama al otro.

—Me siento honrado. Ni siquiera conocía tu nombre privado.

—No se lo revelo a mucha gente —dijo él pausadamente—. ¿Y ahora, qué hago? Intercambiar regalos, poner término a las batallas...

—¡Una ganga! Y mantener la cautela, no vayas a terminar como Luperco.

—¡Ah, sí! Preguntar por Luperco. —Yo ya estaba dispuesto a renunciar a cualquier averiguación sobre el destino que había tenido Luperco, por si el recuerdo despertaba en Veleda ideas sanguinarias. El joven tribuno añadió—: Lo primero es convencerla de que os deje a todos en libertad... Espero que sepáis regresar.

Al decirlo, se le quebró la voz sin que pudiera disimularlo.

—¡Espero que lo hagamos todos juntos! —repliqué—. Escucha, cuando subas de nuevo a la torre, si encuentras a Veleda con su mejor vestido y el cabello peinado en trenzas con especial cuidado, mi consejo es que te olvides del Imperio y te establezcas aquí.

—¡No seas ridículo! —replicó con un tono irascible raro en él.

Por lo menos, tuve algo de qué ocuparme durante su ausencia. Desperté a Orosio y nos escabullimos juntos a través del bosque hasta el lugar donde él y Justino habían dejado la tienda y el equipo. Lo recogimos todo y lo llevamos más cerca de la torre. Después, condujimos hacia el claro el caballo con la caja del dinero y con un silbido alerté al tribuno de nuestra llegada.

La profetisa en persona apareció en la puerta de la torre rodeada por un puñado de parientes. Justino no se encontraba con ella. Veleda estaba sumamente pálida e iba envuelta en una capa que ceñía con fuerza a su cuerpo. Dejamos la caja fuerte en el suelo y procedí a abrirla para mostrarle la plata. Veleda inspeccionó el dinero con cautela mientras yo intentaba dar a mi voz el mismo tono de sinceridad que Justino.

—No es mi intención comprar a los brúcteros, señora, pues sé que eso es imposible. Simplemente se trata de una muestra de los deseos de amistad del emperador.

—Vuestro negociador lo ha dejado muy claro.

—¿Dónde está ahora? —pregunté sin rodeos.

—A salvo. —Veleda se burlaba de mi inquietud—. ¿Tú eres Falco? Deseo hablar contigo.

Me condujo hasta la parte inferior de la torre, apenas más allá del umbral de la entrada. Allí había una planta baja octogonal vacía, con una escalera que conducía a varios pisos superiores, circulares y de paredes forradas con ladrillo romano perfectamente ordenado. Cada piso era de un diámetro ligeramente menor que el anterior a fin de proporcionar estabilidad a la estructura. Sólo el último tenía el suelo pavimentado, ya que era el único que se había construido con vistas a ser utilizado. Allí, con algunas modificaciones para que resultase más cómodo, era donde vivía la profetisa. Veleda no me invitó a subir.

Vi su expresión ceñuda e intenté dar a mi voz un tono comprensivo cuando le pregunté si debía deducir que la luna había reaparecido prematuramente. Estaba en lo cierto: Veleda aún no había decidido qué hacer. La incertidumbre la tenía atrapada como un pez en la red.

—Tengo dos cosas que decir —apuntó apresuradamente, como si hubiera recibido presiones para conceder aquella audiencia—. La primera es que he accedido a que podáis marcharos. Hacedlo esta noche. Nadie os lo impedirá.

—Gracias. ¿Cuál es la otra?

—Informaros sobre la muerte de Munio Luperco.

—De modo que sabes qué fue de él. Una mujer ubia me dijo lo contrario.

—Lo sé ahora —replicó la profetisa con frialdad. Obviamente, las dos mujeres tenían menos en común de lo que Claudia Sacrata creía con tanta convicción.

Veleda me entregó un hatillo de tela carmesí. En su interior había dos objetos más

de su arcón de chucherías: unas lanzas de plata en miniatura, de ésas que reciben los legados como recompensa imperial a los servicios distinguidos. Luperco habría recibido su tercera al término de su expedición mortal a Velera.

—¿Significa esto que Luperco estuvo aquí?

—Nunca llegó a mi presencia. —Veleda lo dijo con su firmeza habitual, aliviada quizá de no tener nada que ver con el sórdido episodio—. Esos objetos llegaron a mis manos más tarde. Me gustaría que se los devolvieras a la madre o a la esposa de ese hombre.

Le di las gracias y ella me contó lo sucedido. Cuando terminó la narración, parecía alicaída. Yo no sentía ninguna simpatía por los legados, pero la historia me causó espanto.

—¿Has informado de esto al tribuno Camilo?

—No.

Comprendí por qué. La mujer había establecido un pacto de amistad con Justino y aquello podía echarlo a perder.

Civilis había enviado a Munio Luperco escoltado por lo que Veleda optó por denominar «un grupo compuesto por guerreros de diferentes tribus». No la presioné para que fuese más concreta; la profetisa hacía bien en no echar más leña al fuego. El legado había resultado herido, había perdido su plaza fuerte y había visto arrasada su legión. Y también había pensado que el Imperio estaba desintegrándose. Bien porque suplicara a sus guardianes que lo dejaran en libertad o le dieran muerte, bien porque los guerreros estuvieran impacientes por volver al combate junto a Civilis, lo cierto es que, de pronto, éstos lo acusaron de cobardía y le dieron el trato que, a su entender, debía recibir un cobarde: fue desnudado, atado, casi estrangulado, arrojado a una ciénaga y sumergido en ella hasta ahogarse.

Para ser justo con ella, a Veleda parecía desagradarle contar todo aquello tanto como a mí escucharlo.

—Puesto que me habían privado de mi regalo, la verdad tardó en emerger.

Apoyé la barbilla en el hueco de la mano.

—Una verdad como ésa estaba mejor sumergida con él en la ciénaga.

—Si yo fuera su madre o su viuda, desearía conocer lo sucedido.

—También lo desearían mi madre y mi futura esposa pero ellas, como tú, son mujeres excepcionales que...

Veleda cambió de tema.

—Eso es todo lo que puedo decirte. Tú y tus hombres debéis marcharos discretamente; no deseo insultar al jefe que os ha traído aceptando un cambio de regalos de forma demasiado abierta.

—¿Dónde está Camilo? —pregunté, suspicaz.

—Arriba. Aún quiero hablar de algunas cosas con él. —La profetisa hizo una

pausa, como si leyera mis pensamientos—. Por supuesto —añadió en un murmullo—, vuestro amigo os dirá adiós.

—¿Tiene que ser a cambio de él? —dije, desesperado.

—Ése fue el ofrecimiento —sonrió Veleda.

En aquel momento, Justino en persona apareció en la escalera y descendió ruidosamente los peldaños hasta la planta baja.

—Así pues, ¿qué fue de Luperco?

—El legado —respondí con cautela, pensando mis palabras al tiempo que las decía— fue ejecutado mientras era conducido hasta aquí. Ha transcurrido demasiado tiempo para conocer los detalles.

Veleda tenía los labios apretados y tensos, pero me siguió la corriente. Después, pasó ante Justino y desapareció, dejándonos a solas. Mientras subía por la escalera, la capa le resbaló de los hombros. No alcancé a ver la ropa que llevaba, pero su abundante cabellera dorada estaba ahora recogida con sumo cuidado en una trenza del grosor de mi muñeca. Justino y yo evitamos mirarnos.

Por fin, hice un pequeño gesto de fastidio:

—¡Vaya! Quería pedirle unos caballos para...

—Ya me he encargado de pedirle lo que querías —me interrumpió él con una sonrisa. Veleda había accedido a mi desquiciada sugerencia.

—¡Quinto! ¡Tienes una capacidad de persuasión de mil diablos! Espero que no recurras nunca a mí para pedir un préstamo... Muy bien, supongo que Veleda necesita un poco más de tu fluida oratoria. ¡No te vayas a morder la lengua con tanta cháchara! La profetisa quiere que nos marchemos enseguida, pero tendremos que esperar hasta las primeras luces...

—Tengo que quedarme aquí a cumplir con mi deber, Marco —insistió con voz tensa.

—Demasiados hombres buenos han dicho eso mismo y han echado a perder una carrera prometedora sin obtener el menor reconocimiento público. No seas tonto. No quieras ser un héroe muerto. Dile a Veleda que el intercambio queda anulado. Espero verte antes de que nos marchemos, tribuno. Ultimaré los preparativos y luego nos sentaremos a esperarte.

Pero Justino y yo éramos responsables de las vidas de Helvecio y de los reclutas. Los dos sabíamos qué tenía que suceder.

—Marchaos al alba —insistió Justino secamente. Cerró los dedos en torno al pasamanos de la escalera y desapareció peldaños arriba.

Abandoné la torre sin estar seguro de si se proponía venir con nosotros. Tenía la penosa sensación de que ni el mismo tribuno lo sabía aún. En cualquier caso, de lo que estuve seguro era de que Veleda sí sabía muy bien cuáles eran sus planes para él.

Desperté sigilosamente a los demás. Todos se apretujaron a mi alrededor

mientras, en voz muy baja, les explicaba la situación.

—La bruja permite que nos marchemos, pero los guerreros quizá tengan otra opinión al respecto, de modo que no hagáis el menor ruido. Gracias a nuestro temible negociador, Veleda nos proporciona un nuevo medio de transporte. —Hice una pausa —: Así pues, la pregunta es: ¿cuántos de vosotros, apestosos vagabundos de costa, estáis familiarizados con una liburna?

Como había previsto, por una vez no hubo problemas. Al fin y al cabo, la legión Primera Adiutrix se había formado con desechos de la flota del Miseno. Aquéllas eran las mejores tropas que habría podido escoger para llevar la nave insignia del general nuevamente a puerto.

Sexta parte: REGRESO A CASA (QUIZÁ).

GERMANIA LIBERA, BÉLGICA Y GERMANIA SUPERIOR.

Noviembre, año 71 d. C.

Después de su primera acción militar contra los romanos, Civilis había pronunciado el juramento, como bárbaro primitivo que era, de teñirse el cabello de rojo y dejarlo crecer hasta el día en que aniquilara a las legiones...

Tácito, *Historias*

LIV

Conseguimos abordar la nave sin alertar a los brúcteros. Al principio no quise llevar al buhonero, pero luego me lo pensé mejor y decidí conservarlo con nosotros para asegurarme de que no volvía a delatarnos. Las dos monturas en las que se habían presentado Justino y Orosio habían pasado rápidamente a manos de nuestros captores, pero al menos conseguimos subir por la pasarela a los otros cuatro caballos, probablemente porque los animales no podían ver adonde los llevábamos.

Afanándonos en la oscuridad, pugnamos en silencio por desenredar los cabos y soltar los remos agarrotados. En manos de una tripulación experimentada, la liburna era la nave más veloz para aquellas aguas. Sin embargo, la situación era problemática, nos faltaban brazos y ninguno de nosotros conocía la embarcación, y mucho menos el río por el que nos disponíamos a navegar. Un grupo de reclutas se escabulló por el embarcadero, dispuesto a abrir vías de agua en cualquier embarcación que pudiera perseguirnos, pero el ruido inquietó a Helvecio y éste ordenó que los hombres volvieran a bordo.

Los reclutas estaban en su elemento. Todos sabían navegar y remar. Bueno, todos, excepto Lentulo, quien con su absoluta ineptitud seguía siendo una molestia.

El cielo empezaba a clarear y yo, a desesperar.

—Helvecio, si Camilo no aparece pronto, coge a los muchachos y llévatelos de aquí.

—No pensarás bajar de nuevo a tierra, ¿verdad?

—No pienso dejarlo.

—Olvídate de heroicidades. ¡Ahí viene!

Me quedé perplejo, lo reconozco.

Habíamos soltado amarras y estábamos anclados con la nave en el canal. Probo esperaba en el muelle con un bote cantina para traer a bordo al tribuno. Cuando los ayudamos a subir a la cubierta, el ancla ya estaba recogida.

—¿Habrá guerra?

—Habrá paz.

Estaba demasiado oscuro para distinguir la expresión del tribuno. Sin agregar palabra, Justino se encaminó a la popa de la nave. Observé su espalda rígida e hice señas a los demás para que no lo molestaran. Se instaló en un rincón en sombras, apoyado contra la cabina del general con la mirada vuelta hacia la orilla. A sus pies tenía a Tigris, que lanzaba pequeños gañidos quejumbrosos percibiendo la infelicidad de su dueño. También a mí se me encogió el corazón al contemplar su aire de abatimiento.

Teníamos mucho trabajo por delante. Al principio, para no hacer ruido, dejamos que la corriente impulsara la nave. Cuando hubo más luz, quedaron a la vista, en toda

su magnitud, los efectos de un año de abandono. Pronto tuvimos a la mitad de los soldados achicando agua furiosamente mientras Helvecio, entre maldiciones, intentaba reparar una bomba de achique, un artilugio que en su día había sido muy sofisticado. Tanto, que un periodo sin funcionar había dejado absolutamente inservible su armazón de madera y pellejo de ternero.

Seguimos avanzando a la deriva, sin el menor rastro de perseguidores. Ascanio y Sexto habían encontrado las velas. El cuero estaba tan endurecido que resultaba casi ingobernable, pero lo alisamos como mejor pudimos. Conseguimos izar el pequeño foque triangular bastante pronto, pero tardamos mucho más en tener lista la vela cuadrada. Entonces vimos que la nave se desviaba demasiado hacia la orilla. La liburna era un barco bastante grande para ser tripulado por un grupo de novatos — algunos de los cuales eran, además, idiotas—, pero seguí sacudiendo la cabeza en gesto de negativa cuando las miradas se volvían en dirección a la popa.

—¡El tribuno podría echar una mano!

—El tribuno ya ha hecho suficiente.

—Señor...

—Si desea sentirse melancólico, dejémosle en paz.

Con todas las manos colaborando en la amura donde se encontraba el peligro, recogimos los remos justo a tiempo de evitar que se astillasen; después, contuvimos la respiración mientras el casco rascaba y golpeaba el fondo poco profundo. De algún modo, logramos devolver la nave al canal, por el cual siguió avanzando a duras penas bajo la luz grisácea de una fría mañana de noviembre, mientras empleábamos otra hora en el montaje de la vela. Por fin, ésta quedó izada adecuadamente entre algunos fatigados vítores. A continuación, recomenzó la frenética actividad de achicar el agua.

Hicimos inventario. Teníamos muy poca comida y por todo armamento, las jabalinas. Sólo dos de nosotros llevaban coraza. Habíamos rescatado cuatro caballos... que bien podían terminar convertidos en filetes. No nos quedaba dinero con el que negociar. Los brúcteros estaban en la orilla norte y los ténteros en la otra, y no podíamos esperar de ambos sino hostilidad ante unos romanos en dificultades. Bajar a tierra sería un riesgo mortal hasta que alcanzáramos el Rin, para lo cual debía de quedar más de una semana. Y con la escora y el penoso estado de la liburna, se presagiaba una semana de trabajo intensivo.

Estábamos vivos y libres. La sorpresa era tan agradable que pusimos a la mitad de los reclutas a remar mientras los demás arrojaban al agua todo el peso muerto posible para aligerar la nave, se ocupaban de las velas y... cantaban.

Helvecio consiguió que la bomba funcionase con cierta eficacia.

Y luego, finalmente, dejé el timón a Ascanio y me dirigí al rincón de la popa para investigar qué le había hecho Velda a nuestro muchacho.

LV

—¿Qué hay, Masinisa? —Justino era demasiado educado como para ordenarme que borrara de mis labios la sonrisa de felicidad—. Me alegro de que el amuleto haya surtido efecto.

—¡Oh, vaya si lo ha hecho! —respondió con voz extraña.

—Pareces cansado —dije, adoptando la actitud de un lúgubre tío.

—No es nada grave.

—Bien. Temía que fuese a causa de un corazón roto.

—Por suerte, los dos sabemos que no es así —respondió con excesiva tranquilidad.

—Ella era demasiado mayor para ti, no teníais nada en común y tu madre ya tiene suficiente con soportarnos a Helena y a mí.

—Por supuesto —asintió él. Ojalá hubiera discutido la alusión a Helena y a mí.

—Bien, Quinto Camilo, me alegro que te lo tomes con tanta filosofía. Eres un muchacho decente y mereces un poco de diversión antes de que te establezcas y empieces una vida aburrida y monótona como senador; pero los dos sabemos que lo sucedido en ese bosque ha tenido todas las trazas de una experiencia importante y cargada de significado, una de esas experiencias capaces de minar la moral de un hombre juicioso.

—El senado está descartado para mí.

—Te equivocas. Acabas de ganarte el puesto. Creo que tiene muchas ventajas, si puedes soportar a los pelmazos y a los hipócritas. Sólo debes asistir a la Curia una vez al mes y siempre consigues asiento de primera fila en los teatros.

—Por favor, no te burles de mí.

—Está bien, hablemos de cosas interesantes: ¿te has escapado tú, o ha sido la dama quien te ha echado?

—Yo estaba dispuesto a mantener mi oferta de intercambio. Insistí en que debía quedarme.

—¡Ah, bien! Algunas mujeres no soportan a los tipos pomposos que se mantienen leales a sus principios. —Justino guardó silencio—. ¿Quieres hablar de lo sucedido?

—No.

Contemplamos el río, que iba quedando atrás. Navegábamos más despacio de lo que me habría gustado para sentirme seguro, pero era demasiado deprisa para el tribuno. Justino había quedado fascinado por Veleda y luego había sido arrancado de su lado sin darle tiempo a asimilarlo. Ahora, parecía abrumado por la intensidad de sus sentimientos.

—Prepárate —le aconsejé—. Te interrogará mucha gente... gente con cargos importantes. Un oficial novato que ha hablado con el enemigo tiene el deber de

explicar lo sucedido.

Me disponía a dar media vuelta para irme cuando Justino preguntó de pronto, con voz irónica:

—¿Qué fue de Masinisa?

Me detuve.

—¿Después de deshacerse de su princesa? Vivió con honor muchos años, dedicado a la tarea de reinar y demás.

—¡Ah, sí, claro! —exclamó. Aguardé; Justino estaba forzándose a completar los asuntos oficiales del día—. Cuando volví a la torre. Veleda ya había tomado una decisión. Le dirá a su pueblo que nunca podrá establecerse un imperio galo libre. Que en el curso de nuestras vidas no veremos a Roma perder la orilla occidental del Rin. Que la libertad del territorio que ahora poseen vale más que una guerra inútil... ¿Conseguirá que la escuchen? —añadió con tono de desesperación.

—Veleda nunca fuerza a nadie. Dejar a cada uno libertad de elección presiona a veces a los jefes a tomar el camino más difícil.

—¡Es cierto! —asintió él, algo abrumado.

—¿Estaba preocupada? —Me asaltó el pensamiento fugaz de que tal vez Justino la hubiese consolado.

Él no respondió a mi pregunta, sino que formuló otra:

—¿Qué será de ella?

—Una de dos: o se convertirá en un fantasma desquiciado, o se casará con algún mastodonte pelirrojo y le dará nueve hijos en diez años.

Tras un lapso de silencio, Justino murmuró:

—Me ha profetizado que si las tribus del este reanudan su vida nómada, invadiendo mutuamente sus territorios, los brúcteros serán borrados de la faz de la tierra.

—Es posible.

Ninguno de los dos volvió a hablar en un largo rato.

Nos llegó la voz de Ascanio pidiendo un relevo. Yo había mandado a Helvecio a descansar para que se encargara de la siguiente guardia; me tocaba a mí.

—Hay algo que no entiendo, Quinto. Si Veleda ya había decidido, ¿por qué te retuvo allí hasta el amanecer?

Hubo una pausa casi imperceptible antes de su respuesta.

—Tal como tú aseguraste —dijo por fin— estaba desesperada por mantener una conversación decente. Y yo, también —añadió.

Me eché a reír; luego, comenté que tenía un modo muy sutil de ser grosero, y que había entendido la insinuación.

Volví al timón para sustituir a Ascanio. Cuando éste preguntó en nombre de todos: «¿Qué, lo hizo, o no?», respondí confiadamente que no.

Justino nunca me devolvió el amuleto del intendente. Me sorprendió bastante que se lo quedara. De hecho, a veces, sobre todo cuando mostraba aquella expresión doliente que había traído consigo a la nave, casi me dio la impresión de un hombre que lo hubiera entregado a su chica en prenda de su amor.

Fortuna lo había protegido. Justino no estaba enamorado; él mismo me lo había dicho. Quinto Camilo Justino, tribuno mayor de la Primera Adiutrix, había demostrado ser uno de los mejores diplomáticos del Imperio. La diplomacia requiere cierta dosis de mentiras, pero me costaba creer que el hermano de Helena me ocultara la verdad.

LVI

Pronto nos encontramos sin tiempo para especulaciones.

La nave insignia de Petilio Cerealis era tan impetuosa y poco fiable como el propio general. Aparte de los lamentables efectos del abandono en que había estado, el timón debía de haber sufrido algún golpe fuerte mientras los rebeldes se la llevaban. Se comportaba como un camello testarudo y navegaba con un marcado desprecio por el impulso del viento o de la corriente. Por alguna razón, todo el peso parecía inclinarse hacia un costado; un problema que se agravaba día a día. Habíamos escapado en una embarcación de carácter; del tipo de carácter bullicioso con el que solía llegar a casa mi hermano mayor, Festo, después de una noche de la que no guardaba ningún recuerdo en alguna taberna muy lejos de casa. Pilotar la nave río abajo era como montar un caballo que quisiera ir hacia atrás. La liburna surcaba las aguas con toda la elegancia de un tronco empapado.

Gran parte de los problemas se debían a nuestra insuficiente tripulación. En las manos adecuadas, la nave se habría portado de maravilla, pero estaba diseñada para llevar su doble banco de remeros al completo, sus marineros de cubierta, un contramaestre y su ayudante y una dotación de infantes de marina... por no hablar del general, que sin duda habría ocupado su turno a los remos en un rincón estrecho. Nuestros veinticinco hombres eran claramente insuficientes, y en ese número contábamos a Dubno, que había resultado un inútil, y al criado del centurión, que dejó muy claro que prefería mantenerse al margen (la patética petición de un destino en Moesia había aflorado de nuevo). Después, conforme transcurrían los días y el río se hacía más ancho y caudaloso, nuestras reservas de alimentos disminuyeron.

Empezamos a debilitarnos cuando más necesitábamos nuestras fuerzas.

La confluencia del Rin nos tomó desprevenidos. La embarcación había estado haciendo agua. Habíamos recogido las velas y muchos de nosotros estábamos abajo, tratando frenéticamente de taponar las grietas. Probo gritó, pero al principio nadie lo oyó. Cuando echó la cabeza hacia atrás y repitió el bramido, nos precipitamos a cubierta. Surgieron algunos vítores hasta que advertimos la gravedad de nuestra situación. La corriente de fondo había aumentado. El nivel de flotación se hallaba peligrosamente bajo y la nave, aún escorada a estribor, resultaba casi ingobernable. No estábamos en condiciones de esquivar las turbulencias.

Ordené soltar el ancla, pero ésta no encontró dónde fijarse.

Justo cuando teníamos a la vista la seguridad que veníamos buscando, nos era arrebatada. El cielo plomizo hacía que todo pareciera más ominoso. Un viento helado del norte traía el olor del océano, recordándonos cruelmente que queríamos volverle la espalda. Nuestra esperanza era pasar al río principal, pues en todo momento habíamos sabido que, sin remeros experimentados, tendríamos que seguir corriente

abajo. Necesitábamos deslizar a la deriva a través del Rin hasta la orilla romana y luego virar suavemente hacia Vetera. Remontar la corriente sería imposible. Con una tripulación de aficionados que tenían que esforzarse para estabilizar una embarcación excesivamente grande y plagada de vías de agua, el descenso ya era una maniobra suficientemente complicada. Si conseguíamos entrar en el Rin a salvo, era posible que pudiéramos recurrir a alguna nave de la flota para que nos remolcara, o incluso para que nos rescatara, pues a cambio de una pronta vuelta a casa no habríamos puesto ninguna objeción a renunciar a la gloria que pudiere correspondernos por la recuperación de la liburna.

Fortuna había sido generosa con nosotros durante mucho tiempo y ahora nos volvía su espalda encantadora. Impulsada por la corriente, cada vez más rápida, y lastrada por una bodega inundada, la embarcación empezó a girar sobre sí misma lentamente. Incluso para nosotros resultó evidente que había decidido naufragar. La situación era desesperada. En noviembre, el río estaba a su nivel más bajo, pero aun así fluía impetuoso y nosotros no éramos focas de patas palmeadas.

—¡Tenemos que conducirla hasta la orilla... antes de que se la lleve el Rin! —oí que gritaba Helvecio.

El centurión tenía razón. Estábamos en la orilla hostil del río (en realidad, todo el río lo era), pero si la liburna naufragaba en mitad de la corriente, lo perderíamos todo y los hombres se ahogarían. Por mucho que aquellos reclutas hubiesen crecido en los puertos, sólo los famosos bátavos habían sido capaces de nadar en el Rin y vivir para ufanarse de ello. No dije nada, pero al menos un miembro de la tripulación, yo, no tenía la menor idea de natación.

Por suerte, aunque la rebelde galera se negaba tercamente a llevarnos donde pudiéramos sentirnos sanos y salvos, no puso el menor reparo a encallar en una orilla hostil.

Acercamos la nave a ella... es decir, la nave embarrancó por su propia iniciativa en la playa más fangosa que pudo encontrar, con un crujido desgarrador que nos pareció su último estertor. Aunque la liburna había encallado, la esforzada tripulación aún tuvo que vadear una extensa ciénaga de agua y limo hasta alcanzar lo que un pie humano podía llamar tierra firme. La embarcación había escogido la orilla de los ténteros. Por lo menos, nos dijimos, éstos no sabrían que habíamos escapado de la torre de Veleda en circunstancias que sus colegas brúcteros habrían querido averiguar en detalle.

La confluencia de los dos grandes ríos era un escenario lúgubre. Soplaban un aire frío y toda la región era poco acogedora. La tierra era demasiado húmeda para cultivarla, de modo que la zona aparecía desierta y desolada. La súbita aparición sobre nuestras cabezas de una bandada de grandes gansos, silenciosa excepto por el fantasmagórico susurro de las alas, nos sobresaltó más de lo debido. Estábamos tan

tenso que los nervios podían causarnos problemas.

Teníamos el Rin a la vista, de modo que enviamos un pequeño destacamento para que bajase a la orilla y estuviera pendiente del paso de alguna nave romana para pedir auxilio. Por una vez, no había ninguna... naturalmente. Nuestro aburrido destacamento regresó, contraviniendo las órdenes; sin mucha convicción, los soldados mantuvieron que el terreno era demasiado pantanoso para avanzar por él, pero todos estábamos demasiado desanimados como para recriminárselo. Helvecio, en su condición de centurión, hizo un agotador intento por ponernos en movimiento.

—¿Y ahora, qué, Falco?

—En lo que a mí respecta, me propongo poner las botas a secar y pasarme al menos tres horas tumbado en una loma y echando a otros la culpa de lo que ha salido mal... ¿Alguien tiene otras sugerencias?

—¿Tribuno?

—Estoy demasiado hambriento para tener ideas brillantes.

Todos estábamos hambrientos, ante lo cual Helvecio propuso que, puesto que estábamos atrapados allí y la zona parecía rebosar de aves acuáticas y otros animales, echáramos mano de las jabalinas, que aún no habíamos utilizado en la expedición, y saliéramos a buscar presas que nos proporcionaran un poco de carne. Recordé lo que en cierta ocasión había comentado el centurión acerca de los oficiales estúpidos que deseaban emprender cacerías de jabalíes en zonas que sabían peligrosas, pero los reclutas desfallecían de hambre, de modo que le permitimos encabezar una partida de caza. A continuación, para quitármelo de en medio, envié a Lentulo con un cubo a buscar cangrejos junto al agua. Los demás descargamos la liburna y cargamos los caballos, privados provisionalmente de su pienso ahora que los necesitábamos. Después, emprendimos la marcha en busca de terreno más seco donde acampar.

Tenía los pies empapados y la mera perspectiva de verme obligado a compartir una tienda para ocho con veinticuatro hombres hacía que me sintiese fatal. Los pedernales de nuestras bolsas de yescas estaban tan gastados que nadie consiguió encender el fuego. Helvecio lo haría; era un hombre muy competente en todo. Así pues, esperábamos con impaciencia su regreso cuando Orosio y los demás llegaron al campamento con un par de aves acuáticas mutiladas. El centurión no venía con ellos; al parecer, se había perdido.

Era algo tan extraño en él que tuve de inmediato la certeza de que había sucedido alguna catástrofe.

Justino se quedó al mando del campamento. Yo tomé a Orosio, un caballo y la caja de las medicinas.

—¿Dónde lo habéis visto por última vez?

—Nadie estaba seguro. Por eso hemos vuelto todos.

—¡Por Júpiter! —Lo que oía no me gustaba nada.

—¿Qué ha sucedido, Falco?

—Creo que puede estar herido.

O algo peor.

Como era de prever, Orosio no podía recordar dónde se había extraviado el grupo. Mientras buscábamos en la ciénaga, nos pareció oír ruidos, como si alguien nos siguiera el rastro. Podía ser fruto de nuestra imaginación, pues los sonidos nos llegaban intermitentemente, pero no teníamos tiempo para investigar. Llegamos a un lugar donde una serie de canales secundarios quedaban estancados entre carrizos gigantes. Allí, en un saliente de tierra firme, junto a un arroyo, encontramos a nuestro hombre.

Estaba vivo, pero no podía gritar en demanda de auxilio. Una jabalina romana le atravesaba la garganta y tenía otra clavada en la entrepierna.

—¡Dioses benditos! ¡Orosio, voy a colgar a uno de esos malditos idiotas descuidados por esto...!

—¡No son nuestras...!

—¡No mientas! ¡Míralas...! ¡Mira!

Eran dos jabalinas romanas. No cabía la menor duda. Tenían púas de un palmo con puntas de hierro blando que se habían doblado con el impacto. Aquellas armas estaban pensadas con tal propósito. Clavada en el escudo del enemigo, una larga vara de madera colgando de una punta doblada como un garfio, limitaba los movimientos y era imposible de desprender para arrojarla nuevamente contra quien la había lanzado. Mientras el enemigo pugnaba por soltarla, el legionario se lanzaba sobre él con la espada.

El centurión me miraba con ojos suplicantes... o, más exactamente, dándome órdenes. Evité sostener su mirada agitada, de un castaño intenso. Cerca, en alguna parte, un ave levantó el vuelo con un grito.

—¡Alerta, Orosio...!

«La sangre nunca debe causarte pánico», me dijo en cierta ocasión un cirujano. Claro que él podía permitirse tales reflexiones filosóficas: al fin y al cabo, para él la sangre significaba dinero. En aquel momento, si el cirujano de marras hubiera aparecido de detrás de un sauce, lo habría hecho millonario. Helvecio soltó un gemido, conteniendo orgullosamente el ruido. Frente a un hombre que padecía de forma tan espantosa, era difícil no sentirse aterrorizado. No me atreví a moverlo. Aunque hubiese podido llevarlo al campamento, de nada habría servido; lo que era preciso hacer, podía ser hecho allí mismo. Después pensaríamos en trasladarlo.

Hice un ovillo con mi capa para sostener la lanza inferior; Helvecio, aún insensible a la pérdida de sangre, agarraba la otra con sus propias manos. Quebrar las astas de madera ayudaría a aminorar su peso, pero con el hierro clavado en aquellas zonas, no me atrevía a intentarlo...

Voces. Orosio, contento de tener una excusa, desapareció para investigar.

Me encontré murmurando por lo bajo, en parte para dar ánimos a Helvecio, pero sobre todo para calmarme a mí mismo:

—No me mires de esa manera, hombre. Lo único que tienes que hacer es quedarte aquí tumbado y ser valiente. El problema es mío... —El centurión seguía esforzándose por decir algo—. Está bien. Voy a hacer lo que pueda... Ya me darás la lista de quejas más tarde.

Sabía que tenía que actuar deprisa, pero me habría sido más fácil si hubiese sentido un ápice de confianza. La mayor parte de la sangre manaba de la herida del cuello. Una de las púas no había llegado a penetrar, lo cual podía significar que toda la punta metálica era extraíble. Alejé de mi mente el pensamiento de que la otra herida podía estar causando una hemorragia interna. Uno tenía que hacer lo que estaba en su mano.

La caja de las medicinas era una de las cosas que Justino había conseguido salvar de los brúcteros. Contenía principalmente vendas y ungüentos, pero encontré también un par de finos anzuelos de bronce que podían ayudarme a retirar la carne herida lo suficiente como para liberar la púa. Hallé incluso un utensilio para extraer proyectiles, pero ya en una ocasión había visto cómo se utilizaba: tenía que introducirse, hacerlo girar por debajo de la punta y, luego, extraerlo con mucha pericia. Una pericia de la que yo carecía. Escogí probar sin él, primero.

En el canal a la izquierda capté un movimiento o un ruido. No un chapoteo, exactamente, sino más bien una estridencia del agua, tan ligera que apenas la registré, allí inclinado sobre Helvecio. No tenía tiempo que perder con nutrias o ranas entre las espadañas.

—¡El uro...! —Nuestro viejo y duro soldado alucinaba como un chiquillo febril.

—No intentes hablar...

Entre los mimbres hubo un revuelo, un movimiento apresurado, un grito, y un grupo de hombres surgió de la nada. Llevaban las lanzas preparadas para arrojarlas pero, una vez que nos descubrieron, se abstuvieron de hacerlo y las mantuvieron en alto con aire pensativo.

LVII

Era una partida de caza encabezada por algún bastardo de clase alta vestido con ropas de lana pardas de aceptable calidad. Montaba un caballo hispano, lo rodeaban varios compañeros con aire sumiso y dos porteadores que cargaban con más lanzas, y exhibía un acceso de furia apoplético. El individuo miró a su alrededor, me descubrió y, en un latín perfecto, escupió:

—¡Por Cástor y Pólux...! ¿Qué hace aquí esta gente?

Me incorporé.

—¡Lo mismo que tú! ¡Existir! —le espeté.

Mi réplica en latín le dejó perplejo. Saltó del caballo, soltó la rienda y se acercó a mí... pero no demasiado.

—¡Pensaba que erais ténteros! Los hemos oído por aquí cerca. —Sólo me faltaba eso—. He perdido mi presa. Algo grande...

El cabello por el que se pasaba la mano en aquel momento era negro y perfectamente cortado en capas para destacar el hermoso contorno de su cabeza; los dientes que apretaba con fuerza eran uniformes, regulares y blancos. El cinto estaba nielado en plata; las botas eran flexibles, con las borlas prendidas de grapas de bronce. Su anillo de sello era una esmeralda. Su furia evocaba la que podía verse en el Foro de los Romanos cuando algún conductor de burros poco atento molestaba con su animal a algún notable que salía de la Basílica Julia. Me dolía todo el cuerpo y estaba muy cansado. Rara vez me había sentido más deprimido.

—Tu presa está aquí —dije lentamente—. Aún no la has matado del todo. —Me aparté para que el hombre de altisonante acento senatorial pudiera ver mejor a nuestro centurión, que yacía herido a mis pies—. Éste es Apio Helvecio Rufo, centurión de la legión Primera Adiutrix. No te preocupes por eso —añadí con un ademán de cortesía—. Helvecio es un hombre realista. Siempre ha sabido que corría menos peligro frente al enemigo que frente a la absoluta incompetencia de los altos mandos...

—¡Soy un oficial romano! —me informó con altivez el líder de la partida de cazadores, arqueando sus bien cuidadas cejas bajo el flequillo negro perfectamente recortado.

—Sé perfectamente quién eres. —La causticidad con que me atrevía a devolverle la mirada debería haberle prevenido—. Conozco muchas cosas de ti. Tus finanzas se basan en un complejo entramado de deudas. Tu vida doméstica es un lío. Tu esposa está inquieta y tu amante merece algo mejor. Y a las dos les molestaría mucho enterarse de que visitas cierta casa de Colonia...

Mi interlocutor parecía confundido.

—¿Me estás amenazando?

—Probablemente.

—¿Quién eres?

—Me llamo Didio Falco.

—El nombre no me suena —rugió.

—Pues debería. Me habría presentado ante ti hace seis semanas si hubieras estado accesible. Así, también habrías evitado encontrarte ahora con el despacho lleno de mensajes por responder, incluida una carta muy crítica de Vespasiano respecto al futuro de tu legión. —El tipo se disponía a replicar, pero continué hablando sin levantar la voz ni apresurarme—: También se está cuestionando tu futuro. Eres Florio Gracilis. Tu legión es la Decimocuarta Gémina, y tendremos que rogar que sus hombres tengan suficiente experiencia como para sobrevivir a un legado cuya actitud respecto al mando es de una despreocupación increíble.

—Escucha...

—¡No! ¡Escucha tú, señor! —Utilicé el título como un insulto—. Acabo de sorprenderte utilizando lanzas del ejército con propósitos privados, en la orilla enemiga del Rin, en una compañía que el emperador considerará sin duda poco ética...

Uno de los camaradas del legado hizo un rápido gesto obsceno. Reconocí la rapidez del movimiento, así como el mentón partido y la vívida sonrisa irónica de su autor.

Miré al individuo directamente a los ojos y le dije:

—Estás muy lejos de Lugduno...

LVIII

El galo al que había visto por última vez discutiendo con los dos alfareros germanos se irguió con irritación. Yo había estado en otro mundo, desde que viajara por su provincia camino de la Germania Superior, pero en aquel instante las imágenes de la disputa en Lugduno y del hallazgo de los cuerpos de los alfareros volvieron a mi mente con toda nitidez. El gigantón galo de la sonrisa burlona no dijo nada. Mejor así. En aquel descampado me sentía vulnerable y reacio a discutir con él.

Noté, más que vi, el ligero movimiento de Helvecio. Supe que trataba de advertirme de algo. De pronto, entendí por qué el centurión yacía en aquel altozano de hierba con dos lanzas en el cuerpo. Recordé una conversación que había tenido con él antes de salir de Moguntiaco. También él había visto al alfarero galo discutiendo con Bruccio y su sobrino en Lugduno; incluso había visto al galo más tarde, siguiéndolos. Quizá el galo había visto a Helvecio. Ante un tribunal, la palabra de un centurión bastaría para condenar a un provinciano. Encontrar a Helvecio a solas allí, en pleno descampado, debía de haber parecido un regalo de los dioses para un hombre que ya había asesinado dos veces.

Me pregunté si Florio Gracilis sabría qué clase de «accidente» había sufrido el militar herido pero, a juzgar por su expresión al descubrir a Helvecio, dudé que así fuera. Una cosa era estar comprometido en corruptelas; complicarse en asesinatos habría sido demasiado estúpido por su parte.

Como no estaba al tanto de la historia completa, Gracilis optó por una actitud fanfarrona. Sin duda, creía haber cubierto sus huellas en el fraude de las compras oficiales y consideraba que, una vez que ocupase de nuevo su despacho, podría esquivar cualquier acusación.

—Una verdadera tragedia —murmuró—. Si puedo ayudar en algo, házmelo saber... Una desgracia. Siempre suceden accidentes. Toda esta batida está resultando de lo más fastidiosa desde que salimos del campamento. Se suponía que tenía que encontrarme con cierto buhonero que aseguraba poder mostrarme el campo de batalla de Varo. El muy sinvergüenza... Se llevó mi dinero para equiparse, y luego no se presentó.

Dubno.

—Si ese buhonero que buscas es un ubio de lengua larga y muy dado a refunfuñar, lo tengo en mi poder —anuncié. Mi posición se reforzó sutilmente. Dubno también era un testigo de los manejos del legado, y ahora se hallaba en mis manos... Advertí que Gracilis entrecerraba los ojos, consciente de la situación. Para subrayarla, añadí algo más—: Ese ubio nos entregó a los brúcteros y estoy seguro de que eso mismo se proponía hacer contigo.

—¡Bah, lo dudo! —A pesar de los años que llevaba viendo senadores, la

arrogancia de aquel individuo me había dejado pasmado.

Teníamos que llegar a un arreglo y me dispuse a negociar. Planté los pies en el suelo con más firmeza y advertí al legado, en tono firme y contundente:

—Si ese galo es amigo tuyo, deberías andarte con más cuidado. En Cavilono hay dos muertos de cuya suerte quizá tenga que responder... —De inmediato, le ofrecí una escapatoria—: Las víctimas eran gente del país y estaban bajo tu autoridad. La comunidad de Moguntiaco acudirá a ti para que hagas justicia.

No me había equivocado al juzgarlo. El legado se distanció imperceptiblemente del hombre del mentón partido. En un momento dado, las prácticas ilícitas tienen la encantadora virtud de funcionar en los dos sentidos.

—¡Parece que aquí hay un asunto a investigar! No tengo idea de qué andas haciendo por aquí —me desafió. Era la voz fría, serena y patricia, de quien espera salir bien librado de cualquier asunto recurriendo a su linaje frío, sereno y patricio—. Yo, por cierto, estoy efectuando una misión de reconocimiento político...

Era una manera de describir su excursión de placer con cargo al erario público.

—¿Oh, de veras? —El disgusto que me producía su actitud altanera dio un tono áspero a mi voz—. ¿Civilis, no? La Isla, Batavoduro... ¿Has pasado mucho tiempo en Vetera?

—Bien, tenía interés por inspeccionar el lugar para...

Un viaje turístico. Junto a mí, Helvecio se agitó, inquieto.

Yo también estaba perdiendo la paciencia.

—¿Para qué? —pregunté.— ¿Para ver los daños, para oler el desastre, para coger una piedra del parapeto y llevártela a casa como recuerdo? Y, a continuación, unos cuantos días libres para dedicarte a la caza, y mala suerte para cualquier recio veterano romano que se ponga en el camino de vuestras jabalinas... A decir verdad, he pensado que tal vez habías cruzado el río para negociar con la profetisa.

—¿Con Veleda? —Gracilis puso cara de genuina sorpresa—. ¡Vespasiano no toleraría que alguien tuviera contacto con esa bruja!

Preferí no desilusionarlo.

—¿Y has localizado a Civilis?

—No —respondió.

Pero, ay, Gracilis era senador. Probablemente, obtendría una corona de laurel por el mero hecho de haberlo intentado. Después de las penalidades que habíamos sufrido, debí de perder el control. No era tan iluso como para esperar que Vespasiano se decidiera a destituir a aquel individuo tan deshonesto, a menos que aportase contra él pruebas de algún escándalo mucho peor que obtener comisiones de un tendero o salir de caza por territorio bárbaro. Sus delitos abarcaban sexo, dinero y muerte, pero no un sexo lo bastante extravagante como para despertar en Roma un acceso de santurronería, ni unos sobornos lo bastante sustanciosos como para contratar

abogados para exigir compensaciones. Ni suficiente muerte.

—Estás pisando fuera de tu terreno, legado. —Fuera de su terreno en todos los sentidos. Pero mientras tanto, a mis pies, Helvecio estaba cada vez más débil—. Tengo a un grupo de hombres casi famélicos, y a este centurión malherido. Regresamos de una misión imperial cuya naturaleza no explicaré en público y estamos inmovilizados aquí sin medio de transporte, armas ni suministros. ¿Puedo sugerir que rehagas tu buena fama ayudándonos a volver a la base?

Pero había juzgado mal la situación. El galo murmuró algo. El legado de la Decimocuarta sopesó cínicamente nuestra situación desesperada e impotente, por un lado, y el hecho de que teníamos pruebas suficientes para denigrar su reputación, por el otro.

—¡Antes nos veremos en el Hades! —exclamó por fin.

Pero Gracilis también había cometido un error. Y el suyo era peor que el mío.

Entonces sucedieron varias cosas rápidamente. Helvecio exhaló un gemido lastimero que me hizo hincar la rodilla a su lado. El galo levantó la jabalina, pero unas voces estentóreas lo detuvieron. Al otro lado del montículo, entre unos ásperos matorrales, aparecieron Orosio en compañía de Lentulo, que todavía llevaba en la mano el cubo de los cangrejos, y el criado del centurión. Agarré a Helvecio por la muñeca para recomendarle que se quedase quieto mientras yo intentaba resolver cierto problema.

Al momento, experimentó una violenta convulsión y me derribó al suelo con un gesto voluntario. Trataba de advertirme de algo.

Mientras caía de espaldas sobre la hierba, una exclamación de protesta murió en mi garganta. A tres pasos de mí, concentrado en el legado y resoplando, estaba el toro más enorme que había visto en mi vida.

LIX

Me incorporé de un salto, pegué los brazos a los costados y murmuré una exclamación en tono suplicante. El uro meneó la cabeza con aire despectivo.

No había establo que pudiera acoger a aquella res. La bestia poseía un pelaje pardusco con las puntas del pelo de la cola negras. Tenía el lomo recto, una testuz enorme, unas patas cortas y unos cuartos delanteros que podrían haber derribado una casa, sobre los cuales colgaba un grueso collar de pelambre más tupida, rojiza como la de un zorro. Los cuernos, curvados hacia arriba, eran lo bastante anchos y fuertes para atar a ellos a una doncella, a una Dirce que hubiera ofendido a alguien capaz de imaginar los castigos más desquiciados. La respiración del animal era áspera y estridente como la de un cíclope en las últimas fases de una neumonía.

Los uros eran indomables. Procedían de un tiempo muy anterior a que el hombre inventase la plácida domesticación de animales. Aquel ejemplar era enorme, pero se había demostrado capaz de moverse con gran delicadeza, con una especie de elegancia refinada que se combinaba con exhibiciones de tremenda velocidad. Su mirada irritada nos indicó que las lanzas clavadas en su pellejo como espinas de brezo ya lo habían enfurecido y que ahora, tras haber seguido a los agresores con malévolo sigilo, se proponía atacar con todo su ímpetu a cualquier cosa que se moviese. Para reforzar esa impresión, emitió un largo mugido que hablaba elocuentemente de una rabia y un dolor primitivos. La bestia miró al legado, entre iracunda y pensativa, como si estudiara dónde podía hacerle más daño. Después, pateó el suelo.

Todos permanecemos muy quietos.

Veréis, detesto recordar lo que sucedió a Florio Gracilis. Lo más terrible fue que alcanzó a ver lo que se le venía encima. Tras un ligero barboteo, echó a correr. Con un nuevo mugido, el enorme toro se lanzó en pos de él. Gracilis fue corneado, arrojado al aire, pateado y pisoteado hasta morir. Algunos de sus compañeros de cacería intentaron arrojar sus jabalinas pero, una vez el legado quedó en el suelo, el terror atenazó a todos los cazadores y les hizo huir.

Mis compañeros, en cambio, permanecieron donde estaban.

Al uro debió de gustarle mi rostro; adiviné que me había escogido para su siguiente ataque.

Era preciso proteger a Helvecio. Empecé a desplazarme lentamente hacia la izquierda. Era la única dirección posible y muy pronto tuve que detenerme, pues me acercaba al borde del arroyo. Allí, la orilla descendía un par de palmos y luego desaparecía bajo un siniestro saliente de altas hierbas enfangadas. Lo último que deseaba era terminar metido en un curso de agua de profundidad imprevisible, chapoteando con impotencia mientras la enorme bestia cargaba contra mí.

El uro resopló con ferocidad y lanzó un último derrote desdeñoso con uno de sus tremendos cuernos al cuerpo ensangrentado y sin vida del legado Gracilis. Luego, esperó a que me detuviese y comenzó a avanzar.

El resto fue rápido, confuso y nada heroico.

Detrás del animal, mis tres sobresaltados camaradas se pusieron en acción. Orosio lanzó un alarido y se agachó a coger una jabalina caída en el suelo. Vi al criado del centurión correr hacia su amo herido. Lentulo arrojó su cubo de los cangrejos en un acto de valentía. Acertó al uro en pleno hocico y el animal irguió la testuz, pero no detuvo su avance. Era como si se me viniese encima un edificio a toda velocidad.

El impacto del cubo no lo detuvo. Nada podía hacerlo. Pero, mientras la fiera parpadeaba, tuve tiempo de cambiar de posición. Atrapado por el talud el arroyo, sólo me quedó una opción: me arrojé al suelo, de costado. El uro pasó de largo, tan cerca que me rozó el brazo.

Se volvió en un abrir y cerrar de ojos, con la cabeza baja. Si hubiera echado a correr, me habría alcanzado antes de dar el segundo paso, pero esta vez sucedió algo que sí lo detuvo. Era Lentulo, que se había acercado por detrás y lo había agarrado por el rabo. Tenía el rostro contraído por el esfuerzo y, por algún milagro, no soltaba su presa. El poderoso animal se apartó de mí, moviendo la cabeza enfurecido. Con una sacudida de sus lomos, se desembarazó del joven idiota. El latigazo de su grupa mandó al muchacho por los aires al fondo de la cañada. Para entonces, otro idiota estaba cometiendo otra idiotez. Marco Didio Falco, que una vez había visto un mural cretense, escogió aquella húmeda ribera germana como ruedo donde revivir el arte perdido de la tauromaquia. Mientras el uro resoplaba, fijo todavía en Lentulo, salté directamente hacia él y me encaramé a horcajadas en su lomo.

El pellejo era áspero como una soga náutica y apestaba. Un rabo con grumos de excrementos adheridos me golpeó el espinazo como un látigo. Yo sólo tenía un arma, el puñal, guardado en la bota como de costumbre. No sé cómo, conseguí sacarlo. Pasé el otro brazo en torno a uno de los cuernos, agarrándolo con fuerza. No había tiempo para pensar: la muerte alargaba sus manos para coger a uno de los dos. Me sujeté al lomo con las rodillas, tiré con todas mis fuerzas del poderoso cuerno, obligué al animal a alzar la testuz, me incliné hacia adelante, más allá de la oreja vibrante y del ojo furioso del animal, y hundí repetidas veces el puñal en su garganta.

La muerte no fue limpia ni rápida. Llevó más tiempo y mucha más energía de lo que nadie habría creído después de acudir, con una toga de un blanco resplandeciente, a presenciar cómo los refinados sacerdotes de Júpiter llevaban a cabo un sacrificio taurino en la colina Capitolina.

LX

—¡Por Mitra!

Creí que el grito de asombro procedía de Helvecio, pero debió de proferirlo el criado.

Tenía el brazo izquierdo trabado con tal fuerza en torno al cuerno que me costó trabajo desasirme. El olor del animal parecía haber calado en mis ropas y en mi piel. Me dejé caer al suelo, tembloroso. Orosio corrió a ayudarme y me arrastró a cierta distancia. Lentulo asomó de la cañada tambaleándose; después, cayó limpiamente sin sentido.

—Debe de ser la sorpresa —murmuró Orosio, al tiempo que se volvía hacia él para atenderlo—. Eso de descubrir que es capaz de hacer algo...

Me sentí disgustado: conmigo mismo, con el animal cuya furia me había obligado a hacer aquello y con la sangre caliente que me empapaba. Bajé la frente hasta la mano, pero luego sacudí ésta al notar que aún tenía más sangre en la palma. Conseguí acercarme cojeando hasta Helvecio. Su criado, cuyo nombre era Dama, alzó los ojos hacia mí.

—Sabía que debería haber ido a Moesia... —gimió amargamente. Después, rompió a llorar.

Helvecio había muerto.

Apenas había conseguido contener mi propia aflicción cuando algunos miembros de la partida de caza del legado se atrevieron a reaparecer. Venían conducidos por el galo de la sonrisa burlona, sin duda impulsado por su instinto de conservación.

La confrontación fue muy breve. Yo todavía estaba de rodillas junto a Helvecio, con su mano entre las mías.

—No quiero volver a encontrar tu cara en Germania —dije al galo—, tanto la romana como la libre. Has matado para proteger tu industria y has matado para protegerte a ti mismo. Ya es suficiente.

—¿Tienes pruebas? —se mofó él, señalando al centurión muerto.

De pronto, Dama abrió la boca. Se dirigió a mí, como si no confiara en poder hablar al asesino de su amo.

—Helvecio Rufo era un hombre reservado, pero un día me lo contó mientras lo armaba. ¡Me dijo lo que vio en la Galia!

—¿Te presentarías a declarar ante un tribunal? —pregunté.

El criado asintió. El galo levantó una jabalina. Su intención era evidente. Pero esta vez no estábamos desprotegidos. Orosio y Lentulo también alzaron sus lanzas, dispuestos a arrojarlas.

Me incorporé, cubierto de sangre. Mi aspecto debía de ser terrible.

—Una palabra fuera de lugar, un gesto que me desagrade, y me encantará

enseñarte cómo se siente el uro, ahora que está muerto.

Todos los miembros de la partida de cazadores retrocedieron lentamente. Los animé a ello con un gesto airado. Continuaron su marcha al mismo paso hasta desaparecer de la vista, llevando con ellos al galo de Lugduno. No sé qué fue de ellos más tarde, ni me importa. Siendo celtas, en aquellas tierras de la Germania Libera corrían mucho menos peligro que nosotros.

Esa noche cenamos filete de uro, pero la carne no tenía buen sabor. Establecimos doble guardia y nadie durmió demasiado. Levantamos el campamento temprano y emprendimos la marcha en dirección al sur con la esperanza de encontrar la embarcación del legado muerto en algún punto de la ribera.

Íbamos camino de casa, con dos cadáveres que debíamos acarrear, y más de uno de nosotros se sentía acongojado. Pronto, todos lo estuvimos.

Porque, en nuestro doliente avance, llegamos a una zona boscosa y, poco después de entrar en ella, descubrimos que tenía otros ocupantes. Nos quintuplicaban en número y nos habían descubierto. Era una partida de guerreros ténteros, buenos jinetes y acérrimos enemigos de Roma.

Fuimos rodeados antes de tener idea de lo que estaba sucediendo, pero no nos atacaron de inmediato. Tal vez estaban tan sorprendidos como nosotros de encontrar otra gente en sus bosques.

Formamos un cuadro con los reclutas, bastante aceptable si se tiene en cuenta que sólo habían aprendido la maniobra en la teoría. Pero Helvecio los había adiestrado. Como formación, el resultado era pasable. Sin embargo, todos sabíamos que el cuadro era demasiado pequeño. El verdadero objetivo de éste es alzar un muro protector con los escudos en torno a la tropa. Pero nosotros no teníamos escudos.

Aunque Justino estaba demasiado cansado y abatido para lanzarse a una oratoria altisonante, dijo a los reclutas que hicieran lo que pudiesen. Los hombres le dirigieron una mirada franca, como si fueran veteranos; comprendían la situación en que nos encontrábamos.

Faltaba poco para que anocheciese y una llovizna fina empapaba el bosque. Todos estábamos sucios, desnutridos y fríos, y la niebla se enredaba en nuestro pelo. Advertí que el cuero de nuestras botas se había endurecido y se levantaba en las junturas, recorrido por una huella blanquecina de fango y de sal. Los árboles habían cambiado de color durante la última semana, o así. El aire gélido era un anuncio del invierno.

Capté el olor a hojas en putrefacción y a miedo. Aquella nueva crisis ya era demasiado. Me sentía como en una pesadilla en la que uno se desliza a través de una interminable sucesión de ridículos desastres, consciente de que se trata de una pesadilla y debe escapar de ella cuanto antes, pero incapaz de liberarse y despertar a salvo en la cama, junto a alguien que lo tranquilizará cariñosamente.

No entendíamos por qué los ténteros no hacían ningún movimiento.

A veces los distinguíamos fugazmente entre los árboles. Iban a caballo y su presencia era palpable por todos lados. Oímos el piafar inquieto de sus monturas y el tintineo de los arneses. En cierto momento, alguien tosió. Si el hombre vivía allí, entre aquella niebla que se alzaba del río, era comprensible.

Los ténteros estaban justo fuera del alcance de las jabalinas. Allí permanecemos durante lo que nos pareció un siglo, pendientes del primer movimiento de lo que iba a significar el fin de todos nosotros. Captamos el ruido de las pezuñas sobre las crujientes hojas caídas y el rumor de la brisa cambiante que movía las ramas sobre nuestras cabezas.

Creí oír algo más.

Justino y yo estábamos en pie, espalda con espalda. Quizá el tribuno advirtió mi tensión, pues se volvió para mirarme. Yo tenía el rostro levantado hacia la lluvia y trataba de captar otra vez aquel sonido, o darle sentido. No tenía nada que decir a Justino, pero aquella extraña alma en pena había vuelto de la torre de Velda con su vieja costumbre de lanzarse a la acción en solitario. También él aguzó el oído, pero no hizo comentario alguno. A continuación, soltó una exclamación y abandonó el cuadro antes de que pudiéramos detenerlo.

Cubrió a la carrera los diez pasos que nos separaban de donde había quedado nuestro magro equipaje. Por suerte, lo hizo en zigzag, pues una lanza surgió de entre los árboles con un siseo. Falló el blanco. Al instante siguiente, Justino estaba agachado, semiprotegido por los caballos. Observamos cómo rebuscaba furiosamente. No tardó en ponerse en pie y apoyó los codos en un caballo para sostenerse mientras alzaba algo en las manos. Era la retorcida corneta de boca ancha, que había traído entre su bagaje por mero gusto.

Cuando sopló, el sonido fue más vacilante que las notas que había soltado entre los brúcteros, pero seguía conservando claras evocaciones de la llamada de la segunda imaginaria. Debía de ser la única que había aprendido a tocar.

Una rociada de flechas y lanzas ténteras intentó silenciarlo. Justino se arrojó al suelo y se cubrió la cabeza pero, como todos los demás, debió de captar otra nota: clara, alta y sostenida, profesional... En alguna parte, no lejos de allí, una segunda corneta de bronce romana había respondido dulcemente a la llamada.

No los vimos marcharse. Los ténteros se desvanecieron con absoluto sigilo.

No mucho después, una unidad de legionarios de la Decimocuarta Gémina apareció entre los árboles. Todos eran voluntarios. Aquella fuerza había sido reunida y conducida río abajo por iniciativa del hombre que los dirigía. A pesar de mis prejuicios, debo reconocer que se trataba de Sexto Juvenalis, el prefecto del campamento.

Habían salido en busca de su desaparecido legado, pero la Decimocuarta siempre se había ufanado de ser conciencizada, de modo que, además de hacerse cargo del

cadáver, también nos rescataron a los demás.

LXI

Moguntiaco.

Un puente, un puesto de peaje, una columna ridícula... y la chica que anhelaba ver.

El viaje nos había llevado suficiente tiempo como para empezar a readaptarnos al mundo real. Sin embargo, al mundo podía costarle un poco más adaptarse a nosotros, bárbaros. A lo largo del río habíamos visitado ciudades civilizadas con baños romanos y comidas romanas. También habíamos tenido contacto civilizado con gentes que entendían nuestra lengua, pero la mayor parte de la travesía nos habíamos descubierto cerrados en un grupo excluyente, como en cuarentena por una aventura que parecía demasiado grande para hablar de ella.

Cuando finalmente desembarcamos y estuvimos de nuevo en la fortaleza de la que habíamos partido, llevamos las cenizas del centurión a la capilla de los Principia para que descansaran allí. Antes de que abandonásemos el campo de instrucción, los reclutas se despidieron. En efecto, yo me marcharía pronto y su contacto cercano con Justino también debería terminar cuando éste volviese a adoptar la altivez normal que se esperaba de su rango. Nuestra raída escolta nos dejó en la Via Principia casi con lágrimas, pero en aquel preciso instante pasó un grupo de camaradas que les dio la bienvenida entre exclamaciones; vimos que nuestros reclutas se contoneaban de satisfacción y se alejaban con manifiesto orgullo. Sólo Lentulo se volvió en el último instante y nos dirigió un tímido gesto de adiós.

A Justino le asaltó un extraño carraspeo.

—Me disgusta decirlo, pero los voy a echar de menos.

—No te preocupes—incluso yo me sentía abatido—. Vuelves a estar de servicio, Quinto. Habrá muchas otras preocupaciones...

Justino soltó un vívido juramento en una de las varias lenguas que había aprendido para conversar con mujeres.

Tuvo la feliz idea de enviar al secretario de su legado un mensaje diciendo que había tanto de lo que informar que necesitaría una cita más extensa... más tarde. La excusa nos dejó libres de ir a su casa, cosa que hicimos fingiendo pasear tranquilamente, como si no tuviéramos nada especial en la cabeza.

Helena estaba en el jardín. Hacía demasiado frío para ella, pero de ese modo se aseguraba de estar a solas. Parecía impaciente por vernos. Cuando Justino y yo aparecimos juntos en el pórtico, su rostro se iluminó de emoción antes incluso de oír nuestros pasos; su único dilema era a cuál de los dos abrazaría primero.

Los dos nos detuvimos para dejar que fuese el otro quien lo hiciera. Yo gané el intercambio de cortesías. Era lo que quería. Me proponía dejar que Quinto la abrazara una vez y así, cuando me llegara el turno, me sentiría autorizado a retenerla entre mis

brazos. Pero Helena Justina pasó a la carrera por delante de su hermano y cayó sobre mí.

Justino tuvo la delicadeza de sonreír antes de dar media vuelta, entristecido.

—Quédate, amigo...

Helena fue muy rápida. Como si ésa hubiera sido su primera intención, se apartó de mí y rodeó con sus brazos el cuello de su hermano con una mueca de felicidad.

—Falco, demonio, ¿qué le has hecho a Quinto?

—Se ha hecho mayor —respondí—. Una enfermedad que la gente tiende a evitar pero que, cuando llega, suele doler.

Helena se echó a reír. Había olvidado cuánto adoraba aquella risa.

—¿Y cómo sucedió ese accidente?

—No me lo preguntes. Debió de ser tan terrible que no quiere contarlo.

Helena guardó un silencio que decía que el joven Quinto podía ir resignándose porque estaba decidida a hacerle confesar muy pronto. Lo asió por el brazo para una de sus minuciosas inspecciones.

—¡Parece más alto!

Quinto se limitó a sonreír de nuevo, como quien se cree capaz de mantener un secreto y está dispuesto a hacerlo.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que tal vez hubiese cometido un pequeño error respecto a la aventura del tribuno en la torre de Velea. No tuve ocasión de preguntárselo, porque mi espantosa sobrina y Ricitos de Oro debían de haberse enterado de nuestra llegada y se presentaron al galope entre gritos que debíamos interpretar como saludos; después, el perro del tribuno volvió a las andadas mordiendo a un criado y, por fin, llegó el mensaje de que el legado de la Primera estaba tan complacido de nuestro regreso sanos y salvos que había cancelado el resto de su programa y quería ver a Justino de inmediato.

Cuando se hubo marchado, esperé que Helena me hiciera preguntas al respecto pero, aunque Quinto era su favorito y yo sabía que lo quería con fervor, pareció que por alguna razón sólo le interesaba saber de mí.

Podría haberme resistido, pero ella parecía claramente dispuesta a arrastrarme hasta un rincón oscuro para algo desvergonzado de modo que, a fin de no decepcionarla, me dejé llevar.

Había cumplido mi misión hasta donde había podido... y mucho más lejos de lo que Vespasiano tenía derecho a esperar, aunque sabía que era absurdo contar con que aquel tirano irrazonable estuviera de acuerdo. El viejo tacaño me haría sudar hasta la última moneda antes de dejarme ir a casa. Aún me quedaba añadir a Civilis a mi lista, desde luego, pero había cumplido suficientemente bien como para merecerme mi paga. Mis cabellos ensortijados no volverían a ser bien recibidos en la Palatina hasta el último momento posible, ahora que el Tesoro se encargaría de mis gastos más que

básicos.

Tenía mis buenas razones para no apresurar mi partida. El momento de tomar decisiones se cernía dolorosamente y el hecho de saber cuál habría de ser la respuesta lo empeoraba aún más. Dado que Helena se negaba a tomar sus propias decisiones, tendría que imponerle las correctas.

Fingí que seguía en la fortificación para completar el informe sobre la Decimocuarta. Le di a entender que me resultaba difícil.

El argumento resultaba creíble, puesto que odiaba los informes. Era perfectamente capaz de redactar aquél, pero me faltaba la voluntad para empezar.

Pasé mucho tiempo en el estudio del tribuno mascando el extremo de un punzón mientras observaba a Helena Justina jugando a damas consigo misma. Me pregunté cuánto tiempo le llevaría darse cuenta de que me había percatado de que hacía trampas. Finalmente, no pude por menos de mencionarlo. Ella se marchó con un gruñido, lo cual resultó frustrante porque prefería mucho más contemplarla y soñar.

Continué luchando con el informe. El punzón era ahora una pulgada más corto. La madera no hacía más que astillarse entre mis dientes, hiriéndome la lengua. Mientras escupía los fragmentos, advertí que mi sobrina y su amiguita rondaban la puerta, dedicadas a cuchicheos secretos. No eran sus primeras pantomimas de misterio desde mi regreso. En esta ocasión, estaba tan aburrido con el informe que me levanté sigilosamente, aparecí ante las niñas de improviso con un rugido, y las agarré a ambas. Después, las arrastré al despacho y las obligué a sentarse, una en cada rodilla.

—Ahora sois mis prisioneras. Os quedaréis aquí sentadas hasta que le digáis a vuestro buen tío Marco por qué rondabais por aquí. ¿Acaso me espiabais?

Al principio parecía una tontería. Yo era el sospechoso del día. Ahora, las niñas pasaban mucho tiempo jugando a ser informantes. No debía sentirme orgulloso de ello; lo hacían por la misma razón por la que Festo y yo siempre habíamos querido ser traperos: porque era una existencia sucia y de mala fama y porque nuestra madre nos había aborrecido por ello.

—¡Pero no vamos a contarle a nadie lo que hemos visto! —se vanaglorió Augustinilla.

—Me parece perfecto. Así no tendré nada que ver con ello. —La niña pareció satisfecha. Mi respuesta encajaba con la opinión familiar de que su sórdido tío Marco prefería quedarse tumbado en la cama todo el día antes que trabajar para ganarse un denario honradamente. Les dirigí una sonrisa maliciosa. Tendríais que ser muy listas para descubrir algo importante. La mayoría de los informantes pasa semanas enteras al acecho y ni siquiera así descubren nada...

Vi que Ricitos vacilaba. A diferencia de mi sobrina, era lo bastante lista como para querer ver reconocida su inteligencia... pero no lo suficiente para ocultarlo y

sacar todo el provecho a su ventaja.

—¡Cuéntale lo del chico de las flechas! —estalló por último.

Aquello surtió efecto. De pronto, la charla me interesaba; por lo tanto, intenté parecer aburrido. Augustinilla no tragó el anzuelo y sacudió la cabeza enérgicamente. Pregunté directamente a Arminia dónde habían visto al muchacho.

—En Augusta Treveroro.

Me quedé perplejo.

—¿Y qué andabais haciendo allí? —Mi sobrina abrió la boca y señaló un hueco enrojecido en el lugar que había ocupado un diente—. Déjate de tonterías. Puedo ver cómo se revuelve en tus tripas lo que has tomado para desayunar. ¿A quién fuisteis a ver?

—A Marte Leno —me informó la niña como si se dirigiera a un idiota.

—Marte, ¿qué?

—Marte, el Sanador —consintió en explicar Arminia.

Era una tarea difícil. Llené algunos huecos por mi cuenta:

—Recuerdo que Augustinilla tenía dolor de muelas desde algún tiempo antes de mi marcha... —Las pequeñas no parecieron nada impresionadas por aquella sutil referencia a los bosques llenos de bruma y de animales feroces que acababa de soportar—. De modo que Helena Justina os llevó a una capilla...

—El diente cayó antes de que fuésemos —me confió Arminia con cierto desagrado—, pero así y todo Helena nos obligó a ir.

—¿Por qué semejante cosa?

—¡Para curiosear! —respondieron las dos al unísono.

—¡Ah, claro! ¡Por supuesto! ¿Y vio algo de interés? —No. Helena lo habría mencionado, aunque no habría querido molestarme con noticias de un viaje sin objeto. Y menos cuando aún tenía que escribir el informe. Para ella, el asunto era muy serio—. Pero vosotras, ¿visteis a ese chico?

—Nos tiraba flechas. Dijo que éramos romanas y que él estaba en el imperio galo libre, con permiso de su padre para darnos muerte. De modo que entonces lo supimos —dijo Arminia.

—¿Qué supisteis, Arminia?

—Quién era. —Era más de lo que yo sabía. La niña susurró con nerviosidad—: El hijo del jefe. ¡Del que dispara contra prisioneros de verdad!

Contuve el impulso de apretarlas más contra mí en un gesto protector. Las pequeñas eran dos mujeres valerosas; ninguna de las dos me necesitaba.

—Supongo que escapasteis enseguida, ¿no?

—Por supuesto —se mofó Augustinilla—. Sabíamos qué hacer. El chico resultaba patético. Lo despistamos, volvimos sobre nuestros pasos y lo seguimos.

Soltaron una risita de placer ante la facilidad con que habían engañado al

muchacho. Ningún chico se encontraba a salvo con aquel par de furias tras él. Cada una a su modo, ambas chiquillas estaban predestinadas a ser devorahombres.

Dejé que me vieran tragar saliva.

—¿Y entonces?

—Vimos al hombre tuerto.

—El hombre de la barba roja. ¡De la barba teñida de rojo! —concretó la preciosidad de los ricitos, por si acaso no me había enterado de qué ayudantes tan absolutamente brillantes había conseguido atraer, no sé cómo, para que trabajaran conmigo.

Helena dijo que ella escribiría el informe.

—¡Pero si no conoces nada del asunto!

—¿Y qué? Muchos hombres escriben sus informes conociendo aún menos. Qué te parece esto: «La Legión Decimocuarta Gémina Martia Victrix es una unidad operativa solvente y sólida, pero necesita una mano más firme de la que ha tenido con su reciente estructura de mando. El nombramiento de un nuevo legado con amplias facultades de supervisión será sin duda una prioridad. La Decimocuarta parece susceptible de ser reubicada en Germania de forma permanente o semipermanente. Esta opción permite un control más estricto sobre ella y permitirá también el pleno aprovechamiento de su considerable experiencia entre los pueblos celtas, lo cual resultaría especialmente favorable en el delicado clima político que existe en el corredor del Rin...».

—¡Todo eso es filfa! —la interrumpí.

—Exacto. Precisamente lo que un secretario desea escuchar.

Lo dejé en sus manos. Helena calculó que antes de mi regreso podía redactar e hilvanar varias páginas de palabrería en aquel estilo pretencioso. Además, su caligrafía era mejor que la mía.

Me habría gustado llevarla conmigo, pero Augusta Treveroro quedaba a noventa millas y debía darme prisa si quería estar de vuelta en Moguntiaco para el aniversario del emperador y para el desfile conmemorativo.

Sin embargo, un viajero necesita llevar a un compañero, de modo que me busqué otro. Xanto, que tanto deseaba ver mundo, era el candidato obvio.

LXII

Augusta Treveroro, capital de Bélgica.

Había sido fundada por Augusto, quien, después de escoger un emplazamiento vacío en un estratégico cruce de caminos en el río Mosela, la había iniciado con un puente, como hombre sensato que era. El puente era una construcción bastante decente, con siete macizos pilares de cantería. Como allí el río era antojadizo, toda la estructura estaba realizada a una escala enorme. La ciudad había sido proyectada cuidadosamente. Había nuevos viñedos pugnando por arraigar y campos de cereales, pero la economía local prosperaba gracias a dos industrias: la alfarería y la lana. Las ovejas proveían a las fábricas de hilados oficiales con los que se tejía la tela de los uniformes militares; por su parte, los productores de cerámica también mantenían un contrato con las legiones. Como consecuencia de ello, no me sorprendió descubrir que los peces gordos de Augusta Treveroro habían conseguido dotarse de algunas de las mansiones más grandes y bien provistas que había visto desde que dejara Italia. Aquélla era una ciudad que habría atraído la atención de cualquiera que hubiese aprendido a apreciar la vida romana en sus aspectos más civilizados (la riqueza y la ostentación). Alguien, digamos, como un bátavo romanizado de alto rango.

El templo de Marte Leno honraba tanto a nuestro dios como a su equivalente celta, Tiw. Éste no era el Marte guerrero, sino el Marte sanador; un corolario lógico, ya que el dios de los soldados tiene que sanar sus heridas si quiere conducirlos de nuevo al frente de batalla lo antes posible. También estaba representado Marte, el dios de la juventud (un joven carne de lanza).

El templo era el centro de una floreciente capilla para los enfermos. En él había un gran número de tabernas inactivas y hediondas habitaciones en alquiler, además de tiendas y tenderetes en los que vendedores de dijes y chucherías también se empeñaban tercamente en hacerse ricos a toda prisa, antes de que su clientela literalmente muriera. Estaban los habituales y deprimentes aprovechados que vendían ex votos representando cualquier parte de la anatomía, desde genitales (de ambos sexos) a pies (derechos o izquierdos) u orejas (indeterminadas), además del consabido ramillete de boticarios, barberos, matasanos, dietistas, adivinos y cambistas. Todos aquellos personajes acudían en bandada a la capilla a vivir de la esperanza y de la desesperación en igual medida, cargando en cada ocasión su elevado porcentaje habitual. De vez en cuando, distinguí a alguien que estaba enfermo o tullido de verdad, pero se procuraba que éstos se mantuvieran fuera de la vista. Las caras pálidas y tristes eran malas para el negocio.

Como en todos los recintos parecidos, el trasiego de estos sospechosos empresarios tenía que ser rápido. La gente podía ir y venir sin demasiadas explicaciones. Se hacían pocas preguntas, pues cada cual prefería mantenerse en un

discreto anonimato por si se presentaba algún funcionario haciendo averiguaciones sobre las licencias. En aquella ciudad de casuchas, un hombre que quisiera permanecer oculto podía vivir más o menos abiertamente.

En ningún momento llegué a ver al chico de las flechas. Mejor para él. Si hubiera dado con él con gusto le habría dado una azotaina por no ser más certero al disparar contra mi sobrina.

Encontré a Julio Civilis con el aspecto de un hombre sin dinero, sentado en un banco delante de una chabola a las afueras de la ciudad, con aire impaciente. Mientras hacía muescas en un pedazo de madera con un cuchillo, mantenía un ojo avizor por si se presentaban problemas; pero el hombre sólo tenía un ojo para poder hacerlo. Mis informantes habían sido eficientes, y para cuando llegué a la zona sabía cuál de los caminos polvorientos conducía a su vivienda y tenía una descripción personal de él. Di un rodeo por los campos cercanos y me acerqué silenciosamente al hombre por su lado ciego.

—¡El juego ha terminado, Civilis!

Giró en redondo y me encontró allí plantado. Saqué la espada lentamente y la deposité en el suelo, entre los dos. Aquello sirvió para establecer una tregua y dialogar. Civilis debió de suponer que yo aún llevaba mi puñal y, dado que él había sido comandante de caballería, no dudé ni por un instante de que debía de ir cargado de navajas para extraer piedrecitas de las pezuñas de los caballos... o para grabar muescas en las costillas de los agentes imperiales. Si quería pillarme por sorpresa tendría que ser el primero en actuar y hacerlo muy deprisa, pero parecía demasiado desanimado para intentarlo.

Era más alto y mucho más corpulento que yo. Probablemente, incluso estaba más deprimido de lo que yo me sentía. También me superaba en edad. Llevaba calzones de cuero que le llegaban hasta debajo de la rodilla y una capa adornada con tiras de piel entrelazadas. Estaba cosido a cicatrices y se movía rígidamente, como si hubiera caído de su caballo más veces de la cuenta. El ojo que le faltaba parecía haber sido arrebatado por alguna esquirla de proyectil de artillería que le había dejado un profundo y sinuoso costurón. El ojo bueno tenía una mirada penetrante y extremadamente inteligente. Lucía una barba que le llegaba hasta el broche de la capa y unas largas y onduladas guedejas; tanto éstas como aquélla estaban teñidas de rojo. No del rojo intenso que me había estado prometiendo, sino de un tono más triste y desvaído, que parecía reflejar lo que quedaba de su vida de rebelde. También advertí que las raíces de sus cabellos empezaban a mostrar canas.

Civilis dejó que me presentara.

—¡De modo que esto es lo que se siente al conocer a quien pasará como una nota a pie de página en el libro de la Historia!

—¡La más insignificante de las notas! —gruñó él. Descubrí que Civilis me caía

bien—. ¿Qué quieres?

—Pasaba por aquí y se me ocurrió que podía hacerte una visita. No te sorprendas. Hasta un niño podría dar contigo aquí. En realidad, ha sido una niña quien te ha descubierto; una simple chiquilla de ocho años, y no demasiado despierta, aunque tuvo la ayuda de cierto ubio, mucho más listo. ¿Preocupado? —inquirí con suavidad—. Ya sabes lo que eso significa. Si puede encontrarte una niña, también puede hacerlo cualquier legionario vengativo cuyo compañero haya muerto en Vetera a manos de tus hombres. O cualquier bátavo descontento, dado el caso.

Julio Civilis me respondió que podía irme a tomar viento.

—Empleas las mismas palabras que los soldados de la famosa Decimocuarta Gémina; ellos también consideran que apesto. Debe de ser la influencia romana. ¿No echas de menos todo eso?

—No —respondió él, pero con un tonillo de envidia—. ¿La Decimocuarta? ¡Esos fanfarrones! —Julio Civilis había mandado un destacamento de auxiliares en Germania antes de optar a la gloria; debía de haber tenido noticias de su legión madre a través de sus parientes encuadrados en las famosas ocho cohortes báltavas que habían desertado—. Supongo que tenemos que hablar. ¿Quieres oír la historia de mi vida?

El hombre tenía la formación adecuada; la entrevista sería rápida y fácil. Era, me dije, como si estuviese hablando con uno de los nuestros. Bueno, en realidad, así era.

—Lo siento —respondí. Deseé que advirtiese que mi sentimiento era auténtico. Habría dado mucho por escuchar la historia completa de labios del propio rebelde—. Tengo que estar en Moguntiacum para el desfile del aniversario del emperador. No tengo tiempo que perder escuchando necedades respecto a si pasaste veinte años en campamentos romanos para que, al final, tu única recompensa fuera la suspicacia imperial y la amenaza de ejecución... Ciñámonos a lo fundamental, Civilis. Cobrabas tu dinero, disfrutabas de la vida y te sentías satisfecho de estar exento de impuestos y gozar de los beneficios de una paga regular y una sólida carrera militar. Desde el momento en que Vespasiano se convirtió en emperador, podrías haberte complacido en su amistad y haber sido un hombre influyente en la provincia. Pero lo arrojaste todo por la borda persiguiendo un sueño que se ha revelado inalcanzable. Ahora, estás arruinado y desesperado.

—¡Todo eso son tonterías! ¿Has acabado? —Su único ojo me miraba con más perspicacia de la que me habría gustado.

—No, pero tú sí lo estás. Los acontecimientos te han dejado atrás, Civilis. Veo ante mí a un hombre agotado. Cargas sobre tus hombros el peso de una gran familia; lo mismo me sucede a mí. Y ahora que tu apuesta contra el destino ha quedado hecha trizas, puedo adivinar lo que sientes al verte acosado. Sufres dolor de oídos, y de espalda, y de corazón. Estás harto de problemas y cansado de la campaña...

—¡Volvería a hacerlo!

—¡Oh, no lo dudo! Si estuviera en tu lugar, yo también lo haría. Viste tu oportunidad y le sacaste todo el provecho posible. Pero la ocasión ha pasado. Incluso Veleda acepta el hecho.

—¿Veleda? —Me miró con suspicacia.

—Unos agentes imperiales —le expliqué sin alterar la voz— se han entrevistado hace poco con la dama en su torre de señales. Por cierto que, en mi opinión, deberíamos cobrarle un alquiler por usarla... Veleda acepta la paz, Civilis.

Los dos sabíamos que el movimiento independentista bático no era nada sin el apoyo de la Germania Libera y de la Galia. Esta última era una causa perdida para la rebelión desde hacía mucho tiempo: sus gentes amaban demasiado las comodidades. Ahora, Germania también optaba por mantenerse al margen.

—¡Adiós a la libertad! —murmuró el hombre del pelo rojo.

—¿Libertad para vivir en estado salvaje, quieres decir? Lo siento, parezco uno de esos padres que reprenden a su hijo cuando éste quiere irse de juerga en una compañía poco recomendable.

—No puedes evitarlo —replicó él con sequedad—. Roma es una sociedad paternalista.

Me resultaba extraño conversar en un latín refinado, ligeramente satírico, con un hombre con el aspecto de haber pasado un mes acurrucado bajo unos tojos en un páramo desierto.

—No siempre —confesé—. Mi padre se marchó de casa y dejó a las mujeres para que se ocuparan de ella.

—Deberías haber sido celta.

—Entonces, estaría luchando a tu lado.

—Gracias —murmuró él—. Gracias por decir eso, Falco. ¿Entonces, estoy en libertad condicional otra vez? —Se refería a las anteriores ocasiones en que otros emperadores lo habían perdonado. Esperé que comprendiera que el nuevo emperador sería mucho más permanente—. ¿Qué se me pide que haga?

—Tú y tu familia viviréis en Augusta Treveroro, en una finca determinada. Al principio se te concederá protección, aunque supongo que no tardarás en incorporarte a la comunidad local. ¡No creo que Vespasiano quiera ofrecerte otro empleo en las legiones! —añadí con una sonrisa. Pero Civilis estaba demasiado viejo como para que le importara—. Aparte de eso, aquí llega alguien a quien he pedido especialmente que se reuniera con nosotros...

Una figura familiar se había aproximado, incongruente en aquel paisaje de barracas desvencijadas donde Civilis había buscado refugio. El tipo lucía un corte de pelo que proclamaba a gritos su calidad, y unos zapatos impresentables, de color rojo langosta. Sin dar la menor importancia a su espectacular atavío, el recién llegado

estudió a Civilis con visible conmiseración.

—¡Falco! ¡Tu amigo tiene una tupida mata de follaje que le desfigura el frontón!
Con un suspiro, me volví a Civilis.

—Este individuo —dije— viene sometiéndome a su fétida retórica desde que lo conozco... Julio Civilis, príncipe de Batavia, permíteme presentarte a Xanto, en otro tiempo barbero de emperadores... y el mejor de la Palatina en su oficio. Ha cortado el pelo y afeitado a Nerón, a Galba, a Otón, a Vitelio y, probablemente, a Tito César, aunque nunca revela el nombre de sus clientes actuales. En mi opinión, este hombre tiene algo en común con los celtas: también colecciona cabezas de celebridades. Xanto ha hecho todo el camino desde Roma a Augusta Treveroro —anuncié cortésmente al jefe rebelde de largas melenas— para hacerte un buen corte de pelo y un afeitado.

LXIII

Conseguí hablar con Helena Justina durante el desfile. Esperaba que, en un lugar público, la cortesía la forzase a contener su reacción ante lo que iba a proponerle. En fin, merecía la pena intentarlo; aunque esperaba problemas no importaba el lugar en que abordase tan delicado asunto. A ella no le gustaría bajo ninguna circunstancia lo que ahora tenía que decirle, aunque pensé que Helena no podría por menos de reconocer que yo estaba en lo cierto.

La Decimocuarta había dejado muy claro que, como todo lo que sucedía en Moguntiaco, aquello era asunto suyo. El espectáculo consistía en las aburridas ceremonias de costumbre. La falta de dinero y el exceso de cinismo provocaban que rara vez se celebrase un espectáculo decente, ni siquiera en Roma. Ahora estábamos en plena Europa y mediados de noviembre no era época para festividades al aire libre. Debería existir una norma que descalificara a aquellos aspirantes al trono imperial que no celebraban su aniversario en pleno verano. La última excepción, tal vez, podría ser para los nacidos en el Aventino, en marzo de hacía treinta años...

Como esperaba, tanto la multitud congregada como el oropel resultaban demasiado escasos; el tiempo era desapacible y la comida y bebida, cuando se podían encontrar, terribles. Las formalidades tuvieron lugar en el campo de instrucción, el cual, a diferencia de un anfiteatro decente, carecía accesos fáciles. Las pocas mujeres de extracción romana que asistieron estaban sometidas, por supuesto, a estrictas normas de comportamiento en público. Tres de ellas, junto con un par de invitados, tenían que ocupar un estrado envuelto en sedas tachonadas de joyas mientras doce mil varones de pelo en pecho las contemplaban con descaro. Si les gustaba, estupendo. Sin embargo, yo sabía de uno que aborrecía aquello.

El programa de celebraciones ocupaba toda la jornada, pero sólo me sentí obligado a quedarme hasta la presentación de la Mano. Una vez llevada a cabo la ceremonia, me proponía contar a Helena lo que tenía que decirle —dando por sentado que podría acercarme a ella— y, luego, marcharme.

En realidad, tomaron parte en los actos las dos legiones acuarteladas en la ciudad, lo que hizo que el ritmo de las cosas fuese francamente soporífero. Las marchas en formación, aunque se trate de hombres en uniforme de gala con los cascos de cresta, nunca han sido mi concepto de teatro estimulante. La acción resulta aburrida y los diálogos son terribles. Esta vez, el promotor ni siquiera había conseguido encontrar una orquesta; lo único que teníamos eran bronces y platas militares. Y ver repetido dos veces cada acto, de modo que ambas legiones pudieran proclamar explícitamente su lealtad al emperador, aumentaba el tedio hasta convertirlo en tortura. Y yo ya había pasado por suficientes penalidades.

Empezó a llover.

Aquello era lo que había estado esperando. Las damas del estrado empezaron a soltar chillidos de alarma, temerosas de que sus ropas encogieran o de que se les corriese el maquillaje. El grupo de esclavos encargado de levantar un toldo sobre sus cabezas estaba haciéndose un espléndido lío con él. Observé que Helena se ponía nerviosa, como sucedía siempre que alguien daba muestras de desorganización en alguna situación en la que ella no debía entrometerse. Sabedor de que me disculparía si salvaba la situación, salté al estrado, así uno de los postes que sostenían el toldo y ayudé a los esclavos a colocarlo en su sitio.

Las mujeres a las que estábamos protegiendo eran la esposa del legado de la Decimocuarta, Menia Priscila; otra mujer más entrada en años que debía de ser la madre gallina de la Primera Adiutrix; Helena Justina; otra visitante que era amiga de escuela de la madre gallina y Julia Fortunata. Presumiblemente, esta última había sido invitada porque su posición era demasiado alta como para ignorarla y su papel en la vida del difunto Gracilis demasiado oscuro como para ser del dominio público. En cualquier caso, Menia Priscila, encantadoramente ataviada con ropas blancas de luto, sacaba el máximo partido de su papel en la representación, mientras Julia aprovechaba la menor ocasión para abrazarla y consolarla. No se iba a hacer ningún comentario en público sobre la conducta nada ejemplar del difunto legado, pero sus dos mujeres habían sido puestas al corriente. Como consecuencia de ello, ninguna de las dos se sentía obligada a llorarlo con excesiva pena. Me complació observar que la viudez, o su equivalente, exponía lo mejor que había en ambas. Su presencia de ánimo era una visión maravillosa.

Dejó de llover y las damas se relajaron. Recogimos el toldo provisional y, tras ello, me quedé en cuclillas al lado de Helena, preparado para volver a ocuparme del aparejo si se repetía el desastre.

Me pareció ver que sus compañeras de estrado me lanzaban una mirada de curiosidad.

En el campo de instrucción, estaban llegando al punto culminante del complejo ceremonial. Varias cohortes de caballería auxiliar procedían a representar una batalla ficticia. En esta ocasión, la Primera Adiutrix actuó sola, ya que la Decimocuarta aún no había sustituido a sus bátavos perdidos, lo cual dio por fin a la Primera la oportunidad de mirar a su rival por encima del hombro mientras desplegaba sus unidades. Creí apreciar que se trataba de hispanos. Sus caballos pequeños y robustos estaban bien conjuntados y engalanados con todos los arreos de parada: centelleantes discos de cobre en las riendas, orejeras doradas y grandes placas redondas en el pecho. Los jinetes lucían uniformes de color añil que contrastaban con las brillantes mantas escarlata de las sillas de montar. Las cohortes desfilaron en continuos círculos y cruces, agitando las lanzas emplumadas y blandiendo sus escudos redondos con puntiagudos tachones de adorno, en cuyo centro lucían exóticos motivos, ajenos a

Roma. El aire de misterio lo daban sus cascos de desfile de gala, que cubrían su rostro otorgándoles el aire sereno e inexpresivo de las máscaras teatrales. Durante media hora, aquel noble coro ecuestre cabalgó por el ventoso campo de instrucción como un grupo de dioses altivos; finalmente, salió al galope a través de las grandes puertas de acceso a la Via Principia, dejando a todos los espectadores agotados y desatendidos.

En el estrado repartieron bebidas calientes.

Ya era hora.

Me pregunté lastimeramente si era el momento de hablar con Helena, pero la vi disfrutar del refrigerio y decidí dejarlo para otra ocasión.

—¡Ahí está Julio Mordantico! —me indicó ella, señalando un grupo de civiles de la ciudad. Entre el puñado de capuchas puntiagudas se alzó una mano que le devolvió el saludo. Helena y sus amigos se sentían felices. El gobernador provincial me había entrevistado en relación con el fraude en los contratos de la cerámica, tras lo cual había podido llevar buenas noticias a los alfareros locales—. Tenía intención de contártelo, Marco —me dijo con tono culpable—. Mientras estabas en Augusta Treveroro, Mordantico nos ha traído como regalo un soberbio juego de escudillas. Es una lástima —añadió mi insensible enamorada— que no tengamos un comedor donde lucirlas...

Ahora, ya nunca lo tendríamos. Aparté la mirada.

La pausa en las formalidades se prolongó mientras los presentes sostenían los cuencos de caldo entre las manos, tratando de calentárselas. Helena continuó parlotando.

—Dicen que, cuando Xanto afeitó y cortó el cabello al rebelde, guardaste los mechones en una bolsita para impresionar al emperador. ¿Es cierto eso?

—Sí.

—¿Cómo pudiste convencer a Xanto para que participara en eso?

Ahora, Xanto haría cualquier cosa por mí, pues le había regalado un cuerno de uro auténtico. Un cuerno tan grande que, si lo empleaba como copa de beber, podría ahogarse en él. Había advertido el barbero que lo tratara con sumo cuidado pues, aparte del que yo mismo me reservaba, no encontraría otro.

—No parece el más indicado para vigilar a un rebelde —apuntó Helena.

—Xanto tiene intención de establecerse y hacer fortuna en una ciudad donde el nombre de Nerón le proporcione un enorme prestigio y, a la vez, le permita superar su pasada existencia de esclavo. Augusta Treveroro es un lugar adecuado: refinado pero no demasiado presuntuoso. Se dedicará a afeitar a la crema de la sociedad belga en el porche de su establecimiento mientras en la puerta de atrás hacen cola las mujeres pobres para vender sus bucles dorados con los que hacer costosas pelucas para las damas romanas de la alta sociedad. —Esto último no me parece muy correcto.

—Esas mujeres podrían vender cosas peores, querida. En cualquier caso, apuesto a que nuestro amigo de los zapatos de colores estridentes terminará siendo un probo ciudadano que contribuirá con munificencia a la construcción de templos y columnas conmemorativas.

—¿Y Civilis?

—Xanto le ha teñido de ébano el cabello para evitar que lo reconozcan. Así estará a salvo de asesinos y a nuestra disposición. El barbero visitará su casa todos los días para rasurarle la barba. Si Civilis decide fugarse, la desaparición será advertida de inmediato.

Era la libertad condicional perfecta. Y el infortunado jefe no volvería a tener ocasión de agitar a las masas, ahora que se pasaría la mayor parte del día embozado bajo toallas calientes y escuchando chismorreos.

Helena sonrió. Me encantaba su sonrisa.

—¡Eres maravilloso, Marco! —El tono burlón resultó bastante delicado.

En el campo de instrucción, el gobernador provincial, con la cabeza cubierta, se preparaba a estudiar una nueva serie de augurios. Le ayudaba a ello, en nombre de la Decimocuarta, su tribuno mayor, Macrino, quien sustituía en la ceremonia al difunto legado. Aprecié que Menia Priscila daba muestras de inquietud. Ahora, no tenía ninguna posibilidad. La ambición había reemplazado todo lo demás. Aprovechando aquella ocasión de aparecer como sustituto, Macrino estaba absorto en el futuro de su carrera pública.

No necesitaba observar un repulsivo hígado de oveja para saber que los presagios eran desfavorables para mí.

—¿Qué sucede? —preguntó Helena en un susurro.

—Hay algo que debo decirte.

—Bien, adelante. Será mejor que lo sueltes ahora mismo.

Los abanderados llevaron sus lanzas hasta el centro del campo. Aquellos hombres gigantescos envueltos en pieles de lobo o de oso, con las cabezas de los animales colocadas sobre el casco y las zarpas cruzadas sobre el pecho, avanzaron con su paso siniestro hasta rodear al gobernador y, desde allí, hirieron el suelo con las recias puntas de sus lanzas. Las armas se mantuvieron clavadas: los dioses eran propicios. Así pues, allí quedaron los estandartes de la Decimocuarta Gémina Martia Victrix. El águila dorada con el número de la legión. El distintivo individual de cada cohorte de infantes y las banderas cuadradas con flecos que utilizaba la caballería. El retrato del emperador en lugar de honor. Fastos militares de medio siglo atrás. La estatua de Marte. Y ahora, presentada a la legión ante toda la unidad formada, con la palma abierta como símbolo de amistad o de poder, la poderosa Mano.

Aún de rodillas al lado de Helena, contemplé la ceremonia con aire grave.

—Helena, ya he terminado mi misión. Es hora de que me marche. He estado

pensando... Algunas mujeres pueden ser más útiles al mundo que los hombres. — Noté su dedo juguetón en la nuca; al cabo de un instante ella sabría que no era apropiado hacerlo y lo retiraría. Me obligué a continuar hablando—: Helena, por el bien de Roma, debes casarte con Tito. Cuando respondas a su carta...

Una fanfarria de trompetas me interrumpió.

Magnífico. El gran gesto de mi vida, echado a perder por un trompetazo inoportuno.

El portaestandartes encargado de la Mano recibió la autorización del gobernador y empezó a avanzar entre la legión entera para exhibir el regalo de Vespasiano. Se acercó a las cohortes. Ante cada una de ellas, el portador de la enseña correspondiente efectuó una breve demostración de acatamiento antes de que la Mano continuara su camino. Las trompetas de la legión no dejaron de bramar en ningún momento de la lenta marcha.

Helena posó su mano en mi cuello. Perder su contacto dulce y reconfortante sería insoportable. Pero yo era fuerte. Lo aguantaría. Me sobrepondría. Si Helena Justina escogía el Imperio como su deber, la enviaría de vuelta a Roma sola, mientras yo optaba por el exilio permanente, condenado a vagar por las últimas fronteras del Imperio o incluso más allá, como un alma en pena...

En el preciso momento en que me disponía a levantarme del estrado y despedirme como un héroe, Helena se inclinó hacia mí. Su cabello me rozó la mejilla y su perfume me envolvió en un halo de canela. Sus labios se movieron susurrantes junto a mi oído:

—Deja de poner esa cara tan patética. Escribí a Tito el día que dejaste Colonia.

Volvió a erguir el cuerpo en la silla. Yo me encogí donde estaba. Observamos el portaestandartes terminar su ronda con paso firme en torno a las dos últimas cohortes de infantería. Por fin, las trompetas callaron.

Alcé la vista. Helena Justina me golpeó suavemente en la nariz con los nudillos de la mano en la que lucía el anillo de plata que le había regalado. No me miró. Tenía la vista fija en el campo de instrucción con una expresión de refinado interés, como cualquier otra dama de buena cuna que se preguntara cuándo podría marcharse a casa. Nadie más que yo podía apreciar la obstinada y hermosa que era.

Mi chica.

El abanderado jefe de la Decimocuarta Gémina volvió a presentar la Mano de Hierro del emperador a su tribuno mayor. Era un hermoso trabajo, de tres palmos de altura, y el hombre de la piel de oso debía de estar sin aliento a causa del peso. Un armero había repintado las desportilladuras de sus motivos decorativos dorados, pero yo sabía muy bien que tenía una mella en el pulgar, donde se había golpeado contra la armadura de la cama de alguna hospedería de mala muerte en mi trayecto por la Galia.

—¿Te quedarás conmigo, Helena? —me atreví a preguntar débilmente.

—No tengo más remedio —respondió ella (después de una pausa para pensárselo)

—. Poseo la mitad de ese servicio de mesa samio y no tengo intención de renunciar a él. Así que deja de decir tonterías, Marco, y disfruta del desfile.

FIN



LINDSEY DAVIS, Nació en Birmingham en 1949 y estudió Literatura inglesa en [Oxford], aunque como la arqueología le había fascinado siempre, estuvo a punto de estudiar historia. Una de sus novelas románticas fue finalista en 1985 del Premio Georgette Heyer, lo que le animó a desechar cualquier posibilidad de buscar un trabajo más convencional y apostar todo para convertirse en escritora. Le llevó tres años. Sobrevivió gracias al programa gubernamental de subsidios para los emprendedores. Fue cocinera de una empresa de asesores fiscales. Le sigue divirtiendo mucho investigar, documentarse y buscar el detalle histórico que aporta colorido a la ambientación de la época. Le divierten los rasgos de humor que se manifiestan en la Roma imperial y que aspira a transmitir al lector en sus novelas. Su más célebre creación es el investigador privado Marco Didio Falco, del que ya lleva escritas veinte novelas.